
LEOPLÁN
Magazine Popular Argentino
En este número:
LA SEÑORITA DE LA FERTE
célebre novela de PIERRE BENOIT
LA CAIDA DE LOS LIMONES
novela corta de RAMON PEREZ DE AYALA
7 de agosto de
40
centavos en todo el país

HACIA UN FUTURO MEJOR



IMPORTE TOTAL DE LOS CURSOS QUE SE ABONAN EN PEQUEÑAS CUOTAS MENSUALES

Mecanografía	$ 18	Pint. y Barnices	$ 55	Electrotécnico	$ 100	Inglés	$ 150
Aritmética Comercial	,, 28	Técnico Tambero	,, 60	Adm. de Estancias	,, 100	Tec. Argumentos Cine	,, 155
Caligrafía	,, 30	Teneduría de Libros	,, 60	Empleado Bancario	,, 105	Motores Diesel	,, 160
Redacción y Ortografía	,, 35	Mecánica Agrícola	,, 62	Dibujo Comercial	,, 105	Radiotelefonía	,, 170
Cajero	,, 40	Ebanistería	,, 75	Dibujo Industrial	,, 105	Construcción	,, 170
Empleado de Comercio	,, 40	Aceites y Grasas	,, 80	Telegrafía	,, 110	Arquitectura	,, 185
Corresponsal	,, 42	Jardinería y Arboricultura	,, 85	Quím. Industrial	,, 125	Asesor Mercantil	,, 190
Taquigrafía	,, 42	Secretariado	,, 95	Técnico Mercantil	,, 137	Agronomía	,, 195
Avicultura	,, 45	Vinos y Licores	,, 95	Mecánico Automóviles	,, 140	Tornería	,, 200
Taqui-Mecanógrafa	,, 50	Jabones y Perf.	,, 95	Motores a explosión	,, 140	Radiotelegrafía	,, 220
Balanceador y Martillero	,, 54	Jefe de Oficina	,, 100	Procurador	,, 150	Corte y confección	,, 38
		Adm. de Hoteles	,, 100			Labores	,, 38
		Dibujo Artístico	,, 100			Lab. y Arte Decorativo	,, 52

¡ESTUDIE! *Esta modestísima suma, que tal vez Vd. tira sin darse cuenta, puede con toda comodidad, y sin que le signifique sacrificio alguno, cambiar su porvenir.*

La Industria, la Banca y el Comercio, necesitan hoy, más que nunca, personas de conocimientos especializados que hagan progresar los establecimientos mercantiles. Y para esas personas hay buenos empleos y mejores sueldos.

Siga un curso comercial, y hágalo por correspondencia en la UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA. ¡Triunfará!

UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA

RIVADAVIA 2465 - Buenos Aires

REPRESENTANTES EN:

COLOMBIA
Alfonso Fernández Quintero
Edificio Saldarriaga 52/58 Of. 9
Medellín

BOLIVIA
Calle Mayor Carrasco 310
C. Correo 1307 - La Paz

PARAGUAY
Ramón Ortiz Cabriza
Brasil 142, Asunción

PERU
Raúl Alvarado P.
Arzobispo 284 (Of. 7)
Lima

GRATIS

Sr. Ing. B. Margulián, Director de la "Universidad Popular Sudamericana" Rivadavia 2465 (R. 25) Bs. As.
Sírvase mandarme **GRATIS** Y SIN COMPROMISO el interesante libro "HACIA ADELANTE"

NOMBRE ....

DIRECCION ....

LOCALIDAD ....

L. 293

SUMARIO

ILUSTRACIONES DE:
RAUL VALENCIA - ARTECHE - GUBELLINI - M. ALFONSO - BERNABO, etc.

HISTORIETAS Y DIBUJOS DE:
BLOTTA - VALENCIA - MAS MATE - GUBELLINI - VILLAFAÑE - GONZALEZ FOSSAT - IANIRO - CHRISTIE - JAN KIEL, etc.

LEOPLÁN

Magazine Popular Argentino

UNA PUBLICACION DE LA EDITORIAL SOPENA ARGENTINA

AÑO XIII - Nº 293 - 7 de agosto de 1946

CORREO ARGENTINO Central B — FRANQUEO A PAGAR CUENTA 78 — TARIFA REDUCIDA CONCESIÓN 3016

ESMERALDA 116 — U. T. 33 - 0083 — BUENOS AIRES

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº. 218.846



La caída de los

novela corta de

RAMON PEREZ DE AYALA

I

Ayer eran dos rosas frescas,
blancas y bermejas,
como leche y fresas.
Hoy son dos pobres rosas secas,
de carne marchita y morena.
Ayer, espinas por defuera,
como adorno y para defensa,
Hoy, en el corazón las llevan
clavadas, como duras flechas.
Todos se humillaban a olerlas.
Ahora, todos las pisotean.
¡Ay, las dos pobres rosas secas
que ya todos las pisotean!
¡En qué paró tanta lindeza!

La historia que voy a referir acaeció algunos años ha. Vine en averiguar el curso y circunstancias de ella porque su desenlace, que fué lo primero que conocí, me interesó poderosamente.

Estudiaba yo por entonces el doctorado de la Facultad de Derecho. Novato en los recovecos y sinuosidades de la corte madrileña, después de no pocos y peregrinos alojamientos en hoteles, fondas, casas de viajeros, casas de huéspedes y otros asilos de la misma calaña, que no bien en ellos había aposentado me apresuraba a mudar, cuando por caros, cuando por feos, cuando por sórdidos, llegué de recalada a casa de doña Trina, excelente señora alcarreña, de muchas libras, corazón meloso y no mal abastecida despensa.

En la mesa redonda solíamos acomodarnos hasta una treintena de pupilos, muchos de asiento, los más de paso, todos gente llana y buena pagadora.

Recuerdo una particularidad de aquella casa. Y es que nunca faltaba algún enfermo que había venido a Madrid a que le hiciesen una operación quirúrgica, o que acababa de salir de ella, con lo cual el vaho de aceite frito, que es el aliento o husmillo específico de los hogares españoles, cedía una parte de su soberanía al olor de yodoformo. Y no se sabía qué era peor. También era harto frecuente la estancia, en viaje de novios, de alguna pareja provinciana, que nos daba coyuntura para la vaya y la envidia.

Presidía la mesa, por derecho consuetudinario, un diputado provincial de Colmenar de la Oreja, hombre engreído y tonto si los hay, que alardeaba de tratar mano a mano con toreros y políticos, y poseía una nariz que no se cansaba uno de mirar, porque no encajaba en ninguno de los patrones o arquetipos comúnmente admitidos en las narices humanas.

El trato, en la gran mesa redonda, era sobremanera abierto. No había recién llegado que a los postres de la comida no picase en el palique general, dirigiéndose, desde luego, a cada cual por su correspondiente nombre o apellido. Los huéspedes volanderos eran, por lo común, gente rústica y simple. Creíanse obligados, de buenas a primeras, a referir menudamente su vida y con derecho a escudriñar en la vida de los otros comensales.



Limones

ILUSTRACIONES DE ARTECHE

En una ocasión, a la comida del mediodía, aparecieron, promediando uno de los costados de la mesa, dos mujeres de edad nada moza y muy semejantes de rasgos. Durante el almuerzo permanecieron las desconocidas con la cabeza baja, los ojos abatidos sobre el plato. Comieron con extremada parvedad. No se mezclaron en la conversación; antes se echaba de ver que la rehuían. Eran como dos esfinges. Estaban como ausentes de todas las cosas en torno de ellas. En vano el jefe del partido republicano de Tarazona, ciudadano de desparpajo descomunal y barba ubérrima y bipartita, rompió por tres veces el fuego oratorio contra las tácitas señoras. Dieron la callada por respuesta, y el interlocutor quedó corrido. Otro tanto le acaeció a don Raimundo Perejil, canónigo de Arocha, varón manso y oficioso. Consecuentemente, la conversación comenzó a desmayar, como vela sin viento. Sentíanse todos por vaga manera cohibidos. No cesaban de fisgar en el rostro de las damas, primero con recelo y a hurtadillas, luego con todo desenfado e insolencia.

No bien hubo terminado la comida, el que más y el que menos andaba al retortero de doña Trina, curioseando acerca de las incógnitas señoras. Caso raro e insólito. Doña Trina, que era ciertamente admirable en mucho linaje de virtudes, pero nada discreta, excusóse con respuestas ambiguas y hábiles. Allí había un gran misterio.

A la hora de la cena, las desconocidas se mantuvieron en la propia actitud impenetrable. Y lo mismo los días siguientes. Al fin, ya nadie les hacía caso. Pero a mí me seguían inquietando. Me llegaron a preocupar. En la mesa, con tanta cautela como tenacidad, me aplicaba a espiarlas, esperando descubrir alguna clave o cifra con que esclarecer aquel arcano.

Eran de edad indefinida. Estaban entrambas dentro de ese dilatado lapso que [illegible] desde el punto en que la mujer comienza a perder juventud, lozanía e incentivo, hasta el acabamiento de toda gracia de feminidad y hermosura, edad que va de los treinta, y aun menos, a los cincuenta, y [illegible] más, desenvolviéndose con tan sutiles y personales gradaciones que es punto menos que imposible calcularles los años entonces, y a [illegible] suelen acogerse ellas para disimularlos y mermarlos. Aquellas dos mujeres, lo mismo podían llevarse

cinco años, que diez, que veinte. Eran muy parecidas. La piel, moreno mate, color corteza de pan. Sin estar flacas, bajo la piel se acusaban enérgicamente los huesos del cráneo. Las cejas rectas, de efigie romana, ensambladas por estrecha zona intermedia de cabellos ralos. Los párpados henchidos, inflados, y de escasa pestaña, tenían hechura de boca, como labios gordezuelos, entreabiertos: esos ojos que conservan, hasta muy tarde, expresión entornadiza y pueril, y en la edad madura se truecan al pronto en típicos ojos de vejez, rugosos y papandujos. La boca apretada. Vello asaz copioso sobre el labio superior y en la quijada. La diferencia de edad se delataba porque la una estaba más acecinada, más turgente la otra; los párpados de ésta sosteníanse todavía llenos, como tumefactos, así como los de aquélla iban apilongándose ya; el vello, sedeño y vaporoso en un rostro, se correspondía con el vello hirsuto y áspero del otro rostro. El cabello, igual en las dos, partido en la cumbre y adherido a las sienes, adornaba la cabeza con noble austeridad. Eran humildemente dolorosas. Su dolor, cualquiera que fuese la causa, sugería la idea de un destino mujeril malogrado, algo así como la tristeza de la virginidad vetusta. O, como se dice en el duro lenguaje de cada día, tenían toda la traza de ser dos solteronas. Era evidente que pertenecían a buena familia provinciana y que habían venido en contadas ocasiones a Madrid. Vestían sencillamente, de color nazareno, y mostraban, por ciertos detalles, ser personas de gusto poco educado.

II

En la campal llanura de los cielos,
dos campeones búscanse sin fin.
Uno es el día, el blanco caballero.
Otro es la noche, el negro paladín.
Se persiguen, mas no se encuentran nunca
Sobre la tierra, cabalgan de paso.
Y según pasan los anuncian
las campanas en los campanarios.

El *Angelus* del alba canta:
"La noche huye. La noche ha huido".
"El día se pierde en la distancia".
Llora el *Angelus* vespertino.

Talán, talán.
Campana de plata.
Ha nacido un nuevo cristiano.
¡Oh blanco misterio!

Talán, talán.
Campana de bronce.
¡Oh negro arcano!
Llevan un hombre al cementerio.

Corría la primera quincena del mes de mayo. Por las tardes acostumbraba recluirme en mi aposento a preparar mis asignaturas. Entre lección y lección, buscando unos minutos de descanso y esparcimiento, pasaba al cuarto de costura de doña Trina. A la sazón, la hija única de doña Trina, Mariquita de nombre, casada desde hacía cosa de un año, aguardaba el primer fruto de bendición para antes de terminar el mes. En el cuarto de coser todo era laboriosidad, algazara y blancura, preparando la canastilla para el crío. Doña Trina reventaba de gozo, y yo gozaba también viendo y oyendo a la buena señora.

Era doña Trina eminentemente maternal y sedentaria. Estas dos salientes características de su temperamento se patentizaban, a modo de alegoría flagrante, en sendas correspondencias orgánicas: desaforado busto y asentaderas desaforadas. En mitad de aquel maremágnum y aborrascada muchedumbre de lencerías, granos de oro, puntillas y tiras bordadas, doña Trina destacaba, majestuosa y sombría, como buque de gran porte engolfado entre espumas.

Lo único que turbaba el albo reposo eran ciertas disquisiciones polémicas sobre el sexo de la criatura. Mariquita quería que fuese niño. Doña Trina no podía consentir esto. Se aducían argumentos de una y otra parte. Una vez, Mariquita concluyó:

—¡Pues yo quiero que sea niño, ea! ¡Lo quiero yo, y basta! — E hizo mimosos pucheritos.

—Calla, calla, locuela, que no sabes lo que te dices — respondió doña Trina, con cavilosa entrecejo y acento de severidad.

¿Cavilosa doña Trina? ¿Doña Trina, severa? Esto era para mí extraordinario y sorprendente. Prosiguió:

—¿Un niño? Es decir, un hombre... ¡Qué horror! ¿No tienes ahí el ejemplo de esas pobres señoras? ¿Quién nos dice que, siendo hombre, no va a salir como ése?

Doña Trina se dió cuenta que yo estaba presente. Llevándose la mano a la boca, se interrumpió.

* * *

Una tarde, al entrar en el cuarto de costura, hallé una novedad que me sobrecogió al pronto. Mezcladas con las piezas de lo blanco había algunas piezas negras de lana y satén. Las dos señoras desconocidas, acompañadas de una costurera, cortaban en las telas de luto. Doña Trina y Mariquita cosían con ardimiento los blancos atavíos, sin reparar en el contraste. De tiempo en tiempo, hablaban con las damas misteriosas. Por donde averigüé que la de más edad se llamaba Fernanda, y la más joven, Dominica. Me acurruqué en un rinconcito, para no distraer.

—Por lo menos dos vestidos, uno para cada una, tienen que estar terminados para el sábado, a las doce en punto — dijo Dominica.

—Y también para las diez estarán listos — respondió la costurera.

—A las diez, ¿para qué? Ha de ser al mediodía. Al mediodía, Fernanda.

Dominica suspiró.

—Al mediodía, Dominica — repitió Fernanda, escuetamente.

Hubo un largo silencio. Volví a mi aposento, pero no pude estudiar. No sosegué hasta que, tomando aparte a Mariquita, le pregunté:

—Dime, Mariquita: ¿qué quería decir aquello del mediodía en punto?

—Pues que antes del mediodía no estarán de luto, y desde el mediodía ya estarán de luto.

Yo callaba, meditabundo y acongojado. Mariquita añadió:

—¿No comprende usted? Lo comprenderá cuando yo le diga que esas pobres señoritas que tanta curiosidad le inspiran son las señoritas de Limón, de los Limones de Guadalfranco.

III

Vieja ciudad de piedra cincelada
y de barro el más deleznable.
Eternidad eternizada
y vanidad de lo mudable.
Nidal en el risco señero
donde un más allá se avizora.
Nidal del arrojado romancero.
Nidal de halcones y águilas de otrora.

¿Por qué en el polvo del sendero
así yaces, buen caballero?
Apuré hasta las heces mi vino
en el cáliz de mi destino.
Dormir, morir. Nada más quiero.
Apreté entre mis ávidas manos
el haz fabuloso y rotundo
que forman los mares livianos
y las tierras firmes del mundo.
Y todo fué un fútil empeño—
dijo el hidalgo moribundo.

Están posados en su cabeza
la mariposa del ensueño
y el escorpión de la pereza.

Guadalfranco es una vieja ciudad española, capital de la provincia del mismo nombre. La provincia entera es sierra fragosa, con llanadas de altura y ríos encañonados, como torrentes. En el corazón de la fragosa sierra, sobre peñascales cortados en tajo, se alza la vieja ciudad. Aunque no más de veinte leguas alongada de la corte del reino, cae, sin embargo, tan fuera de mano, que para llegar hasta ella es fuerza emplear un día con su noche; media jornada de fatigoso y asmático ferrocarril, hasta Tendilla de los Burdéganos, y desde aquí la otra media, de poco diligente diligencia.

Para pintar hasta qué punto de menosprecio y oscuridad han caído las un tiempo en todo el mundo renombradas provincia y ciudad de Guadalfranco, baste trasladar aquí un sucedido, en donde se revela lo ignoradas que ahora están, aun de los mismos españoles. Mentóse por ventura en cierta tertulia madrileña la ciudad de Guadalfranco, cuando uno de los del círculo, persona de famoso donaire, cortó diciendo:

—Alto ahí. Si de Guadalfranco se habla por burla, puede pasar. Si se me habla en serio, no lo admito, porque yo soy de los que están en el secreto.

—¿En qué secreto?

—En el secreto de que la provincia de Guadalfranco no existe.

—¿Que no existe?

—No, señor, no existe; vamos, que no hay tal provincia de Guadalfranco. ¿Ha estado usted alguna vez en la provincia de Guadalfranco?

—Cierto que no; pero tampoco he estado en Pekín.

—Es que Guadalfranco se supone que está a las puertas de Madrid, como quien dice, y no en el Celeste Imperio. ¿Conoce usted alguna persona que haya estado en Guadalfranco?

—En este instante no recuerdo...

—¿Conoce usted algún natural, hombre o mujer, de Guadalfranco?

—La verdad, que yo sepa...

El hombre que estaba en el secreto fué haciendo, uno por uno, a todos los presentes, las mismas preguntas. Ninguno había estado en Guadalfranco; ninguno conocía a nadie que hubiera estado allí ni que en Guadalfranco fuera nacido.

(CONTINUA EN LA PAGINA 100)





GOGOL, EL GRAN NOVELISTA

GOGOL Y LA SOMBRA

EXISTENCIA ATORMENTADA FUE LA DEL GENIAL NOVELISTA RUSO, AUTOR DE "TARAS BULBA" Y DE TANTAS OTRAS OBRAS FAMOSAS, PARA QUIEN LA VIDA LLEGO A CONVERTIRSE EN UN TERRIBLE INFIERNO

Por Alfonso S. Betancourt

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

Nicolás Vasilievich "Gogol", padre de la novela realista en Rusia —cuna de grandes novelistas— y precursor por lo tanto de Turguenev, Dostoiewski y Tolstoi, fué uno de los escritores más hondamente humanos del pasado siglo.

Nace este extraordinario hombre el 19 de marzo de 1809 en Sorochintsy, una pintoresca aldea ucraniana. A temprana edad comienza a demostrar inclinación por la literatura. En su casa sienten preocupación por ese mozo pálido, taciturno, que no hace otra cosa que leer en su alcoba, mientras los demás muchachos retozan alegremente en el campo.

—¿Por qué no vienes a pasear con nosotros? —le pregunta en cierta ocasión uno de sus compañeros de clase.

—Porque yo no me divierto ni divierto a los que me acompañan —responde con un dejo de melancolía el chico—. Yo he nacido para el "estudio y la meditación..."

—Miradlo al sabihondo —se mofan sus camaradas—. Nicolás tiene el diablo metido en el cuerpo...

Pero Nicolás Vasilievich no tomaba a mal las burlas. Seguía. imperturbable, entre librotes, aprendiendo, meditando. Porque aquel adolescente de mirada profunda, pelo negrísimo, que le caía a veces por la frente "hasta casi taparle los ojos", había, efectivamente, nacido para "el estudio y la meditación...", y para algo mucho más hermoso y noble: para crear.

Surge el genio.

Nicolás Vasilievich sería con el tiempo el iniciador de la no-

HE AQUI UNA EMOCIONANTE ESCENA DE "EL ULTIMO COSACO", ADAPTACION CINEMATOGRAFICA DE "TARAS BULBA", LA FAMOSA NOVELA DE GOGOL. HARRY BAUR, QUE APARECE EN ESTA FOTO, REALIZA EN DICHA OBRA UNA MAGNIFICA LABOR ENCARNANDO AL LEGENDARIO HEROE

DEL DIABLO



OTRO INTERESANTE PASAJE DE LA PELICULA QUE PROXIMAMENTE REPONDRA LA GUARANTEED PICTURES

vela realista rusa, el historiador, gloria de las letras rusas... y una de las vidas más atormentadas de su época.

Siendo estudiante en Nezin revela singulares condiciones para la pintura y la literatura. Redacta una revista estudiantil manuscrita. Organiza funciones de teatro. Le roba horas al sueño y escribe con una facilidad asombrosa cuentos cortos, comedias, versos y letras para canciones. Hablando de las obras que piensa escribir se exalta, los ojos le brillan de entusiasmo. Gogol empieza a sacrificar su juventud en aras de la gloria de la Santa Rusia. Su pluma maravillosa va a dar los primeros frutos.

Triunfos literarios

En 1828, Gogol viaja a San Petersburgo. Su primer libro, el idilio romántico, delicadísimo por cierto, "Hans Küchelgarten", sale a la luz. Alcanza notable éxito. En los cenáculos literarios de la capital rusa se comenta la aparición de dicho libro. Los egregios maestros de la péñola opinan. Unos en tono escéptico, otros en tono ligeramente elogioso. Sólo uno se entusiasma. Es Alejandro Puchkin, quien habrá de ser, con el conde Tolstoi, uno de los amigos dilectos del gran Gogol.

Más tarde, en 1831, publica "Las veladas en una aldea junto a Dikañka", magistral estudio sobre la vida del pueblo ucraniano. A partir de entonces, el talento y la prosa vigorosa del novel autor son objeto de abiertos elogios. Todos leen al "joven señor Gogol" y Zukovski le ofrece la cátedra de historia general en la Universidad de San Petersburgo.

La capacidad de trabajo de Gogol es sorprendente. Una tras otra van apareciendo sus obras: "Arabescos", "Mirgorod", "El retrato", "La nariz", "Las memorias de un alienado", "Los hacendados a la antigua" —bello romance clásico ucraniano—, "Taras Bulba", la célebre novela histórico-romántica que fuera espléndidamente adaptada al cinematógrafo en Francia—y cuya reposición en Buenos Aires anuncia ahora la Guaranteed Pictures con el título sugestivo de "El último cosaco"—, y otras producciones, todas ellas de jerarquía excepcional. En poco tiempo Nicolás Vasilievich se torna famoso. Su breve pseudónimo literario es pronunciado con veneración por el pueblo ruso, y recorre triunfalmente Europa.

¿Cómo hacer del diablo un imbécil?

Alguien dijo acertadamente que la existencia de Gogol fué un rápido vivir y un lento morir. ¡Cuánta verdad encierra la frase! Porque, en efecto, llega un momento en que la vida del novelista se convierte en un atroz martirio, en una agonía que dura años y que nos hace recordar aquellas palabras dichas en broma por un chicuelo a Gogol, cuando éste "estudiaba y meditaba" en su aldea de Ucrania: "Nicolás tiene el diablo metido en el cuerpo..."

"Nicolás tiene el diablo metido en el cuerpo..." He ahí una burla de colegial que para el insigne Gogol —enormemente

(CONTINUA EN LA PAGINA 111)



La manía del pescador

novela corta policial de

G. K. CHESTERTON

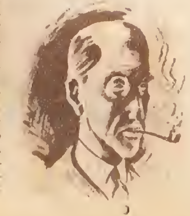
ILUSTRACIONES DE RAUL VALENCIA

UNA cosa puede ser, a veces, demasiado extraordinaria para que se la recuerde. Si se halla por completo fuera del curso de las cosas comunes, y no tiene aparentemente ni causas ni consecuencias, hechos subsiguientes no la recuerdan. Permanece así en el subconsciente hasta que, en ciertas ocasiones, un accidente la vuelve a sacar a la superficie, mucho tiempo después. Permanece aparte como un sueño olvidado.

Fué precisamente en la hora en que los sueños son más comunes, al alba, y muy poco después del término de la noche, cuando tan extraño cuadro se presentó a los ojos de un hombre que remaba en un bote, río abajo, en West Country. El hombre estaba despierto; en verdad, se consideraba a sí mismo muy despierto, ya que era un prominente periodista político llamado Harold March, que iba a visitar varias celebridades políticas, en sus respectivas comarcas. Pero la cosa que vió era tan inconsecuente, que bien podría haber sido imaginaria. Simplemente pasó ante su mente, y se perdió luego, entre varios y distintos sucesos. Ni él recobró la memoria de aquel hecho hasta mucho después de que descubriera su significado.

Los pálidos resplandores de la aurora se reflejaban en el campo y en los juncos, sobre una de las orillas del río; en la otra orilla se veía una pared de ladrillos sobresaliendo apenas por encima del agua.

Había recogido los remos y era arrastrado por la corriente, cuando un raro impulso le hizo volver la cabeza, y vió que la monotonía de la larga pared de ladrillos era interrumpida, un poco más adelante, por un puente; un puente casi elegante; un puente estilo siglo XVIII, con pequeñas columnas de piedra blanca, con un toque gris. Había habido una creciente y el río estaba todavía muy alto, con árboles enanos sumergidos en su corriente. Bajo los arcos del puente se esbozaba apenas la débil luz del amanecer.



En el preciso momento en que su bote se deslizaba bajo los arcos del puente, Harold March vió otro bote que venía hacia él, impulsado por un hombre tan solitario como él mismo. Su postura impedía que se viera bien su persona, pero al llegar al puente se paró sobre el bote y dió media vuelta. Estaba, sin embargo, tan cerca de la obscura entrada del puente, que su figura aparecía negra contra las luces de la mañana. March no pudo ver nada de su rostro, excepto las dos puntas de sus bigotes o patillas, que comunicaban un no sé qué de siniestro a la silueta, como si fueran cuernos colocados en un lugar que no correspondía. Ni aun se hubiera fijado March en esos detalles, a no ser por la cosa extraordinaria que sucedió a continuación. Cuando el hombre llegó a la parte más baja del puente, dió un salto hacia arriba y se colgó, quedando con las piernas en el aire. El bote siguió flotando corriente abajo. March tuvo una momentánea visión de dos piernas negras que pateaban en el vacío; luego, de una pierna negra que pateaba en el aire, y después, de nada, excepto la ininterrumpida corriente y la larga y uniforme pared roja. Pero cuando mucho más tarde pensó en todo eso, comprendió la historia en la cual encajaba. Una historia que desde el principio estuvo señalada por esa sombra fantástica; como si aquellas dos piernas negras y colgantes fueran un grotesco ornamento grabado en el puente mismo, a la manera de una gárgola. En ese momento no hizo otra cosa que mirar la corriente un tanto asombrado. No pudo ver ninguna figura corriendo por el puente, de manera que el desconocido debía haberse alejado ya; pero estaba sólo a medias consciente de lo que significaba en relación con aquel hecho, el otro hecho de que entre los árboles del otro lado del puente hubiera un poste del alumbrado público, y, bajo la lámpara, las anchas espaldas azules de un inconsciente policía.

Aun antes de haber alcanzado el altar de su peregrinaje político, tuvo muchas otras cosas en que pensar, aparte del curioso incidente del puente; porque el manejo de un bote para un pasajero solitario, no es, a veces, muy fácil, aun en esa solitaria corriente. Y en verdad, se debía a un accidente imprevisto que se viera tan solitario; el bote había sido alquilado, y toda la expedición planeada en combinación con un amigo, quien a último momento debió alterar sus planes. Harold March debía haber viajado con su amigo Horne Fisher en aquel paseo tierra adentro, hacia Willowood Place, en donde el Primer Ministro era huésped en ese momento.

Más y más gente oía hablar cada día de Harold March; sus agudos artículos sobre política le abrían las puertas de los más distinguidos e importantes salones. Pero Harold March no se había encontrado aún con el Primer Ministro.

En cambio, poquísimas personas, entre el público en general, habían oído mentar alguna



vez a Horne Fisher; pero éste conocía al Primer Ministro desde pequeño. Por estas razones, ambos habían hecho el proyecto de viajar juntos, pasando el día en mutua compañía. March pudo haber estado ligeramente dispuesto a apresurarlo, mientras que Fisher estaría vagamente contento de alargarlo. Porque Fisher era una de esas personas que nacen conociendo al Primer Ministro. Tal conocimiento parecía no tener efectos muy regocijantes, y en su caso tenía la apariencia de haber nacido cansado. Horne Fisher era un hombre alto, rubio y pálido. Tenía una calva prematura y sus maneras eran por demás apáticas e indiferentes. Era sumamente raro que expresara irritación de una manera más agresiva que la de un simple gesto de fastidio. Sin embargo, sintióse muy disgustado al recibir, justamente cuando estaba haciendo un paquete con accesorios de pescar y cigarros para el día, un telegrama expedido en Willowood, en el cual el Primer Ministro le pedía que se le reuniera al punto, tomando el primer tren, porque tenía que ausentarse esa misma noche. Fisher sabía positivamente que su amigo el periodista no podía ponerse en viaje hasta el otro día; apreciaba mucho a su amigo el periodista y hubiera deseado sobremanera pasar un día en el río. Particularmente, ni le agradaba ni le desagradaba el Primer Ministro; pero, en cambio, le desagradaba profundamente la perspectiva de pasar varias horas en el tren. Sin embargo, aceptaba a los primeros ministros como aceptaba los ferrocarriles: como parte de un sistema que él, por lo menos, no era el revolucionario enviado a la tierra para destruirlo. Así, pues, telefoneó a March pidiéndole, con muchas disculpas y débiles maldiciones, que tomara el bote y fuera río abajo, como habían convenido, de modo tal que pudieran encontrarse en Willowood a la hora señalada de antemano. Luego, salió a la calle y llamó a un taxi para que lo condujera hasta la estación del ferrocarril.

Una vez allí, se detuvo un momento en el puesto de libros para añadir algunas novelas policiales baratas a su ligero equipaje. Durante el viaje leyó con sumo placer esas novelas, sin sospechar ni por un instante que iba vertiginosamente, tan ligero como el tren lo llevaba, a mezclarse en la más extraña historia policial que pudiera darse.

Un poco antes de la puesta del sol llegó, con su liviana valija en la mano, a la entrada de los grandes jardines de Willowood Place, situados a la orilla del río. Era una de las más pequeñas posesiones de sir Isaac Hook, el dueño de muchos barcos y varios periódicos. Horne Fisher penetró por la entrada que daba a la carretera, justamente opuesta al río.

Había una especie de cualidad, mezclada en ese paisaje acuático, que recordaba perpetuamente al viajero que el río estaba cerca. Blancos reflejos de agua brillaban de repente como espadas o lanzas, entre el verdor de la vegetación; aun en el mismo jardín, dividido en *courts* separados entre sí por cortinas de setos y altos árboles de jardín, se esparcía por todas partes esa inconfundible música del agua. El primero de esos verdes *courts*, en el cual entró, parecía ser un campo de croquet bastante olvidado; había allí un joven solitario jugando al croquet contra sí mismo. Aun cuando no parecía muy entusiasmado por el juego, se entretenía en hacer un poco de práctica, y su rostro cetrino, aunque regularmente proporcionado, parecía más hosco que de costumbre. Se trataba de uno de esos jóvenes que no pueden soportar el peso de su conciencia a menos que estén haciendo alguna cosa, por insignificante que sea, y cuya concepción de hacer alguna cosa está limitada a un juego o algo por el estilo. Era moreno y estaba muy bien vestido, como para un día de fiesta. Fisher reconoció en él, a la primera ojeada, a un joven llamado Jaime Bullen, a quien, por alguna razón desconocida, nombraban Bunker. Era el sobrino de sir Isaac. Pero, lo que era mucho más importante en aquel momento, es que también era el secretario del Primer Ministro.

—Hola, Bunker —lo saludó Horne Fisher—; usted es la clase de hombre que deseaba ver en este preciso momento. ¿No ha bajado su jefe?

—No se quedará más que a cenar —replicó Bullen sin sacar sus ojos de la pelota amarilla—. Tiene que pronunciar un discurso importante mañana en Birmingham, y esta noche irá directamente a esa ciudad. El mismo guiará hasta allá..., quiero decir, su automóvil. Esa es una de las cosas de las que se halla realmente orgulloso.

—¿Quiere decir entonces que usted se quedará aquí con su tío, como un buen muchacho? —preguntó Fisher—. ¿Pero qué podrá hacer el Primer Ministro en Birmingham sin los epigramas que le dicta al oído su brillante secretario?

—Vamos, no empiece a burlarse de mí —dijo el joven llamado Bunker—; estoy muy contento de no ir por una vez corriendo tras él. No sabe ni una palabra acerca de mapas, o de dinero, o de hoteles, y yo tengo que correr por todos lados como si fuera un expreso. En cuanto a mi tío, como se supone que heredaré el título, creo que es decente que venga de visita de cuando en cuando.

—Muy bien dicho —replicó el otro—. Bueno, espero verlo más tarde.

Y cruzando el *court* desapareció por un hueco del seto.

Caminaba a través de los jardines dirigiéndose hacia la parte del río, mirándolo todo en derredor bajo el hechizo del plateado atardecer, y sintiendo un sabor de viejo mundo y una reverberación en aquel hermoso jardín prendido al río.

El siguiente cuadrado de césped que cruzó, estaba desierto al parecer; luego, entre los árboles, alcanzó a ver una hamaca, y en la hamaca un hombre que leía un diario, balanceando una pierna por encima de la red. A él también lo llamó por su nombre. El hombre echó pie a tierra y caminó hacia el recién llegado. Parecía fatal que hubiera de sentir algo como cosas del pasado en los accidentes de ese jardín, porque aquella figura de hombre podría muy bien haber sido un fantasma de

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 106)

LA LLAVE DE SU PORVENIR

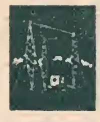




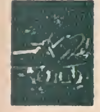
PREPARESE
cuanto antes...

ESTUDIE UNA DE ESTAS CINCO CARRERAS DE GRAN EXITO ...!

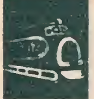
fácilmente mediante el afamado sistema ROSENKRANZ de enseñanza por correo.



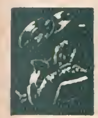
RADIO - TELEVISION - CINE SONORO
Receptores - Diseño, Construcción y Reparación; Sistemas de Amplificación; Radio - Difusión; Radio - Comunicación en sus variados aspectos; Novísimas Aplicaciones Electrónicas, etc. etc.



AVIACION
Aerodinámica; Pilotaje, Meteorología; Instrumentos de vuelo; Construcción de Aviones; Motores; Comunicaciones por Radio; Radiofaros, etc. etc.



FUERZA MOTRIZ - DIESEL
Motores de gasolina, Diesel y Semi-Diesel; Lubricación; Enfriamiento; Trasmisión de fuerza; Maquinaria Agrícola e Industrial - su instalación, cuidado y reparación; Taller mecánico, etc. etc.



IDIOMA INGLES
Enseñanza objetiva y fonética al alcance de todos, con audiciones fonográficas que dan la pronunciación correcta. De aplicación al Comercio, Industria, etc.



ELECTROTECNIA - REFRIGERACION
Acondicionamiento de Aire o Clima Artificial; Motores y Generadores; Embobinado de Armaduras; Centrales Eléctricas y Subestaciones; Tableros de Control; Alternadores; Soldadura, etc. etc.

ENVIAMOS GRATIS CUALQUIERA DE LOS LIBROS DESCRIPTIVOS DE ESTAS ENSEÑANZAS

FUNDADA EN 1905
Cuenta con SUCURSALES en todo el Continente



NATIONAL SCHOOLS Sucursal: VICTORIA 1556
(de Los Angeles, California) Bs. Aires, Rep. Argentina

ENVIE HOY MISMO ESTE CUPON !

Sr. J. A. ROSENKRANZ, Presidente: Depto. Nº GG8 - 380

Mándeme su libro GRATIS sobre la carrera que he seleccionado y marco al margen con una "X", y así: ☒

Escoja sólo una:
RADIO ☐
DIESEL ☐
AVIACION ☐
ELECTRO-TECNIA ☐
INGLES ☐

NOMBRE .... EDAD ......
DIRECCION ....
LOCALIDAD ....
PROVINCIA ....

El continente absurdo

Cuento, por
Manuel Castro

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

ILUSTRACION DE RAÚL VALENCIA

El anciano maestro de la Escuela Normal Nº 246.845 de Ubangui-Chara (Estados Unidos de Africa) alisa distraídamente sus motas, que empiezan a encanecer, y con voz monótona, cansada, profesional, comienza a dictar la penúltima clase del curso, vigésimo cuarto de su carrera pedagógica:

—Cuanto voy a recapitular es archisabido y desazona repetirlo una vez más. Pero, comprenderán ustedes, mis jóvenes alumnos, la necesidad de un resumen al término del año escolar y pocas semanas antes de los exámenes. Por otra parte, para eso me pagan, y cuando algo se nos impone por ley, fuerza o dinero, truécase en deber, "tabú" sagrado e intransgredible, conforme dirían los cultísimos polinesios. Acepto que el deber significa la peor de cuantas supersticiones nos inculcaron indeleblemente los bárbaros europeos; que necesidades y placeres, mudas lenguas del instinto, resultan mucho... Deje usted de hurgarse las narices con tanto entusiasmo, señorita Uwangoo. Me distrae, me induce a divagar.

El maestro hace una pausa para coordinar ideas, mientras sus dedos huesudos y atabacados tamborilean sobre el tablero de la mesa quién sabe qué antiquísimo ritmo. Y tras reprimir un bostezo, prosigue:

—Después de la cuarta guerra mundial, que se desencadenó a fines del siglo anterior. ¿En qué año, exactamente, fué declarada, señorita Mirkú?

—En 1998, y duró siete lunas.

—¡Muy bien! Creí que no atendía usted.. Después de esa cuarta guerra mundial, Europa, patria del hambre y de la ambición, llegó a tal grado de inferioridad y decadencia, de salvajismo y agresividad, de arbitrariedad e incongruencia, que mereció, con estricta justicia, el apodo con que todavía hoy la conocemos: "El continente absurdo" Los blancos, en general, y los europeos, en particular, siempre fueron tontos, crueles, presuntuosos, rapaces e incomprensibles. Mas estas características raciales se acentuaron hasta tornarse insoportables en la época que nos ocupa. Ninguna persona culta y pacífica se internaba en Europa sin correr graves e imprevisibles riesgos. El orden, el derecho, la libertad y la seguridad desaparecieron de sus costumbres. ¿Quiere enumerar algunos de esos peligros, señor Quimbombó, en vez de entretenerse con tan bonito escarabajo?

—Este .. Y... Este ... ¡Y los bandidos!...

—Justamente. Cuadrillas de bandidos, que necesitaron de tatuajes e insignias, distintivos y contraseñas, para evitar robarse entre ellos, asaltaban y saqueaban a extranjeros y connacionales. Eran exacciones organizadas, sistemáticas, sujetas a complejas normas, establecidas para impedir que una sola banda esquilmara exclusivamente al individuo y defraudase así a otras pandillas, que aguardaban su turno para caer sobre la víctima. Sin embargo, a la larga, el resultado era invariable: el despojo absoluto. Dichas cuadrillas se distinguieron con nombres salvajes y pintorescos, algunos de los cuales han llegado hasta nuestros días: "agentes aduaneros", "recaudadores de impuestos", etc. Aparte de tales asechanzas, agobiábase al viajero con ignominiosos tributos, enormes gabelas y odiosos peajes, de carácter medioeval. Y nadie piense que entre ellos se trataban mejor. Los hombres del "Continente absurdo" cultivaron la absurdidad integral. En Europa todo estaba prohibido y penado; todo suponía culpa, transgresión, crimen. Si un hábil cazador intentaba vender los colmillos de un elefante por él cobrado, sin antes conseguir una serie de papelotes que le acreditaran mercachifle, a la cárcel iba; si un hambriento se apoderaba de tentadores comestibles, públicamente expuestos, también le aprisionaban, sin que bastara a exculparle su necesidad. Por leyes y ordenanzas impusieron vestirse y calzarse, usar cuello y reloj, tener domicilio fijo, oficio comprobado y documentos identificatorios. Una persona desnuda o borracha — colmos de la sinceridad —, sin casa ni trabajo — *summum* de la libertad —, parecía culpable, pecaminosa, indigna, temible. Llevar un arma para defenderse de tanto ladrón y asesino como entonces pululaban por Europa, considerábase grave delito. Inventaron creencias y supersticiones que contrariaban su inteligencia



y religión; leyes que contrariaban sus propias costumbres y conveniencias. Ciertos sociólogos y gobernantes sostenían que tan contradictorias prácticas eran necesarias para inculcar el sentido del honor y del respeto en las muchedumbres (alma de odio, boca de insulto), que constituían el 95 por ciento de la población. Parece increíble, mas recordemos que nada de lo de aquella época nos parece claro y aceptable hoy. "Halagar y explotar a miserables —dijo nuestro gran filósofo Rikki-Haum— equivale a multiplicar la propia ruindad por el número de halagados y explotados".

Una mariposa —alas de espeso terciopelo, con *moirés* de charca y reflejos de crepúsculo— que cruza, de ventana a ventana, emboba al maestro y a los alumnos. Reacciona rápidamente aquél, con su consabida pregunta, comprobatoria de distracciones:

—¿Qué dijo nuestro gran filósofo Rikki-Haum?... Conteste usted, Okombo.

—Que la miseria... Que los halagos... Que los miserables deben ser explotados.

—Parece usted un europeo en la más cabal y plena acepción del vocablo. Tendré el agrado de clasificarle con un cero, tan redondo y expresivo como los ojos de Baghi, nuestro Dios mitológico, cuyo rostro semeja la cola de un pavo real.

—¡Maestro!...

—¡Basta!... Hablaba de la absurdidad de los europeos y continúo. Santificaban el trabajo y lo eludieron en lo posible, al punto de que obreros y campesinos de las que ahora constituyen nuestras colonias y protectorados, inventaron mil artificios y máquinas para evitarlo, para rehuir cualquier esfuerzo. Utilizaron las fuerzas de la naturaleza, sin preocuparse antes de conocer sus causas, orígenes, potencias y alcances, y jamás se explicaron los cataclismos horrendos y las enfermedades terribles que provocó su ignorancia, pues los más sabios creían saber lo que sabían, y, lo que es peor, tener medida de cuanto ignoraban. ¿Merecen llamarse inteligentes quienes provocan guerras para perderlas; quienes se multiplican para matarse; quienes producen más de lo necesario para vivir y lo atesoran, privándose de su goce, hasta la muerte; quienes, incluso en épocas de miseria mortal, para mantener los precios, destruyen parte de las provisiones

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 98)

HISTORIA DE UNA

NACIO DE LA PROPAGANDA Y TIENE EN SU HISTORIA UN FANTASTICO

GENTES DE ASCENDENCIA MEXICANA ABUNDAN EN LOS ANGELES.

CUARENTA y cuatro españoles que procedían de México fundaron en 1781 un poblado en la Alta California, y en doble homenaje al recuerdo de la lejana aldea natal y a la belleza del paisaje, lo bautizaron detalladamente como poblado de Nuestra Señora de Los Angeles de Porciúncula.

El tiempo, que todo lo desgasta, desgastó también esa extensa denominación, abreviándola a las dos palabras que le dan hoy el nombre a una ciudad de historia curiosa y pintoresca: Los Angeles.

Esa historia de Los Angeles comienza, virtualmente, un siglo después de su fundación. En ese lapso, California brilló a los ojos del mundo con el resplandor de su riqueza aurífera y pasó a ser un estado más de los Estados Unidos de Norte América.

No obstante, recién en 1871 alcanzó Los Angeles una cierta notoriedad nacional a favor de la muerte de diez y nueve chinos que fueron linchados en represalia por los desmanes que habían cometido. Y en esa fecha, y de esa manera, Los Angeles encontró su destino futuro, ya que, sea como fuere, ese monstruoso linchamiento fué una suerte de publicidad que hizo conocer el lugar — por lo menos de nombre — al resto del país.

Por ese entonces, también, la loca carrera en competencia de los ferrocarriles continentales no podía ir más allá de Los Angeles, y allí fueron a morir los rieles de dos grandes compañías: los del Pacífico del Sur, que arribaron en 1876, y los del de Santa Fe, que llegaron en 1885.

Los Angeles era en esa época un amodorrado pueblo de unos 11.000 habitantes, con mayoría de mexicanos, que se dedicaban sin urgencias a la industria vitivinícola. Semejante punto terminal no significaba negocio para ninguna de las dos compañías ferroviarias, que, para desplazarse, emprendieron entre sí una mortífera guerra, rebajando sus tarifas en competencia inaudita. Así fué como de Kansas City a Los Angeles, el pasaje bajó primero de 110 dólares a 95, después a 75, a 45, a 25, y por último, en un día inolvidable, al absurdo precio de un dólar.

Millares de forasteros del Medio Oeste aprovecharon esos pasajes, y Los Angeles se encontró súbitamente abarrotada, produciéndose entonces la primera etapa del proceso de expansión, que duró hasta 1888.



SU PUERTO ARTIFICIAL ES TAN FAMOSO COMO SUS

CIUDAD

Por
Horacio Estol

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

ELEFANTE DE NUECES QUE PODRIA SERVIR PARA SU BLASON



EL INTENDENTE DE LOS ANGELES, MR. FLETCHER BOWRON, CON EL AUTOR DE ESTA NOTA.



CINEMATOGRAFICAS BELLEZAS.

Ese año, el desequilibrio en el crecimiento de la población llegó a tal punto, que millares de recién llegados tuvieron que liar sus petates y emprender el camino de regreso. Cundió el pánico y, de buenas a primeras, el florecimiento de la ciudad se transformó en una bancarrota.

Publicidad

Es en este momento crítico cuando se inicia en realidad la historia de ese esplendor de la ciudad de Los Angeles, que continúa aún en nuestros días. Y todo ocurrió como secuela directa del ingenio de Frank Wiggins y su famoso elefante de nueces...

Wiggins había llegado de un Estado del Este, buscando el sol de California para morir en paz. Alto y huesudo, arribó poco menos que moribundo, y así lo llevaron algunos amigos hasta la playa de Santa Mónica, a corta distancia de la ciudad, para que respirase las brisas oceánicas y salobres del Pacífico. Completando la revolucionaria cura de clásico corte naturista, se alimentaba Wiggins con jugos cítricos y vino de California, y se bañaba con el aceite de las olivas locales.

No se murió. Por el contrario, casóse con su enfermera, instaló su hogar en Los Angeles y, como acto de solidaridad con el lugar que le había devuelto la vida, ingresó a la Cámara de Comercio como secretario de una de sus ramas.

Se había convertido en el más apasionado propagandista que jamás tuvo ciudad alguna, y esto fué tan visible, que alguien dijo de él una vez que: "Dios destinó a California a ser el hógar de incalculables millones de seres y se valió de Frank Wiggins como de un instrumento para realizar su propósito".

El elefante de nueces citado más arriba fué construído por Wiggins para exhibirse en la Feria Mundial de Chicago de 1893. Se trataba de un fuerte esqueleto de alambre que reproducía la figura de un paquidermo con proporciones algo exageradas y que estaba cubierto con 390 kilogramos de las extraordinariamente grandes nueces de California. Sobre el lomo llevaba un fantástico castillo construído con maíz, cebada, trigo y musgo, que parecía estar atado a su vientre por una gigantesca cincha formada con deslumbrantes limones.

Inmediatamente, el extraordinario elefante se convirtió en el símbolo representativo de Los Angeles para los millones de personas que lo contemplaron estu-

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 111)

MASCOTAS DE ESTRELLAS

El perro es, efectivamente, el mejor amigo del hombre, pera es también el gran camarada de la mujer. Si no, que lo digan las estrellas cinematográficas de Hollywood. Allí, la mayoría de los figuras femeninas del séptimo arte tienen sus "pichichos", los cuales, generalmente, son tan famosos, en aquel mundillo del celuloide, como sus mismas dueñas.

He aquí unas fotos en las que aparecen algunas artistas conocidas, en compañía de sus perrunos amigos. Después de todo parece que la vida de perros no es tan miserable como andan diciendo por ahí las malas lenguas. A las pruebas nos remitimos...

JUNE HAVER APARECE EN COMPAÑIA DE SU BUEN "TOM"



VIRGINIA GREY Y SU PERRO POLICIA

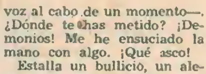
EVELYN KEYES ADIESTRA A SU PERRITO

MARJORIE LORD Y EL SIMPATICO "FREDDY"

DOROTHY MORRIS FELICITA A "LASSIE"

CAROL AMES MUESTRA A SU PERRO LA RANA DEL ESTANQUE





Los extraviados

Un cuento de ***ANTON CHEJOV***

ILUSTRACIONES DE GUBELLINI

La más completa oscuridad rodea el lugar de veraneo en que nos hallamos; las campanas de la iglesia marcan la una de la noche. Dos hombres: Cosiaokin y Lapkin, demostrando estar muy alegres, salen del bosque y se dirigen a las casitas.

—¡Gracias a Dios que hemos llegado! — dice Cosiaokin —; es una proeza venir caminando estos cinco kilómetros desde la estación. Estoy rendido..., y para colmo no hay ni un solo coche.

—¡Querido Pedro! No puedo más... Creo que si dentro de cinco minutos no estoy acostado, me muero...

—¡Acostado! ¡Ni lo pienses! Primero cenaremos y beberemos una botella de vino tinto, y después nos podremos acostar. Ni Verotchka ni yo permitiremos que te acuestes antes de comer.

—¡No sabes tú, amigo mío, lo feliz que es estar casado! Tú tienes alma de solterón y por eso no lo comprendes. Fíjate: yo ahora llegaré a casa rendido, extenuado...; mi mujercita estará esperándome, saldrá a recibirme; la comida estará preparada y el té listo... Para compensarme de mi trabajo, me mirará con sus ojitos negros con tanto cariño y ternura, que olvidaré todo: el cansancio, el robo con fractura, el Tribunal de Casación, la Sala de la Audiencia... ¡Una verdadera maravilla! ¡Una delicia!

—Es que no puedo más con mi cuerpo; se me doblan las piernas. ¡Tengo una sed!...

—Nada; ya hemos llegado; ya estamos en casa.

Los amigos se acercan a una de las pequeñas construcciones, y se paran frente a la ventana.

—Es una linda casita — dice Cosiaokin —; mañana verás qué hermosos son los alrededores. Pero la casa está a oscuras... Verotchka se habrá cansado de esperar y se habrá acostado. Pero no dormirá, se hallará preocupada por mi tardanza (empuja la ventana con su bastón y la abre); pero, ¡qué valiente es!: se acuesta sin cerrar la ventana.

Se quita el abrigo y lo tira dentro de la habitación, lo mismo que una pequeña cartera que llevaba en la mano.

—¡Qué calor! ¿Cantamos algo?; la haremos reír. (Canta.) ¡Canta, Aliocha! Verotchka, ¿quieres oír la serenata de Schubert? (Intenta cantar, pero hace un gallo y tose.) ¡Verotchka, dile a María que abra la puerta! (Pausa.) Verotchka, no seas perezosa; levántate. (Sube a una piedra y se asoma por la ventana.) Verotchka, rosita mía, angelito, mujercita mía sin igual. ¡Vamos, levántate y dile a María que abra! ¡Gatita mía, bien sé que no duermes! Estamos tan cansados que ya nos sentimos sin fuerzas. No podemos soportar más bromas. Hemos venido caminando desde la estación; pero, ¿oyes o no?... (Intenta entrar por la ventana, pero se cae.) ¡Qué demonio! ¿Ves?, nuestro invitado se está enojando. Todavía eres una niña que no piensa más que en sus juegos...

—Oye, quizá tu mujer duerma de veras — dice Laef.

—¡Qué esperanza! Sólo quiere que haga ruido, que despierte a todo el vecindario. ¡Oye, Verotchka, me voy a enojar de veras! ¡Verás! ¡Qué diablo! Aliocha, ayúdame para que pueda subirme a esta ventana... Verotchka, eres una traviesa, una chiquilla mal criada... ¡Laef, empújame!...

Jadeando, Laef empuja a su amigo, hasta que al fin éste llega a la ventana, consigue franquearla y desaparece en la oscuridad.

—¡Verotchka! — se oye su voz al cabo de un momento—. ¿Dónde te has metido? ¡Demonios! Me he ensuciado la mano con algo. ¡Qué asco!

Estalla un bullicio, un aleteo y el cacareo desesperado de una gallina.

—¡Caramba! Oye, Laef, ¿se puede saber de dónde han salido estas gallinas? Pero, ¡qué demonios!; si hay una cantidad enorme de ellas... ¡Y hasta un cajón con una pava!... ¡Me ha picado, la maldita!

Las gallinas, asustadas y prorrumpiendo en chillidos agudos, salen volando por la ventana.

—¡Aliocha, me parece que nos equivocamos!... — grita Cosiaokin con voz llorosa —. Aquí sólo hay gallinas y pavos. Al parecer nos hemos extraviado... Pero condenadas, ¿por qué no os estáis quietas?

—¡Sal pronto! ¿Qué haces ahora? ¿No sabes que me estoy muriendo de sed?

—Ya voy... Espera que encuentre el abrigo y la carpeta...

—¿Por qué no enciendes un fósforo?

—Lo haría, pero es que los tengo en el abrigo... ¡Quién diablos me habrá traído aquí! Todas las casas son iguales. Ni el mismo demonio las podría distinguir en esta oscuridad. ¡Oh! ¡La pava me dió un picotazo en la mejilla! ¡Maldita seas!

—¡Pero sal de una vez! ¡Cualquiera va a creer que estamos robando gallinas!

—Es que no encuentro el abrigo. Hay tanto trapajo por el suelo, que no puedo orientarme. Tírame tus fósforos...

—Es que no los tengo.

—¡Pues sí que estamos frescos!... ¡Valiente situación!... ¿Y ahora qué hago?... No puedo perder el abrigo y la carpeta. Es necesario que siga buscando hasta encontrarlos.



—No comprendo cómo es posible no conocer la casa de uno mismo — replica Laef con indignación —. ¡Cosa de borracho!... ¡En mal momento se me ocurrió acompañarte!... De ir solo, ya me encontraría en casa durmiendo..., en lugar de padecer todas estas penurias... ¡No puedo más!... ¡Estoy rendido!... ¡Me dan vértigos!

—Ya voy, ya voy; no te asustes, que no te morirás por esto.

Por encima de la cabeza de Laef pasa volando un gallo enorme. Lapkin suspira desconsoladamente y se sienta en una piedra. Su gar-

ganta arde de sed, sus ojos se cierran y la cabeza le tambalea... Pasan cinco minutos, diez, veinte... Cosiaokin sigue enredado con las gallinas.

—¡Pedro! ¿Cuándo vienes?

—Ya mismo. ¡Encontré la carpeta, pero volví a perderla!

Lapkin apoya su cabeza en las manos y cierra los ojos... Los cacareos de las gallinas aumentan... Las moradoras de la extraña vivienda salen volando y le parece que, tal como si fueran lechuzas, dan vueltas alrededor de su cabeza... Los oídos le zumban, y el terror se apodera de su alma...

"¡Qué bestia! — piensa —. Me convidó; me prometió obsequiarme con leche y vino, y en lugar de esto me obliga a venir caminando hasta aquí y escuchar estas gallinas..."

y pisoteado los huevos...; admiro su obra...; los pavitos tenían que salir del cascarón un día de estos, y usted los aplasta...; ¡qué me interesa a mí su tarjeta!

—¿Se atreve usted a detenerme? ¡Eso yo no lo permitiré nunca!

"¡Qué sed tengo!...", monologa Lapkin, mientras se esfuerza por abrir los ojos, y sintiendo que otra vez alguien pasa por sobre su cabeza y sale por la ventana...

—¡Soy Cosiaokin; vivo aquí al lado! ¡Todo el mundo me conoce!...

—¡Nosotros no conocemos a ningún Cosiaokin!

—¿Qué me dice usted? ¡Que llamen al alcalde; él dirá quién soy!

—No se acalore usted. Conocemos a todos los veraneantes del lugar y, sin embargo, a usted no lo hemos visto nunca. Ahora mismo vendrá la policía.



Lapkin está furioso; hunde la barba en el cuello, apoya la cabeza sobre su cartera y poco a poco se tranquiliza... Vencido por el cansancio, empieza a dormirse.

—¡He encontrado la cartera! — oye al rato la triunfante exclamación de Cosiaokin —. No me falta sino hallar el abrigo, y entonces, ¡sí, a casa!

Pero en ese momento llegan hasta ellos los ladridos de un perro, y de otro, y de un tercero... Los ladridos, acompañados del cacareo de las gallinas, forman una música infernal. Un desconocido se acerca a Lapkin y le pregunta algo...; le parece que alguien pasa sobre él para saltar por la ventana...; gritan, pegan golpes...; una mujer con delantal colorado y un farol en la mano, le interroga...

—¡Usted no es quien para multarme! — se oye decir desde dentro a Cosiaokin —. ¡Soy funcionario de la Audiencia! Vea usted mi tarjeta.

—¿Y para qué necesito yo su tarjeta? — responde una voz gruesa y ronca —. Usted me ha espantado las gallinas

—Todos me conocen; hace cinco años que ininterrumpidamente veraneo en los Grili-Viselki.

—¡Caramba!; pero esto no son los Grili-Viselki; esto es Hilovo...; los Viselki están sobre la derecha, detrás de la fábrica de fósforos, a cuatro kilómetros de aquí.

—¡Que el demonio me lleve!... ¡Entonces he tomado un camino equivocado!...

Los alaridos de todos los presentes, el cacareo de las gallinas y los ladridos aumentan cada vez de intensidad, formando una verdadera zarabanda, de entre la cual se oye la voz de Cosiaokin, que sigue protestando: "Me las pagarán! ¡Ya verán quién soy yo!... ¡Ustedes no tienen derecho!... ¡Ya verán ustedes con quién se han metido!..."

Por fin los gritos terminan y Lapkin siente que le sacuden fuertemente de un hombro para despertarle...

CINE

por AMELIA MONTI

ANGULOS Y ENFOQUES



Ya no será Ricardo Passano (h.) el protagonista de "El jugador", que dirigirá Klimosky para E. F. A., habiéndose decidido por Carlos Cores. Las causas, se dice, son los compromisos escénicos de Passano, que no le dejan el tiempo libre necesario para dedicarse a la filmación.

ANECDOTA DE JANET BLAIR

El interpretar el papel de una chiquilla de doce años en las primeras escenas de la película "Gallant Journey", que filma actualmente, ha dado lugar a una divertida anécdota en la vida de Janet Blair.

Al volver a su casa del rancho de la Columbia donde se filmaban algunas escenas de la película al aire libre, todavía peinada con las trenzas y el juvenil delantalito de niña, Janet fué detenida en la carretera por un policía de tránsito, que trataba de averiguar quién era el responsable de que una niña de su edad manejara el automóvil.

El policía no se quedó convencido de la edad de Janet hasta que la artista le mostró su licencia y pudo probar que ella era la dueña del auto y que tenía derecho a manejarlo, porque era mayor de edad.



Se ha comenzado el rodaje de "La vida de Albéniz", en los estudios de Argentina Sono Film, bajo la dirección de Luis César Amadori, sobre un libro de Pedro Miguel Obligado. Pedro López Lagar y Sabina Olmos son los protagonistas.



Ha sido incorporada al reparto de "Mirad los lirios del campo", Irma Córdoba. Como se ha dicho, Silvana Roth tiene el papel femenino central de este film Sur, que dirigirá Ernesto Arancibia.



Pepe Iglesias, El Zorro, a su regreso de Chile, que será a principios de septiembre, comenzará su nueva labor cinematográfica animando en la pantalla "La vida de Frégoli".

FILMARAN EN RIO

Un nutrido equipo artístico y técnico, que encabezan Carlos Hugo Christensen y el dirigente de Lumiton Francisco Oyarzábal, está en viaje hacia Río de Janeiro, para captar los más hermosos panoramas de la gran ciudad que servirán de marco a numerosas escenas de "El ángel desnudo". El equipo está constituído por los intérpretes que secundan a Mirtha Legrand y los técnicos de Lumiton. El público y la prensa carioca han tributado a Mirtha una afectuosa acogida.



LA NUEVA CREACION DE DISNEY "¡MUSICA, MAESTRO!"

"¡Música, maestro!" (Make Mine Music), es la última gran contribución al arte cinematográfico donada por el genial Walt Disney, y distribuída por la RKO Radio, que acaba de estrenarse con éxito.

Según uno de los comentaristas neoyorquinos, "es lo que estaban esperando los fanáticos desde "Fantasía". Es adentrarse en un mundo pleno de alegría, diversión y belleza, en un marco de fantástica urdimbre

Tramada en diez diferentes capítulos o secuencias, realizada en maravilloso tecnicolor — nunca tan bien merecido el adjetivo de maravilloso —, logra amalgamar los sentimientos humanos para expresarnos en unas ocasiones la risa franca del buen humor, en otras emocionarnos con la belleza plástica, y las más, cautivarnos con las melodías que integran el film, que, esencialmente, es música, color y dibujo en el arte sin igual del movimiento creado por Disney. En la hora y cuarto que dura "Música, maestro!", se disfruta de uno de los más bellos espectáculos de que puedan gozar ojos y oídos. Y al terminarse el film sólo queda el deseo de que ese espectáculo se prolongase indefinidamente.

Desde el punto de vista popular, es decir, dentro de lo folklórico, "¡Música, maestro!" es muy superior a "Fantasía". El maestro trató allí, admirablemente, las obras clásicas musicales. Aquí también juega la música el más importante papel, pero es la música que llega a todos los espíritus... Aun el mismo capítulo sobre la fábula musical de Sergio Prokofieff, "Pedrín y el lobo", admirablemente concebido y realizado por Walt Disney y sus colaboradores.

He aquí dos de los momentos más originales de este film. De este film llamado a despertar la atención y el interés de grandes y de chicos, como ningún otro. Filmado totalmente en tecnicolor y con las voces sincronizadas de Dinah Shore, Nelson Eddy, Chucho Martínez Gil, Estelita Rodríguez, Trío Calaveras, E. Santos, S. Baguez, la silueta de los bailarines clásicos Riabouchinska y Lichini y la orquesta de Benny Goodman y su célebre cuarteto de jazz.







ENTRE ASTERISCOS

Carmen Miranda se ha conquistado las simpatías del público de los Estados Unidos. Se sabe que es la figura de la pantalla que ha ganado más dólares durante el año 45 hasta la fecha. La dinámica intérprete brasileña ha invertido algunos miles en propiedades.

"Thrill Brazil" es la primera película que filma la bellísima actriz Ann Miller después de su casamiento, que la tuvo alejada de los "sets" durante una prolongada luna de miel.

Greta Garbo ya no está en Hollywood. Así como desapareció de la pantalla, silenciosamente, se ha marchado a su país. No ha hecho declaraciones, ni ha querido hablar con periodistas. Otro misterio en la vida de Greta.

Marlene Dietrich ha estado pasando por una crisis nerviosa como pocas en su vida. Tenía ya seguro su próximo film en Francia, "Las puertas de la noche", con Jean Gabin, y después de haberse gastado la bonita suma de 10 millones de francos en los preparativos, Marcel Carné, su realizador, ha decidido paralizar la filmación hasta que no sea aprobada por los sindicatos.

LA BELLEZA DE "GILDA"

Rudy Mate, cuya fotografía en blanco y negro de la superproducción "Gilda" de Columbia ha merecido elocuentes elogios, dice que ha podido retratar fielmente de manera perfecta a la bellísima protagonista del citado film, criatura hechicera. Pero asegura que esto no fué mérito suyo y que su cámara no ha hecho más que registrar esa cautivadora figura de mujer que se agitaba delante del lente: Rita Hayworth, que en esta producción se nos presenta distinta a todos los personajes que ha interpretado hasta ahora. Apasionada, rebelde, obsesionantemente seductora, envuelta en el torbellino de una pasión de encontradas violencias, tiene este extraordinario film todos los matices, todos los elementos humanos en juego y además música, bailes y canciones. Con un tono de comedia brillante y arrestos dramáticos decisivos, ímpetu amoroso, sangre de juventud, Glenn Ford forma pareja con Rita Hayworth en esta película de tan grandes proyecciones que hace meses ocupa una de las salas principales de Nueva York.



El destino de Wanda

Cuento, por ***Pedro Patti***

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

ILUSTRACIÓN DE MARIANO ALFONSO

—¡MARAVILLOSA! ¡Lo mismo que Wanda! —murmuró repentinamente Héctor Gutiérrez, como si hablase consigo mismo, en la semipenumbra del cine.

—¿Quién es Wanda? —preguntó Ricardo Larrain, inclinándose hacia el amigo.

—Después, en cuanto termine la película, te explicaré. Pero, fíjate en esa criatura, Ricardo. ¿No es estupenda? ¡Lo mismo que Wanda!

Callaron, concretándose a la película. Se trataba de interesantísimos aspectos de la vida submarina. Peces exóticos, de formas y de matices raros, organismos vivos de concepción más compleja y fantástica... El gran espectáculo lo ofreció una anémona.

Las anémonas son las criaturas más hermosas de las profundidades submarinas. La que exhibía la película debía ser la reina de las anémonas: era bellísima, casi diríase idealmente bella. Recogida sobre sí misma, presentaba el aspecto de un delicado y mórbido cojín de terciopelo amarillo; pero resultaba imposible describir la hermosura de esta criatura cuando se abría, mostrando la plenitud de su cuerpo extraño. Era como el cáliz maravilloso de una flor gigante, en cuyo interior se mueven multitud de pétalos policromos; de una sensibilidad extraordinaria, y que parecían haber sido concebidos con el único propósito de acariciar el agua que los circundaba. Fué al ver esta anémona de suprema belleza cuando Héctor Gutiérrez murmuró emocionado: "¡Maravillosa! ¡Lo mismo que Wanda!" Lo que siguió después, resultó más emocionante todavía.

Desde uno de los ángulos superiores aparece un grupo de hermosos peces de colores, que se desplazan suavemente con movimientos rítmicos de la cola y de las aletas. El grupo pasa de largo..., menos uno, que debe ser un enamorado de las cosas bellas, o un Casanova de las profundidades oceánicas, porque se aproxima a la anémona y la contempla inmóvil, embelesado. Luego describe una, dos, tres circunferencias a su alrededor, y finalmente, hipnotizado por tanta hermosura, se aproxima más aún, rozando los pétalos sensibles de la anémona. Es cuando ocurre lo inesperado, lo inaudito, el ataque que estremece al espectador, produciéndole cosquilleo escalofriante por todo el cuerpo. Apenas el pez buscador de emociones se desliza extasiado junto a la anémona, los pétalos, aparentemente inofensivos, se transforman en tentáculos mortales, que caen rápidamente sobre el intruso. El pez se defiende furiosamente enloquecido, pero sus esfuerzos son vanos: más se retuerce, más y más se hunde en el cuerpo mórbido de la anémona, que termina por devorarlo.

Medio minuto después se encendían las luces. Ricardo Larrain preguntó intrigadísimo:

—Bueno, ¿quién es Wanda?

—Mi... novia.

—¡Ah, simulador! ¿Con que tenías novia y no decías nada? ¡Y dijiste más de una vez que soy como un hermano para ti!...

—Es que a menudo hay que desconfiar, incluso de los hermanos, mi querido Ricardo; máxime, tratándose de una mujer como Wanda... ¿Mujer, dije? ¡Burro que soy! Wanda no parece de este mundo. Es una criatura de belleza ideal, cuerpo escultórico, que posee a un tiempo líneas perfectas, marmóreas... ¡Ah, los ojos de Wanda! Verdes como la uva madura, serenos... Los ojos de Wanda son mundos llenos de dulcísimas esperanzas.

—Te has vuelto casi poeta...

—Te hablo así porque eres artista y comprendes mejor.

—¿Dónde la conociste?

—Durante una recepción de los Molina. Me la presentó Coco Quiroga. Mejor dicho: era la casi novia de Coco Quiroga.

—En otras palabras: se la quitaste.

—Sí, se la quité; no puedo negarlo. Al ver a Wanda perdí los sesos; verla y amarla intensamente, locamente, fué la misma cosa. Reconozco que mi conducta ha sido repudiable, pero no me arrepiento. ¿Qué hubieras hecho tú en mi lugar?

—No sé. Sería cuestión de conocer a Wanda.

—¿Por qué no? Mira; debo reunirme con Wanda, a las siete, en Corrientes y Suipacha. Ven; los tres iremos a tomar un copetín. Quiero que me juzgues. ¿Vienes?

—Voy.

A las 19.25, Wanda apareció en la esquina de Corrientes y Suipacha. Héctor presentó a Ricardo, quien no pudo menos que confesar, de acuerdo con su amigo:

—Hay criaturas a las que sólo les falta un pedestal para presidir el puesto de honor de una sala de arte.

Héctor Gutiérrez sonrió con la mueca del cómplice; Wanda también sonrió ambiguamente... Echaron a andar hacia una confitería por una vereda estrecha, llena de gente que iba y venía. Entraron en la confitería de la media cuadra; pidieron de beber, charlaron de esto y de aquello y, repentinamente, Héctor Gutiérrez se dió una palmada en la frente, exclamando:

—¡Qué fastidio! Olvidé que tenía que llamar a casa del escribano. En seguida vuelvo; voy a hablar por teléfono.

Héctor se alejó. Ricardo Larrain miró a Wanda en los ojos; ella desvió la mirada hacia el suelo; luego volvió los ojos, y las miradas se encontraron nuevamente.

—Cierto: ojos maravillosos como la uva madura —dijo él contemplándola—. Ojos dignos de un poema.

—¿Es usted poeta?

—No: pintor.

—Pues entonces más dignos de un pincel que de un verso. Siempre he deseado que alguien pintase mis ojos.

—¿Qué le parece mañana, a las cinco de la tarde, en mi estudio?

—Una gran idea. Héctor podría pasar a recogerme. Allí viene...

Al día siguiente, Ricardo Larraín empezó a pintar los ojos de Wanda. A las siete, el teléfono del estudio sonó: era Héctor Gutiérrez, explicando que no podía ir en busca de Wanda porque le retenía el escribano.

Tres meses después, el pintor Ricardo Larrain y su gran amigo el músico Ernesto Lafuente se encuentran en una de las funciones al aire libre del teatro Colón. Durante el "ballet" de "Las Sílfides", Ricardo murmura, refiriéndose a la primera bailarina:

—Lo mismo que Wanda, espiritualísima, ideal...

—Dime, ¿quién es Wanda?

—Calla ahora; después del baile te explicaré... Pero fíjate en la que está bailando. ¿No es preciosa? ¡Sí, sí; lo mismo que Wanda!

Dos días más tarde, Ernesto Lafuente estaba ya componiendo una *petit suite* en honor de Wanda, la que, para inspirarle, empezó a frecuentar su estudio.

Seis meses después, Ernesto Lafuente expresaba a su viejo amigo Pepe Barrancos, ingeniero de minas, al ver un diamante de la colección de piedras preciosas que mostraba el segundo:

—¡Un diamante!, pequeño sol que deslumbra y obsesiona con su belleza inigualada. Lo mismo que Wanda...

—¿Wanda? —interrumpió el ingeniero.

—Sí, sí, Wanda: la mujer ideal, la más extraordinaria que he conocido en mi vida...

—Un momento: ¿Te refieres a Wanda, la de los ojos color de uva?

—Sí... ¿Es que la conoces?

—¡Que si la conozco! Seis meses he sufrido lo indescriptible con esa mujer: es absorbente, tiránica, caprichosa en extremo, superficial. Seis meses más con esa mujer y ya podían enterrarme. Yo fuí quien se la presentó a Coco Quiroga. ◈

BIENVENIDO A LA TIERRA...



EN MEDIO DE LOS RUGIDOS DE LOS LEONES, EL ALETEO DE LAS PALOMAS.

HE AQUI UN GRUPO DE LEONES MENDOCINOS, FAMOSOS POR SU FEROCIDAD.

Muchos y poderosos son los atractivos que encierra Mendoza para el viajero. La ciudad que fundara don Pedro del Castillo en 1561, con el sugestivo nombre de Mendoza del Nuevo Valle de la Rioja, y que al año siguiente cambiara de lugar el capitán Juan Jufré, "a dos tiros de arcabuz con dirección al sudoeste" del llamado valle de Güentata, es hoy la cuarta población de la República en orden de importancia.

Con el fondo imponente de la cordillera, Mendoza tiene algo de villa de juguete. El paisaje que se muestra al visitante es severo y risueño a un tiempo. Por momentos nos recuerda la belleza atrayente, pero inverosímil, de las tarjetas postales pródigamente coloreadas.

....

Sí, estamos en Mendoza, famosa por su buen sol y por su buen vino. ¿Solamente por esas dos características? No, por cierto. Su cartel de bienvenida al turista ostentará esa conocida y simpática leyenda, pero la verdad es que Mendoza puede, con toda justicia, proclamar otros muchos encantos, además de aquéllos. Puede, por ejemplo, afirmar que cuenta con el zoológico más importante y original de Sudamérica...

En las laderas del Cerro de la Gloria

A poco de arribar a Mendoza, un espontáneo y amable cicerone, cordialísimo como la generalidad de los



DE LOS LEONES FEROCES

UNA VISITA AL PARQUE ZOOLOGICO DE MENDOZA, EL MEJOR DE SUDAMERICA.- ILUSION DE LIBERTAD.- "JORGE", EL LEON MENDOCINO.- MERCADO DE MONARCAS DE LA SELVA.- CUANDO LAS FIERAS SE ENFERMAN.

Por Carlos Duelo Cavero

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

FOTOS DELPODIO

"A VER SI LA FOTO SALE BIEN..."

DANDOLE DE COMER A LOS LEONES

habitantes de esta tierra hidalga, nos dice en tono confidencial:

—A usted, amigo cronista, le interesará seguramente conocer nuestro zoológico. Verá qué hermoso es. Hay unos "leoncitos" que ponen la carne de *gayina*.

En efecto, mucho nos habían ponderado este Parque Zoológico. Frecuentemente lo describieron como un paraje de ensueño, animado por fieras...

Fué así como la idea de visitar el tan mentado parque se tornó en vivo deseo, que esperábamos convertir en realidad en cuanto se presentara la oportunidad de viajar a la ciudad cuyana.

En las laderas de la zona este del majestuoso Cerro de la Gloria, en medio de una vegetación que le da singular realce, se halla instalado el parque zoológico mendocino, cuyo construcción se inició en el mes de mayo del año 1940.

La primera impresión que recibimos al

PARECE QUE AL JAGUAR NO LE HACE GRACIA QUE LE RETRATEN EN SUS DOMINIOS DEL PARQUE ZOOLOGICO

comenzar el paseo por los caminos arbolados del parque, es que los animales gozan de una perfecta libertad. Tan poderosa es la ilusión, que en ocasiones casi no podemos evitar un movimiento de... sorpresa, al volver un recodo y encontrarnos inopinadamente con un puñado de leones que nos saludan rugiendo escandalosamente. Es el moderno concepto del zoológico. La jaula, aunque parezca absurdo, tiende a desaparecer. Lo que se impone en la actualidad es el sistema que tiene por fiel y espléndido paradigma al Zoológico de Chicago, en los Estados Unidos de Norteamérica; es decir, el confinamiento de animales, ya salvajes, ya domésticados, en ambientes naturales, aunque sean diferentes de los de su tierra de origen, desechando absolutamente la idea que antaño nos formábamos del zoológico: "una simple exposición permanente de fieras encerradas en seguras jaulas colocadas en los costados de las calles del recinto...".

El "almuerzo" de los leones

Vamos subiendo por los caminos en espiral, desde los cuales se contempla magníficamente la ciudad, alumbrada ahora por un sol radiante, alegre, que hace honor a la fama que se le ha creado. El señor Francisco J. Guiñazú, director del parque, de cuyo dinamismo y gentileza ya se nos diera referencias, responde a cuanta pregunta le formulamos, mientras nos acompaña durante nuestra visita.

—Pocas son ya las verjas y alambrados que se utilizan —nos dice—. Aprovechar los accidentes naturales del terreno ha sido nuestro principal objetivo. Y creo que en la mayoría de los casos el éxito ha coronado los esfuerzos de cuantos bregamos por agrandar día a día este zoológico.

Efectivamente, a menudo cuesta bastante adivinar la barrera o el muro que, disimulado por el follaje, nos separa de las fieras. Los fosos u hondonadas son asimismo numerosos. Ahí abajo están los leones, sin ir más lejos, a los cuales, en el preciso momento en que pasamos junto a su pequeño reino, les sirven su "almuerzo"... Algunos se disputan ferozmente, a zarpazos y dentelladas, los primeros trozos de carne de caballo que caen sobre ellos. Frecuentemente los peones deben tirarles guijarros para que cesen de pelear, aunque el recurso parece enfurecerlos más, a veces.

2.000 animales

—¿Cuántos leones hay en total? —interrogamos,

JUNTO A LA PUERTA DE SU VIVIENDA, ESTE AGUARAGUAZU "POSA" DE PERFIL ANTE LA CAMARA.



UN HERMOSO EJEMPLAR DE AVESTRUZ GRIS.



VISTA DEL POETICO LAGO DEL PARQUE.



UN CACHORRO DE PUMA Y SU DUEñITA.

un tanto sorprendidos por la fiereza de los felinos.

—Pues, 28 —responde el señor Guiñazú—. Aquí se crían mejor que en cualquiera otra parte de la República. Nosotros "surtimos" de leones a numerosos zoológicos de Sudamérica. El clima éste, el terreno pedregoso apropiado, en que hacen su vida casi africana, les sienta admirablemente. Diríase que, dada su condición de monarcas, el cautiverio disfrazado y las probabilidades de viajar los mantienen salvajemente saludables —apunta risueñamente nuestro amable interlocutor—. Aquél —prosigue, señalando a un hermoso ejemplar— es "Jorge", nacido y criado en este parque. Un león mendocino con todas las de la ley.

En la actualidad, el Zoológico de Mendoza cuenta aproximadamente con 2.000 especímenes de animales de distintas variedades, sumando éstas alrededor de 120. El plantel ha sido formado, según se nos informa, en su casi totalidad mediante canjes con los jardines zoológicos de Buenos Aires, La Plata, Córdoba, Montevideo y Santiago de Chile, como igualmente con algunos circos importantes.

Los canjes

—El personal de la repartición —nos hace saber el señor Guiñazú— tiene asimismo por misión, dentro de su cometido, atrapar cóndores, ciervos enanos, zorros colorados, huemules, gatos andinos y otros animales en la cordillera.

—¿Cuántos ejemplares tienen ahora disponibles para canjear? —inquirimos.

—Muchos. Entre ellos pumas, jaguares, avestruces grises y blancos, pecaríes, liebres de la Patagonia, ciervos... Pero la base de nuestras operaciones son y serán siempre los leones, muy "cotizados" en el exterior.

A decir verdad, ignorábamos nosotros que Mendoza, además de ser tierra ideal para el cultivo de viñedos, manzanos, perales, etcétera, lo fuera también —¡y de qué manera!— para la reproducción y cría de leones.

Continuando el paseo, llegamos cerca de un foso dentro del cual no vemos ser irracional viviente. El director del zoológico se anticipa a nuestra inevitable pregunta:

—Los huéspedes todavía demorarán un tiempo en arribar.

—¿Qué clase de huéspedes?

—Elefantes. Estamos haciendo gestiones para adquirir un par de esos paquidermos, y es muy posible que no tardemos en conseguirlos. Cuando los traigan tendrán la vivienda lista.

—¿Puede decirnos qué novedades ha recibido últimamente?

—Del Zoológico de Santiago de Chile, y en calidad de donación de su director, el doctor Carlos S. Reed, hemos obtenido un tigre de Bengala hembra, y del Zoológico de La Plata, un hermoso tigre malayo, de cuya unión poseemos el primer cachorro, de dos meses de edad.

Proyectos

La Dirección de Parques y Paseos de Mendoza estudia un proyecto destinado a llevar a cabo el futuro ensanche del zoo-

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 109)



ESTE OSO NEGRO ACEPTA SIN REMILGOS UN OBSEQUIO.

El padre

Cuento, por
Joaquín Gómez Bas

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN" ILUSTRACIÓN DE ARTECHE

En el instante en que traspuso el umbral de su casa, comprendió que debía apelar a toda su energía moral para continuar aferrado a la esperanza mantenida tercamente desde tres horas antes, desde que su mujer lo llamó a su despacho reclamando su presencia. Estaba seguro de que había conseguido transmitirle su propia tranquilidad. ¡Como si eso fuera posible!

Empero, al entrar, sereno y desenvuelto, algo en el rostro de la sirvienta le adelantó que la situación subsistía. ¡Lo había hecho! Tal como se lo dijera telefónicamente la alarmada voz de Rosa, siempre timorata y predispuesta a dramatizar:

—Ven pronto, Ricardo, en seguida... Es terrible...

E impelida por él, exigente y frío, continuó atropelladamente:

—Irenita se ha ido... Dejó unas líneas... Dice que es algo superior a su voluntad... Que nos agradecería que no hiciéramos nada por encontrarla. Yo creo que...

No quiso seguir escuchándola y colgó el tubo, luego de emitir un rotundo ¡Bah! Siguió trabajando, sin apuro, con una calma forzada, y aquí estaba ahora, decidido a enfrentar a Rosa sin demostrar la menor ansiedad. Hallarla llorando le causó irritación; pudo dominarse, y la encaró riendo desdeñoso:

—Me extraña, Rosa, que lo tomes en serio. Es una broma de Irenita... —y para refirmar su desaprensión, añadió voluble: —Vamos a cenar, y ordena que le pongan plato, que no tardará en llegar...

—Ha salido con el coche...

—¿Y qué? ¿Acaso es la primera vez que lo hace? Además, es suyo...

En la mesa conversó, jocoso como nunca:

—Esta Irenita... ¡Si la conoceré! Es capaz de quedarse por ahí haciendo tiempo... Nada menos que irse de casa, definitivamente, sin retorno... —miró a su mujer, molesto por su silencio pleno de congoja—. ¿Qué te pasa? Parece que verdaderamente lo creyeras...

—Se ha llevado su ropa, sus libros... —el llanto contenido le apagaba las palabras.

El permaneció tenso, paralizado en sus movimientos. Dirigió la vista hacia la escalera que conducía a la habitación de la hija, como si quisiera contemplar el cuarto vacío a través de la puerta cerrada. Se repuso y cortó tembloroso un trozo de carne, que dejó en el plato para desmenuzarlo luego inconscientemente con el cuchillo.

Cuando consideró que podría hablar con firmeza, comentó, sin mirarla:

—Debemos reconocer que a Irenita le gusta dar sensación de realidad a sus fantasías... Pero esto pasa de la medida... Te juro que esta vez me oirá de veras. Y tú no hagas como acostumbras... Nada de reprensiones tibias... ¿Me entiendes?

Eludiendo la respuesta directa, habló como para sí misma:

—Creo que no debimos mostrarnos intransigentes... Es sensible y obcecada... Siempre me asustó su temperamento... Debimos prever este resultado...

—¿Qué resultado? —la interrupción cobró un tono agresivo—. ¿Quiere decir que te han convencido esas líneas?

Nuevamente la mujer ignoró la pregunta.

—Quizá el muchacho es mejor de lo que...

—No volvamos a la eterna discusión... —se había levantado y la miraba hosco, retador—. Además, que ese asunto ya está terminado. Se le ha dicho que no ponga aquí más los pies... ¿O acaso pretende insinuar que la actitud de Irenita, suponiendo en un último caso que fuera cierto, tiene algo que ver con él?

Porque lo sabía y tenía miedo de que se lo confirmaran, no esperó contestación. Tomó su sombrero y salió.

En el café, con sus amigos, estuvo excesivamente locuaz, hablando de cualquier cosa.

Al contrario de otras noches, no demostró apuro por volver. Sin quererlo admitir, le estaba dando tiempo a Irenita para que pensara que la broma resultaba excesiva. Lo extraño era que la madre no la considerase tal. ¡Irenita! ¡Cosas de criaturas! ¡Tanto cine y noveluchas! Y el medicucho ese, con sus ínfulas de hombre superior. Pobre de solemnidad. Un título demasiado flamante y cuatro clientes. Y pretender con eso hacerla feliz a ella, acostumbrada a esa vida de hija única. ¡A ver si él podría alguna vez regalarle un automóvil para su cumpleaños! La culpa era de la madre, que no cortó desde el principio con energía. Claro que tampoco era cosa de imaginárselo. Irenita jamás había aparentado tener especial interés por él. A la casa llegó entreverado con el grupo de gente joven, chillona y divertida, que constituían sus amigos de estudios. No se podía negar que éste



era más serio que los otros. Para darse importancia... ¡Y con qué aires de señor explicó su propósito! ¡Casarse con Irenita! Se ve que no tenía noción de cómo las gastaba el padre... ¡Y el gesto desafiante con que recibió la negativa! Era cosa de enloquecer a carcajadas. Sin embargo, es preciso reconocer que no se amilanó lo más mínimo. El mismo, más de una vez le había salido al encuentro cuando la llamaba por teléfono. Y pedía hablar con ella lo más tranquilo, como si tuviera derecho... Menos mal que Irenita era incapaz de darle un disgusto al padre; que si no, a lo mejor se salía con la suya. Explotando, claro está, la predisposición romanticona de su hija... Pero Irenita sabría ponerlo en su lugar... Seguramente le habría hecho creer que



era capaz de abandonarlo todo por seguirlo... Y entusiasmada con la imaginaria aventura, intercaló a sus padres en la farsa... Si pretendió intranquilizarlos, forzoso era reconocer que lo había conseguido. Buen sermón la esperaba. No tenía la menor intención de respetar su sueño para decirle severamente lo que merecía por su conducta incongruente... Por culpa de su absurdo proceder se había mostrado violento con la madre. Además, la cena malograda... Se lo diría con seriedad, para que creyera que estaba enojado...

Observó el reloj. Casi las dos de la mañana. En ese momento comprobó que estaba solo. Trató de memorizar las distintas circunstancias en que se habían ido retirando sus acompañantes. No lo consiguió ni ahondó el esfuerzo. Se sentía cansado físicamente; pero sin sueño, dolorosamente desvelado.

Al doblar la esquina enfocó su casa. Su primera mirada fué para la ventana del cuarto de Irenita. Estaba oscuro. Desde luego que no podía ser de otro modo. Era tardísimo. Estaría; es decir, *estaba* durmiendo.

Ya en el zaguán, pensó ir al garage para cerciorarse de que allí encontraría el automóvil, pero lo juzgó innecesario. Subiría directamente y le golpearía la puerta, aunque se asustara. Iba a escuchar lo que no se imaginaba...

Apenas llegó al pie de la escalera, un sollozo de Rosa, sentada a oscuras junto al teléfono, le indicó que ya no tenía para qué ascender.

Con pretensión de aparentar indiferencia, se acercó:

—¿Por qué no te has acostado?

La mujer estalló, convulsiva.

—¡No ha venido! ¡No vendrá más! He llamado por teléfono a casa de sus amigas... No saben nada... He llamado también a la casa de él...

—¿Y? — la interrogación se le escapó a pesar suyo.

—Me dijeron que se fué al Rosario; salió temprano, antes del mediodía...

—¿Y qué tiene que ver?

—Dejó dispuestas las cosas para una prolongada ausencia... Se han ido juntos... Nosotros tenemos la culpa...

—¡Cállate! No sabes lo que dices... Es una coincidencia... ¿Qué concepto tienes de tu propia hija? Te digo que no quiero que se hable más de ese asunto... Acuéstate... Yo me quedaré esperándola... No puede tardar... No sería la primera vez que vuelve de madrugada... Le hemos dado demasiada libertad... Eso es todo

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 109)

DRESDE



LA VIDA CIRCULA TRABAJOSAMENTE ENTRE ESCOMBROS.

En una plazoleta de los jardines del Museo de Dresde se erguía en el mármol la romántica figura de Carlos María Wéber, el creador de la ópera nacional germánica, que parecía hablar al viajero del espíritu artístico de la antigua capital de Sajonia.

Su estatua está hoy convertida en ruinas, como toda la ciudad; pero nuestra imaginación sigue viéndola en pie, como si se levantara, en simbólica supervivencia, de entre los escombros, esparcidos por todas partes, desde aquellos días de febrero del año pasado, en que los ataques aéreos en masa iban abriendo el camino del ejército ruso hacia Berlín.

La evocación de Wéber trae a nuestra memoria la imagen de Ricardo Wágner, genial continuador de su escuela, cuya existencia se vinculó también a las viejas piedras de Dresde, en sus mejores ho-

DOS ANCIANOS VOLUNTARIOS QUE UTILIZAN SUS DIAS DE FIESTA PARA AYUDAR AL RESURGIMIENTO DE DRESDE

QUIERE RESUCITAR

SOLO RUINAS EXISTEN DE LO QUE FUERA LA FLORENCIA ALEMANA, PERO UN AFAN POR SURGIR DE NUEVO ANIMA A LOS HABITANTES DE LA DEVASTADA CIUDAD

Por Julio Bernal

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

ras de ilusión y de lucha. Allí estrena *Tannhäuser*, hacia 1845, y allí mismo, cuatro años más tarde, toma parte activa en la revolución de 1849, cuyo fracaso, seguido de una violenta represión, obliga al gran músico a ponerse a salvo en una fuga novelesca. Es el instante en que política y arte, los dos bajo idéntico signo renovador, celebran sus nupcias en el espíritu de Wágner.

Este hecho contribuiría no poco a que el nombre de Dresde se nos apareciese aureolado de legendario prestigio, ya que las artes, al igual que la naturaleza y que la historia, habían contribuído a la fama de esta ciudad, que mereció ser llamada *la Florencia alemana*. Como Florencia, era Dresde una de las ciudades europeas que mayor atractivo tenían para el viajero ávido de emociones artísticas, que no en balde guardaba en su museo esa maravilla que es la *Madona Sixtina*, de Rafael, sin contar otras muchas obras de excepcional valor.

La ciudad toda era como un museo, donde abundaban las joyas arquitectónicas; museo que se había ido formando a través de los siglos, desde aquel lejano día, perdido en la Edad Media, en que los margraves de Meissen edificaron un castillo a orillas del Elba, y a su pie se fueron agrupando las casas. No tarda —en el siglo XV— en comenzar su florecimiento, cuando la eligen para su residen-

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 111)



ARQUITECTOS EN TRANCE DE PROYECTAR LA RECONSTRUCCION DE LO QUE FUE LA FLORENCIA ALEMANA.

BUSCANDO MATERIAL DE RECONSTRUCCION.

ACTUALIDADES



VIAJE DE INSPECCION.—Gran interés ha suscitado el viaje de inspección, a las zonas invadidas por la langosta en Chaco y Formosa, del ministro de Agricultura de la Nación, quien aparece en esta foto, momentos antes de su partida, junto a altas autoridades del departamento a su cargo, que le acompañan en la jira.



ANIVERSARIO.—Con motivo de celebrarse el 163º aniversario del nacimiento de Simón Bolívar, representantes diplomáticos de Venezuela y miembros de la colectividad de dicho país realizaron un homenaje al Libertador del Norte ante su monumento en el parque Rivadavia, haciendo uso de la palabra en tal oportunidad el señor Ricardo Carrasco, presidente de la Sociedad Bolivariana en la Argentina.



AUDICION.—En la sede del Círculo de Cultura Literaria de las ex alumnas del Colegio Lasalle de Flores, efectuóse con éxito un concierto de divulgación musical con grabaciones.



ACTO PATRIOTICO.—Organizado por la comisión de arte de la C. A. D. E. y ante una nutrida concurrencia se llevó a cabo en el Edificio Volta un brillante acto patriótico en el que tomó parte el coro del Conservatorio Nacional y la soprano Amanda Cetera.



PUBLICACION. — Con el título "Ciencia Británica", el doctor Mariano R. Castex ha reunido en un volumen seis disertaciones pronunciadas bajo los auspicios de la Sociedad Argentina de Cultura Inglesa, en las que se refiere a la labor de eminentes médicos y físicos británicos.



CONFERENCIANTE. — El doctor Walter Delaplane, economista y catedrático norteamericano, quien se encuentra en Buenos Aires invitado por el Colegio Libre de Estudios Superiores para dar un ciclo de conferencias desde la cátedra Franklin D. Roosevelt.



FILOLOGO.—A fin de dictar una serie de conferencias se halla en nuestra ciudad el distinguido profesor español Américo Castro, quien, según se recordará, actuara como director del Instituto de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras de esta capital.



INAUGURACION.—En ocasión de inaugurar el ensanche del establecimiento "La Oportunidad", sus propietarios ofrecieron un cocktail a amigos y colaboradores. En la foto aparecen algunos de los asistentes a la reunión, que resultó muy animado.

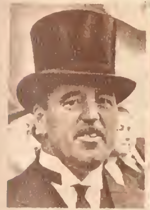
GRAFICAS



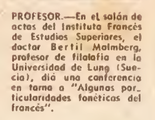
DISERTANTE.—Sobre el tema "Je reviens,,, Une fois encore", la señora Suzanne Barthelemy, presidenta de la Federación de Obras de Asistencia a los Niños de Francia Víctimas de la Guerra, pronunció una disertación acerca de las finalidades de la institución que preside.



AERONAUTICAS. - Maryse Bastié, la destacada aviadora francesa que nos visita, rodeada de un grupo de pilotos de prueba de aquel país durante el acto que tuvo lugar en el Plaza Hotel, organizado por la misión aeronáutica francesa.



DIPLOMATICAS. — Con destino a Santiago de Chile, donde permanecerá unos días para luego trasladarse a Wáshington, partió por vía aérea el consejero de la embajada de los Estados Unidos de América, señor John M. Cabot.



PROFESOR.—En el salón de actos del Instituto Francés de Estudios Superiores, el doctor Bertil Malmberg, profesor de filología en la Universidad de Lung (Suecia), dió una conferencia en torno a "Algunas particularidades fonéticas del francés".





BODAS DE PLATA. —El R. P. Francisco Ledachowski Thun, actual consejero provincial de la Congregación del Verbo Divino y Procurador Misional de la misma, que con motivo de cumplir sus bodas de plata con el sacerdocio está siendo muy felicitado.



EXPOSICION. — Con gran éxito de público y crítica el conocido artista Samuel Molla López realizó una muestra pictórica en la Galería Müller, de paisajes, tipos y costumbres de nuestras provincias norteñas.

El organillo



I

¡QUÉ nostálgica es la música! ¡Cómo evoca dolorosamente los viejos recuerdos! ¡Y qué tristemente se oye en el crepúsculo de noviembre el sonido llorón del organillo que toca una antigua polca!

¡Un antiguo aire de polca que hacía saltar a todo París hace quince años, cuando tú tenías apenas dieciocho! ¡Sí, tú!, la pobre rubia marchita, con tu sombrero de gastado terciopelo azul, que empujas el cochecito en el que duerme tu tercer hijo bajo los plátanos sin hojas de la triste avenida del suburbio.

¡Qué bonita eras en la época en que se tocaba esa polca en los improvisados bailes burgueses, con sus vasitos de jarabe y sus pastelitos secos! ¡Qué mañanas pasabas entonces con tu rostro fresco y de óvalo del Correggio, y con ese admirable pelo ondulado, de color de trigo maduro, del que perdiste la mitad, ¡ay!, en tu segundo parto!

¡Sin dote!... ¡Sí! No tenías dote. ¿Acaso podía ser de otro modo para la hija de un honrado subjefe que no obtenía de sus superiores, con toda regularidad, más que esta nota desesperante: "Empleado bueno y modesto, muy útil en su cargo"; de ese pobre hombre que en los bailes a los cuales te acompañaba, no se atrevía a sentarse en la mesa de *wist*, en donde se jugaba a cincuenta centavos la ficha, y que tocaba constantemente el bolsillo de su chaleco para asegurarse de que no había perdido los tres francos destinados al coche de punto?

¡Sin dote!... Todos los espejos del salón te decían que no tenías necesidad de ella, cuando entrabas del brazo de tu padre, radiante, en una bruma rosa. ¿Quién podía sospechar que la madre, que se había quedado en casa, falta de un vestido adecuado, había planchado tu traje sobre la mesa del comedor y que tú misma habías cortado y cosido tu vestido? ¿Acaso no estabas enguantada hasta el codo? ¿Cómo se hubiera podido saber que tenías pinchazos de agujas en las yemas de los dedos?

...Escucha esa vieja polca que toca el organillo jadeante, en el crepúsculo de noviembre. ¿Verdad que parece el canto de una loca, entrecortado por sollozos?

Te invitaba a menudo a bailar con él esta polca aquel joven moreno con bigote militar, tan elegante en su bien cortado frac y que en tus pensamientos llamabas por su nombre de pila: Federico. Te invitaba a bailar con él, esta polca, y también la mazurca, y el vals. Tu voz temblaba un poco cuando contestabas: "Sí, señor"; y tu mano también temblaba cuando la ponías en la suya. Porque, según se contaba, era un hijo de familia, una cabeza perdida, que había tenido un duelo — ¡qué prestigio! — y cuyo padre tuviera que pagarle las deudas por dos veces.

¡De qué modo te arrastraba por la cintura, con una mano firme!, y, en los minutos de reposo en que tú te apoyabas en su brazo, sonriente y respirando con prisa, ¡cómo te turbaba al mirarte de repente en los ojos y decirte, con voz baja y cálida — sobre un nada, sobre un detalle de tu tocado, sobre una flor de tu pelo —, un cumplido, muy respetuoso en su forma, pero en el que adivinabas un no sé qué doble sentido que te proporcionaba a la vez miedo y placer!

Un cuento de

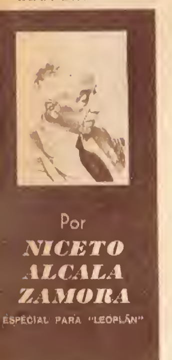
FRANÇOIS COPPÉE

ILUSTRACIONES DE BERNABÓ

¡Pero ay! Un hombre como Federico no estaba hecho para perder el tiempo en bailes con vasos de horchata. Se fué a otras fiestas; y, sin confesártelo a ti misma, te entristeciste, ¿verdad? Y luego pasaron dos, tres, cuatro, cinco años. Ya no te ponías el vestido rosa, que se había puesto un poco pálido, y en los bailecitos caseros, donde el repertorio no cambia nada, se seguía tocando siempre la vieja polca que te recordaba a Federico.

Al fin hubo que ver las cosas como eran, tomar un partido, y te casaste con el tímido muchacho que sacaba a bailar a las señoritas huesudas que frisaban en los treinta. Antaño habías olvidado más de una vez el baile que le habías prometido, y eso a pesar de que estaba apuntado en tu pequeño carnet de marfil. En-

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 110)



Por
NICETO ALCALA ZAMORA
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

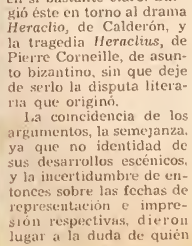
UN PLAGIO ENTRE DOS COLOSOS

UNO de los casos más curiosos en la historia de los litigios literarios sobre originalidad de los autores, fué el promovido por los partidarios de Corneille a los admiradores de Calderón de la Barca, acerca de una tragedia compuesta por el francés y coincidente con un drama del español. Los dos Pedros gigantes viéronse enredados en largo pleito de letras, aun después de muertos, hasta que al fin recayó un fallo de Voltaire, quizá más curioso todavía que el pleito mismo, y, desde luego, más original y sorprendente que las dos obras, ambas inspiradas en ejanas y comunes leyendas o tradiciones de la historia. unque desde el punto de vista de la estética, preceptiva y ritica literarias sea lo más interesante la sentencia voltetana y sus fundamentos, no se comprendería bien sin los ntecedentes del caso, y por ello estas páginas de hoy están edicadas a explicar cómo surgió el largo y porfiado litiio entre eruditos franceses y españoles.

Precisamente por haber ido más cerca y paralelamente mparejadas las vidas y las obras de los dos colosos, el spañol y el francés, pareció menos probable que el seundo espigara en el campo del primero. Aunque entonces a moda, al menos en literatura, y sobre todo en el teatro, uese de Madrid a Paris, hacia el largo viaje a pie, o a aballo, y pocos trayectos por la posta. Era natural que Corneille se inspirase en aquellos de nuestros clásicos que ueron sus predecesores, como Guillén de Castro, Ruiz de Alarcón y Lope de Vega, más fácilmente y con distinta frecuencia que en Calderón de la Barca, su contemporáneo.

Surgió sin embargo un pleito, o querella recíproca, sobre plagio del uno al otro, no promoviéndose la contienda por ninguna de las partes interesadas, que lo habrian aclarado, y si por exagerados admiradores de Corneille, o nacionalistas franceses intransigentes, que procuraron embrollar el caso, en sí bastante claro. Surgió éste en torno al drama *Heraclio*, de Calderón, y la tragedia *Heraclius*, de Pierre Corneille, de asunto bizantino, sin que deje de serlo la disputa literaria que originó.

La coincidencia de los argumentos, la semejanza, ya que no identidad de sus desarrollos escénicos, y la incertidumbre de entonces sobre las fechas de representación e impresión respectivas, dieron lugar a la duda de quién



CALDERON DE LA BARCA



CORNEILLE, EL GRAN AUTOR FRANCES

habia plagiado a quién. Planteada aquélla por arbitraria reivindicación francesa sobre originalidad, quedaba desechada la solución transaccional de tablas, o de espontáneas y no imitadas buscas en igual fuente tradicional e histórica, ya que a ese acomodo se oponía alguna buena docena de versos, manifiestamente traducidos unos de otros.

Surgido el pleito, y necesitándose fallarlo a favor de alguno, se desató la fantasia en Francia, y hasta se inventó contra Calderón un viaje a París, con el secreto e interesado designio de asistir a las representaciones de *Heraclius*, para imitarlo calladamente sobre la escena española.

* * *

Ocúrrese ante todo preguntar si la gloria reivindicada era tal en uno y otro campo, que valiera la pena de disputarla tanto. Y ha de responderse que de uno y otro lado del Pirineo se estaba muy lejos en altura de mérito teatral y trascendencia literaria respecto al litigio anterior de *La verdad sospechosa*, cuyo plagio en *Le menteur* confesó Corneille tan noble y repetidamente.

En los Heraclios quedaron sus autores a considerable distancia de su fama, de sus dotes y de su valía. Si sólo hubieran producido eso u obras del mismo nivel, no habria sido ninguno de ellos lo que ambos fueron ante el juicio sumario de su tiempo, y lo que han seguido siendo en la incesante revisión, que se substancia en los siglos posteriores. Ni se hubiera llamado al nuestro "príncipe de la es-

cena española", ni tampoco a Pierre "el gran Corneille", para diferenciarle, con la fraterna y modesta adhesión, de su hermano menor Thomas, ya que así no aparecería comparando el *Heraclius* respecto de *Ariadna* del último, donde la trama —o para hablar más adecuadamente, el hilo— del asunto trágico, se lleva con innegable y atrayente maestría.

Heraclius es una tragedia de enredo, género peligroso, inferior, algo hibrido, en el que inevitablemente la intriga, con la curiosidad que despierta, oscurece y daña a la magnitud sencilla y majestuosa de la emoción. Mucho más alto dicho género que lo melodramático y lo policíaco, está en laderas bajas de la cumbre trágica. Además, los conflictos aburguesados, el legislar sobre ellos como delitos de uso de nombre supuesto, usurpación de estado civil y suposición de partos, se vulgarizan, sin conservar rastros de sublimidad. Se necesitan primores de emoción, de peripecias, de conflicto, de caracteres y de forma, como en el caso de *El Trovador*, y conste que lo cito sin que ello signifique convertir el viejo pleito clásico en tercería romántica, ya que, aparte la lejanía y diferencias inconfundibles, tengo por cierto que García Gutiérrez ni se inspiró en Calderón, ni para el caso leyó a Corneille.

Heraclius, con algunas licencias de alteración histórica, se relaciona con la vida del soberano, usurpador en Bizancio, Focas, que destrona, mata y sucede al emperador Mauricio. La trama escénica supone que la lealtad de una dama de palacio logra conservar, de la sacrificada dinastía imperial, un niño, que será sucesivamente conocido, hasta recobrar su nombre y cetro, como Heraclio, hijo de Mauricio; Leoncio, hijo de Leontina; Marciano, hijo del propio Focas. El verdadero hijo de éste, confiado a la misma aya, pasa por los tres nombres y las tres situaciones



UN DRAMATICO EPISODIO REGISTRADO POR LA HISTORIA, QUE CULMINARIA CON LA MUERTE VIOLENTA DE FOCAS, INSPIRO A AMBOS TRAGICOS

en orden inverso; y entre los dos jóvenes se anuda una tierna y estrecha amistad. Ambos se acercan a frías y poco impresionantes contingencias de parricidio respecto del usurpador Focas, y de incesto con Pulqueria, hija superviviente de Mauricio. Por si el aya ocultara y enredase poco, siendo mucho lo que para ello hace, está medio enterado del embrollo, que aun complica más, un jefe, a la vez de conspirador y de guardia, Exuperio, quien parece doble traidor y confidente hasta que se decide en la escena del desenlace a favor de la causa justa.

El *Heraclio* de Calderón es algo menos complicado, y hecho con menor empeño, circunstancias ambas de estima, y desde luego de atenuación. Renuncio a mayores detalles sobre el argumento, porque expuesto analíticamente se comprendería peor. Baste decir que en sus sinceras y no-

tables autocríticas, o exámenes de sus obras, Corneille recomendaba que se asistiera a dos representaciones seguidas de esa tragedia, para comprenderla bien; ...y no estaría de más leerla de una a otra. La exposición confiesa que dura hasta el acto segundo, lo cual era inevitable; pero en realidad se completa en el cuarto, y en rigor, en el último.

* * *

El gran argumento, casi el único, alegado para imputar el plagio a Calderón, fué el silencio absoluto guardado por Corneille, tanto en su advertencia previa como en su examen posterior o autocrítica de *Heraclius*. Se quiso sacar partido de tal silencio por el contraste impresionante, que suponía con la explícita y repetida sinceridad, que había proclamado ante las imitaciones de autores españoles: de Guillén de Castro en *Le Cid;* de Ruiz de Alarcón (que primero creyó ser Lope), en *Le Menteur*, y de Lope de Vega en *La Suite du Menteur*, obtenida de *Amar sin saber a quién*. Ese argumento del silencio guardado por Corneille valía poco o casi nada que se reflexionase.

En primer lugar, él había dicho ya para siempre en la epístola-prólogo de *Le Menteur* (1642) que le iba tan bien con los plagios de nuestros autores, que no sería el último que hiciera. En iguales términos, y en el prefacio también, renovó el propósito y el anuncio en 1643 al componer la menos afortunada *Suite du Menteur*.



VOLTAIRE



RICHELIEU

Bastaban tales advertencias y confesiones. No era cauto repetirlas, y, sin duda amigos celosos, menos ingenuos que el noble Pierre Corneille, le aconsejarían que no insistiera tanto, ya en la cumbre de la gloria, sobre reconocimientos superfluos, puesto que nadie se los exigiría, y dañosos, en cuanto extendían una sombra de imitación, siquiera ésta fuese genial, y aquélla a su vez gloriosa, sobre el esplendor de su fama.

Hubo también, sin duda, un tercer motivo, más hondo y de mayor monta, para no rendirle a Calderón de la Barca el tributo de confesión elogiosa, pagado antes a los otros tres autores de nuestra patria. Corneille fué por casi toda su obra, relacionada en algo con España, algo muy raro en Francia, y muy de agradecer en francés tan grande: un verdadero y ferviente hispanófilo. La hispanofilia de Pierre Corneille, que merece examen aparte, se muestra en los asuntos que elige, en los modelos que sigue, en los caracteres que traza, en los elogios y entusiasmos que le salen del alma. Semejante debilidad afectiva debió costarle reproches, y no sería el menor ni el menos temible el del omnipotente y coloso Richelieu, en el cual, y para indisponerle al cabo con el gran trágico, la hispanofilia de éste pudo pesar más que la vana rivalidad literaria, atribuída por algunos al gran hombre de Estado, enemigo mortal de la casa de Austria. Esta se encontraba en irremediable decadencia, al aparecer *Heraclius*, en 1647; era ya la víspera de Westfalia, coronamiento de la obra tenaz, implacable del gran Cardenal, seguida por sus inferiores reemplazantes. No eran prudentes ni oportunos nuevos ecos de tal hispanofilia. Muchos la condenarían y ningún apoyo podía encontrarse. Ana de Austria, había mostrado, y era su deber, ser la Regente de Francia, y no la infanta de España; la madre de Luis XIV, también vínculo preferente, antes que la hermana de Felipe IV. Aun no se dibujaba ni la esperanza, que iba a ser escasa, de apoyo e influencia de la oscura y oscurecida María Teresa.

La prudencia impuso su sordina a Corneille. Calladamente su hispanofilia conservada se transparentaría después en *Don Sancho de Aragón* y en *Sertorius*, pero al tiempo de *Heraclius* prefirió el silencio absoluto. Sobre la base de éste, y evidente por demás que a las dos obras las unía un plagio, éste fué atribuído en Francia a Calderón, hasta que Voltaire, con las pruebas a la vista, reconoció que nuestro autor había sido el original y Corneille el plagiario. Sin embargo, su temible ingenio, tan apasionado como nacionalista, encontró la manera, que ya explicaremos, de conciliar ese reconocimiento con otro fallo general a favor del autor y de la obra franceses y en contra de los de España.

RISA Y SONRISA

INCREIBLE

por Andrino



—¡Pero siempre el mismo friolento!



CARICATURA DE
RAUL VALENCIA

GRACIA Y SACRIFICIO

VIAJANDO en calesa por el gobierno de X, oí de labios de un maestro de postas este antiguo proverbio ruso: Si buscas quien te preste dinero, es posible que no lo encuentres, sobre todo en los tiempos que corren, pero nunca dejará de encontrarte para reclamártelo el que una vez te prestó un rublo.

Como el viaje era largo, el camino malo y el cochero juraba como un maldito, decidí meditar profundamente sobre aquel proverbio. Al principio sólo saqué algunas conclusiones frívolas, como que el rublo estaba puesto allí por ser la unidad monetaria rusa y que lo mismo podía tratarse de otra cantidad. Ya desesperaba de encontrar el sentido profundo del refrán, cuando al cruzar por la pequeña villa de J, me quedé profundamente dormido. Un incidente que ocurrió poco después me despertó bruscamente. El diablo que iba en el pescante lanzó tan terrible juramento, que uno de los caballos, no pudiendo resistirlo, soltó una coz contra la caja del coche. El hecho carecía de toda importancia, pues la calesa continuó su camino como si nada hubiera pasado, pero al despertarme se me presentó de golpe el sentido profundo del proverbio que me preocupaba por aquel entonces. Si el hombre busca a Dios —interpreté—, puede que no lo encuentre; pero si Dios quiere encontrar a una de sus criaturas, la hallará, aunque se oculte en los lugares menos frecuentados por El.

Inmediatamente acudió a mi memoria la historia del teniente Makoko Makokovich, a quien la gracia divina fué a buscar a un lugar consagrado al pecado, a un garito.

Verdad es que el teniente Makoko Makokovich perdió aquella noche su honor de militar y veintisiete rublos, que era todo lo que le quedaba de su patrimonio, pero ganó en cambio su alma y un par de guantes de gamuza en buen uso.

En la desesperación del perdidoso en busca de desquite, Makokovich puso a una carta un billete doblado en cuatro, que tapó con la mano. Como hasta entonces, a pesar de su vida disipada, había sido un hombre de honor, se le respetó el capricho. Pero perdió, y entonces se pudo ver que el billete misterioso no era otra cosa que una cuenta de su lavandera, impaga, por más señas.

Entonces el capitán Lalo Lalovich se quitó un guante y se lo arrojó al rostro. Todos los presentes palidecieron. Pero la gracia acababa de tocar al pecador, y humildemente recogió la prenda y se la calzó en la mano derecha. Desconcertado, el capitán le arrojó el otro guante. El joven lo recogió y se lo calzó en la mano restante, y dijo:

—El Señor ordena que cuando nos den una bofetada en una mejilla, presentemos la otra.

Luego mostró sus manos enguantadas y se alejó, dejando a los presentes

sumidos en profundas reflexiones y al capitán, sin guantes.

Poco después llamaba a las puertas del monasterio de San Nicolás y vestía el sayal pardo de los monjes.

Cuenta la leyenda que cuando el santo prior le dijo: «Quítate los guantes, hermano, pues monje con guantes no alcanzará el cielo», Makokovich le respondió:

—Una flor no hace verano, ni dos primavera.

Y se le permitió usar los guantes para edificación de la comunidad, y porque el pueblo ruso es muy aficionado a los refranes dichos oportunamente.

Y con el nombre de hermano Gamuza, alusión a su milagrosa conversión, el teniente Makoko Makokovich llevó durante algunos meses una vida ejemplar. Pero un día comenzó a atormentar al confesor con espantosos problemas.

—El agua del cántaro me sabe a la mejor vodka. El inmundo pan que amasan con las patas mis hermanos tiene para mí gusto a caviar, a faisán trufado, a "gateau" de chocolate.

Al anciano confesor se le hacía la boca agua y el alma un lío.

—Son asechanzas del diablo para perderme. ¡Salvadme, padre, salvadme!

Y esta música continuó hasta que Dios iluminó la mente del confesor y encontró el remedio. En adelante, el hermano Gamuza dejaría el sencillo régimen alimenticio de los monjes y comería manjares. Se hizo venir un cocinero francés y todo marchó a pedir de boca, pues el hermano Gamuza encontraba los pavos trufados de tan espantoso gusto que, para castigarse, se daba unos atracones bestiales.

Otro día dijo a su confesor:

—Estoy perdido. El diablo ha encontrado el medio de perderme. Paso las noches sacudiéndome con las disciplinas, y cada golpe, en lugar de dolerme, me produce el efecto de una caricia de doncella enamorada. La razón es sencilla: como odio mi carne mortal, los golpes me saben a gloria.

—¿Qué hacer? —dijo el confesor.

—He encontrado el remedio —respondió Gamuza—. Sé que mi sed de sacrificio sólo se saciará con el sufrimiento de lo que amo, es decir, de mis hermanos en Cristo, y como al que más amo es al prior, creo que lo mejor es que le atice fuerte al santo varón.

—¿Tienes algún resentimiento con él? —le preguntó el confesor, pues los grandes teólogos no pueden dejar de hacer preguntas inútiles.

—Lo amo como amé en otro tiempo al siete y medio real.

—¡Pues duro con él y allá tú! —le respondió el confesor.

Y aquella noche, los monjes fueron despertados por espantosos lamentos, corrieron en sayales menores y vieron al hermano Gamuza, que se había introducido en la celda del prior y lo zurraba de lo lindo, llorando a lágrima viva, según unos, y a moco tendido, según otros.

Cuando, fuertemente sujeto por los brazos de cuatro robustos legos, Gamuza explicó al prior las causas de la tunda, éste, que no era un gran teólogo, se manifestó desconforme con el procedimiento y, armándose de un garrote, comenzó a devolver al santo palo por palo. Y el hermano Gamuza huyó del monasterio en busca de un lugar donde comprendieran mejor su deseo de sacrificio.

Murió en la horca, castigo que buscó empeñosamente asaltando a mano armada a los viajeros.

Dios lo habrá comprendido. ▪



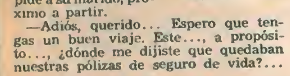
¿PARA QUE? por **GUBELLINI**

—¿Camisas, sombrero, guantes?
—No, no: corbatas.

ME RESUELVO POR ESTE; ME CORTA MEDIO METRO

$1.000

EN EL AERODROMO



La esposa que despide a su marido, próximo a partir.

—Adiós, querido... Espero que tengas un buen viaje. Este..., a propósito..., ¿dónde me dijiste que quedaban nuestras pólizas de seguro de vida?...

¡EL COLMO!

Aquel hombre era tan amarrete, que antes de dar su último suspiro prefirió seguir viviendo.

HAY QUE SABER VENDER



El empleado de la tienda informa a su patrón que un género marcado a 9 pesos el metro, parece excesivamente caro a las clientas, y que por ese motivo no se vende. Entonces el dueño ordena al vendedor:

—Sáquelo de vidriera y vuelva a colocarlo la semana próxima en "liquidación a 14,50 el metro". Verá que en un santiamén lo vendemos.

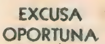
PINCELITO PURAPOSE — **Desencuentro** — **Por DOMINGO VILLAFAÑE**



LIQUIDACI

por VILLAFAÑE

EXCUSA OPORTUNA



La esposa — desconfiando —, al marido que acaba de regresar de una partida de caza:

—Pero, Juan, ¿y este papelito con un 4.50 atado a esta yunta de perdices?...

—¡Ah! Es cierto... Es la hora en que las maté...

HABIA RAZON



Pocos días antes de morir, un millonario hizo su testamento, por el que se beneficiaban todos sus servidores, menos el mayordomo. Uno de los párrafos del documento, rezaba: "Nada dejo a mi mayordomo, porque hace veinte años que trabaja en mi casa.."

EL CASAMIENTO

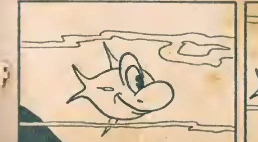
Según un entendido en la materia, las clases de casamiento son tres: de Dios, del diablo y de la muerte.

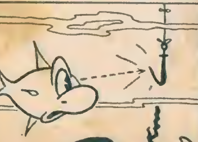
De Dios, cuando se realiza entr... venes de más o menos la misma ... Del diablo, cuando se casa un joven... una vieja, y de la muerte, cuando... mujer joven y bonita se casa co... viejo.

AGALLITA

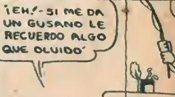
Aprovechando la ocasión

por J. CHRISTI...











POR LA CIENCIA

—¡Me da una pena el profesor!... Desde que sus tres ayudantes le abandonaron, tiene que trabajar solo en la fórmula del explosivo

MENSAJE AFECTUOSO



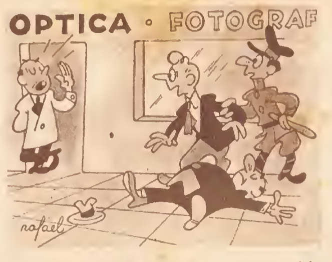
—...¡Ah! Y otra cosa, Juan: que no vuelvan a decirme que te han visto en un cabaret, porque cuando regreses te doy de palos, ¿sabes, querido?...

TIEMPOS MODERNOS



—Los vestidos para la nueva revista...

EL COLMO



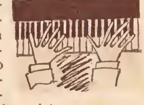
—A mí no me metan en líos... ¡Yo no vi nada!

OJO POR OJO...,


Por González Fossat



LE CAUSO SORPRESA



En una oportunidad, el célebre pianista Ignacio Paderewsky, siendo ministro de Relaciones Exteriores de Polonia, asiste a una reunión de estadistas en la que se hallaba Clemenceau.

Al ver por primera vez al pianista, "el Tigre" pregunta:

—¿Así que ese señor es Paderewsky, el mejor pianista de nuestros tiempos?

—Sí —le responden.

—¿Y se convirtió en ministro? ¡Qué decadencia!

OBEDIENCIA CIEGA

En una tormenta terrible
Un capitán mandó echar
El peso menos servible
Al enfurecido mar.

Siempre pronto a obedecer,
Lucas, lleno de arrebato,
Para cumplir el mandato
Echó al agua a su mujer.



DEMASIADO



—He adelgazado tanto, que mira donde me quedaron los botones del chaleco.

¡OH, LOS NIÑOS!

Un matrimonio con un niño entra en la confitería. El padre pide al mozo dos aperitivos.

—¡Pero, papá! —dice entonces el niño—. ¿Y para mamá no pides nada?



EN LA ESCUELA

Durante la clase de gramática, la maestra le pregunta al alumno:

—Si por ejemplo digo "soy bonita", ¿en qué tiempo estoy hablando?

—¡Ah! ¡Eso es en pasado, señorita!...



EL ATRACTIVO FEMENINO

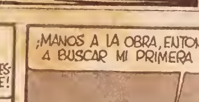
—Por regla general, las mujeres rubias son más atractivas que las morenas.

—Creo que te equivocas de medio a medio.

—¿Por qué?

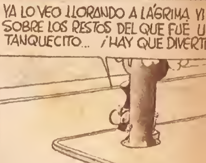
—Sencillamente porque mi esposa ha sido las dos cosas, y no he notado ninguna diferencia...

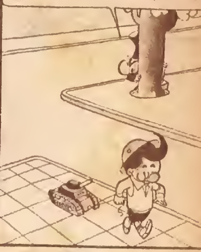






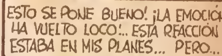






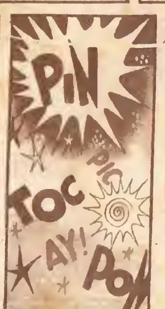














¡CON RAZON!

—¡Pero, Benito! ¿Se puede saber por qué firmas siempre "B. B. Benito P. P. Pérez"?

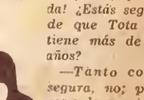
—¡Ah! ¿No lo sabías? Es que el sacerdote que me bautizó tartamudeaba.

ECONOMIA



Aquel hombre era tan amarrete, que cuando su sastre le tomaba las medidas, contenía la respiración para que entrase menos género en la confección de sus trajes.

ENTRE ELLAS



—¡Pero, que... da! ¿Estás seg... de que Tota... tiene más de... años?

—Tanto co... segura, no; p... eso es lo que sie... pre he oído de...

N PARACAIDAS Y TODO por Ianiro



—¡Vuelva, José!... ¡El motor anda otra vez!

BAJO EL MONTE DE LA LUNA



NAIROBI, LA CAPITAL DE KENYA, ES UNA CIUDAD MODERNA; PERO AFRICA GUARDA EN SUS ALEDAÑOS LA MAGIA ANCESTRAL DE SUS COSTUMBRES

Por
Granville Roberts
(SERVICIO DE ATLAS DESPATCHES)

NAIROBI, la capital de Kenya, en el Africa Oriental, es una hermosa ciudad moderna de 52.000 habitantes. Su población crece año a año de una manera notable. Las viviendas son allí confortables, hay lujosos hoteles, grandes bazares, que contienen hasta los más raros artículos procedentes de Europa, Asia y América, importantes bibliotecas; en una palabra, Nairobi es una metrópoli que encierra atractivos — incorpórese a éstos asimismo el encanto de un clima tonificante — no sólo para el fugaz turista, sino también para los antiguos residentes extranjeros, los

EN LOS ALREDEDORES DE NAIROBI ES AFRICA LA MISMA DE SIEMPRE.

UNA VIEJA HECHICERA.

VESTIDURAS MODERNAS, PERO SON SUS PEQUEÑAS INDUSTRIAS LAS TRADICIONALES.

colonizadores que fundaron su hogar tiempo ha en esa región ayer inhóspita, con miras a un porvenir próspero y venturoso.

Hoy, Nairobi es una espléndida realidad. Algo que parece espejismo de tan bello, pero que es una maravillosa verdad, gracias al esfuerzo del hombre. No obstante, el progreso ha entrado y debe aún penetrar más hondamente en Kenya, cautelosa y pacientemente, como el explorador en la selva cerrada. Porque el despertar del continente negro es un despertar lento, pleno de solemnidad, y porque la existencia de Kenya seguirá siempre ligada a la antigua Africa, la de las danzas rituales, la de los monótonos tom-tom, la de las caravanas de carretas tiradas por bueyes...

Africa eterna

De Nairobi a Arusha hay una distancia de 320 kilómetros. No ha llovido durante muchos meses. Los vientos han azotado la tierra reseca quemando el pasto. Dijérase que el caballo de Atila pasó por estas comarcas sembrando la desolación. ¡Tan triste es el panorama que se ofrece a las pupilas del viajero!

Una gigantesca nube negra flota arriba en el cielo azul con matices rojizos, cruzando por sobre el "veldt". Es una nube de tierra, que deja tras de sí un desierto cruel, donde no crece ni una miserable brizna de hierba para el ganado.

Hace menos de ochenta años que los exploradores británicos se abrían penosamente camino hacia los más recónditos lugares del Africa Oriental. Fué en 1861 cuando sir Samuel Baker, habiendo sido vencido por otro explorador, que anticipóse a él en el descubrimiento del nacimiento del Nilo, halló —cual digna compensación— el llamado lago Alberto y alcanzó después las cataratas Murchison.

Livingstone, Emin Pachá y lord Lugard no habían arribado todavía a las "Montañas de la Luna", tierra de promisión...

El distrito de Limuru es de una belleza extraordinaria, con sus valles cubiertos de helechos, zarzas y flores amarillas de un aroma embriagador. El valle de Thika, verbigracia, regado por el río del mismo nombre y el arroyo de Chania, constituye un inolvidable regalo para los ojos. ¡Y qué sugestivas son las cabañas esas en medio de las plantaciones de café donde los negros celebran sus fiestas!

Tierra de contrastes

No cabe duda que el africano no es un continente cuyo paisaje lo asocie uno a la nieve y al hielo. Pensar en Africa equivale a pensar en un sol abrasador, en siestas bochornosas, en horizontes de fuego. Sin embargo, el monte Kenya,



EL DIA DE FIESTA, Y PARA EL, EL

...eternamente nevado, es un desmentido rotundo a esa idea que uno se forja del clima y del panorama de esa parte del Africa. Esta mole blanca que se alza cual un titán alpino en el escenario agreste de Kenya, no sólo le otorga a ese país un rasgo singularísimo, sino que además puede decirse que gobierna su clima naturalmente cálido, pero atemperado por los vientos glaciales que soplan del citado monte, como reparadoras caricias sobre la tierra castigada por un Febo ardiente e implacable.

En torno al gigante níveo crece la flora más esplendorosa que jamás hayamos contemplado. Magnífica flora, tan exótica como subyugante, formada por plantas inverosímiles que diríanse nacidas de una leyenda oriental.

De las sorpresas que depara Kenya al viajero se podría escribir interminablemente, mas —¡ay!— sucede con esto igual que con los ensueños demasiado irreales: que por más que nos esforzamos en recordarlos al despertar, se esfuman de nuestra mente, sin que nos sea posible retenerlos, porque quizá la auténtica belleza es la fugaz, la que escapa siempre... Y un viaje a Kenya es algo por el estilo, una especie de ensueño fantástico y efímero.



TRABAJANDO CON METODOS PRIMITIVOS.



LEVITON Y EL JAZZ, IMPORTADOS DE NORTEAMERICA.

La señorita



I

El 26 de noviembre de 1860 nació Ana Carlota Isabel de la Ferté. Todavía veo, como si me hallara allí, la casa en que transcurrió su infancia. Cuando, saliendo de la estación, se entra en Dax por el arrabal del Arenal, y se atravesó el puente sobre el Adour, a la izquierda, se encuentra el paseo de la muralla. Entonces se ve, entre dos hileras de casas míseras y tristes, una escalinata de cincuenta escalones. A su final se abre inesperadamente la ancha calle, una vieja calzada de pavimento irregular, que los coches procuran evadir. Una gran puerta cochera deja ver un patio lleno de geranios; una escalera de piedra lleva al primer piso. Las habitaciones son grandes y sombrías, con los pisos de madera curvados por los años. El comedor, circular, conserva la forma de la torre en que fué construído. Los relojes, en el silencio, producen un ruido más intenso, y que parece más pausado.

Esta vivienda, como la casa de la Croits, de la que se hablará a menudo en el curso de esta narración, fueron dadas en dote a la señorita Germana de Arjuzanx al casarse, en la primavera de 1857, con el conde Miguel de la Ferté. No residía éste en la región, y sólo por casualidad llegó a ella. Una carta de un amigo común lo había llevado a casa del viejo señor de Arjuzanx, cuando, en 1856, los médicos le habían prescrito las aguas de Dax. Seis meses después casábase con la única hija de su huésped.

Al realizarse el matrimonio, el señor de la Ferté tenía cuarenta y seis años. ¿Qué había hecho hasta entonces? Nada, a juzgar por los resultados; mucho, si se atendía a la actividad desarrollada. Es difícil imaginar un enredador más perfecto que este gentilhombre. Hubiera podido vivir tranquilo en el rincón de Vermadoix, de donde era originario, o representarle en el Parlamento, o solicitar y obtener



...de la Ferté

La famosa novela de

PIERRE BENOIT

TAPA E ILUSTRACIÓN DE RAUL VALENCIA

[illegible] Poder central un cargo en armonía con su [illegible]. Su fatuidad le llevó, en cambio, hacia [illegible] que él creía menos a ras de tierra. Y [illegible] que tuvo legalmente la edad de ra[illegible], halló el medio de mezclarse, tanto como pudo, en todas las locuras de su época, y Dios sabe cuán fértil en ellas fué esa época.

La vida de Miguel de la Ferté no fué más que una larga noche del 4 de agosto. Orgulloso de que las armas de los Ferté ostentasen tres castillos de plata, nunca se sentía, sin embargo, tan dichoso como cuando tenía ocasión de discurrir delante de sus iguales acerca de los privilegios de su raza. En una palabra, pertenecía a esa nobleza liberal que halló más cómodo abandonar sus derechos que cumplir sus deberes, que eran su contrapartida. A ese precio conquistaba la fama de espíritu libre, amigo de la luz y del progreso. El señor de la Ferté no desaprovechaba ninguna tontería para granjearse ese título. Y venció en el empeño, pero sin poder elevarse nunca de los papeles de segunda fila a que su mediocridad intelectual le condenaba.

La mayoría de los hombres-cumbres del siglo pasado tienen entre su genio una parte ridícula, que hoy nos haría reír si fuésemos los herederos, sin beneficio de inventario, de esos magníficos disipadores. El señor de la Ferté tuvo el constante cuidado de no identificarse con sus venerados modelos más que por su lado [illegible]. Jamás leyó un solo verso de las *Contemplaciones*, pero lo colmaba de entusiasmo una divagación sobre la pena de muerte o sobre el origen de los estuarios. Católico convencido, se las arregló para comprometerse en las diferencias de Lamenais con Roma, hasta el punto de ser condenado, en 1840, a cumplir, en compañía del miserable Felicité, un mes de prisión en Santa Pelagia. En 1848, en la plaza pública, descubrió a Lamartine. El 2 de diciembre de 1851, Victor Hugo, en una memorable escena, le confió, llorando, una de sus dos pistolas. El conde Miguel era valiente.

pero desmañado. En la encrucijada de Tiquetonne dejó tuerta a una vieja lechera auvernesa, que tomaba el fresco a la puerta de su casa. Esto le costó, por sentencia del Tribunal del Sena de 6 de mayo de 1852, una pensión de novecientos francos, que, primero su viuda, y después su hija, tuvieron que pagar hasta el año 1884, en que la lechera murió, casi centenaria.

El juicio a que nos referimos fué, además, sustanciado en su ausencia, porque el señor de la Ferté hallábase en aquel entonces en Argelia, adonde había sido deportado por su actitud el día del golpe de Estado. Allí vivió, con agradables oficiales del ejército de África, entre los cuales encontró parientes y amigos, la época más tranquila de su vida, o mejor dicho, pudo vivirla. Desgraciadamente, su infantil cerebro de utopista no descansaba jamás. Todas las noches necesitaba asombrar en el casino a los jóvenes tenientes, con los que, debido a una disciplina algo relajada, podía jugar al *whist*. ¿No constituía para él un deber enseñar a esos militares, en verdad muy amables, pero de limitados conocimientos, a lo que puede atreverse, en el campo de la acción y del pensamiento, un aristócrata que ha asistido a los cursos de Víctor Cousin y tuteado a Miguel de Bourges? En todo momento, el señor de la Ferté procuraba aparecer, ante sus jóvenes amigos, con la frente cargada de preocupaciones. Poco trabajo les costó provocar las confidencias del proscrito: puesto que un Gobierno sin fe le impedía servir a su nación en la metrópoli, el conde Miguel, magnánimo y desdeñoso, estudiaría sobre la propia tierra del destierro los medios de aumentar el bienestar de la colectividad. Los métodos de cultivo practicados por los colonos de la Kabylia y de la Mitidja le parecían terriblemente atrasados. En las cuestiones agrícolas, como en todas las demás, el señor de la Ferté tenía ideas propias. La clemencia de Napoleón III no le dejó disponer del tiempo necesario para ponerlas en práctica. El 1º de enero de 1855 fué indultado y regresó a Francia con un plan completo de aclimatación en la tierra argelina del cultivo de la yuca y de cierta variedad de patatas.

Este plan debía de tener evidentes fallas, por cuanto las diversas sociedades de agricultura a las que se le comunicó lo acogieron con una frialdad que hubiera desanimado a un hombre menos persuadido de su mérito. En esa acogida, el señor de la Ferté no vió más que la prueba de la indigna tutela en que el Gobierno de diciembre tenía a todas las instituciones francesas. Además, le asaltaban cuidados de un orden más inmediato. Su salud se resentía. Consultó a los médicos. Sus diagnósticos no fueron unánimes. Uno atribuyó los trastornos sufridos por el señor de la Ferté al paludismo contraído en las llanuras de la Mitidja. Este diagnóstico se lo dió un médico republicano. El otro, obra de un practicón devoto del Gobierno imperial, afirmaba que los trastornos eran de naturaleza gotosa, y hacía remontar su origen al uso inmoderado del alcohol y de la caza durante la época en que el destierro obligó al revolucionario de la calle Tiquetonne a ser comensal de los oficiales africanos. Y, cosa extraordinaria, hubo que reconocer como acertado el criterio del bonapartista. A ello se debió, por lo tanto, el que el conde Miguel de Ferté llegase a Dax.

Desde el momento que pisó esta ciudad, aburrióse soberanamente. Era un hombre hecho para la vida de relación. Dax, pequeña y gris, tenía un aspecto siniestro con su castillo, que no podía reflejarse en las monótonas aguas del Adour por lo turbias que la fusión de las nieves de los Pirineos las ponía. Un día entero dedicóse el pobre reumático, en un viejo coche de alquiler, a buscar en las orillas del río alguno de aquellos sauces cantados por Vigny. Al anochecer, desilusionado por lo que él calificaba de abuso de confianza por parte del ilustre pesimista, retornó a su hotel de la plaza de la Fontaine-Chaude. Pequeñas golondrinas negras que pasaban y repasaban lanzando agudos chillidos, atravesaban los vapores de las termas.

Llamaron a la puerta de su pieza. Era un muchacho que traía una carta.

El mismo día de su llegada, el señor de la Ferté había dejado en casa del señor de Arjuzanx la misiva de presentación que un común amigo le había dado para el viejo gentilhombre landés. En aquel momento le contestaba el señor Arjuzanx, participándole al señor de la Ferté que sería bien recibido en su casa.

Si el conde Miguel no se hubiera hallado tan solo, hubiese tardado en aceptar esta invitación. Pero en ese momento del crepúsculo y de aislamiento sintióse anonadado. Era, hay que repetirlo, un hombre hecho para la vida de relación.

Caía la noche cuando llegó ante la casa de la calle Ancha el señor de la Ferté. Una vieja criada, que sólo hablaba *patois*, le abrió la puerta y lo introdujo en un sombrío salón. Los marcos desdorados lucían opacamente en las paredes. Pero los retratos que encuadraban ya no se veían.

Al cabo de diez minutos entró una persona. Era la señorita de Arjuzanx. Seguíala la vieja criada, que prendió la lámpara. Disculpó la ausencia de su padre diciendo: "A esa hora, como todos los días, está en su casino. Pero ya le mandé aviso. No puede tardar en volver..." En efecto, apareció pronto.

El señor de la Ferté quedóse a comer con los de Arjuzanx. Al día siguiente volvió. El viejo landés habíase hecho amigo suyo. A los seis meses le entregó su hija única.

No era este enlace lo que puede llamarse un joven matrimonio. La señorita de Arjuzanx acercábase a los cuarenta años, y como se recordará, el señor de la Ferté pasaba de los cuarenta y seis. Sin embargo, esta unión dió lugar a grandes fiestas, a las que fué invitada toda la nobleza del Marensin y de la Chalosse. De estas fiestas, el señor de la Ferté fué el rey indiscutido. ¡Tenía tanto ingenio! ¡Había intervenido en acontecimientos tan importantes! Cuando empezaba alguno de sus relatos, todo el mundo callaba. Si en un extremo de la mesa algún joven seguía hablando, era llamado de inmediato al orden por una terrible mirada del viejo señor de Arjuzanx. "Puedes continuar, Miguel", decía entonces, volviendo hacia su yerno los ojos, húmedos de admiración. ¿Dónde estabas? ¡Ah!, sí... ¿Qué dijiste a Bonaparte?" El señor de la Ferté sonreía complacido, y mirando sus manos, que eran largas y bonitas: "Lo que le dije fué muy sencillo. La diferencia, señor, que hay entre vos y yo, es que mi nobleza está fundada en un juramento, mientras que la vuestra está fundada en el perjurio". Un escalofrío de admiración y de terror corría por toda la concurrencia. "¿Te atreviste verdaderamente a hablar así?" "Como tengo el honor de decírselo, señor" "¿Y qué respondió él?" "Nada; se puso muy pálido y salió retorciéndose el bigote. Al día siguiente fuí llamado a casa del señor de Morny, quien me ofreció una senaduría en el Sena Inferior". "Es innecesario, Miguel, preguntarte cuál fué la respuesta que diste". "Es, en efecto, completamente innecesario, señor".

El señor de Arjuzanx tenía una fortuna que le producía una renta de ocho mil libras, más los rendimientos en especie de sus tierras. Estas tierras comprendían las sesenta hectáreas de bosque y praderas incorporadas a la casa de la Crouts, situada a dos leguas de Dax, próxima al ferrocarril de Burdeos, y las granjas de Hiux, en el límite norte de Chalosse y de la Rivière, diez kilómetros al oeste, y, por último, repartidas aquí y allá, algunas hectáreas de pinares.

Desde el momento en que el señor de la Ferté se convirtió en yerno del señor de Arjuzanx, fijó su atención en los arcaicos métodos de explotación de los dominios de su suegro. No le fué difícil obtener del viejo carta blanca para tratar de asegurar un mayor rendimiento. El señor de Arjuzanx no vivió el tiempo suficiente para apreciar la excelencia de los métodos agrícolas de su yerno. Murió a principios de 1860, convencido de que Miguel era un gran hombre.

Diez años más tarde, las ideas del señor de la Ferté habían alcanzado, más o menos, el resultado siguiente: su fortuna personal, calculada en dos mil francos de renta, había desaparecido. Los ocho mil francos de renta que el señor de Arjuzanx al morir dejó a su hija, habían seguido el mismo camino. La granja de Hiux había sido vendida, y su precio devorado por un misterioso abismo. La casa de la calle Ancha, avaluada en ochenta mil francos, estaba hipotecada en treinta y cinco mil. Sería erróneo inferir de estos desastres que el conde Miguel fuese un dilapidador. Era justamente lo contrario, y los escépticos, respecto a esta afirmación, pronto se convencerían de que hubiera sido mejor que algún vicio lo hubiese dominado. Pues, es posible admitir que el juego produzca beneficios. Pero las ideas equivocadas, jamás.

Además, para ser justo, es menester confesar que no tuvo suerte en sus sucesivas iniciativas. Mil plantas de algodón, adquiridas a alto precio en América, se helaron precozmente en las landas de la Rivière, taladas con tal objeto, y que fué necesario vender en una cantidad irrisoria. En las orillas del Adour extiéndense grandes praderas, que inundaba cada crecida, y en las que vivía una curiosa raza de pequeños caballos salvajes. El señor de la Ferté concibió en seguida la idea de mejorar esta raza, para fijarla después. Con tal fin hizo transportar, a precio de oro, desde Argelia, doce ejemplares tipos. Nunca se supo qué fué de estos costosos sementales. Desaparecieron. Seis años después, uno de ellos pudo ser identificado al norte del Departamento, en los bosques de chaparros que rodean la laguna de Casaux. Sembraba el terror en la comarca, matando a los carneros, y aun persiguiendo alguna vez a los pastores, que huían asustados, a todo correr, ante el pequeño monstruo. Fué menester organizar una batida para terminar con él, y gracias a los cuidados de los Concejos de Aureilhan y Lit-et-Mixe, se presentó al señor de la Ferté la cuenta de los daños.

Sin embargo, no se desanimó. Y la emprendió con un negocio de fabricación de un productor de fuego, para el que había obtenido patente; pero tampoco con esto fué afortunado. Hubo que vender la granja de la Rivière. Los pinares habían sido ya enajenados para hacer frente a las exigencias de los acreedores de Burdeos y Bayona.

La señora de la Ferté asistía a esta ruina sin pronunciar una palabra de censura. Tal vez no llegó nunca a formarse de su esposo una idea distinta de la heredada de su padre, o tal vez lo amaba más a medida que el destino lo perseguía. "Tendrás más suerte en la próxima ocasión", le decía, sin darse cuenta de la responsabilidad que contraía así en la sucesión de las locuras. Esta mujer, triste y dulce, nunca se proporcionó un placer. Sólo dos veces, en doce años, fué a Burdeos. El señor de la Ferté no notó que los dos viajes coincidieron con la desaparición, el primero, de un par de zarcillos y de un broche de diamantes, y el segundo, de un vestido de punto de Inglaterra de tres volantes, que desde hacía dos siglos venía figurando en la canastilla de boda de la mayor de las señoritas de Arjuzanx.

Así, sencillamente, pero de un modo seguro, esta familia caminaba hacia la ruina. En 1874, como era necesario vivir y los productos de las granjas habían desaparecido casi por completo, el señor de la Ferté



Ya están en venta los famosos receptores







Regio Combinado de Mesa, modelo 1946. Equipado con 8 válvulas, parlante superconcierto, elegante mueble enchapado de gran presentación. Onda corta y larga, de alcance mundial, ambas corrientes, y todos los adelantos técnicos de la postguerra.

Soberbio receptor de onda corta y larga, ambas corrientes, equipado con válvulas americanas de último diseño. Una maravilla tonal, a prueba de ruidos. Modelo 1946.



Pida hoy mismo nuestro catálogo ilustrado, aprovechando las ofertas de venta-presentación.



Precisamos agentes activos. Solicite condiciones y lista de precios para revendedores.

BME. MITRE 2587 BUENOS AIRES

Señor Gerente de Grandes Establecimientos UNIVERSAL
Bartolomé Mitre 2587 — Buenos Aires
Ruego me envíe catálogo ilustrado y lista de precios confidencial.

Nombre ....

Dirección ....

intentó hipotecar la Crouts. Pero por las desgracias nacionales escaseaba tanto el dinero, que sólo pudo lograr una docena de miles de francos. Una pequeña especulación exitosa le permitió duplicar esta cantidad. En la casa de la calle Ancha le concedieron unos días de tregua. Pero fueron de corta duración. Las gentes muy viejas del país recuerdan todavía un ciclón que en la noche del 10 al 11 de octubre de 1877 asoló los bosques holandeses. Cuando al día siguiente amaneció, desde Boucau a Mont-de-Marsan yacían por tierra cientos de pinos. Las gigantescas raíces erizaban la landa, en la que dejaban al descubierto grandes fosos.

Al ver esto, el señor de la Ferté tuvo una idea genial, la última. Compró todos aquellos árboles arrancados, inútiles, pensando en hacerse, mediante esta audaz operación, el dueño del mercado de maderas en el Departamento. Solamente logró pagar muy caro lo que valía muy poco, porque en su precipitación no había olvidado más que un detalle: la imposibilidad en que la penuria de medios de transporte le ponía, en la mayor parte de los casos, de sacar provecho de sus adquisiciones.

Aferróse, sin embargo, a la idea. Durante dos semanas se le vió recorriendo las landas, contemplando con enternecidos ojos aquellos árboles, último jirón de su fortuna, que se pudrían sobre la tierra esponjosa. Una tarde, cuando regresaba a Dax por la carretera de Magescq, acompañado de los resineros, penetró en un pequeño pinar, en que él había adquirido siete pinos. Seis de ellos estaban derribados. Pero el séptimo permanecía con la copa al aire, sujeta a los árboles contiguos por sus ramas más altas. El señor de la Ferté, por su contrato con los compradores, debía entregar los árboles tendidos en el suelo para ser transportados con rapidez. Emprendió con los resineros la tarea de enlazar el tronco del árbol recalcitrante con una cuerda para hacerle descender a tierra. ¿Estuvieron torpes los dos hombres? ¿Cometió él mismo alguna imprudencia en la maniobra? Lo cierto es que el árbol, al caer, le hundió el cráneo. Al día siguiente dejaba de existir.

II

Al fallecer su padre, Ana iba a cumplir diecisiete años. Sus biógrafos harían mención, ante todo, de un padrino ilustre: era ahijada de Montalemberg, y a eso debía su segundo nombre de Carlota. El gran orador había conocido, en las locuras de su juvenutd común, al señor de la Ferté. Tomó su defensa en los periódicos cuando la calaverada lamenaisiana, que lo llevó a Santa Pelagia. Montalemberg nunca vió a su ahijada. Respondió con breves y afectuosas frases a las cartas que se hacían escribir a la niña en los aniversarios de su bautizo. Una vez, en 1868, acompañó su respuesta con un ejemplar de su *Historia de Santa Isabel de Hungría*. En la primera hoja había escrito, con su letra fina y apretada, a modo de dedicatoria: *A la otra Isabel, a quien espero conocer algún día*. El señor de la Ferté no olvidó exigir que su hija llevase el libro al convento, donde le valió, por parte de las religiosas y del capellán, un gran aumento de consideración.

A pesar de que el convento sólo distaba cincuenta metros de la casa de la calle Ancha, Ana había ingresado en él doce años antes como interna. Era la regla seguida en la familia; su madre y su abuela fueron sometidas a ella. Ana escribió sus primeros renglones en el pupitre que perteneció a la señora de la Ferté. Fué una alumna mediocre. Algunas compañeras decían de ella: "Ana, en el fondo, no es mala; pero es hipócrita".

El señor de la Ferté, en su calidad de hom-

principio contra ese enclaustramiento prec
Después, poco a poco, dejó de hablar de es
y, detalle curioso del que pocas personas
dieron cuenta, a medida que crecía su hi
parecía cohibido él, que fué la desenvoltu
misma, delante de ella. Era menos hablad
menos brillante en la mesa, los días en q
por tener Ana vacaciones, estaba presente.
empezaba una de sus interesantes historias,
teníase de pronto en seco al encontrar los o
de la niña puestos en él con misteriosa fije
Su esposa, sorprendida del silencio, le pregu
taba con su voz suave: "¿Qué dijiste, pues,
Lamartine?" El cambiaba la conversación y
aplazaba para proseguirla cuando Ana se hal
ido a acostar.

Cuando a principios de octubre de 1877 v
vió la señorita de la Ferté al convento, le qu
daba tan sólo un año de permanencia en él. D
rante ese año, el menos monótono, debía apre
der pintura sobre seda y repostería. Nun
había de olvidar Ana, en lo sucesivo, la mañ
na del mes de noviembre, en que vió abrir
la puerta de la cocina, donde una monja la
taba iniciando en los secretos de la preparaci
del hojaldre. Entró la madre superiora: "H
mía, es necesario tener valor". Estas palab
no eran precisas. Desde que llegó a la edad
la razón, Ana vivía con la idea oscura de u
catástrofe. Cuando la oyó anunciar, hizo
movimiento de cabeza que a la vez fué
resignación y de reto.

Una vieja parienta que la esperaba en el l
cutorio la puso al tanto de lo ocurrido. N
pronunció una palabra durante el corto tr
yecto que había hasta su casa, en la que, cua
do entró, oyó murmullos de piedad. "¡A
¡Pobre hija mía!", exclamó la señora de
Ferté al verla. Las dos mujeres abrazáron
"¿Dónde está?", preguntó Ana. Fué a la h
bitación en que yacía el cuerpo de su padr
y arrodillándose ante la cama, permaneció a
durante diez minutos con los dientes apretad

Después se levantó, y entonces dióse el e
pectáculo imprevisto de esta muchacha, inte
na en un colegio hacía una hora, imponiend
su voluntad a toda aquella gente desorientad
Las llaves de la casa quedaron abandonadas
una mesita de labor. Ana las recogió. Empe
por abrir el armario de luna, buscó en él, y e
un cajón encontró el escaso dinero para l
gastos inmediatos de la familia. Dió un luis
cada uno de los dos boyeros que habían llev
do el cuerpo de su padre y esperaban des
hacía una hora en la calle, delante de la pue
ta, con la gorra en la mano. Se marcharo
balbuceando palabras de agradecimiento.

En la cocina, frente al fuego, estaban l
colonos sentados en sillas de paja. El de
Crouts, que llegó el primero, y los de las gran
jas de Hiux y de Rivière, a pesar de haber sid
vendidas estas últimas. Según costumbre, h
bían ido a cumplir sus deberes con el am
muerto. Levantáronse en silencio y se inclina
ron cuando entró la joven. Ana, sin decir un
palabra, estrechó sus manos recias y bajó a l
cueva. Subió cuatro botellas de vino; es
bravas gentes habían caminado por lo meno
dos leguas.

En seguida volvió a la cámara mortuori
Allí la gran anarquía del dolor reinaba com
dueña. Viejas personas que en vida sólo tuvie
ron muy tenues afectos por el señor de l
Ferté creíanse obligadas a ser el eco sonor
de los gemidos de la viuda. Por entre sus dedo
mal unidos miraron a Ana. Viéronla abrir un
alacena primero; un armario después, y saca
toda la ropa necesaria. Una voz murmuró
"¡Qué dueña es de su cabeza!" Ana fingió n
oirlo. "Mamá — dijo —, conduce a estos se
ñores y a estas señoras". Y cuando la titubeant
señora de la Ferté obedeció, quedóse ella so
con las dos religiosas que permanecían en l
habitación al cuidado de la muerte.

Quiso ayudar al amortajamiento. Pero cuan

ble herida, sintió hundirse los huesos del cráneo, estremecióse y se puso lívida. Hubo que obligarla a que saliera a tomar aire al pequeño jardín, sobre el cual pasaban velozmente las nubes bajas y grises.

Las exequias se habían señalado para dos días después. Ana veló la primera noche; en la segunda la obligaron a descansar. Obedeció, pero sólo después de haber recogido todos los papeles que encontró en la caja de caudales de su padre. Después de cerrar con llave la puerta de su habitación, púsose a examinarlos.

El desorden de que eran testimonio aquellos viejos papeles no sorprendió a la hija del señor de la Ferté. Le costó poco trabajo darse cuenta de que ella y su madre estaban en la ruina.

Levantóse de la silla. La noche era lluviosa. Dió algunos paseos en la habitación para entrar en calor. La luna del armario le devolvía su silueta delgada y negra, su vestido con pelerina, los encajes del cuello, sus blancas manos cruzadas sobre el pecho sombrío. Sin duda en ese momento se le apareció por entero su oscuro porvenir. Sin embargo, ni una arruga vino a descomponer aquella cara, cuya precoz gravedad contrastaba de tan extraño modo con la juventud. La señorita de la Ferté acercó una butaca a la chimenea, puso en el fuego un leño, apagó la lámpara y quedó inmóvil.

El entierro se efectuó a las diez de la mañana siguiente. El mismo día, sobre las tres, anunciaron el notario.

—Yo fuí la que le rogué que viniera, mamá —dijo Ana, al hacer su madre un gesto para dar a entender que no se hallaba en estado de recibir a nadie.

—¡Ah! — dijo la señora de la Ferté con abatimiento —. ¿No podríamos dejar para más adelante...?

Ana la interrumpió con cierta sequedad:

—Siempre se puede diferir el momento de recibir dinero; pero no aquel en que se debe dar. Haga pasar al señor Destouesse.

Entró el notario. Fué una larga conversación entre él y Ana, conversación en la que la señora de la Ferté, invitada en varias ocasiones a intervenir, no se mezcló más que para recusarse a sí misma inmediatamente: no sabía, no recordaba, y después, exigirle el mismo día del entierro... Ana no insistía nunca. Desviando de la pobre mujer su mirada para dirigirla hacia el notario: "Y bien, señor Destouesse; admitamos que sea así". Era siempre la hipótesis más desfavorable a sus intereses la que proponía como base provisional para los cálculos. Ni una vez, por desgracia, en el curso de la liquidación, fué equivocado este método.

Al cabo de una hora, el señor Destouesse se levantó. Ana le dijo:

—Le damos las gracias, señor. Mañana iré yo a darle nuestra contestación, porque deseamos que marche todo tan rápidamente como sea posible.

—¿Qué contestación? — interrogó la señora de la Ferté cuando las dejó solas el notario.

—Nos queda de plazo esta noche, mamá — replicó Ana impasible —, para decir qué casa queremos vender, si la de la Crouts o ésta.

—¿Que qué casa queremos vender? — dijo la señora de la Ferté —. Pero, Dios me perdone, querida hija mía, tú te has vuelto loca. ¿Por qué quieres que vendamos nuestras casas?

—Porque no podemos conservarlas. Se vendieron ya las granjas. Ahora es necesario vender las casas, o al menos una.

—¡Vender una casa, vender una casa! Pero, ¿cómo has de hacerlo? Las granjas era otra cosa; pero una casa no es un asunto baladí. Tu pobre padre no se decidió nunca a ello. Una vez más, ¿por qué quieres que vendamos una casa?

—Porque nos vemos obligadas a venderla, mamá. ¿No has oído acaso lo que hace un momento dijo el señor Destouesse?

—¿El qué? ¿Qué dijo? Os he oído hablar de cantidades. Pero es natural que yo no haya podido darme bien cuenta el mismo día del entierro de tu padre. Verdaderamente, si hubiese estado aquí un extraño, hubiera creído que no pensamos más que en el dinero...

Y la señora de la Ferté rompió a llorar.

Ana no se inmutó. Lentamente, claramente, explicó a su madre los detalles de su conversación con el notario. No tenían, por toda fortuna, más que las dos casas, la de Dax y la de la Crouts, tasadas cada una en 80.000 francos. Pero las dos estaban hipotecadas, la primera en 35.000 francos y la segunda en 20.000. La prudencia mandaba vender una para liberar por completo la otra. Después se colocarían los 25.000 francos sobrantes, tratando de obtener de ellos el 6 ó el 7 por 100, cosa que el señor de Desteuesse consideraba posible.

La señora de la Ferté limpióse los ojos y abrazó a su hija.

—Comprendo — dijo —, comprendo. Ya ves que cuando quiero tomarme el trabajo de enterarme, no soy tan obtusa para las cuestiones de dinero. Vendámos, puesto que es necesario. Pero yo creo que estarás conforme conmigo en conservar la casa de la ciudad y vender la de la Crouts.

Ana movió la cabeza negativamente.

—¡Cómo! — dijo la señora de la Ferté, sorprendida por el silencio de su hija, mirándola —. ¿Es ésta la casa que tú quisieras...? Hija mía, no piensas... La casa en que murió tu padre, tu abuelo, tu abuela; en la que yo nací, en la que naciste tú; una casa que pertenece desde hace doscientos años a nuestra familia... ¿Pensaste, por ventura, lo que se dirá en el país? No, no; jamás, ¿me oyes?, jamás, mientras yo viva... Pero, háblame; dime algo. ¿Por qué quieres que vendamos esta casa y no la de la Crouts?

Ana sonrióse dolorosamente.

—Mamá —dijo—, olvidas que en la Crouts hay beneficios de la tierra, y que los necesitamos para vivir.

La señora de la Ferté juntó las manos.

—¿Hemos llegado a eso, niña mía?

—Sí, mamá — dijo Ana.

Permanecieron algunos instantes en silencio. La noche extendíase por la habitación. Por encima de los grandes armarios, los bronces, envueltos en la sombra, habían desaparecido.

—¡Será necesario entonces vivir allá abajo! — dijo.

—El campo de los alrededores de la Crouts es muy hermoso en verano — murmuró Ana.

—En verano, sí, pobre hija mía. Pero... ¡el invierno!

La señorita de la Ferté no contestó.

Entonces su madre dijo en voz baja:

—¿Y... tu colegio?

—No volveré — contestó Ana, agregando —: Además, ya casi había terminado.

—Sí — replicó su madre —; pero el año que te falta es justamente el más agradable.

Ana hizo un gesto ambiguo.

De pronto, la señora de la Ferté rompió a llorar.

—Mamá, mamá — dijo su hija —: cálmate, te lo ruego.

—¡Pobre hija mía! ¡Pobre hija mía! — balbuceó la señora de la Ferté —. Te pido perdón. ¡Qué vida va a ser la tuya! Corres el riesgo de no casarte nunca.

—¡Ah! — contestó Ana con una voz que heló a su madre —. Prefiero mil veces permanecer soltera a correr el riesgo de casarme...

Enmudecieron las dos: la una aterrada de lo que iba a decir, la otra de lo que había dejado de oir. Pero todo lector atento habrá comprendido ya que no era el perdón de las injurias una virtud de la que en aquellos momentos hubiera podido vanagloriarse la señorita de la Ferté.

En los primeros días de enero todo estaba concluído. La casa de Dax, hábilmente negociada por el señor Destouesse, fué vendida en 85.000 francos, y la señorita de la Ferté había logrado decidir a su madre a deshacerse del mobiliario que no podía pensarse en trasladar a la Crouts; solamente conservaron la platería.

Cuando todo estuvo arreglado, las señoras de la Ferté, además de la casa de la Crouts, poseían 3.000 francos de renta. Para dos mujeres decididas a no salir de una casa de campo, en la que habían de hallar su subsistencia, era la garantía de una vida sin sobresaltos.

El 20 de enero, a las tres de la tarde, abandonaron a Dax. La vieja cocinera había marchado por la mañana a fin de preparar la nueva residencia para recibirlas.

Un coche de alquiler aguardaba delante de la puerta. Los cascos de los caballos resonaban en el pavimento de la calle Ancha. Cuando el carruaje pasó el puente del Adour, la noche comenzaba a caer.

A partir del lugar llamado los *Cuatro Caminos*, porque es el cruce de las carreteras de Mont-de-Marsan, de Burdeos, de Bayona y de Pau, las casas comenzaron a desaparecer. La señorita de la Ferté bajó uno de los cristales del coche. El aire frío de las landas penetró en el interior.

Durante todo el camino no se cruzaron con ningún coche.

—Mamá —dijo Ana—, mira los árboles de la *Pelouse*. Ya llegamos.

La *Pelouse* era el nombre de una quinta de recreo, situada a lo largo de la carretera. Sus grandes plátanos veíanse desde muy lejos, y proyectaban sobre el cielo gris la mancha negra que Ana había señalado.

La *Pelouse* fué rebasada. Cien metros después destacábase a la derecha de la carretera un punto brillante. Un hombre, portador de una linterna, estaba parado allí.

Se detuvo el coche. Las dos mujeres descendieron.

—Buenas noches, Próspero —dijo la señora de la Ferté al hombre, que era el jardinero de la Crouts.

—Buenas noches, señora —contestó Próspero.

Ana pagó al cochero, contando las monedas una por una sobre su mano arrugada y trémula de frío. Después, como Próspero agarró algunos paquetes que llevaban, ella se hizo cargo de la linterna.

La casa de la Crouts distaba un kilómetro de la carretera. Llevaba a ella un angosto camino arenoso, tan malo, tan descuidado, que sólo era accesible a las carretas de bueyes. La necesidad de recorrer a pie este último kilómetro contribuía más que cualquier otro obstáculo a la impresión de aislamiento, de ruptura con el resto del mundo que producía esta triste casa de la Crouts.

El pequeño grupo emprendió la marcha. Ana iba delante con la linterna. Su madre y Próspero la seguían. Los pinos, por encima de sus cabezas, gemían en el oscuro cielo.

Al cabo de un cuarto de hora llegaron. María, la cocinera, y Justina, la jardinera, las esperaban en la puerta. Tristes y breves palabras se pronunciaron. En la cocina ardía un gran fuego de piñas, que confortó un poco aquellos pobres corazones helados por el frío de la noche.

Mientras Justina sacaba a la señora de la Ferté sus zapatos empapados de agua, sucios de barro, Ana subió a su habitación. Como los cierres estaban oxidados, le costó trabajo abrir la ventana. La oscuridad era intensa. No vió nada.

La voz de la señora de la Ferté llegó hasta ella desde la planta baja:

—Ana, ven a comer.

Un vapor gris flotaba en la habitación. La ventana sólo estuvo abierta cinco minutos; bastaron para que la niebla pudiese entrar.

La señorita de la Ferté cerró la ventana tiritando de frío.

* * *

Al día siguiente, la señora de la Ferté levantóse tarde. Eran cerca de las nueve cuando la vieja María, a quien había llamado, entró a abrir las contraventanas. La luz opaca de enero penetró en la alcoba.

—¿Y la señorita? — preguntó la señora de la Ferté con voz doliente.

—Salió un poco antes de las ocho y dijo que no era necesario que usted la esperase para el desayuno.

—La esperaré —dijo con un gesto de resignación.

Y comenzó a vestirse.

En efecto, acababa apenas de amanecer cuando Ana salió. Empujó el postigo que cerraba, frente a la casa, el diminuto jardín, y hallóse en el camino por el que había llegado la víspera. Le siguió en sentido contrario.

El camino, de fina arena, conservaba aún, a pesar de la lluvia que cayera durante toda la noche, las huellas de sus pasos. Ninguna otra se mezclaba con ellas. Estaba abierto en pendiente entre dos taludes de tierra rojiza, de los que surgían, retorciéndose como culebras, raíces entre la arena; profundos agujeros, que se prolongaban bajo el suelo, Dios sabe hasta dónde, veíanse de trecho en trecho.

Daban la sensación de que había allí, al nivel de esas ventanas de tierra, en ademán de bostezar, bestias de pesadillas, que, al oír llegar al caminante, retrocedían precipitadamente al interior de sus tenebrosas viviendas.

Ni en los campos ni en los pinares que los rodeaban oíase ruido alguno. En el cielo lechoso y pálido seguía su invisible camino el sol. La señorita de la Ferté apresuró el paso. Pequeños pájaros de color rojo estaban posados en los zarzales que jalonaban el camino. Observaban a la joven. Una vez se detuvo delante de uno, y éste tendió el vuelo lanzando un débil grito.

En un cuarto de hora llegó a la gran carretera la señorita de la Ferté. Esta carretera es la que une Dax con Burdeos a través del Marensin, el país de las landas. Se le llama carretera de Castex, por el nombre de uno de los pueblos menos miserables que atraviesa. En el sitio en que la señorita de la Ferté salió a ella conservaba en el barro la doble huella ovalada que había hecho la víspera, al dar la vuelta, el coche que allí las había dejado.

Ana sentóse en una piedra y miró a lo largo de la carretera. Hacia el sur, del lado de Dax, estaba desierta. Hacia el norte, del lado de Castex, también parecía desierta. Sólo unos ojos muy acostumbrados a tales soledades hubieran podido descubrir, a tres o cuatro kilómetros, un punto negro que era una carreta de bueyes. Diez minutos después, por haber cambiado la dirección del viento, se empezó a oír, sostenido, ronco, regular, el chirrido de las ruedas.

Con un gesto revelador de que sentada en la piedra tenía frío, la señorita de la Ferté levantóse y atravesó la carretera. Encontróse en una llanura casi pelada, interrumpida tan sólo en algunos sitios por macizos de aulagas de un verde sombrío. Algunos charcos de agua verdosa brillaban en la arena. En ellos flotaban los musgos, como enormes esponjas amarillas por las que se arrastraban rojizas babosas. Raquíticos pinos completaban el paisaje, en el que no se oía otro ruido que el de la carreta que por allá detrás, por el camino, acercábase insensiblemente.

Ana anduvo todavía un centenar de metros. Los esmirriados pinos desaparecieron. De pronto surgió ante ella, allá lejos, donde la vista se perdía, el pantano del Blanco.

Se le denominaba así en la comarca por los dos cerrillos de arena amarilla sobre los cuales hacían sus ejercicios de tiro, una vez a la semana, los Cazadores de Infantería de la guarnición de Dax. Un mal campo de tiro, muy malo, por las dificultades que hallaban para atravesarlo los marcadores de los blancos, saltando de terrón en terrón como las garzas. Esas mañanas, la inmensidad gris despertábase fustigada, azotada por las detonaciones y el crepitar de los fusiles. Después, durante una semana, todo volvía a quedar en silencio.

Desde lo alto de la angosta cresta en que se había detenido, la señorita de la Ferté contempló durante unos minutos el extraño desierto pantanoso. El agua, que estaba en todas partes, no era visible en ninguna. Sólo la denunciaban de un modo cierto las manchas oscuras de los juncos y las más oscuras aun de los nenúfares.

Un punto blanco vagaba de un sitio a otro, desapareciendo a veces entre los macizos de espinos. Ana conoció que era un perro, y mirando con mayor atención, vió al cazador. Inmóvil, observaba las idas y venidas de su perro. Repentinamente, éste se paró. Entonces el hombre empezó a andar. Con precauciones y lentitud que daban a conocer la poca firmeza del suelo, aproximábase al perro. Cuando sólo lo separaban de él unos diez metros, se detuvo. Con el corazón oprimido por aquel pequeño drama, Ana distinguía el caño azul y reluciente de la escopeta, paralelo al suelo.

El cazador levantó bruscamente ese caño a la altura de su hombro. Algo así como una vejiga negruzca se hinchó, haciéndose enorme al desparramarse en el viento. Después llegó a los oídos de la joven

la detonación. En estas extensiones pantanosas, el ruido del tiro fué opaco, como amortiguado.

El perro, a saltos, acercóse a su amo; éste se inclinó y le sacó algo de la boca. En seguida los dos, el cazador prudentemente y el perro siempre saltando, encamináronse hacia el cerro desde el que les observaba la señorita de la Ferté. Pero no los esperó. Levantóse con precipitación, volvió a ganar el bosque de raquíticos pinos y después la carretera.

Bien pronto hallóse ante una gran verja, la de la finca cuyos árboles había descubierto la víspera en la oscuridad de la noche. Esos árboles eran plátanos, que en doble hilera formaban un paseo que conducía a una casa con tejado de pizarra. Desde la carretera podía deducirse que la casa, con todas sus puertas y ventanas cerradas, estaba deshabitada.

A derecha e izquierda de la avenida de plátanos veíanse extensas praderas. La verde hierba aparecía como agujereada en algunos sitios por redondas manchas negras; en ellas la tierra mullida se adornaba, sin duda, en primavera con ramilletes de policromas flores. Bosquecillos cuidadosamente podados rodeaban la quinta. La arena del paseo era blanca y fina. En ella veíanse las señales frescas de un rastrillo. El espino blanco que del lado de la carretera encuadraba las praderas, revelaba, impecablemente arreglado, los cuidados minuciosos de un jardinero deseoso de agradar a sus señores. Pero también ese jardinero, aquella mañana, estaba ausente.

Así se le apareció en aquel momento a la señorita de la Ferté la quinta de la *Pelouse*, como la llamaban en el país. Ana no le dedicó a su paso más que una furtiva mirada, lo preciso para comprobar que ningún penacho de humo salía por sobre el tejado de pizarra. No aminoró su paso. Pareció, por el contrario, avivarlo.

—Buenos días, señorita.

Ana ya había dejado atrás los dominios de la *Pelouse*. Hallábase ahora frente a una pobre casa techada con paja, en torno a la cual todo un pueblo de gallinas y patos hacían gran ruido. Una aldeana vieja, vestida de negro, sentada en el umbral desgranaba porotos en un cuenco azul y blanco. Ella era la que había saludado a la joven. Levantóse y sacudiendo su delantal se puso delante de la señorita de la Ferté.

—Buenos días, Isabelina —respondió Ana.

Las dos mujeres miráronse un momento en silencio.

—¿Están, pues, en la Crouts?

Ana hizo un ademán que significaba: "Ya lo ve".

La vieja juntó sus manos enrojecidas.

—El pobre señor se fué bien pronto —murmuró.

Ana no respondió. En aquel instante la carreta pasaba por delante de la casa. Dos bueyes blancos la arrastraban con suma lentitud. Un joven campesino iba delante aguijoneando alternativamente con su vara a ambos bueyes.

Sin alterar el paso sacóse la gorra.

—Buenos días, Isabelina y la compañía —dijo.

—Buenos días, Luciano —retribuyó la primera.

La señorita de la Ferté, muda, dejaba vagar su mirada por la carretera, desierta ahora ya, desde que había pasado la carreta.

—¿No quiere entrar un minuto, señorita? —preguntó tímidamente Isabelina.

—Sí, quiero — respondió Ana maquinalmente.

El interior de la casa era oscuro, donde ardía una llama en la chimenea. Ana sentóse en una banqueta y extendió hacia la llama sus temblorosas manos.

Isabelina unióse a ella y se sentó también.

—Si la señorita me lo permite...

Había cortado una rebanada de borona y la mojaba en el tazón de leche que sostenía entre las rodillas.

Ana la miraba con indiferencia, pero de pronto recordó que no había desayunado; aquella leche blanca y aquella borona amarilla le dieron envidia.

—Yo también quisiera —dijo con una suave sonrisa.

La viejecita se deshizo en excusas.

—¡Ay, señorita! ¡Si lo hubiera sabido! Debió usted decírmelo en seguida.

Y en voz baja y confusa agregó:

—El caso es que..., debo decírselo a la señorita, no puedo ofrecerle pan. Sólo tengo borona.

—No es de pan de lo que tengo gana, Isabelina, sino de esta apetitosa borona.

—¡Ah! Si la señorita la comiese un día y otro, durante toda la vida, pronto dejaría de tener gana de ella.

El espectáculo de Ana, comiendo su borona y bebiendo con apetito su leche, excitaron la locuacidad de la pobre aldeana.

—¿Y —preguntó—, está contenta en la Crouts la señorita?

—Muy contenta.

—¿Pero —dijo Isabelina— no pensarán sin duda permanecer ahí todo el año?

—Sí, todo el año —respondió inmóvil, con los ojos fijos en la llama, la señorita de la Ferté.

—¡Siempre, todo el año! —exclamó estupefacta Isabelina.

Ana la miró fríamente. La campesina perdió su serenidad y se puso a retorcer la punta de su delantal.

—El lugar es bonito y la casa es grande —murmuró.

—Muy grande —dijo con tono seco la señorita de la Ferté.

Isabelina levantóse, quitó el tazón a su visitante y después, recogiendo de un oscuro rincón un puñado de ramaje, lo arrojó a la lumbre. La sombría cocina se iluminó.

—Y la señorita dió esta mañana un buen paseo, ¿verdad? —preguntó para romper aquel silencio que asustaba a su infantil corazón.

—Sí, un buen paseo —repuso Ana, volviendo de su ensimismamiento—. Fuí hasta el pantano del Blanco.

—¡Al Blanco! —exclamó Isabelina.

Estaba de pie, detrás de la joven, y como Ana no podía verla, hizo la señal de la cruz.

—¡Al Blanco! Si me atreviera a hacer una observación a la señorita...

Ana no pronunció una palabra.

—Si yo me atreviese... ¡Al Blanco en este tiempo!... Del pantano sube un frío mortal... Y la señorita, que ni siquiera llevó un abrigo.

La señorita de la Ferté no la había oído.

—En el Blanco —dijo— vi un cazador con su perro.

—Un cazador, señorita, es probable. Estamos en la época de las gallinetas. El chico de Claverie cazó seis ayer.

—¿De qué color es el perro de él?

—Negro y rojo, señorita.

—Entonces no era. El cazador que yo vi tenía un perro blanco.

—Un perro blanco..., un perro blanco... —repetía Isabelina.

Y se notó que puso a toda prueba su me-

para encontrar la resolución de aquel problema.

—No tengo —murmuró por fin—, no caigo.

—Quizá sea uno de los señores de la *Pelouse* —dijo la señorita de la Ferté con indiferencia.

Isabelina movió la cabeza.

—No, señorita, no. *Pyram*, el perro del señorito Jaime, es blanco. Y el señorito Jaime no está ahora en la *Pelouse*. No vendrá hasta septiembre, que es el mes de la caza de la codorniz y de la tórtola. Lo sé porque, cuando está aquí, yo soy la que lleva la leche a la *Pelouse*. Por lo tanto, como ve, no es el señorito Jaime, y los demás no cazan.

Y volviendo a su idea, repetía:

—¡Un perro blanco! ¿Quién puede ser?

La señorita de la Ferté encogióse de hombros.

—La cosa no tiene importancia, Isabelina —dijo.

III

—Y di, hija mía —preguntó la señora de la Ferté, cuando Ana se sentó a la mesa, frente a ella, para la comida de mediodía—, ¿dónde fuiste, para volver tan tarde? Te esperé hasta las diez y media para tomar el café; así que ahora no tengo gana. ¿Dónde fuiste?

—A pasearme, mamá —repuso Ana tranquilamente.

La señora de la Ferté levantó los hombros: estaba visto que no entendía a su hija.

—No podía figurármelo. Y, ¿puedes decirme si viste algo interesante en ese paseo?

—Vi a Isabelina, mamá.

—Es una buena mujer, muy buena mujer.

Ana dijo con tono de indiferencia:

—También vi la *Pelouse*. Es una bonita finca.

La señora de la Ferté suspiró.

—No tienes mal gusto —agregó—. ¡Si al menos estuviera la Crouts en la carretera de Castets, como la *Pelouse!* Por allí siempre pasa gente. No es un cementerio como esto. Y créeme que no lo digo por mí, cuya vida ha terminado, sino por ti. ¡Pensar que vas a enterrar aquí tu juventud!... Te aseguro que cuando lo pienso...

Se sonó.

Las mandíbulas de la joven contrajéronse imperceptiblemente. Esperó una frase de su madre que no fué pronunciada. La señora de la Ferté terminaba su plato de patatas en ensalada, comiendo con una mano y limpiándose los ojos con el pañuelo que tenía en la otra.

Ana resignóse a romper el silencio.

—Somos parientes de la señora de Saint-Selve, ¿verdad?

La señora de la Ferté dejó el tenedor y miró con extrañeza a su hija.

—¡Cómo! —exclamó—. ¿Te dignas interesarte en esas cosas? Cuando su esposo hizo construir la villa de la *Pelouse*, en 1870, mi prima Saint-Selve vino a verme. Tú estabas en tu habitación y te llamé para presentarte. No quisiste bajar. Tu padre estaba furioso. No comprendí nunca cómo un hombre tan sociable, tan mundano, pudo tener una hija tan salvaje. Y entiende que digo esto sin querer causarte pena, hija mía.

Ana no dijo nada. Comprendió que era inútil, le había costado poco trabajo destapar la caja de los recuerdos de su madre.

—Te repetí estos detalles más de veinte veces. Pero tú no me oías. Pensabas en otra cosa. ¿En qué? Me lo pregunto a mí misma. Tu tío Félix, el capitán de los guardias de Corps, hermano de mi abuelo, casóse con una señorita de Pontoux. Eran dos, Inés y Magdalena. Magdalena de Pontoux entró en las Dominicas. Murió un año antes de tu nacimiento. Inés se casó con Andrés de Sartigne, de Saint-Geourgs; tuvieron dos hijos: Roberto, que acabó mal, y Constanza, de quien te hablaba hace un momento, que se casó con un armador de Burdeos, el señor de Saint-Selve. Como ves, Constanza de Saint-Selve es prima segunda mía, por afinidad. Tú eres, pues, prima tercera de Jaime, Sabina y María Luisa, hijos de ella. Esto no es complicado y creo que ahora lo habrás entendido.

—Te doy las gracias, mamá —dijo Ana.

Y como la señora de la Ferté se callase, con la mirada perdida en el vacío, la hija preguntó en voz casi baja:

—Tengo entendido que mis primas de Saint-Selve están casadas, ¿no es así?

Su madre suspiró.

—Con la fortuna que tienen, hija mía, no les fué difícil encontrar marido.

—¿Son muy ricos?

—Muy ricos. No es un millón lo que tienen: son tres o cuatro millones. Su hotel de la calle de Cheverus, en Burdeos, al lado del de *La Petite Gironde*, es una maravilla. Tienen un castillo en Fresne. Ten en cuenta que cuando el señor de Saint-Selve murió, hace siete años, estaba considerado como el armador más importante del puerto. Además de los tres vapores que hacen el tráfico del ron con las Antillas, tienen el secadero de bacalaos de Bégles, en el que se emplea un elevado número de obreros. Te repito que son muy ricos.

—¿Con quiénes se casaron mis primas?

—María Luisa, la mayor, se casó con el señor de Villerupt, un capitán de Húsares que ahora está de agregado militar en Viena. Están muy orgullosos de ese matrimonio, pero parece que sale caro. El señor de Villerupt es, según se dice, jugador. Sabina no pudo seguir el camino de su hermana, tanto más cuanto que en el interregno murió el señor de Saint-Selve. Como Jaime no tenía edad para dirigir la casa, tuvo que conformarse con el primer empleado de su padre, un vasco, Esteban Larralde. Mi prima Constanza, que es sumamente orgullosa, no accedía a esta boda. Pero el vasco se sostuvo firme: "Yo no acepto la dirección de la casa si no tengo a la hija". Y fué necesario doblegarse a su voluntad. El es quien se ocupa de todo en espera de la mayoría de edad de Jaime. Y tal vez, aun después, siga lo mismo. Porque, por ahora, Jaime parece que se ocupa sólo de cazar y divertirse. Para él se levantó la *Pelouse*. Hace cinco años no era más que un erial. En esa ocasión fué cuando tu tía me hizo la visita de que antes te hablé. Después...

Se detuvo bruscamente como si ya hubiera hablado demasiado.

—¿Después, mamá? — preguntó Ana con una voz extrañamente dulce.

—Después..., después... no tuve ocasión de volverla a ver.

—¿No volvió a la *Pelouse*?

—Sí, volvió, pero ¿yo no la vi. No se ha detenido en Dax. En fin, es mejor decirte que no fueron nada buenos con nosotros.

—¿Qué ocurrió?

—¡Dios mío! ¡Pobre hija! —dijo la señora de la Ferté con un poco de cansancio—. ¿Qué te pasa, para que tú, que de ordinario no te interesas por nada, me hagas hoy tantas preguntas? Pues bien; ya que deseas saberlo todo, te diré que se negaron a una petición que tu padre les hizo.

—¡Ah! —exclamó Ana con tono de dolorosa burla—. Ya comprendo: papá intentó que le prestasen dinero.

La señora de la Ferté se ruborizó.

—Ana, te suplico que seas discreta. No uses palabras cuyo valor desconoces. ¡Pretender un préstamo de esos vendedores de ron! Hubiera preferido vender hasta nuestra última finca.

—En definitiva —dijo Ana secamente—, ¿qué fué lo que sucedió?

—No sé, hija mía, si te das cuenta de la

forma en que me hablas. ¿Que qué sucedió? Pues sencillamente que tu padre, que tenía un clarísimo sentido de los negocios, fué a Burdeos exclusivamente a proponerles una combinación que en menos de dos años hubiera doblado...

—¡Y ellos se negaron! —interrumpió Ana.

—Aunque no lo creas —replicó la señora de la Ferté—. Pero fueron duramente castigados, porque en este momento están...

—Sí —dijo Ana—, están en su hermoso hotel de la calle de Cheverus, y nosotras estamos aquí.

La señora de la Ferté la miró con asombro.

—Si no me dejas ni terminar las frases...

Pero se detuvo ante la expresión de desconsuelo que se reflejó en la cara de su hija. Un sollozo estremeció la garganta de Ana, pero no lloró. Se hubiese dicho que desde su más tierna infancia la fuente de las lágrimas se había secado en la señorita de la Ferté.

Enloquecida, su madre se había levantado y la estrechaba entre sus brazos, besándola.

—¿Qué te pasa, niña mía? Si te causé pena, perdóname.

—No es nada, mamá, no es nada —contestó Ana. Y retribuía sus besos.

* * *

El almuerzo terminó menos tristemente.

—Esto no impide —dijo la señora de la Ferté al levantarse de la mesa— que yo tenga curiosidad por ver cuál será la conducta de los Saint-Selve cuando vengan, al iniciarse la caza. Próspero me dijo que el joven Jaime viene tres veces a la semana, al acecho de las tórtolas, al bosque de Lamothe, que nos pertenece. Le será difícil pasar por delante de la casa sin acudir, por lo menos, a pedirme permiso, ¿No crees lo mismo?

—Desde luego, mamá.

La joven respondió esto como hubiera podido responder cualquier otra cosa. Su habitual indiferencia parecía haberla vuelto a ganar por completo.

* * *

Desde el mes de mayo, en los sembrados de maíz se oyó el llamado de las codornices. El 20 de agosto, Ana vió la primera paloma. Estaba posada en un pino, desde donde se burlaba de los pequeños lazos preparados, y mientras emitía sus arrullos lustrábase su garganta malva y oro.

El segundo domingo de septiembre, hacia las nueve, cuando Ana se arreglaba para la misa que era preciso oír en San Pablo de Dax, a cuatro kilómetros, María entró como una tromba en la habitación.

—Señorita, señorita —decía la vieja criada con voz entrecortada—; baje en seguida. Es la señora la que me manda a decírselo.

—¿Qué sucede?

—El señorito Jaime de Saint-Selve está en el salón con la señora. Pronto.

—Supongo que ese caballero no tendrá tanta prisa.

Y tomóse todo el tiempo necesario para anudar, desatar y volver a anudar de nuevo la cinta de seda negra que llevaba sobre su blanco vestido.

* * *

El perrito blanco iba y venía por la inmensa llanura tapizada de helechos secos. Con el morro agachado seguía su pista. A Jaime le costaba trabajo no dejarle alejarse demasiado. Sobre el doble caño de la escopeta, el pálido sol poniente ponía un rosada luz.

—Despacio, *Pyram*.

Jaime, sin atenuar su paso, volvióse hacia Ana, que lo seguía de lejos, por el sendero arenoso trazado a través de la llanura, y le gritó poniendo la mano a modo de bocina:

—Me parece que es un rascón.

Ella hizo señales de que no entendía: el viento soplaba hacia Jaime. Este no había querido gritar todo lo que hubiese sido necesario, por miedo a espantar la invisible presa que *Pyram* estaba a punto de levantar.

Un pino, el único en toda aquella exten-sión gris, erguíase a pocos pasos del sende-ro sobre un pequeño montículo. Ana acercóse a él. Sentada a su pie, veía mejor que ergui-da en el sendero.

Pyram se dirigía hacia ella. Jaime se ade-lantó para cortarle el camino a fin de no ser estorbado por Ana si la caza partía en di-rección suya. Sonreía. Su cara estaba con-traída por una alegre ansiedad.

—*Pyram*, despacio; allí, allí.

El perro detúvose bruscamente. El blanco plumero de su cola dejó de oscilar.

—¡Allí ¡Allí!

El joven se acercaba al perro. Cuando es-tuvo a tiro de escopeta, Ana lo vió hacer el movimiento familiar a todos los cazadores para asegurar la gorra. Una vez más se vol-vió hacia Ana. Le hizo un guiño destinado a demostrarle que en aquel importante mo-mento de su vida no la olvidaba.

—¡Va! *¡Pyram!* ¡Va!

El perro se había lanzado de un salto.

—Toma, *Pyram*, toma. ¡Ah! ¡Esto es de-masiado!

—¿El qué? —preguntó Ana, que esperando una detonación, extrañábase de que ya no hu-biese sonado.

—*Pyram* apresó el rascón.

—¿Cómo fué eso?

—Que no quiso volar, y *Pyram* lo apresó.

Jaime se acercó a la joven con el desgra-ciado pájaro rojo en la mano. El perro sal-taba a su alrededor, ladrando, con los ojos brillantes.

Ana inclinóse sobre el ave, que estaba tré-mula y abría y cerraba sus pequeños párpados.

—Déjale volar —dijo.

Jaime la miró sorprendido.

—¿Lo quieres tú?

—Sí, lo quiero.

El abrió la mano. El rascón hizo un es-fuerzo y azotó el aire con sus alas rojas. Ya estaba a una docena de metros. Sus largas patas amarillas rozaban las puntas de los he-lechos.

Tal espectáculo era superior a las fuerzas del cazador. Puso la escopeta en el hombro. La detonación repercutió hasta el infinito en la silenciosa llanura. El pobre animal había caído. Bien pronto reapareció muerto en la boca del perro.

Jaime, un poco pesaroso, miraba a la se-ñorita de la Ferté.

—No valía la pena que me preguntaras si quería que lo dejases volar —dijo ella seca-mente.

Estaba sentada al pie del pino y miraba al sol, que se hallaba ya muy bajo sobre la lla-nura, próximo a ocultarse.

—¿Me quieres, Ana?

Le tomó una mano.

—Tienes frío —le dijo—. Llega la noche. Vámonos.

Y repitió:

—Vámonos.

Ana no contestó.

Eran apenas las tres; pero la oscuridad em-pezaba a invadir toda la llanura. Se estaba a cinco de diciembre.

—Vámonos, Ana —dijo Jaime por tercera vez.

Y tuvo la alegría de oírle murmurar con voz débil:

—Quedémonos todavía un momento, ¿quie-res?

El sentóse a su lado. Ella le abandonó sus manos.

—¿Estás enojada, Ana?

—¿Por qué he de estar enojada, Jaime?

—Por lo del rascón.

—No, no estoy enojada.

—¿De veras?

—De veras.

—Entonces, dime que no quieres que te

[illegible] nunca. Dime que no quieres que me vaya. ¡Ah! ¿Lo ves? Te callas. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Jaime había reclinado su cabeza sobre las rodillas de la joven, y aun repitió en un sollozo:

—¡Dios mío!

Ana lo separó suavemente.

—Eres un niño, Jaime. Hay que ser un hombre. Repíteme lo que ayer te dijo tu madre en Burdeos.

—Ya te lo dije.

—Repítemelo fielmente.

—Es muy sencillo: mamá me dijo que sólo consentirá nuestro matrimonio cuando yo haya pasado un año en Haití para conocer las factorías que tenemos allá. Pero ya comprendo que adivino su idea. Espera que yo te olvide.

—Pues sólo depende de ti que se equivoque —dijo la señorita de la Ferté.

—¡Ana! —exclamó Jaime en tono de reproche—, eso que dices no está bien. Hace más de un año te dije que quiero que seas mi esposa. ¿Te he olvidado? Supones que en un año puedo olvidarte, y eres tú la que deseas que me vaya... No lo comprendo, Ana, no lo comprendo.

—No te dije que me olvidarás, Jaime. Digo, como tú, que mi tía confía en que así ocurra, y está en su derecho. Escúchame. No te enfadas. Déjame hacerte una pregunta. Tu padre, cuando llegó a la mayoría de edad, ¿fué a pasar un año en las factorías?

—Sí.

—¿Y tu abuelo?

—Sí —repitió bajando la cabeza.

—¿Y tu bisabuelo?

—Él fué quien las fundó.

—Ya lo ves —dijo la joven con firmeza—; es un pretexto el que tu madre invoca, confiesa que está bien elegido. ¿Qué me respondes?

—Lo siguiente: hace dos años, cuando no te conocía, yo hablaba frecuentemente de ese viaje. Entonces ella se oponía. Alegaba que era perfectamente inútil. Hoy ha cambiado todo. Comprendo muy bien por qué. Pues bien, ahora soy yo quien no se quiere marchar, quien no se marchará.

—Es necesario que te vayas.

—¡Ah! —exclamó él revolviéndose—. ¿Por qué quieres que me vaya? ¿Por la casa de comercio? ¡Si supieras cómo me burlo de ella! Mi cuñado Larralde se basta para hacerla marchar. ¿Tantos deseos tienes de verme convertido en un vendedor de ron? Y todo para que el hermoso capitán de Villetupi pueda perder más de cincuenta mil francos cada año en Carlsbad u otro sitio parecido. ¿Te parece bien?

Ana le puso la mano sobre el hombro.

—Lo que yo quiero es que en tu casa nadie pueda acusarme de haberte desviado de tu destino natural. Tú eres rico. Yo nada tengo. No pierdas de vista esto. Cuando yo sea tu esposa no volveré a ver a tu familia si así me parece. Puedes figurarte que tratando todos desde hace un año de alejarte de mí, no he de tener ninguna simpatía por ellos. Procuro, por eso, en los actuales momentos, no incurrir en falta alguna, e incurriría, Jaime, si te impidiera hacer ese viaje.

Se había hecho completamente de noche. Un viento helado soplaba por la llanura. De todas partes ascendían vapores húmedos y [illegible]lados.

—¡Ah! —exclamó Jaime al sentir temblar entre las suyas las manos de Ana—. Tienes frío. ¡Y estamos a más de una legua de la Crouts! Vámonos, que ya es hora.

Ella acercó sus labios al oído de Jaime.

—¿Te marcharás? —murmuró.

—Ana —suplicó el joven—. Mañana, o esta noche, en la Crouts, volveremos a hablar de esto. Mi tía debe estar intranquila. Cuando la niebla se extiende sobre la llanura, a veces es difícil encontrar el camino.

—No —contestó Ana con obstinación—; ha de ser aquí. ¿Te marcharás?

Jaime bajó la cabeza con desaliento.

—Sí, me marcharé.

IV

Una semana después, o sea el 12 de diciembre, Jaime de Saint-Selve, que al día siguiente de la caza del rascón había regresado a Burdeos, hallábase de vuelta en la *Pelouse*. A la hora de llegar entraba en la Crouts.

Su cara y su actitud reflejaban una serena resolución, de que Ana se percató a la primera mirada. La alegría que en el acto sintió fué tan intensa que provocó en ella un nervioso temblor. Ni la señora de la Ferté ni Jaime lo observaron.

—Tía mía —dijo con una calma bajo la cual trataba en vano de disfrazar su acento de triunfo—, mamá me encargó que las invite a ustedes a venir a pasar las fiestas de Navidad en Burdeos.

La emoción hizo a la señora de la Ferté clavarse en el dedo la aguja con que estaba bordando. Sin embargo, con el tono más natural del mundo, respondió:

—Tu madre es muy amable, hijo mío. Dale las gracias en nuestro nombre; pero...

—Es ella, tía mía —interrumpió Jaime briosamente—, es ella la que tiene que dar las gracias por las bondades que ustedes tienen conmigo desde hace un año. Además...

—Pero —dijo la señora de la Ferté interrumpiéndolo— creo que nos va a ser muy difícil aceptar su invitación. Reflexiona. Las fiestas de Navidad. Es el momento de cobrar los arrendamientos. En fin, lo pensaremos. No es necesario que te dé la contestación antes de mañana, ¿no es así? Entretanto, te quedas a almorzar con nosotras.

Y salió para dar órdenes en la cocina.

Sin decir una palabra, Ana asió una mano de Jaime y la estrechó durante largo rato.

La alegría del joven era expansiva y nerviosa a la vez.

—Mi marcha está decidida para el 15 de enero, Ana. Mamá sabe que es a ti a quien tiene que agradecer mi obediencia. ¡Si vieras cómo se impresionó! Estuvo muy bien, te lo aseguro. Estaré de regreso en enero de 1881 y nos casaremos en seguida. Esto significa un año y un mes, un año y dos meses a lo sumo. Todo esto te lo dirá ella misma, o mejor dicho, se lo dirá a mi tía. Fué a mí a quien se le ocurrió que vayáis a pasar las Navidades en casa, pero mamá encontró excelente la idea. Estuvo muy bien, te repito. Creo que estarás satisfecha.

—Muy satisfecha, y me siento muy feliz, Jaime.

❦ ❦ ❦

Los ocho días que faltaban empleáronse en preparativos. Era necesario que Ana pudiera presentarse dignamente ante esos jueces implacables que son los elegantes bordeleses. Lo consiguió ayudada, sin duda, por su belleza, pero sin que la moda un poco anticuada de sus atavíos hiciera otra cosa que añadir a su belleza un encanto más, y no ciertamente el menor. Además, esta muchacha tenía un modo de hacer pesar su mirada, que bastaba por sí solo para impedir toda burla de las tontas que viven en las calles de Porte-Dijeaux y Fondaudege. En definitiva, aun cuando el calificativo fuese el que menos correspondía a la señorita de la Ferté, todo el mundo estuvo conforme en declararla encantadora.

El día 2 de enero salió de Burdeos la señora de la Ferté, pero dejó allí a Ana hasta el 15, fecha señalada para la partida de Jaime. La señorita de la Ferté acompañó hasta el vapor al que podía en adelante llamar su prometido. Al día siguiente regresó a la Crouts con un tiempo horrible. La vieja residencia nunca tuvo más siniestro aspecto, a pesar de lo cual Ana la hallaba agradable y pintoresca. A su madre, que algo inquieta por la exaltación de la muchacha creyó necesario verter algunos lugares comunes acerca de la fragilidad de las dichas humanas, siempre le contestaba lo mismo: "Jaime estará de vuelta dentro de un año, en enero, en febrero todo lo más, y en la primavera de 1881 estaremos casados, sin duda alguna". En la primavera de 1881 Jaime de Saint-Selve estaba casado, en efecto, pero no con la señorita de la Ferté.

V

La madre y la hija enteráronse de ese matrimonio, por casualidad.

El abate Lafitte, párroco de Dax, y antiguo amigo de la familia de Arjuzanx, tenía como segundo vicario a un cura que había sido, en el colegio de Larresore, profesor de Jaime de Saint-Selve. Este cura mantenía relaciones con algunos de sus antiguos alumnos, y supo, directa o indirectamente, antes que nadie lo supiera en Dax, hacia diciembre de 1880, que Jaime iba a casarse muy pronto con la hija del cónsul general de Inglaterra en Puerto Príncipe, la capital de Haití. Creyó de su deber notificar sus noticias al abate Lafitte, cuyas buenas relaciones de amistad con la señora de la Ferté conocía.

Esta acudía cada dos semanas a Dax para asistir a la reunión de damas de la Obra de los Tabernáculos. El abate Lafitte estimó preferible esperar a su primera visita para comunicarle lo que, en suma, consideraba como un rumor infundado.

Cuando el abate Lafitte, con mil precauciones, la puso al tanto del asunto, la señora de la Ferté prorrumpió en una carcajada.

—¡Dios mío, señor cura, qué historias se inventan! Le aseguro que me alegro de no vivir en Dax. En ninguna parte hay tan malas lenguas.

—No fué en Dax donde nació el rumor, puede tener la seguridad.

—Habrá nacido dondequiera. No es a nosotras a quien es necesario dar noticias del señor de Saint-Selve. El mismo se encargará de dárnoslas. No hace aún quince días Ana recibió carta suya. Y si hay matrimonio, puedo asegurarle que no es con la hija de un cónsul inglés.

—Señora —dijo el abate Lafitte un poco alterado—, creí hacer una buena obra.

—No le quiero menos por ello, mi querido párroco. Al contrario. Al fin, es igual; pero le repito que hay muy malas lenguas.

Al volver a la Crouts, la señora de la Ferté pasó, como de costumbre, por delante de la *Pelouse*. Estaba acostumbrada, desde la marcha de Jaime, a ver la casa cerrada, y, sin embargo, sintióse desagradablemente impresionada por el aspecto de aquella finca desierta. Las peladas ramas de los plátanos tenían, a la luz de la luna, blancuras de esqueleto. Apresuró el paso para andar el kilómetro que la separaba de la Crouts.

Ana leía a la luz de la lámpara. Irguió la cabeza cuando oyó la voz de su madre. Algo, en aquella voz, le parecía cambiado.

—¿Qué hay mamá?

—Nada, hija mía, nada.

La señora de la Ferté se había sacado el abrigo y el sombrero, y daba vueltas por la habitación. Ana no perdía de vista uno solo de sus movimientos.

—¿Buscas tu labor, mamá?

—Sí. No. Dime, Ana, ¿no hace dos semanas que tuviste una carta de Jaime, verdad?

—Hará más o menos tres semanas. ¿Por qué?

—¡Ah! Eso era lo que me parecía. ¿Por qué? Por nada, hija, por nada. ¿Y qué te decía en esa carta? ¿Te hablaría, sin duda, de su próximo regreso?

—Sí, mamá; pero ¿por qué me lo preguntas?

—¿Por qué? Mira, prefiero decírtelo todo; decididamente, no sirvo para ocultar las cosas. Tú verás hasta dónde pueden ser malas las gentes. ¡Nosotras, que vivimos en nuestro rincón, sin pedir nada a nadie!

Y de un golpe refirió a su hija la confidencia del abate Lafitte.

Todo el dominio que la señorita de la Ferté tenía sobre sí misma tuvo que emplearlo, mientras hablaba su madre, para permanecer tranquila. En realidad, el relato, sin pies ni cabeza, que acababa de oír, confirmaba las terribles dudas que desde hacía medio año aumentaban en ella. Las cartas de Jaime, al principio largas y tiernas, fueron después breves y extrañas. Es verdad que en la última hablaba de su regreso, pero era para contestar a una pregunta de la muchacha tres veces repetida. Evasivamente dejaba prever un posible retraso. Cuando su madre entró, estaba, precisamente, Ana preguntándose si no había incurrido en pecado de orgullo, dejando a aquel niño de veintidós años ir a vivir tan lejos de ella todo un año. Pero por nada del mundo hubiese confiado a nadie sus angustias. Ahora, de repente, de modo trágico, esas angustias tomaban cuerpo. Mil pequeños detalles concretábanse en el alterado espíritu de la muchacha. Las cartas de Jaime se le aparecían tal como habían llegado a ser desde hacía tres meses: llenas de temibles reticencias.

La señora de la Ferté seguía hablando sola, buscando en la ola misma de sus palabras razones para tranquilizarse, lo que conseguía con trabajo.

—Di, Ana, ¿no tengo razón? Lo mejor es reírse de esas villanías. Haz como yo: ríete.

A costa de un enorme esfuerzo consiguió Ana sonreírse.

—Tienes razón, mamá. De todos modos, tu historia me hizo recordar que hace tres semanas que recibí la última carta de Jaime. Creo que es la primera vez que deja pasar tanto tiempo sin darme noticias suyas. Acaso convenga que escribas a Burdeos para saber si las han tenido allí. ¿No crees lo mismo?

La señora de la Ferté la miró bajando la cabeza.

—Lo haré por complacerte —dijo—. Porque créeme que no es un placer para mí dirigirme a mi prima. Desde que Jaime se fué no pusieron los pies en la *Pelouse*, ellos, que venían todos los años. Te lo repito, sólo por complacerte lo haré.

Y dejando en su sitio las tenazas, con las que durante todo el tiempo había estado revolviendo el fuego, añadió:

—De todos modos esperaré al correo de mañana. Si no hay nada escribiré.

Al día siguiente, como era de esperar, no hubo nada en el correo. La señora de la Ferté escribió. Cuatro días después, en lugar de una respuesta, vió llegar a la Crouts a Esteban Larralde.

Cuando entró en el salón, Ana no se forjó la más pequeña ilusión. Este Larralde, en el fondo no era un mal hombre. Aun cuando poseía, sobre todo, la inteligencia de los negocios, también tenía bastante criterio para comprender lo que había de odioso en la misión de que había tenido que encargarse. Se desembarazó de ella brutalmente, como el mozo de cuerda arroja al suelo, de un solo golpe, el pesado bulto que lo aplasta.

—A causa de las factorías —dijo al terminar—, Jaime tuvo que entrar en relaciones con la familia de miss Rusell. Su padre, Norman Rusell, cónsul general de Inglaterra en Puerto Príncipe, antes de retirarse de los negocios, estuvo durante cerca de treinta años en relación con nuestra casa para la venta de azúcar y café.

Ana, muy dueña de sí misma, lo escuchaba.

Y con tono natural dijo:

—La dote de la prometida del señor de Saint-Selve, ¿es grande?

—Muy grande —contestó Larralde, poniéndose colorado como la grana.

—Señor, es todo cuanto deseaba saber.

La actitud de su hija obligó a la señora de la Ferté, hundida en un sillón, a mantener una apariencia digna de ella.

—¿Tiene, señor, todavía algo que comunicarnos? —preguntó.

—No, señora; nada.

—Le damos las gracias por haberse molestado.

No tenía costumbre; no sabía cómo marcharse. Ana lo acompañó hasta la puerta del vestíbulo, y al poner ella su mano sobre el picaporte, él inclinó la cabeza hacia esa mano, como si hubiera querido besarla.

—Señorita —murmuró—, deseo que alcance algún día la felicidad que merece.

Y salió de espalda, sin dejar de hacer saludos.

La salud de la señora de la Ferté no había sido nunca muy fuerte, y este golpe acabó de estropearla.

En los comienzos de la primavera, el abate Lafitte, intranquilo por no haberla visto asistir desde hacía dos meses a las sesiones de la Obra de los Tabernáculos, llegó de súbito una mañana a la Crouts. Encontró a la pobre mujer tan cambiada, que no pudo reprimir el reprochar a Ana que no le hubiese avisado. La señorita de la Ferté, al oírlo, abrió con asombro los ojos. Ella no se había dado cuenta de nada.

El doctor Barradères, joven, miope y rubio, vino desde Dax a verla. Este médico gozaba de gran fama porque había sido interno de los hospitales de París. No ocultó a Ana el estado grave de su madre. Mientras hablaba miraba con ojos espantados las paredes de la

...recientemente blanqueadas y empapeladas, pero en las que la intensa humedad se denunciaba en tremendas grietas y en salitrosas y verdosas manchas; y como Ana le preguntase qué era necesario hacer:

—Llevarla inmediatamente a Niza por dos o tres meses —respondió con ese tono imperioso de quienes razonan sin preocuparse lo más mínimo de los recursos de los desgraciados a quienes se dirigen.

La puerta de la habitación de la señora de la Ferté se abrió y apareció ésta desfallecida y lívida. Había escuchado todo.

—¡A Niza, doctor, a Niza! —exclamó con risa nerviosa—. ¿No tiene otro sitio más caro donde mandarme?

—Volveré el viernes —dijo precipitadamente el médico, emocionado y confuso a la vez—. Hasta ese día tenga, señorita, la bondad de exigir la exacta observancia de lo que prescribí.

Cuando el médico se marchó, la señora de la Ferté tuvo una crisis de llanto en los brazos de su hija.

—Cálmate, mamá, cálmate —decía Ana—. Ya verás, te pondrás mejor. Haremos cuanto sea necesario.

—¡A Niza, pobre hija mía! —repetía la enferma—. ¿Lo oíste? Ir a Niza. Y comerte las últimas monedas que te quedan, ¿no es eso? ¡Desgraciada hija mía! ¡Ah! ¡Que al menos por este concepto no tengas nada que reprocharme!

Esta fué la única alusión que le permitió a Ana darse cuenta de que su madre no había dejado de tener tristes momentos de lucidez respecto a la capacidad financiera del fallecido conde de la Ferté.

El doctor Barradères volvió al viernes siguiente, como había prometido. Pero toda posibilidad de viaje, por pequeña que fuese, había desaparecido para la señora de la Ferté.

Su agonía no fué dolorosa. Murió el domingo por la mañana, sin pronunciar una palabra, con las lágrimas en los ojos, mirando a su única hija.

* * *

Por el abate Lafitte se enteró Ana del matrimonio de Jaime, y él mismo sacerdote fué quien, al año siguiente, le hizo saber otro acontecimiento.

La señorita de la Ferté había sustituido a su madre en la Obra de los Tabernáculos. Las damas de esta Obra reuníanse en Dax una vez a la semana, en un local puesto a su disposición por las hermanas de la Cruz. Allí, durante una mañana, se trabajaba en los ornamentos del culto: Bordábanse albas, estolas, casullas. También se hablaba. La señorita de la Ferté no asistió nunca a estas reuniones. Una vez al mes iba a recoger la labor que le dejaban en casa del abate Lafitte y se la llevaba a la Crouts.

En ocasión de una de esas visitas fué cuando el cura, al marcharse ella, le alargó, sin decirle una palabra, una esquela de defunción. Ana miró primero el sobre. La esquela estaba dirigida al abate Ducourau, vicario de la catedral de Dax.

Después leyó, y al pronto no comprendía. Unos nombres bailaban ante sus ojos. *La señora de Saint-Selve... Las familias de Saint-Selve, Rusell, Villerupt, Larralde.* Procuró fijar la mirada... *Tienen el dolor de participar que Jaime de Saint-Selve, su esposo, hijo, hermano, etc., ha fallecido, a los veintiséis años de edad, el 8 de diciembre de 1882, en Puerto Príncipe (Haití), confortado con los auxilios espirituales.*

La señorita de la Ferté devolvió la esquela al abate.

El cura miró insistentemente a la joven y le dijo:

—Debemos perdonar, hija mía.

—¡Perdonar! —exclamó Ana.

Se pasó la mano por la frente.

—Perdonar, perdonar —repetía con voz débil.

—Sí, perdonar —dijo el sacerdote—. Es necesario. Es nuestro deber. Sólo Dios tiene derecho a ser más severo. El nos venga de las ofensas que se nos hacen, y a veces con un rigor que desearíamos no fuese tan implacable.

Ana tuvo una risa amarga que hizo estremecerse al abate Lafitte.

—Señor cura, señor cura, ¿cree seriamente que Dios se ocupa de cosas tan mezquinas?

VI

Los que leen la historia de la señorita de la Ferté, seguramente no han de conocer, la sombría casa de la Crouts. Sería menester perder un día, internarse a través de las tierras... Pero muchos de ellos han seguido o seguirán el ferrocarril que, por Burdeos, va desde París a la frontera española. Los que hagan o repitan este viaje, una vez pasada la estación de Morcenx, cuando el tren se dirige a toda velocidad hacia Dax, que se asomen a la ventanilla de la derecha del vagón, y después de la estación de Buglose, que fijen su atención. El expreso corre entre dos taludes, y después, al ensancharse repentinamente el paisaje, atraviesa un puente bajo el que corre un pequeño arroyo azul. Tendrá tiempo de ver una pradera, cristalinas aguas, una vieja casucha con tejado de ladrillo. Es el molino de Cabanes movido por el mismo arroyo que dos kilómetros más al Norte pasa muy cerca de la Crouts.

Este molino era el lugar favorito de los paseos de Ana de la Ferté, desde que se quedó sola en el mundo. Cualquiera que fuese el tiempo, salía hacia la una de la tarde acompañada de *Pyram*, que Jaime le había dejado al marcharse, y al que nadie había pensado reclamar. En aquella época, el perro tenía ya ocho años; actualmente tiene cerca de quince. Era un viejo perdiguero, medio paralítico, que no se detenía ni aun ante la puerta de la *Pelouse*, cuando, por casualidad, pasaba con su dueña por ella. Pero aun le hubiese gustado cazar. Por eso Ana lo llevaba en sus paseos. Algunas veces, durante la estación, levantaba una codorniz o una gallineta. El pájaro tendía el vuelo, y el viejo can volvíase hacia la señorita de la Ferté con una mirada de reproche en sus ojos, cada vez más apagados.

Un día de abril de 1887, salió, como de costumbre, con el perro, y siguió el arroyo, descendiendo hacia Cabanes. Ese día, punto verdadero de partida de acontecimientos que iban a precipitarse, era puro y templado. Un tiempo hermoso para la estación.

Cuando el pinar presentaba algún claro, veíanse, allá a lo lejos, hacia el Sur, los Pirineos, azules y blancos.

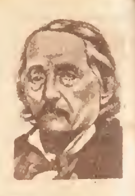
En un sitio en que el arroyo está atravesado por un puente, que las gentes del país llaman de Anguade, Ana torció a mano derecha e internóse en la landa. Un veloz conejo saltó delante de ella. El pobre perro intentó perseguirle.

Al cabo de un kilómetro de marcha a través de los pinos aparecieron los plátanos de la *Pelouse*.

Ana hallóse ante un espeso seto, en el que se mezclaban las moreras, los avellanos, las acacias. Este seto cerraba por la izquierda la *Pelouse* hasta la carretera de Castex. De dos metros aproximadamente de alto, se había hecho tan espeso por la profusión de hojas nuevas, que resultaba imposible ver nada de un lado a otro. Ana le siguió a lo largo para llegar a la carretera.

Repentinamente estremecióse y se detuvo. Alguien hablaba al otro lado del seto. Ana distinguía perfectamente dos voces, una era grave, voz de hombre; la otra, joven y alegre, voz de mujer. Pero a pesar de la atención que puso, no pudo pescar ninguna palabra de la conversación de los dos interlocutores invisibles.

LA VIDA DE LA HUMANIDAD EN UNA OBRA ESCRITA PARA TODO EL MUNDO



Historia Universal

de CESAR CANTU



Estupenda creación de la historiografía moderna que resume, en su indiscutible jerarquía intelectual, todas las ventajas que puede exigir el lector de hoy: *es una espléndida crónica del mundo a través de los siglos y hasta nuestra época, que posee el atractivo imponderable de la veracidad crítica, está ilustrada con generosa riqueza documental y escrita con destacable brillantez y colorido.* Creada con admirable unidad de concepción y de método, esta obra, mundialmente célebre, ofrece un vastísimo y perdurable testimonio humano que instruye, reconforta y maravilla.

La HISTORIA UNIVERSAL de César Cantú es un precioso y completísimo documento de la vida de la Humanidad, en el que no se sabe qué admirar más: si su gigantesca labor de investigación, tan elogiada, o la gracia y plasticidad de su atrayente estilo. Desde las primeras páginas, el lector se siente ganado por la variadísima riqueza de información, y advierte, además de las notables cualidades del literato y del historiador, una maravillosa ponderación entre los elementos reales y artísticos.

También recogió Cantú, con la amplitud que exige su importancia y con la perspicacia de un cronista prolijo, las grandes efemérides, el progreso científico, artístico, filosófico, literario; las múltiples manifestaciones de cada pueblo y de cada época; es decir, ofrece al lector agudas síntesis del esfuerzo y del fruto de la inteligencia humana en los diversos ciclos de su desarrollo.

...Y, en suma, cuanto debe figurar en una historia del mundo que aspire a llenar la función informativa y crítica que exige el lector moderno, documentado y escrito todo con amenísimo estilo.

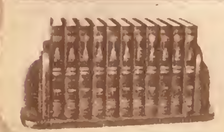
Principales características de esta edición de la Historia Universal, de César Cantú. Puesta al día, hasta los últimos acontecimientos, por el Prof. José D. Calderaro.

11 GRANDES TOMOS DE 640 PAGINAS c/u. (TAMAÑO 18×27 cm.), IMPRESOS A DOBLE COLUMNA, EN PAPEL ESPECIAL, CON LETRA SUMAMENTE LEGIBLE, Y LUJOSAMENTE ENCUADERNADOS EN TELA INGLESA, CON TITULOS Y ESTAMPACIONES EN ORO. ILUSTRADA CON 112 HERMOSAS LAMINAS EN NEGRO, REPRODUCCIONES DE CUADROS HISTORICOS, Y RETRATOS DE PERSONAJES CELEBRES. COMPLEMENTADA CON UN PRACTICO INDICE GENERAL QUE FACILITA CUALQUIER CONSULTA.

Solicite informes a la

EDITORIAL SOPENA ARGENTINA S. R. L

Capital $ 3.800.000 m/n.
ESMERALDA 116
U. T. 33-0063 - Bs. Aires



La HISTORIA UNIVERSAL puede adquirirse con un elegante mueble de pie, construido en finísimo roble americano lustrado a mano, y también con un práctico y lujoso mueble de sobremesa, de líneas sobrias y elegantes como el anterior.

Sírvanse enviarme informes y folleto de la HISTORIA UNIVERSAL, de César Cantú.

Nombre..

Dirección.......................................

Localidad.......................................

F. C.................................. L. 293



Para estar segura de que no la viesen se [illegible] en la hierba, y rodeó con sus dos brazos el cuello del perro.

—Silencio, *Pyram*, silencio.

Las dos voces se amortiguaron. Los paseantes se alejaban. Bien pronto Ana dejó de oír la charla.

—Estáte aquí, *Pyram*; estáte aquí.

Y separóse del perro en puntillas, volviéndose para hacerle señas de que no se moviera.

En la empalizada había, a algunos metros de allí, una brecha, que ella conocía bien. Las ramas la detuvieron un momento por el vestido. Se desprendió y pudo mirar del otro lado.

Primero le causó despecho no ver a nadie. Pero de pronto, sus ojos brillaron con un extraño reflejo; sintió latir su corazón tan precipitadamente, que tuvo que llevarse la mano al pecho.

Las ventanas de la *Pelouse*, cerradas hacía [illegible] años, estaban abiertas de par en par.

VII

Cuando miss Galswinthe Rusell se casó en la primavera de 1881 con Jaime de Saint-Selve, dos años más joven que ella, no había salido de Haití. Apenas conoció a su madre, que veinte años antes habíase fugado con un oficial de la Marina de guerra española, y que dió noticias suyas sólo para reclamar su fortuna. Míster Norman Rusell, cónsul general de Inglaterra en Haití, hizo bien las cosas. Dió entera satisfacción en el arreglo de cuentas a su veleidosa esposa, y tuvo así el placer de no volver a oír hablar de ella.

La pequeña Galswinthe fué educada por mistress Calthorpe, esposa del agente principal de míster Rusell. Místress Calthorpe, era una mujer austera y digna, que no llegó a tener jamás la menor influencia sobre la niña confiada a su cuidado. Galswinthe creció, haciéndose hermosa, sin que místress Calthorpe se diera cuenta. Muerto míster Rusell, en 1879, el matrimonio Calthorpe continuó ocupándose de la joven como si nada hubiera ocurrido, como si hubiese debido permanecer toda la vida bajo su tutela. Míster Calthorpe había llegado a ser socio de míster Rusell. Administró, como la suya propia, la fortuna de Galswinthe, colocando convenientemente sus beneficios, dándole el dinero que para sus gastos le pedía y mostrándose razonable en cuanto al precio a cobrar por la pensión de su pupila. Un arreglo tan provechoso para los intereses de las dos partes no debía haber cesado nunca, a juicio de los Calthorpe. Fácil es comprender cuán contrariados y hasta casi ofendidos se mostrarían cuando Galswinthe les participó su intención de que terminase, casándose con Jaime de Saint-Selve.

—¡Pero si es católico! —exclamó místress Calthorpe, con ese maravilloso arte que tienen los ingleses para vestir con un velo religioso y moral las preocupaciones más insignificantes.

Galswinthe continuó balanceándose en su mecedora, y tuvo un gesto de total indiferencia.

—Pero... ¿y los hijos? —dijo místress Calthorpe.

La brisa marina que soplaba bastante fuerte, llevóse la respuesta, asaz desenvuelta, de Galswinthe. Místress Calthorpe la oyó, a pesar de todo. Se puso lívida.

—¡Qué palabras para ser dichas por una señorita! —dijo frunciendo los labios—. Si tu madre, a quien Dios me guarde, sin embargo, de defender, hubiese tenido las mismas ideas, tú no...

—Deje tranquila a mi madre. ¿Quiere, místress Calthorpe? —interrumpió negligentemente Galswinthe—. Le haré observar que voy a cumplir veinticuatro años. ¿Esperaba, acaso, que permaneciera siempre soltera?

—No, sin duda, no. Pero ese señor de Saint-Selve...

—Es muy gentil. Me gusta mucho. Le ruego que no hable mal de él.

—No es hablar mal hacer notar que casi es un niño: veintitrés años, y tú misma acabas de recordar que vas a cumplir veinticuatro.

Sonrió Galswinthe y dejó por un momento de mecerse. El sol poniente ponía rojos reflejos en sus rubios cabellos, alborotados por el viento. Cruzó sus manos por detrás de la nuca. Las anchas mangas de muselina blanca se corrieron a lo largo de los brazos, que quedaron desnudos.

Mistress Calthorpe volvió los ojos.

Galswinthe acentuó su sonrisa.

—¿Es eso todo lo que tiene que reprochar a Jaime? —preguntó.

Los dedos de mistress Calthorpe se crisparon sobre la labor.

—Yo no le reprocho nada —dijo con acritud—. Pero, al fin, es nuestro deber no olvidar que la casa de exportación que dirige ese muchacho está en competencia directa con la nuestra.

Galswinthe volvió a la tarea de balancearse.

Hubiera sido equivocado creer que fué sólo el deseo de marcharse de un país en el que se aburría el que la decidía a convertirse en la señora de Saint-Selve. Pero es cierto, en cambio, que la perspectiva de vivir en Europa había influído en su determinación. Del mismo modo hubiese sido injusto suponer que las riquezas de Galswinthe habían acallado demasiado los escrúpulos de Jaime. Todo lo más que puede decirse es que, cuando llegó el momento de comunicar a su familia su nuevo proyecto, no tropezó con las objeciones con que se había acogido el anuncio de sus relaciones con la señorita de la Ferté. ¡Y entonces también fué sincero! ¿A qué viene, además, el hablar de sinceridad? No hay, la mayoría de las veces, una sinceridad única, sino sinceridades sucesivas. En definitiva, el amor que mutuamente se tenían Jaime y Galswinthe al unirse era de un honesto término medio de intensidad o quizá algo mayor, pero no mucho.

La primera decepción de Galswinthe fué no salir para Francia en seguida que se casó. Pero Jaime no hizo nada para abreviar su estada en Haití. Parecía, por el contrario, buscar todos los motivos posibles para prolongarla un año más. Acaso deseara adquirir un conocimiento más profundo de sus factorías de Ultramar. Tal vez pensara también que cuanto más lejos se está hay mayores probabilidades para ahogar ciertos remordimientos. Pero, fuera lo que fuese, lo cierto es que, a pesar de las impaciencias de su esposa, él no tenía ninguna prisa.

Como embajador de la familia de Saint-Selve, Esteban Larralde había asistido a la celebración del matrimonio. Fácil es comprender la importancia que tenía para él este acontecimiento. Un enemigo convertido en aliado; la casa Rusell fusionada con su antigua rival, la casa Larralde y Saint-Selve. Es verdad que quedaban los Calthorpe... Pero ¿podía admitirse, en buenos principios, que Galswinthe dejara en los negocios de éstos una fortuna que en sus manos estaría destinada a combatir los intereses de su marido, es decir, los suyos propios? Aun no se había celebrado el matrimonio de los jóvenes cuando Larralde despejó tan paradójica situación. El viejo Calthorpe tuvo que rendir cuentas, que fueron presentadas, desde luego, de modo irreprochable. Galswinthe entró en posesión de su fortuna, que ascendía en aquel momento a sesenta mil libras esterlinas. Con gran sorpresa de Larralde, que no le juzgaba en situación tan sólida que le permitiera reembolsar de una sola vez semejante cantidad y continuar sus negocios, Calthorpe obstinóse en hacerlo. Pero tuvo que desaparecer de la razón social *Rusell y Calthorpe* el primero de los dos nombres. Toda relación entre Galswinthe y su tutor cesó. Mistress Calthorpe no tuvo aún ni la satisfacción, que se había prometido a sí misma, de no contestar el domingo, en el oficio divino, al saludo de la recién casada; desde el día que se casó, la ingrata no volvió a poner los pies en el templo anglicano.

Al fin, en junio de 1882, Jaime cedió a las instancias de Galswinthe. Se fijó la partida para el 15 de julio siguiente, y tomáronse los pasajes del vapor para Burdeos. La señora de Saint-Selve pasó las tres semanas que faltaban con una gran alegría, en la que entraba en muy pequeña parte la perspectiva de ser presentada a la familia de su marido. Jaime, a quien aterraban las extravagancias de su esposa, había tratado, con frecuencia, de aleccionarla sobre lo que debía decir o no decir; Galswinthe había concluído por representarse a aquellas gentes como molestos obstáculos para conducirse a su gusto. Unicamente el famoso capitán de Villerupt se presentaba a su imaginación merecedor de simpatía. Precisamente acababa de perder cien mil francos en Baden-Baden. Galswinthe recibió la noticia con júbilo. Preguntaba frecuentemente a Jaime si lo vería en el otoño en Burdeos. Sólo pensaba en el efecto que produciría en él cuando se probaba repetidas veces los innumerables vestidos, para la confección de los cuales se movilizó durante un año a todas las modistas de la isla.

Pero el destino quiso que no fuese con ninguno de esos vestidos, en los que lucía el encantador arco iris criollo, con los que desembarcara Galswinthe en Burdeos en la fecha determinada. Jaime había muerto, arrebatado en cuarenta y ocho horas por una insolación. El vapor, en el que habían reservado dos plazas, partía dos días después. Ni por un instante admitió la joven viuda que pudiera retrasarse su marcha. La catástrofe la impulsaba, por el contrario, a apresurarla. Místress Calthorpe supo con estupefacción, al inquirir noticias, que la señora de Saint-Selve embarcaba al día siguiente con el féretro de su marido. Tuvo en sus manos, en casa de la modista de los lutos, el velo de viuda de Galswinthe. Era de un tejido tan lindo, que le hizo pensar que jamás su ex pupila había amado a Jaime de Saint-Selve.

Un tiempo maravilloso atenuó las macabras circunstancias del viaje. Sobre el mar azul y rosa de los trópicos deslizábase el buque indolentemente. Galswinthe se encerró al principio en su camarote. ¡Pero hacía tanto calor!... Al día siguiente, por la tarde, subió al puente en los momentos en que el sol se ocultaba con un esplendor cuya descripción saldría del cuadro de esta narración. Al otro día, a la hora de almorzar, apareció en el salón.

Había dejado el velo, pero iba vestida de negro. Los pasajeros jóvenes la miraban pasar. Creían hacerle la corte esfumándose ante ella con un aire de compasiva discreción. No hay que decir si a estos adolescentes les era indiferente el dolor que presumían agobiaba a la deliciosa viuda. ¡Doble equívoco! Galswinthe no quería esa compasión. "¿Creen, pues, que mi vida ha terminado?", se decía. Es cierto que en algunos instantes sus pensamientos le causaban horror. Era cuando, paseando al azar, llegaba a los alrededores de la cala, cuya abertura cuadrangular desaparecía bajo una tela embreada. Entonces recordaba al pobre muerto, con sus facciones rígidas, que yacía allí, en una de las bodegas del buque, entre las mercancías. Febriles lágrimas humedecían sus ojos, y bruscamente se metía en su cabina. Pero era raro que estuviera oculta más de una hora. Bien pronto reaparecía y se la veía dar las gracias, con una sonrisa voluptuosa y triste, al feliz caballero que le tendía la mano para ayudarla a subir el último peldaño de la escalera de caracol que conducía a cubierta.

Con pretexto de asistir a los funerales de Jaime, toda la familia Saint-Selve acudió a Bur-

deos, para ver a la joven criolla. Sólo el capitán de Villerupt dejó de acudir. "No había podido — dijo su esposa — conseguir permiso". Galswinthe se sintió mortificada, y esta decepción la decidió a reducir a la mitad el tiempo que se había propuesto permanecer en Francia. Además, Larralde acabó de amargarle su estada con su insistencia en querer hablarle de dinero. Galswinthe no le oía. Bostezaba mientras el despiadado vasco le encomiaba las grandes ventajas que obtendría, en lo referente a su fortuna, no modificando las disposiciones adoptadas por Jaime. Es éste, acaso, el momento de hacer saber que esa fortuna había sido dividida en dos partes, de unos 700.000 francos. Una de estas partes fué invertida en renta francesa del 5 por 100. La otra había sido colocada en la casa Saint-Selve y Larralde, donde producía el 7 por 100. Larralde hubiera querido, naturalmente, que la casa tomara a su cargo toda la fortuna de Galswinthe, y ésta no hubiera hecho objeción alguna a esta combinación. Fué Jaime quien se opuso. Sin duda tenía ya bastante clara la impresión de que su matrimonio se asemejaba a un negocio. Muerto él, Larralde vivió tres semanas de ansiedad, por el temor de que Galswinthe retirara de la sociedad los 700.000 francos que le pertenecían.

Por bien cimentada que esté una casa comercial, la obligación de restituir de un día para otro semejante cantidad no deja de producir trastornos. El poco trabajo que le costó convencer a Galswinthe le sorprendió agradablemente. Ella tenía horror a las complicaciones; quería, ante todo, poder contar con sus rentas a fecha fija, con el mínimo de formalidades y de quebraderos de cabeza. Así aceptó sin dificultad el mantenimiento del *statu quo*. Al salir de Burdeos sabía que podía disponer de una renta anual de 90.000 francos, y que percibiría con puntualidad sus mensualidades. No pedía más.

Se dirigió a Londres. Su padre tenía allí una prima casada con un miembro de la Cámara de los Communes, con la cual habían conservado algunas relaciones. Galswinthe no tenía intención de unirse por completo a esa familia, de la que sabía que era puritana y rigorista hasta la exageración. Pero no conocía a nadie. Se decía, con razón, que las relaciones no se crean de cualquier modo, y contaba, muy acertadamente, con la mujer del diputado para las primeras presentaciones; resuelta, sin embargo, a verla lo menos posible en cuanto hubiera logrado formarse su círculo de íntimos, en armonía con sus aspiraciones de viuda joven, bella, con cuatro mil libras esterlinas de renta, y decidida a no conocer en adelante la vida sino en sus aspectos más agradables.

Su plan salió a maravilla. En menos de un año, la señora de Saint-Selve había realizado la conquista de esa parte de la buena sociedad londinense que goza fama de no engendrar la melancolía. A excepción de dos o tres mujeres de lánguido andar, su círculo estaba compuesto exclusivamente de hombres jóvenes y, en su mayoría, apuestos. Galswinthe vivió entre ellos totalmente despreocupada de su cuerpo, generosa hasta la prodigalidad de aquel cuerpo maravilloso. Las negras aguas del Támesis, durante noches enteras, reflejaban los innumerables cristales dorados de la suntuosa villa de Richmond, en la que se entregaba a esas locuras. Fué la mayor, sin duda, en pleno mes de diciembre, aquel paseo con antorchas por el río, a la salida de un baile, en compañía de media docena de tenientes de la Guardia a caballo, tal vez demasiado cansados de *whisky* para darse cuenta de que los bellos y desnudos hombros de su radiante amiga se estremecían de vez en cuando con un temblor que no era el de la voluptuosidad.

Esta vida duró, aproximadamente, dos años. Después, hacia la mitad del tercero, un extraño cambio notóse en la existencia de Galswinthe. Los habituales de las fiestas de Richmond comenzaron a ver más de tarde en tarde a su joven amiga. Aun no siendo muy perspicaces en su mayoría, viéronse obligados a confesar que se sustraía a sus asiduidades. Satisfacían su vanidad cargando esa desaparición progresiva a la cuenta de la salud de Galswinthe. La señora de Saint-Selve, era innegable, caminaba hacia una enfermedad. No se pasa impunemente de la vida que ella había llevado en las costas del mar de las Antillas a la que llevaba desde hacía tres años en las orillas del Támesis. Primero hizo su aparición una tos rara. Después fué una bronquitis descuidada. El paseo en barca tuvo lugar entre esos dos hechos. Los primeros síntomas de un terrible mal, en lugar de moderarla, estimularon en Galswinthe la fiebre que la empujaba hacia experiencias sensuales cada vez más ardientes. En tales condiciones, el cambio producido fué a propósito para desconcertar a todo el mundo. La villa de Richmond se cerró. La señora de Saint-Selve fué a vivir a Londres. Allí, sólo por casualidad la encontraban sus antiguos amigos. Cada vez se asombraban más éstos de la transformación que se operaba en ella, y que era imposible atribuir por entero a la enfermedad. Los más perspicaces opinaron que una influencia de un orden nuevo estaba en camino de pesar sobre Galswinthe; pero las tentativas que realizaron no dieron otro resultado que el de cerrarse definitivamente las puertas de la casa de la viuda. Aquellos apuestos jugadores de *golf* se preocupaban poco de los problemas psicológicos. Le costó poco trabajo a la señora de Saint-Selve guardar el misterio de sus nuevos amores.

Esto ocurría en 1886. Habiendo llegado a ser bastante inquietante el estado de Galswinthe en los comienzos de 1887, consultó al mejor especialista inglés de enfermedades del pecho, quien le prescribió un cambio inmediato de clima. El mar y la montaña, según él, le eran absolutamente necesarios. Pronunció el nombre de Arcachón. De pronto Galswinthe recordó que era dueña, desde hacía un año, de la *Pelouse*.

VIII

Es difícil hacer la narración de un drama íntimo de nuestra época sin que a cada paso intervenga el dinero. Que, al menos, las explicaciones necesarias para comprender esto sean tan breves como es posible. El año anterior, Esteban Larralde habíase decidido a aumentar el capital social de la casa comercial de Burdeos. En realidad, tenía que hacer frente a algunas dificultades financieras. Con gran sorpresa suya, Galswinthe, aparentemente más enterada de cuestiones de dinero de lo que se había mostrado en Burdeos, o aconsejada tal vez por alguien, negóse a aportar los 200.000 francos que Larralde solicitó. A nuevos requerimientos de éste aceptó el contrato siguiente: ella compraba a la familia Saint-Selve una casa en el malecón de Chartrous, tasada en 150.000 francos, más la finca de la *Pelouse*, en la que nadie había vuelto a poner los pies desde la partida de Jaime para Haití. De este modo se completó la cantidad de 200.000 francos que Larralde necesitaba. Galswinthe no ignoraba por completo el papel que en la vida de su esposo había jugado la *Pelouse*. Antes de casarse, Jaime le había hablado de la señorita de la Ferté. Lo hizo indudablemente por lealtad; pero acaso no dejara de provocar estas confidencias, poco precisas, por otra parte, un punto de vanidad masculina. La curiosidad de la muchacha, durante un momento excitada, había tenido tiempo de calmarse. Después, ¡habían absorbido su atención tantas otras preocupaciones! Al comprar la finca, por la imaginación de Galswinthe no había pasado que pudiera llegar a habitarla algún día. Y he aquí que ese día había llegado...

La señorita de la Ferté no había de conocer hasta más adelante estos detalles de la vida de Galswinthe de Saint-Selve, anterior a su instalación en la *Pelouse*, así como otros que afectaban a las personas que la acompañaban. Por el momento, sólo sabía con certeza que la mujer joven cuya voz acababa de oír era la viuda de Jaime de Saint-Selve.

IX

—Vamos, *Pyram*.

Silenciosamente, la señorita de la Ferté había retornado al lado del perro. Le ayudó a levantarse. Después, tomando un sendero a través de los verdes maizales, se alejó de la empalizada. *Pyram* iba delante, jadeando con su garganta de viejo animal asmático. Grises saltamontes de pequeñas alas azules o rosadas levantábanse a su paso.

Pronto llegó a la carretera de Castex. La casa de Isabelina apareció. Ana penetró en el portal y dijo:

—Buenos días, Isabelina.

Hacía diez años que la vieja estaba siempre igual. Acaso un poco más arrugada.

—Buenos días, señorita.

Y detúvose en su labor de echar grano a las gallinas y patos que la rodeaban.

—No se moleste por mí, Isabelina — dijo Ana, sentándose en el brocal del pozo, con los pies colgando.

Pyram, orgulloso de haber asustado a la volatería, echóse al lado del pozo. Isabelina lo miró.

—Es viejo — dijo.

—Tiene catorce años, Isabelina.

—Me acuerdo de haberle visto bien pequeño. Recuerde: el primer día que vino usted aquí después de su llegada a la Crouts le hablé de él. Tengo memoria. Había visto usted un perro blanco en el pantano y creía que era *Pyram*. Yo le dije: "*Pyram* no es blanco". Y busqué durante un largo rato quién podía ser el cazador que tenía un perro blanco. Lo supe aquella misma noche, pero siempre olvidé el decírselo. Era...

—Importa poco, Isabelina.

Hay detalles que, por lo que les sigue, adquieren importancia; aquél no había tenido ninguna.

Se calló. La vieja miraba al perro.

—¡Catorce años! ¡Catorce años! — repetía.

Pareció que reflexionaba profundamente y que dudaba luego hacer una pregunta. Por fin se atrevió, y retorciendo la punta de su delantal, preguntó:

—¿Y va a devolverlo?

Al hablar señaló los plátanos de la *Pelouse*, de los que se veían las copas allá abajo, por encima de los setos y de los campos.

Ana simuló no entender.

—¿Devolverlo? ¿A quién, Isabelina?

—Señora — murmuró la aldeana algo turbada porque se le obligaba a ir más adelante en su indiscreción —, ése es el perro del señorito Jaime.

Ana la miró con fijeza.

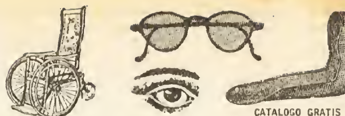
—Esté tranquila, Isabelina. *Pyram* no volverá a la *Pelouse* — y se inclinó para acariciar la cabeza del animal.

En el mismo momento pasó por la carretera, al trote, un cabriolé en dirección a Dax. Lo conducía un hombre rubio, que al notar la presencia de la señorita de la Ferté la saludó afectuosamente.

—¡Caramba! ¡Si es el doctor Barradères! — dijo Ana.

El doctor no había vuelto a la Crouts desde la muerte de la señora de la Ferté. Guardaba rencor a la hija y creía que ésta no quería nada con él. En realidad, Ana, de una envidiable salud, no había necesitado sus buenos oficios.

—Viene todos los días a la *Pelouse* — dijo Isabelina.



—¿Todos los días?

—Todos los días: la señora de Saint-Selve está enferma.

—¡Ah! — exclamó Ana en un tono de perfecta indiferencia —. ¿Y qué tiene?

Sin decir nada, Isabelina colocó su dedo índice en la concavidad de su escuálido pecho y tosió dos veces.

—¡Ah! — volvió a exclamar la señorita de la Ferté, y quedó un momento pensativa.

—¿Está sola en la *Pelouse,* Isabelina? — preguntó por fin.

—No — contestó la aldeana —, tiene con ella una doncella, y también hay un señor viejo que no la deja.

—¿Un señor viejo?

—Digo viejo porque tiene el pelo blanco; pero su cara parece joven. Está afeitado como un cura.

La señorita de la Ferté miró a Isabelina.

—Está muy enterada de lo que sucede en la *Pelouse* — le dijo secamente.

La vieja hizo un ademán de protesta.

—No he sido yo la que fuí primero, sino que vinieron a buscarme. El jardinero había explicado que en tiempos del señorito Jaime yo proporcionaba yo huevos y leche cuando no había bastante en la *Pelouse,* y me buscaron.

—Y — dijo Ana en voz baja— ¿la ha visto?

—¿A quién? — preguntó Isabelina.

—A ella — contestó Ana bajando aún más la voz.

—A la señora de Saint-Selve? ¡Ya lo creo, señorita!, y también le hablé. No se puede creer que está enferma viéndola de tan buen color y tan linda. Me estrechó la mano; me dijo que ella quisiera que todos los del país fuesen sus amigos. El señor viejo sonreía mirándola y le dijo algo que no comprendí, porque entre ellos hablan inglés.

La señorita de la Ferté no había oído todo este discurso.

—Es bonita — murmuraba.

—Muy bella — asintió la vieja.

—Más que yo, ¿no es eso, Isabelina? — dijo tomándola de una mano.

Isabelina retrocedió.

—¡Es otra cosa distinta!

Pero ya Ana se había echado a reir.

—Debe encontrarme bien loca hoy, pobre Isabelina. Vamos, *Pyram,* arriba.

Y dejó a la vieja.

La señorita de la Ferté atravesó la carretera de Castex, y en seguida tuvo ante sus ojos el Blanco.

El pantano estaba allí impertérrito, pero nunca le había parecido más inofensivo que bajo aquel cielo suave de abril. Era como una pradera de un verde intenso, demasiado intenso acaso, sembrada aquí y allá de extrañas manchas sombrías. Ningún vapor se levantaba de ella. Por otra parte, era indudable que la *Pelouse,* colocada sobre una eminencia, a más de un kilómetro, rodeada por todas partes de pinos y de árboles purificadores, debía preservar a sus habitantes de los miasmas mortales.

Ana estuvo inmóvil cerca de media hora delante de la superficie pantanosa. Ningún gesto de su cara permitía adivinar sus pensamientos. En el cielo, las nubes, de un gris de plata, tomaban un color rosado. De pronto una parte del pantano se difuminó y apareció menos verde. Algo así como una tela blancuzca, primero transparente y luego cada vez más opaca, extendíase sobre su superficie. La niebla hizo su aparición.

La señorita de la Ferté sonrió.

—Ven, *Pyram* —dijo.

El pobre perro levantóse y dirigió a la muchacha una mirada de angustia.

—Nos vamos — indicó Ana.

Esa era sin duda, en aquel momento, su intención. Pero al llegar al borde de la carretera se desvió. Tenía delante un foso de los que en las landas deslindan los campos y limitan los caminos y están generalmente plantados de moreras. Detrás de esas moreras, Ana veía la verja de la *Pelouse.* A cien metros, delante de la casa, sentados en sillones, descubrió a una mujer y a un hombre; aquellos cuyas voces había oído dos horas antes. La mujer estaba vestida de blanco; el hombre, de gris. Aun cuando no podía distinguir sus rasgos, la señorita de la Ferté estuvo mirándolos durante diez minutos, con los ojos fijos y los dientes apretados.

Un gruñido del perro la hizo volver a la realidad.

—Ya nos vamos, ya nos vamos, *Pyram.*

Recorrieron en sentido inverso el camino que habían andado a lo largo del foso y atravesaron la carretera a doscientos metros, aproximadamente, del límite de la *Pelouse.* Una especie de fiebre apresuraba el paso de la señorita de la Ferté. Fué necesario, en dos o tres ocasiones, un gemido del extenuado perro para que caminara más despacio. Entonces ella volvíase hacia el pobre animal, le acariciaba y le hablaba junto a la oreja, como para hacerle confidente de algún cambio repentinamente ocurrido. Una vez puso los labios sobre el pelado cuello del viejo perro.

Un poco antes de llegar a la Crouts, un aldeano cruzó el camino y saludó. Ninguna variación pudo notar en su actitud. Esta actitud, a la aparición de un ser humano en el sendero amarillo, había vuelto a ser la de siempre. Ana retribuyó el saludo.

En la profundidad de la llanura oíase el tintineo de las esquilas de los rebaños, muy diseminados por la gran extensión del bosque y la pobreza de los pastos. En tres ocasiones pasó por delante de Ana, a ras del suelo, el extraño pájaro que llaman chotacabra. Siempre anuncia la noche. Esta ya era completa cuando Ana atravesaba el portillo de la Crouts.

La vieja María la esperaba en el umbral de la casa.

—¡Ah, señorita!

—¿Qué hay?

—Vino el señor cura.

—¿El abate Lafitte?

—No, el abate Vergez.

Era, por lo visto, el día de los acontecimientos. Ana reprimió un gesto de sorpresa.

—¿Que vino el abate Vergez?

El abate Vergez, cura de San Pablo, de Dax, había tenido a las señoras de la Ferté como feligresas desde su instalación en la Crouts. Pero sus relaciones habíanse limitado casi siempre a oír su misa de los domingos. Después de la muerte de su madre, Ana, en dos o tres ocasiones, había hecho fracasar con su marcada frialdad las tentaciones del cura para ser recibido en su casa. El se dió cuenta al fin y no volvió a insistir. Estaba lejos de ser un mal hombre, pero abusaba un poco del derecho que tiene un cura de aldea a no ser tan distinguido como un cura de San Sulpicio. La señorita de la Ferté iba a Dax cuando quería confesar y comulgar. Tenía como director espiritual a un padre lazarista. El abate Vergez había acogido con humildad esta desgracia, pero guardaba a la joven el rencor que tiene el médico rural al cliente que se dirige al doctor de la ciudad vecina.

—¿Que vino el abate Vergez? — repitió.

—Sí — contestó María —, y casi en seguida de salir la señorita. Seguramente usted fué a campo traviesa, porque si hubiese seguido el camino lo hubiera encontrado. Se marchó después de esperar dos horas. Parecía contrariado.

—¿Dijo qué quería?

—No. Unicamente que volvería mañana por la mañana, a las diez.

—Bien — concluyó Ana.

Y entró en el oscuro comedor.

Su frugal comida, ensalada de judías verdes y café con leche, estaba preparada en un extremo de la gran mesa, bajo la luz de una lámpara de porcelana con pantalla de papel verde.

Ella misma se sirvió, echando de vez en cuando, con ademán distraído, un pedazo de pan a *Pyram,* que se lo comía haciendo un ruido sordo.

Terminó pronto. María entró para levantar la mesa, dando vueltas alrededor de ésta como una sombra negra y encorvada, mirando, sin atreverse a dirigirle la palabra, a su ama, que, apoyada en los codos y la barba sobre las manos, pensaba.

—¿No necesita nada la señorita? — preguntó por fin.

—No. Cierra las puertas y acuéstate. No tardaré yo en hacer lo mismo. Estoy cansada.

Algunos momentos después, en la casa no se oía ningún ruido.

Entonces la señorita de la Ferté se levantó y, prendiendo la pequeña lámpara de níquel que había agarrado de la repisa de la chimenea, subió la escalera que conducía a su cuarto.

Este cuarto, muy grande, era el mismo en que murió la señora de la Ferté. Ni María ni los colonos hubieran comprendido que Ana no se hubiese instalado en él. Con su indiferencia habitual para los detalles de la vida corriente, dejando su habitación de soltera, había dado satisfacción a aquellas buenas gentes.

Un último rayo del día deslizábase sobre el suelo. Ana apagó la lámpara, dirigióse hacia la enorme cama cuyas blancas sábanas se destacaban suavemente en la sombra, y comenzó a desnudarse con lentitud.

De pronto se arrepintió y volvió a ponerse la ropa que se había sacado. Abrió un armario, revolvió en él y extrajo una capa, que se echó sobre los hombros. Cinco minutos después, dejando el camino, hallóse en pleno arenal.

Diríase que esa tarde no acababa de llegar la noche. Hacia Occidente, a ras del suelo, una faja de un rojo incandescente indicaba el sitio por donde el sol se había ocultado hacía casi dos horas.

Ana avanzó a través de los pinos. Cuando sus copas se separaban por encima de su cabeza, veía a través del profundo agujero las estrellas, poco numerosas, pero de un azul cuya limpidez centelleante turbaba el espíritu y provocaba el deseo de sentarse y quedarse allí contemplándolas.

Pronto se proyectó sobre el cielo el macizo de plátanos de la *Pelouse.* Ana avivó el paso.

La *Pelouse* tenía dos entradas: una en la carretera de Castex, al Oeste; otra, al Este, abríase sobre la llanura. Esta fué la que de pronto apareció ante la señorita de la Ferté.

Dudó. ¿La franquearía? Desde hacía ocho años, cuando sabía que la finca estaba desierta, había pasado muchas veces por delante de ella y había visto su picaporte oxidado, sin que ni por un instante se le ocurriera la idea de levantarle. Y he aquí que esa noche, cuando

sabía que la *Pelouse* estaba habitada, y por quién, por su mayor enemiga, puso su mano sobre él.

Giró con trabajo, con un ruido semejante a un sollozo. Ana detúvose temblorosa. Pero ni el más leve ruido oíase en el silencio de la noche. Sólo el monótono chirrido de los grillos salía de la tenebrosa maleza.

No tuvo más que empujar la verja. Oyó el crujido de la arena amontonada desde hacía largo tiempo junto al barrote de hierro inferior.

A unos doscientos metros, al final de un paseo de manzanos que formaban túnel, lucía una ventana: era la casa.

Ana no siguió esta avenida, que era uno de los paseos habituales de la finca. ¡Cuántas veces la había recorrido con Jaime cuando iba a acompañarla a la Crouts! Pero a la derecha había un campo sembrado de espárragos, cuyos tallos, de un verde blanquecino, brillaban suavemente en medio de la pálida oscuridad. Penetró en ese campo. En la tierra blanda, sus pasos no se oían. Desde el tiempo de Jaime estaban las trampas de mimbre para cazar pájaros. Es necesario volver a pasar por los mismos sitios, para que ciertos detalles reaparezcan... Ana dióse cuenta con sorpresa de que no sabía desde cuándo habían huído éstos de su memoria. Iba encontrando otros que la distrajeron, haciéndole olvidar la locura que era, a tales horas y en tales circunstancias, dirigirse hacia la casa. Atenta a los más nimios incidentes de su paseo, olvidaba su objeto. Además, ese objeto, en su espíritu, ¿no era todavía completamente vago? ¿Sabía acaso, lo que venía a buscar en las sombras de la *Pelouse?* Iba hacia allí y nada más.

Llegó al final del campo. Habiendo acortado el paso instintivamente, recordó que era debido a que había allí un alambre destinado a impedir el paso a las vacas que eran llevadas a pastar. ¡Un detalle más que había olvidado! Con su mano extendida hacia adelante, no tardó en encontrar el alambre a la altura que debía estar. Pasó por debajo.

La casa estaba ya encima.

Por dos veces, desenfilándose de la zona luminosa proyectada por la ventana, dió la vuelta a la casa. Hubiésese dicho que era un pájaro nocturno girando con circunspección en torno de una linterna encendida.

Por último, la señorita de la Ferté detúvose delante de la ventana.

X

Antes de proseguir conviene que describamos un plano tan exacto como sea posible de la quinta de la *Pelouse*. Esta quinta era más bien un solo pabellón. Una planta baja elevada respecto al nivel del suelo, a la que daban acceso dos escalinatas de piedra. Nada de primer piso. Un simple granero, en el que, en tiempos de Jaime, guardábanse los juegos de jardín, y en el cual se habían abuhardillado dos habitaciones para los sirvientes.

La planta baja estaba atravesada de una a otra escalera por un corredor. En este corredor abríanse las cuatro puertas de las cuatro habitaciones.

Las dos primeras, que daban sobre la carretera de Castex, eran las alcobas. Las otras dos, que correspondían a la llanura — del lado por el que llegaba la señorita de la Ferté—, eran, una, la cocina, y otra una pieza que servía al mismo tiempo de salón y de comedor.

La ventana de la cocina no estaba iluminada. Era tarde. La cocinera habría subido a acostarse hacía tiempo. Sólo la ventana del comedor, ante la cual se había detenido Ana, dejaba ver luz. Si las contraventanas hubieran estado cerradas, como eran macizas, Ana no hubiese podido ver nada. Pero estaban abiertas.

Vió, por tanto, subida en un banco de madera, colocado a cinco o seis metros, fuera del alcance de la luz; y como conocía todos los detalles de la habitación, concentró su mirada por completo en las dos personas que se hallaban en ella.

Una estaba de pie, el hombre. Ana lo veía de frente. Fumaba un cigarro. La señorita de la Ferté notó con pesar la nobleza de su cara afeitada. Hubiera deseado hallar en este desconocido un primer aspecto menos agradable.

De la otra persona, de la mujer, que, sentada, le daba la espalda, no veía más que una especie de toca que, colocada sobre la cabeza, extendíase sobre el respaldo de la butaca. Mirando con mayor atención, la señorita de la Ferté pudo reconocer que lo que había tomado por una toca no era otra cosa que la cabellera, suelta y flotante sobre sus hombros, de la señora de Saint-Selve. Turbación de la noche. Misterio angustioso de las mil voces imperceptibles fundidas en el gran silencio. Este silencio quebróse de pronto. Un traqueteo nació allá lejos, aumentó, disminuyó, desapareció... El expreso, el expreso de Burdeos, que entraba a las diez en la estación de Dax.

Después, a través de los cristales de la ventana del comedor, Ana oyó dar las once. Hacía una hora que estaba allí.

Al fin su espera fué recompensada. Vió salir del comedor al compañero de la mujer de los cabellos sueltos. Una raya luminosa dibujóse sobre el cerco de la ventana de la habitación de la izquierda. En ella se había prendido una lámpara.

El hombre reapareció en el umbral. Ana lo vió ayudar a la señora de Saint-Selve a levantarse. Esta salió apoyada en su brazo, sin volver la cara. La señorita de la Ferté siguió inmóvil.

El hombre volvió solo. Apagó la lámpara del comedor. Los cristales se convirtieron en negros. Entonces Ana, descendiendo con presteza del banco, dió la vuelta a la casa y colocóse delante de la fachada oriental, en el sitio desde donde podía ver las ventanas de las dos habitaciones.

Unicamente la pieza de la izquierda seguía iluminada.

Al cabo de una hora, durante la cual el corazón de la muchacha no dejó de latir con suma violencia, apagóse la luz.

Pero no se encendió en la habitación de la derecha.

XI

A las diez menos cuarto de la mañana siguiente, María llamó en la habitación de la señorita de la Ferté.

—El señor abate Vergez está ahí, señorita.

—Se ha adelantado — dijo Ana —. Que aguarde.

Cuando pasaron cinco minutos bajó. Tomó despacio su café con leche en el comedor. El reloj del salón daba las diez cuando entró en él.

A la primera mirada notó que el cura estaba cohibido.

—Siéntese, se lo ruego, señor cura.

Este tenía en la mano el paraguas. Ana se lo puso en el paragüero.

—¿En qué puedo servirle? — le preguntó, arreglando al mismo tiempo unas flores.

—Señorita, el Corpus está próximo. Este año la procesión será más brillante que los anteriores. Tengo que vestir de ángeles más de cuarenta niños, y pensé...

Se encontró cortado. La señorita de la Ferté no acudió en su ayuda.

—Y pensé — logró continuar — en que acaso consintiese en ayudarnos a hacer los vestidos...

—No es posible contar conmigo, señor cura. La Obra de los Tabernáculos absorbe todo mi tiempo. Le prometí al señor abate Lafitte darle, antes de fin de mes, dos casullas en las cuales me preparo a trabajar. Como ve, no están muy adelantadas.

—Perdóneme — murmuró el abate Vergez —. Había creído... Estoy verdaderamente desolado.

—También yo estoy desolada, señor cura.

Y añadió:

—Tendría sumo placer si de algún otro modo pudiese...

Arrastraba las palabras deliberadamente. Por último, como él no se decidía a hablar:

—¿Es eso — preguntó — todo lo que tenía que pedirme?

El abate Vergez revolvióse en su butaca, buscando una postura. Se veía que le molestaba haber abandonado el paraguas.

—Todo, sí, señorita. No. Es decir...

—Le ruego que hable, señor cura — dijo Ana con ligero acento de impaciencia.

—Pues bien, señorita... Pero prométame primero no enojarse conmigo.

—¿Enojarme, señor cura?

—Sí; que no diga que me mezclo en lo que no me concierne.

—¡Dios mío! — exclamó Ana con provocativa sonrisa.

—Pues bien, señorita —repitió el desdichado abate—: ¿sabe, sin duda, que la señora de Jaime de Saint-Selve está actualmente en la *Pelouse*?

—Lo sé, en efecto —dijo la señorita de la Ferté, impasible.

—Desde hace diez días; está desde hace diez días. Va a estar mucho tiempo. Está enferma. Los médicos esperan que el aire de los pinos le hará bien.

—Así lo deseo.

—Ha venido a verme —continuó el abate Vergez—. Me dijo que era protestante, pero quería, sin embargo, hacer el mayor bien posible a los pobres de una parroquia de la que su esposo le había hablado muchas veces y a la que tanto amaba.

—Medios tiene para ello —dijo la señorita de la Ferté—. Pero no debe disminuirse el mérito de la intención. Y esté seguro, señor cura, de que, en lo que a mí concierne, estoy encantada por usted.

El cura la miró con expresión suplicante. Ella fué despiadada.

—Le confieso, sin embargo, que no alcanzo a comprender la relación de la visita que le ha hecho esa señora con...

—Señorita —interrumpió el abate casi lastimeramente—, me ha hablado de usted.

—¡Ah! —exclamó en un tono seco la señorita de la Ferté.

—Me ha hablado de usted.

—¿De mí, señor cura? Verdaderamente me sorprende. ¿Qué pudo decirle? Yo no la conozco.

—Precisamente. Ella tiene grandes deseos de conocerla a usted.

La lluvia, que caía desde por la mañana, aumentó en violencia. Gotas de agua empujadas por el viento comenzaron a entrar en el salón. Ana levantóse y cerró la ventana.

El abate Vergez la observaba con ansiedad.

—¿Conocerme, señor cura? Ya sabe que no visito a nadie.

—Eso es lo que yo le dije, señorita. Pero parece que no le importó.

—Es, sin duda, muy amable; pero, además, yo debo...

Estas palabras fueron acompañadas de una sonrisa sobre el sentido de la cual el abate se equivocó. Creyó en el éxito de su misión.

—¡Ah!, señorita, sé muy bien lo que me va a objetar. Créame que no he dejado de decir yo mismo a la señora de Saint-Selve...

—¿El qué? —interrumpió Ana con un acento glacial.

—Pues que..., en otro tiempo, usted y Jaime habían sido...

—Se equivoca, señor cura. No pensaba en ese detalle. Estoy segura de que la señora de Saint-Selve le conocía cuando le pidió que me viera.

—¿Entonces? —preguntó el cura con azoramiento.

—Señor cura —contestó Ana, dulcificando mucho la voz—, ¿sabe el nombre de ese caballero de alguna edad, que vive actualmente en la *Pelouse* con la señora de Saint-Selve?

El abate Vergez se puso de color escarlata.

—Míster Thomas Kennedy —balbuceó—. Éste es el nombre con el que me lo ha presentado.

—¡Ah! —exclamó la señorita de la Ferté—. ¿La acompañó en la visita?

—Sí —contestó el cura.

—¿Quién es?

—Un pariente, según creo.

—Lo deseo por sus pobres, señor cura —dijo Ana con voz cortante.

El abate Vergez se incorporó.

—Señorita —dijo, tratando de encontrar un poco de energía—, creo comprenderla... Pero permítame decirle que he hablado con ese caballero, quien me pareció digno de estimación, que su edad, en fin...

Ana tuvo un gesto de burla. El cura la miró con dolorosa sorpresa. Había desaparecido su color encendido. Se tornó pálido.

—Señorita —dijo—, es cierto que yo he pensado también en mis pobres.

Al mismo tiempo se levantó.

Ana lo obligó a volver a sentarse.

—No tiene que justificarse, señor cura —le dijo—. En lo que concierne a mí, ha obrado bien, sin duda alguna. Pero admitirá que mi conducta está impuesta por otras consideraciones.

—¿Rehusa, entonces?

Ana hizo un ademán de pesar.

—¿Qué debo decir yo? —preguntó el abate.

—La verdad —replicó ella—. Ya sabe que no veo a nadie.

Y se levantó. Maquinalmente la imitó él, y tenía un aire tan abatido, que Ana tuvo lástima.

—Vestiré a dos de sus niñas para el Corpus, señor cura —le dijo.

El la miró como si no la comprendiese. Había echado mano del primer pretexto que se le ocurrió, y ya no se acordaba.

• • •

La visita del abate Vergez a la Crouts tuvo lugar un martes. En los tres días siguientes, la señorita de la Ferté ni una sola vez fué hacia el lado de la *Pelouse*. Y, sin embargo, no estuvo en su casa casi en ningún momento.

Salía por la mañana, volvía para almorzar, salía otra vez hacia la una y permanecía ausente hasta el anochecer. Al mediodía preguntaba si había ido el cartero. María la miraba con sorpresa. ¿El cartero? ¿Por qué había de ir? Hacía mucho tiempo que no iba ya.

La posesión de la Crouts, emplazada en el fondo de una depresión cubierta de bosque, estaba rodeada casi por todas partes de estanques, de arenales, de pantanos. Durante algunos días pareció que la señorita de la Ferté tenía empeño en pasar revista a toda la finca, como si estuviera llamada en breve a hacer en ella los honores a algún misterioso visitante. Vagaba entre los pinos, deteníase largo tiempo ante las aguas muertas. Los pastores veían desde lejos su negra silueta parada en la orilla de un estanque. La señorita de la Ferté se inclinaba sobre aquella extraña flora de los pantanos, nacida en el agua y que la ocultaba. Alrededor de ella, el minúsculo mundo acuático, alterado con su llegada, reemprendía libremente sus idas y venidas. Las ranas, que se habían zambullido, reaparecían una a una. Sus cabezas, mitad verdes y mitad blancas, cortaban el agua aquí y allá. Sus ojos, ribeteados de oro, no dejaban de mirar a la joven. Viendo que ésta no se movía, alzábanse poco a poco, agarrándose con sus delgadas patas, sobre los islotes tapizados de nenúfares. Los peces, más prudentes aún, se arriesgaban a salir de sus fangosos escondites. Primero esos pequeños y completamente blancos, que en las landas se llamaban *aubours;* después otros más ventrudos, llamados *alguaciles* porque tienen aletas bermejas, y, por último, las tencas, con sus bellas escamas de cobre rojo. A veces, escudriñando el fondo del agua, Ana descubría el lomo verde oscuro de una perca, rayado de negro como el lomo de un tigre.

Allí donde estaba despejada de toda vegetación la superficie del estanque, iban y venían, tejiendo sus tramas imaginarias, esas arañas de agua de las que los enamorados de los lagos han contemplado muchas veces las febriles contradanzas. Inmensas libélulas hacían encorvarse, al posarse en ellas, las flores de los juncos. Y a veces, abatiéndose desde la cima del bosque cercano, dos tórtolas iban a posarse, arrullándose, en la orilla opuesta del estanque. No necesitaba más de media hora la señorita de la Ferté para terminar con la mala inteligencia que separa al hombre de los animales.

Llegaba la noche. Enormes burbujas, que se dirían producidas por la respiración de invisibles monstruos, subían a romperse en la superficie del estanque. Parecía que aquellos vapores verdosos, de una gracia tan prodigiosa, se animaban con vida propia. Junto a la perca, siempre inmóvil, conglomerados de plantas, líquenes podridos, musgos a la deriva flotaban entre dos aguas. Después, esas aguas, en la naciente noche, perdían su transparencia. Los peces hacíanse más raros. Se oían tenues ruidos de algo que se zambullía. Eran las ranas que, una a una, con la máxima discreción posible, retornaban a sus acuáticas guaridas.

Más tarde, al intensificarse las sombras, eran los nenúfares los que desaparecían, y por último, el estanque mismo. Cuando la señorita de la Ferté, que se había levantado, se volvió para mirarle una vez más, parecía haber sido sustituído por una inmensa cesta, de la que surgían grandes copos de blanco algodón. En menos de cinco minutos la niebla se había levantado y lo había cubierto completamente.

El sábado por la mañana, la señorita de la Ferté, según costumbre de estos últimos días, salió temprano. Poco faltaba para mediodía cuando emprendió el retorno hacia la Crouts.

La casa tenía, al sur, un jardín de doscientos o trescientos metros de longitud. Este jardín, mal cuidado, terminaba en una pradera en pendiente, atravesada por un arroyo, a orillas del cual crecían plantas silvestres. El arroyo, con una profundidad, en algunos sitios, de cuatro o cinco metros, tenía un lecho pedregoso. Servía de deslinde de la finca. Una doble fila de tiernos castaños, muy espesos, entre los que corría como bajo un túnel, impedía descubrir su presencia.

Ana lo atravesó para entrar en su casa. Sólo llevaba un delgado hilo de agua. Gruesas piedras obstruían su lecho, de modo que se podía pasar en cualquier estación sin mojarse los pies. Iba a posar la planta, ayudada por las ramas de los castaños, en la segunda orilla, luego de haber bajado la primera, cuando, no lejos de ella, le pareció oír un ruido. Se detuvo y permaneció inmóvil.

Su espera pronto vióse recompensada. El ruido se precisó: un ruido de pasos. Alguien avanzaba por la angosta senda que seguía a lo largo del ribazo, entre los castaños, en la cresta formada por el borde de la pradera y el lecho del arroyo. Ana soltó las ramas que le habían servido para su subida, y que recuperaron, estremecidas, su posición, y adosó su cuerpo al talud de tal modo, que podía pasarse a su lado por la senda sin descubrir su presencia a menos de un metro.

Muy pronto, a través de las hojas, Ana vió una silueta blanca que venía hacia ella. Un repentino temblor se apoderó de la señorita de la Ferté, pero cesó en el instante en que tuvo la certidumbre de que quien iba a pasar era la señora de Saint-Selve.

Esta avanzaba sin apresurarse, separando las ramas que le estorbaban, bajando de cuando en cuando al arroyo, sin duda para recoger una flor, y volviendo después a subir al sendero. Una o dos veces se detuvo, y Ana temió que, ante la maraña de arbustos, volviese sobre sus pasos... Pero reanudando su marcha, acortaba cada vez más la distancia que la separaba del sitio del camino, al borde del cual estaba Ana incrustada. Iba a llegar a él, a rebasarlo.

Entonces la señorita de la Ferté, con un brusco movimiento, agarró la rama de castaño detrás de la cual estaba escondida, y llevándola hacia sí, surgió de pronto sobre el sendero.

No fué muy grande la sorpresa que le causó a Galswinthe la repentina aparición. Acaso, deseando provocarla, la esperaba. Lo cierto es que se detuvo y, mirando a Ana, sonreía.

Fué la señorita de la Ferté la que quedó más desconcertada. Esperaba, sin duda, un grito de sorpresa, una exclamación, algo, en fin, que le hubiese permitido adquirir inmediatamente dominio sobre su adversario, y encontró, en vez de turbación, una sonrisa y unos ojos curiosos, casi con ternura en la mirada. El brazo izquierdo de Galswinthe, doblado, apretaba los largos tallos de las plantas color malva que acababa de asir. Su mano derecha, como la de Ana, sostenía la rama de un castaño, que había separado también para abrirse paso. A menos de un metro, Ana veía la linda cara que en vano había tratado de ver de noche por la ventana del comedor de la *Pelouse*. Un collar de coral rodeaba el cuello de Galswinthe. Los gruesos granos, en forma de pera, estaban montados sobre veneras de oro. La señorita de la Ferté percibía estos menudos detalles con tanta mayor claridad cuanto que tenía baja la vista para no encontrar la enervante mirada de la señora de Saint-Selve. De este modo veía la garganta de su enemiga entre las puntas de la corbata anudada muy floja. Se estremeció. Una ola de odio inundó su corazón. Durante un instante creyó que se iba a caer. Recobró alguna fuerza apretando más fuerte la rama del castaño, y dijo con sorda voz:

—Está usted en mi propiedad.

Y con los ojos fijos en los pies de Galswinthe, esperó el resultado de un desahucio, cuyo carácter infantil no debía pasar inadvertido.

Galswinthe no contestó. Ana, sorprendida, levantó los ojos. La señora de Saint-Selve seguía sonriendo, como si no hubiese oído nada.

Un sentimiento de rabia apoderóse de la señorita de la Ferté.

—Está usted en mi propiedad —repitió con dureza.

Esta vez, Galswinthe decidióse a hablar.

—Verdaderamente, lo ignoraba —dijo con

una dulce y extraña voz, que se apoyaba sobre la última sílaba de las palabras—. Pero puesto que es así, me alegro.

En el tono empleado no había ni sombra de ironía; pero la señorita de la Ferté creyó percibirla en la frase. Se tornó lívida. ¡Ah! Humillarla allí, cortar aquella conversación imprudentemente provocada y para la que se sentía sin fuerzas aquella noche. Ahora bien, ¿no era la mayor y más cómoda insolencia volver la espalda a su rival?

Y esto fué lo que hizo, soltando con nervioso ademán la rama de castaño a la que estaba agarrada.

A ese ademán siguió, casi instantáneamente, un grito, y en seguida, un prolongado gemido. La rama que Ana soltó, erizada de cortantes retoños, fué a herir con violencia la frente de Galswinthe. Sorprendida, ésta hizo el movimiento precisamente contrario al que debió hacer. Soltó también la rama que tenía asida con una mano mientras en la otra retenía su ramo de flores silvestres. De ese modo, empujada por el golpe, trastabilló, no tuvo tiempo de agarrarse a los castaños y rodó por la pendiente del talud hasta el lecho de piedras del arroyo.

Su gemido, cuando terminó de caer, había sido precedido por el grito de la señorita de la Ferté, que acudió en seguida al lado de la caída.

—¡Dios mío! ¡Se ha hecho daño!

Y mientras le limpiaba la frente llena de sangre, repetía:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Se ha hecho daño?

Todavía el orgullo, en este desastre de su amor propio, no le dejaba decir: "Le he hecho daño".

Por toda respuesta, Galswinthe dejó caer la cabeza, con todo su peso, sobre el hombro de la señorita de la Ferté.

Ana sintió deseos de sustraerse a ese abandono, apoyando sobre el talud el hermoso cuerpo que le quemaba el hombro. Pero temió que tal movimiento fuese interpretado como una confesión de debilidad, y se incorporó.

—¿Sufre? ¿Qué le duele? —preguntó.

La señora de Saint-Selve indicó con una mirada el tobillo izquierdo.

—¿Se habrá, por ventura, dislocado el pie?

—Tal vez —dijo Galswinthe.

Su cabeza apoyóse aún con más fuerza contra el cuello de la señorita de la Ferté. Ana volvió la cara, pidiendo con los ojos al mundo exterior un pretexto cualquiera que viniera en su socorro en tan extraña situación.

—¡Ah! —exclamó—. Su collar se ha roto.

Así era, en efecto. Galswinthe había roto, en su caída, dos de los hilos que sujetaban los colgantes de su collar de coral.

—Eso no tiene importancia —repuso.

—Estoy viendo las cuentas que faltan —dijo Ana.

Las recogió del arroyo, en el que habían caído, y con el movimiento que hizo para ello, logró desembarazarse de su dulce carga. Ahora estaba de pie delante de Galswinthe, que seguía del mismo modo, de aquel modo que llenaba a Ana, tan serena de ordinario, de la más misteriosa confusión.

Le pareció que todo era preferible a aquel silencio, y lo rompió preguntando:

—¿Puede caminar?

Galswinthe intentó levantarse. Con una dolorosa sonrisa indicó que no podía.

—Mi casa está muy cerca —dijo Ana, con los ojos medio cerrados para no ver los de Galswinthe—. Pero yo no tengo fuerza bastante para llevarla. Voy a buscar ayuda, ¿quiere?

—Como guste; pero mejor quisiera que se quedara conmigo. Esto acabará por pasar.

—¡Ah! —exclamó Ana con un grito de consuelo—. Alguien viene.

Era un campesino. Había oído hablar en el arroyo, e inclinó su cabeza por encima de la cerca. Estaba allí, quieto, dudando si debía quedarse o marchar.

—¡Julián! —llamó Ana—, venga.

El aldeano llegó hasta ellas. Era fuerte, y sin trabajo tomó en sus brazos a la señora de Saint-Selve. Pronto se encontraron los tres en la pradera.

—¿Podrá andar apoyándose en nosotros? —preguntó Ana—. ¿O prefiere que la lleve Julián hasta la Crouts?

Y explicó:

—La Crouts es mi casa.

—Ya sé lo que es la Crouts —replicó Galswinthe dulcemente.

Después agregó:

—Creo que podré caminar.

Y, en efecto, pudo andar apoyándose con el brazo derecho en el de Julián y pasando el izquierdo alrededor del cuello de la señorita de la Ferté.

Cuando estuvo tendida sobre el canapé de *reps* verde del salón, la señora de Saint-Selve tuvo un ligero temblor; no pudo dejar de preguntar:

—¿Pasa usted aquí todo el año?

Aun tratándose de dos personas tan distintas como Galswinthe y la aldeana Isabelina, esa pregunta era siempre la primera que provocaba la Crouts.

A la luz que penetraba por las ventanas, parecía abrirse el salón sobre un paisaje submarino, entre azulado y verdoso. La casa, emplazada en una depresión, estaba dominada por todos lados por el bosque. Algunas veces, durante la noche, un ruido sordo despertaba a los habitantes de la Crouts. Era que la raíz de un árbol había hecho saltar alguna de las tablas del *parquet* del salón, colocado sobre la tierra.

Ana fijó con insistencia una mirada en su interlocutora, que ya no temblaba.

—Sí, aquí permanezco todo el año —contestó marcando cada una de sus palabras con cruel dureza.

Pero Galswinthe, tomándole una mano y apretándola sobre su corazón halló el medio de salvar aquel mal momento de un modo que produjo una gran confusión a la señorita de la Ferté.

Ésta retrocedió ligeramente.

—Voy a enviar noticias de su accidente a la *Pelouse* —dijo.

—Si tiene la bondad... —respondió Galswinthe.

Y añadió a media voz:

—¿Tantos deseos tiene de que me vaya en seguida?

Ana no contestó. Miró a María, que estaba de rodillas, en actitud de descalzar a la señora de Saint-Selve.

Al sacarle la media, el tobillo izquierdo apareció más hinchado de lo que Ana en algún momento había creído. Era indudable que Galswinthe debía sufrir, y también lo era que tenía más entereza de la que podría suponerse a primera vista en aquel ser tan indolente.

Ana quiso darse perfecta cuenta. Tomó entre sus manos la delgada pierna, apenas deformada, y la apretó, quizá con más fuerza de la conveniente. Al mismo tiempo miró a Galswinthe. Ésta palideció un poco, pero sin dejar de sonreír.

—¿Le duele? —preguntó Ana.

—Sí, es cierto que me duele —contestó Galswinthe—. Pero me parece que me hace bien.

En ese momento oyóse ruido. Llamaron a la puerta. Un hombre irrumpió en el salón.

La señorita de la Ferté, que lo había reconocido, levantóse bruscamente. Ni su turbación, ni el estar atenta a disimularla, impidieron que se diera cuenta de que esta repentina irrupción provocó en Galswinthe un imperceptible movimiento de contrariedad.

—¡Sir Thomas! —exclamó—. ¿Cómo ha podido saber ya?...

Sir Thomas habíase precipitado hacia la señora de Saint-Selve y le había asido una mano. Hablaba con volubilidad. Todo revelaba en él angustia.

Galswinthe, siempre sonriente, le hizo señas de que se calmase.

—No es nada —dijo en francés mientras él continuaba lanzando precipitadamente exclamaciones inglesas—, absolutamente nada, sir Thomas. Una pequeña torcedura, cuando más. Nada, le digo... Y en todo caso, nada que le pueda dispensar de...

Al decir esto, le señalaba a Ana, muda y de pie en un ángulo del salón. Sir Thomas levantóse y saludó confuso.

—Permítame presentarle a sir Thomas Kennedy —dijo Galswinthe—. La señorita de la Ferté —añadió a continuación—, cuyos huéspedes somos, y que acudió en mi socorro cuando me ocurrió este tonto accidente.

La verdad, como se ve, sufría con el modo de contar la historia de Galswinthe del mismo mal que el pie de ésta. Pero Ana no podía protestar, y aun cuando lo hubiera intentado, no le hubiesen dado lugar a hacerlo las muestras de agradecimiento de sir Thomas.

—¡Ah, señorita! —exclamó ya en francés—. ¡Cuántas excusas y cuánto agradecimiento le debo! Le pido perdón; he llamado, y no esperé a que me mandasen entrar.

Y continuaba, sin prestar atención —tan grande era la emoción que lo dominaba— al semblante frío y casi áspero de la muchacha. Estrechó las manos a la señorita de la Ferté, y ésta calculó, con algo de inexorable rencor, qué enorme cantidad de pasión implicaba tan grande turbación en un hombre que aparentaba ser poco expansivo. Ella miraba sus cabellos blancos, sus dedos agitados por un temblor... Y todo esto ocurría en su salón, en el salón al que un día había llegado Larralde a decirle que podía renunciar para siempre a llamarse la señora de Saint-Selve. Y la otra señora de Saint-Selve, la verdadera, estaba ahora allí, con el pie descalzo. ¡Y este sir Thomas, que no dejaba de hablar!

—Yo empezaba a estar intranquilo. ¡Las doce y media! A esa hora, Galswinthe..., la señora de Saint-Selve, está siempre de vuelta. Sabía que viniera para este lado. Vine de prisa. Dios quiso que encontrara a un campesino, que era precisamente el que le ayudó, señorita, a traerla aquí. Pero no supo decirme otra cosa sino que estaba herida. Entonces eché a correr, y me permití... Una vez más, señorita, le doy todas mis excusas, y esté segura...

No encontrando más palabras, besó las manos de la señorita de la Ferté.

—Sir Thomas —dijo Galswinthe, que no perdía un detalle de lo que pasaba en la cara de la muchacha—, cálmese; se lo ruego. Le repito que no es nada.

—¡Nada —dijo él—, nada! Estoy seguro de que en dos días no podrá andar. Afortunadamente, el médico viene esta tarde a casa sobre las tres. Es preciso que busquemos el medio de llevarla.

Galswinthe iba a hablar, tal vez a significar alguna objeción; pero Ana no le dió tiempo.

—Hay —dijo (era la primera vez que hablaba delante de sir Thomas, y su voz era vibrante y fría)— en la *Pelouse* dos coches, uno para enganchar caballo y otro del que tira un asno. Este último es el que debe venir a buscarla. El otro no puede rodar por el camino a causa de la arena. Además, el jardinero de la *Pelouse* está al corriente de todo. Bastará decirle que es para venir a la Crouts.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con menos seguridad; veía a Galswinthe, que, en tanto ella daba esos detalles, no había dejado de mirarla sonriendo.

—No sabía que fuera tan rica en carruajes —dijo la señora de Saint-Selve.

—Entonces —habló sir Thomas, que había

permanecido en absoluto extraño a esa pequeña escena— hay que avisar al jardinero de la *Pelouse*. ¿Puedo pedirle, señorita, que colme sus bondades?...

—No, sir Thomas, no —interrumpió Galswinthe—. La señorita de la Ferté sólo tiene a su servicio, según creo, mujeres. Es natural que sea usted quien vuelva a casa. Volverá con el cochecito.

—Pero... —quiso él objetar.

La señora de Saint-Selve indicó con un gesto que ése era su deseo y que esperaba verse complacida.

—Bien —exclamó sir Thomas, sonriendo—; puesto que se me echa, me voy. Pero le advierto que voy a correr y que dentro de media hora estaré aquí.

Apenas hubo salido, se volvió Galswinthe hacia Ana, que en un extremo del salón permanecía de pie y callada.

—¿Me odia? —le preguntó.

—¡Odiarla!

—Sí, veo que me odia. ¿Es acaso por haber forzado así su puerta? Pero ya ve que no he sido mía toda la culpa. Además, esto —y enseñaba su pie vendado— no hizo más que adelantar los acontecimientos, que de todas suertes hubieran ocurrido. Yo deseaba conocerla y rogué al cura de San Pablo que le pidiera permiso para venir a verla. No se ha apresurado a cumplir mi encargo.

La señorita de la Ferté no contestó.

Por la puerta abierta del comedor veíase la mesa puesta con un solo cubierto. La señora de Saint-Selve se dió cuenta de ello.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Y yo que le he impedido almorzar! Debe maldecirme.

Ana tuvo un gesto amable.

—Sí, sí. Pero no quiero hacerle esperar más. Le haré compañía mientras almuerza. Ayúdeme, se lo suplico.

Hizo ademán de levantarse. Ana, a su pesar, tuvo que obedecerla. Galswinthe, apoyada en su brazo, pasó al comedor y sentóse en una butaca, junto a la mesa.

La señorita de la Ferté también sentóse y maquinalmente desdobló su servilleta. Su orgullo padecía cruelmente. Sin saber en qué consistiría su comida, sabía, sin embargo, que sería pobre. En efecto, lo era; un huevo, espinacas cocidas y queso.

Galswinthe miraba con sonriente simpatía a la vieja María poner sobre el mantel estos frugales platos.

—Si yo me atreviera... —dijo la señora de Saint-Selve.

La señorita de la Ferté no comprendió o fingió no comprender.

—Si yo me atreviera... —repitió Galswinthe.

Y agregó sonriendo:

—Tengo hambre.

—Perdóneme. María, ponga otro cubierto.

Miró a Galswinthe y le dijo con un tono de voz más dulce:

—Es una imprudencia, tal vez, lo que hace. Sería mejor que esperase y almorzara en la *Pelouse*.

Galswinthe no contestó, pero agarró, estrechándola, la mano de Ana.

Aprovechándose de la circunstancia de que María tenía ocupadas las manos, el viejo perro de Jaime entró en el comedor y fué a apoyar su cabeza en la rodilla de la señora de Saint-Selve. María quiso echarle; pero Galswinthe le suplicó:

—Déjelo, déjelo —y dirigiéndose a Ana, le preguntó—: Es *Pyram*, ¿verdad?

Esta contestó con un gesto afirmativo.

Galswinthe acarició la cabeza del perro, que la miraba con ojos apagados, y le dió un trozo de pan, que él comió.

—Tiene quince años, ¿no es eso?

—Catorce —contestó Ana.

—Catorce... —repitió Galswinthe.

Y guardó silencio. Su pensamiento caminaba a través del tiempo, recordando fechas...

—Sí —murmuró—, sí. —Y sin transición alguna—: Yo tengo treinta y dos, y usted debe tener veintiocho.

No se cambiaron más palabras hasta la llegada de sir Thomas, que coincidió con la terminación del almuerzo.

En cuanto se marcharon sus visitantes, la señorita de la Ferté subió a su habitación y se puso a escribir una carta en la que trataba de explicar al abate Vergez las razones por las que, cambiando de criterio, consentía en ver a la señora de Saint-Selve, pero que rompió sin concluirla. El tiempo era hermoso; tenía ganas de pasear por el campo, y más prudente que escribirle era hacerle una visita al abate Vergez; porque ¿qué necesidad tenía de dejar en manos de él una prueba de sus fluctuaciones?

Para ir más de prisa, salió sin llevar a *Pyram*. No estaba descontenta de sí misma: todo había pasado a medida de su deseo y según el plan que de antemano hubiera podido trazarse. Ponía, sin embargo, un grano de amargura en su alegría el pensamiento de que Galswinthe tenía derecho a suponerse victoriosa... Al final se vería de quién era la victoria; y mientras así pensaba, siguiendo a lo largo de las empalizadas, con una varita de avellano tronchó de un golpe seco los temblorosos tallos de una planta de menta.

No estuvo de regreso en la Crouts hasta la hora justa de sentarse a la mesa. Sobre su servilleta encontró un paquetito atado con una cinta azul, y al preguntar con la mirada a la cocinera qué significaba aquello:

—Lo trajeron de la *Pelouse* —explicó María, con una acentuada sonrisa que parecía encerrar para su ama la promesa de una vida mejor en lo sucesivo, o al menos, venía a ser lo mismo, de una vida distinta.

Al desenvolver Ana el paquete encontróse con el collar que había visto al comenzar aquel día en la garganta de Galswinthe. Las tres cuentas cuyo hilo se rompió habían sido esmeradamente colocadas en su sitio, y acompañaba al collar una carta, en la que la señora de Saint-Selve había escrito:

"Para mi nueva amiga, este collar, del cual alguien que ya ha muerto solía decir que no sentaría bien más que a una morena."

Dejó el collar en el papel de seda que le envolvía y terminó de comer con toda prontitud.

Ya en su habitación, lo desenvolvió de nuevo y lo puso sobre la chimenea, al lado de la lámpara. Entró después en la alcoba, y cuando volvió a salir llevaba puesto un vestido de seda azul pálido, el vestido que había llevado a Burdeos hacía ocho años, cuando sus esponsales.

La imagen que vió reflejada en la luna del armario, sin duda no la satisfizo, porque con un gesto nervioso hizo deslizar el vestido hasta sus pies, y entonces colocó en su desnuda garganta el rojo collar.

XII

En los días sucesivos costó mucho trabajo a Galswinthe y a sir Thomas lograr con sus reiteradas instancias que Ana fuera a la *Pelouse*; pero no consiguieron que ni una sola vez se quedase a comer. Generalmente la acompañaban hasta la Crouts los dos.

Galswinthe ya estaba completamente restablecida del accidente del pie, ocurrido diez días antes, cuando una tarde, al levantarse Ana para despedirse, aquélla, que se hallaba tendida en una meridiana, la retuvo, asiéndola de una mano.

—Me siento cansada —le dijo—. Perdóneme si dejo a sir Thomas sólo el cuidado de acompañarla.

—Puedo volver sola —contestó Ana con una sonrisa llena de aquella reserva que nunca la abandonaba.

—No, de ningún modo —intervino sir Thomas—; no puedo permitir...

Y fué tan torpe el modo de insistir, que Ana comprendió en seguida que aquella era una escena preparada para que el inglés pudiera hablarle a solas.

Al fin salieron los dos juntos, y en cuanto transpusieron la puerta que se abría sobre el arenal, Ana procuró aumentar el embarazo de su acompañante, diciéndole:

—Vuélvase. No debe dejar sola a la señora de Saint-Selve. Me ha parecido que hoy no está tan bien como ayer.

Como si no hubiera oído estas últimas palabras, que en cualquier otro momento hubiesen absorbido toda su atención, continuó él caminando a su lado por el angosto sendero tapizado con las oscuras agujas de los pinos. El sol moría en el horizonte. Los pájaros guarecíanse en los árboles para dormir.

Como llegaran a divisar la Crouts sin que sir Thomas rompiera el silencio, Ana se preguntó a sí misma con alguna inquietud si no se habría engañado en sus sospechas.

Pero al llegar a la casa y tenderle la mano al mismo tiempo que le daba las gracias, él se quedó quieto, sin tomar la mano que se le tendía, y murmuró en voz baja y con acento de imploración:

—Tengo que hablarle.

Ana lo miró, y con perfecto acento de sorpresa, preguntó:

—¿Hablarme?

—Sí, tengo que hablarle; he llegado hasta aquí sin acabar de atreverme, como si fuera un niño. Perdóneme; pero es preciso que me escuche.

Y repitió una vez más:

—Tengo que hablarle.

La señorita de la Ferté le dió a entender con un gesto que estaba dispuesta a oírle; pero no le hizo indicación de entrar en la casa.

Al fin se decidió:

—¿Cómo encuentra usted a Galswinthe

—¿A la señora de Saint-Selve? Muy bien. Si hace un momento le dije que me parecía hoy un poco fatigada, esta fatiga debe ser pasajera. Desde hace diez días que la conozco, su mejoría es indudable. La tos, principalmente, parece...

Sir Thomas apoderóse de la mano de la joven, y con la emoción y la alegría pintada en los ojos, preguntó:

—¿Verdad que sí? ¿Verdad que sí?

Estrechó más fuertemente la mano de Ana cuando ésta quiso retirarla y le dijo:

—Esa mejoría se la debe a usted.

—¿A mí? En verdad...

—Sí, sí —afirmó él, exaltándose poco a poco—; ¡a usted! Lo he visto claro. Antes de conocerla, todo en este país le desagradaba, hasta el punto de que llegué a temer que me

vería obligado a interrumpir la estada aquí, de la que depende su vida, y llevármela, buscar otra cosa. Ahora, en cambio, estoy tranquilo. Es decir, estoy convencido de que con la ayuda de usted vivirá...

Su voz quedó rota.

—Dígame, prométame que no le faltará esa ayuda, sobre todo...

Un sollozo le impidió concluir la frase.

—¿Sobre todo ahora? —preguntó Ana.

—Sí —contestó en voz baja—; ahora que me marcho.

La señorita de la Ferté a duras penas pudo ocultar un estremecimiento. Lo logró, y al hablar, sólo la sorpresa aparecía en la modulación de su voz.

—¿Se marcha? ¿La deja sola?

El bajó la cabeza.

—Es preciso.

El silencio de Ana le hizo creer que envolvía una censura.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Si supiese!...

Tan intensa era su turbación, que durante un momento la muchacha creyó que iba a hablar, a decirlo todo... Su esperanza no se realizó.

Se limitó a decir:

—¡Si supiese usted!... Hay cosas que no puede comprender, cosas que yo no puedo decir.

—Señor, no pregunto nada.

—¡Dios mío! He aquí que la ofendo, a usted, de quien todo lo espero; a usted, por quien... ¡Soy desgraciado! ¡Muy desgraciado!

Había envejecido diez años. No hay nada más desgarrador que el dolor, los sollozos de un hombre. Ana parecía conmovida.

—No necesito conocer —dijo— las cosas a que usted alude para velar lo mejor que pueda por la señora de Saint-Selve durante su ausencia, una ausencia que será corta, sin duda, ¿no es eso?

El inclinó la cabeza con abatimiento.

—¿Se va por mucho tiempo? —preguntó Ana.

—Por mucho tiempo.

—¿Por un mes, quizá?

—Tal vez por un año.

—¿Y cuando se marcha?

—Pasado mañana por la tarde.

Los dos se callaron. Las cenizas grises de la noche empezaban a rodearles.

Ana rompió el silencio:

—Mañana iré a la *Pelouse* —dijo.

De nuevo él le había estrechado las manos entre las suyas temblorosas.

—¡Gracias! ¡Gracias! ¿Me promete?...

—Haré todo lo que pueda —interrumpió la señorita de la Ferté.

Y como él se extendiese en protestas de gratitud:

—Vuélvase —le dijo—; no debe estar sola tanto tiempo.

Sir Thomas ya había andado una docena de pasos por el sendero cuando ella le llamó.

—Me olvidaba, y es necesario preverlo todo. Acaso, cuando esté usted ausente, tenga necesidad de escribirle.

Al hablar así espiaba su rostro, y pudo comprobar la angustia que ese inofensivo preámbulo le produjo; a pesar de lo cual, concluyó despiadadamente:

—¿A qué dirección debo enviar mis cartas?

Aturdido, balbuceó:

—Espero que nada ocurrirá...; pero, en fin, tiene usted razón: debe preverse todo. No tiene que hacer más que preguntar a Galswinthe.

La señorita de la Ferté no insistió más.

XIII

La estación de Dax es un triste edificio, situado al final de una avenida de plátanos. La lluvia de un día deja intransitable esa avenida durante otros ocho. Había llovido la víspera, y comenzaba a llover otra vez cuando el coche de la señora de Saint-Selve llegó a la estación.

—El tren no sale hasta las nueve y veinte —dijo sir Thomas con voz insegura—. No son todavía las nueve. Tenemos mucho tiempo.

Bajó él primero y dió la mano a Ana y después a Galswinthe. Esta habíase empeñado en acompañarle a la estación, y después de muchos esfuerzos, había logrado convencer a la señorita de la Ferté para que fuera con ellos. Por primera vez, Ana comió en la *Pelouse*.

Dos mozos recogieron el equipaje de sir Thomas.

—Entremos —dijo éste—, entremos. Que por lo menos no se enfríen ustedes.

Escasos viajeros había en la pobre estación: aldeanos, soldados con el número 49, que iban hacia Bayona, o con el 34, que marchaban a Mont-de-Marsan.

Después de tomar su billete, sir Thomas sostuvo una conversación en voz baja con Galswinthe, durante la cual Ana permaneció discretamente separada.

A las nueve y diez un ligero barullo anunció la salida del expreso de Burdeos, el que llevaba hacia Inglaterra.

La señorita de la Ferté, pensativa, vuelta de espaldas, acodada en la barandilla que dividía en dos partes el vestíbulo de la estación, tenía detrás a sir Thomas y a Galswinthe y delante el despacho de facturación de equipajes. En seguida reconoció el de sir Thomas: una valija de color leonado y un baúl de mimbre con cubierta del mismo color. Como un empleado se disponía a pegar la etiqueta con el nombre de la estación de destino, no le costó trabajo leerla: *Revel-Sorèze.*

En seguida desaparecieron el baúl y la valija por la puerta que se abría sobre el muelle, sumido en la oscuridad.

—Señores viajeros para Pau, Tarbes y Toulouse, al tren.

Ana se dió vuelta. La señora de Saint-Selve y sir Thomas se habían levantado.

—Adiós, hasta la vista —dijo él, mientras sus brazos, sacudidos por un continuo temblor, estrechaban a Galswinthe. Esta se soltó, y señalando a la señorita de la Ferté, exclamó.

—Abrácela también.

Y Ana, sorprendida, no tuvo tiempo de esquivar el beso humilde que él le dió, al mismo tiempo que repetía sus recomendaciones de la víspera.

—Prométame...

—Que cierran las portezuelas —advirtió Galswinthe.

Sir Thomas no hallaba su billete; dejó en el suelo el saco de mano para buscarlo; por fin lo encontró en un bolsillo; desapareció titubeando, al fin, y un minuto después el tren partía.

Ana y Galswinthe quedaron en la estación con la única compañía de un mozo que, tranquilo por una o dos horas, encendió su pipa. La lluvia, que había cesado durante unos momentos, de nuevo azotaba los ennegrecidos cristales.

Un extraño malestar parecía haberse apoderado de las dos mujeres, que permanecían de pie, inmóviles, casi evitando mirarse.

Al fin Galswinthe dijo:

—Vámonos, tengo frío.

El coche, con la capota echada, rodó más de trescientos metros sin que ninguna pronunciase una palabra, acurrucadas en sus respectivos rincones.

Al atravesar el pueblo de San Pablo de Dax, Galswinthe ordenó al cochero que se detuviera delante de las vidrieras pobremente iluminadas de un café.

—Tengo frío —dijo la señora de Saint-Selve—. Entremos un momento aquí.

—¡Entrar aquí! —exclamó Ana, que jamás había entrado en un café, pero que, a pesar de que una hora antes la idea le hubiera parecido monstruosa, siguió a Galswinthe.

Tranquila al comprobar que estaban completamente solas, inspeccionó con una rápida ojeada las mesas y las paredes, adornadas con cromos sin cristales que glorificaban las proezas del almirante Courbet, mientras Galswinthe pedía dos ponches.

En tanto los preparaban, reía ésta con risa nerviosa, y al mismo tiempo que lanzaba una exclamación sacó a la vieja mujer que las servía la botella de ron, de la que había echado en los vasos, y se la mostró a la señorita de la Ferté, riendo más fuerte.

Sobre la abigarrada etiqueta leíase, en letras plateadas, esta inscripción: *Silver Star;* y más abajo, en caracteres más pequeños, *Edwin Calthorpe, Haití.*

—¿Qué? —preguntó Ana, que llegó a temer un acceso de locura de su compañera.

—Es verdad que no sabe... Ya le explicaré. Es divertido.

Y volviéndose hacia la hostelera:

—¿Y el ron del *Pelícano?* ¿No lo tiene?

La vieja, creyendo que se le dirigía una censura, quedóse inmóvil, revolviendo las llaves en el bolsillo del delantal, y preguntó:

—¿El ron Larralde?

—Sí —contestó Galswinthe, después de vaciar de un solo trago su vaso, dirigiendo una alegre mirada a la señorita de la Ferté.

—El domingo terminé la última botella. Pero no compraré más, porque es demasiado caro y no es mejor; los parroquianos no lo quieren.

—¿Tiene todavía esa botella? —preguntó la señora de Saint-Selve.

La vieja la llevó después de buscar largo rato en el mostrador, entre un ruido infernal de choque de cristales. Galswinthe colocó ambas botellas, una al lado de la otra, y lanzó una carcajada.

—Beba —dijo a Ana.

Esta obedeció. Cuando subieron al coche, a la señorita de la Ferté le parecía que no era ella misma; los objetos, los lugares conocidos que desfilaban en la noche a derecha e izquierda, le parecían también completamente indiferentes, y cuando Galswinthe extendió sobre las rodillas la manta que yacía caída en el suelo del coche, dejóse envolver como en una cama.

Llovía más fuerte. Los recuerdos agolpábanse en la memoria de Ana, y entre ellos uno se precisó poderoso. ¡Pasado que se parece al presente! ¡Presente que se parece al pasado! Sí, lo recordaba ahora; fué aquí, en ese mismo sitio, donde Jaime, ocho años antes, le dijo que la amaba. La noche y la lluvia la habían sorprendido en la carretera de Castex. Detrás de ella oyó el rodar de un coche, el coche de la *Pelouse.* Jaime la invitó a subir, se lo suplicó, y durante el camino le tomó una mano, que ella no retiró.

Al llegar aquí en sus recuerdos, la señorita de la Ferté sintió de pronto asida su mano por la de la señora de Saint-Selve.

Y tampoco ahora la retiró.

XIV

No podía negarse que Galswinthe mejoraba día a día; el siniestro olor de la creosota había desaparecido poco a poco de su habitación, y el doctor Barradères no la visitaba ya más de una vez a la semana, y en esas visitas, hablando con la señorita de la Ferté, a quien dirigía mil cumplimientos para que se los devolviera, congratulábase del feliz éxito del tratamiento.

—Indudablemente — decía —, yo hice cuanto pude; pero el clima ha tenido gran influencia, y hoy son tales los progresos logrados, que desapareció casi por completo todo rastro de la lesión, hasta el punto de que algún compañero no advertido podría jurar de buena fe que nunca había existido infección bacilar. Lo que me preocupa un poco, ¿a qué ocultarlo?, en el caso de la señora de Saint-Selve, es su extremada nerviosidad, que hace temer la posibilidad de accesos febriles que plantearían de nuevo

el problema de su enfermedad. Yo atribuyo, como mis maestros Bouchard y Gimbert, una gran importancia en los casos de tuberculosis, a las influencias de orden psíquico. Y, a propósito de esto, he de hacerle una pregunta que la sorprenderá: ¿Se dedica a la lectura la señora de Saint-Selve?

—No, que yo sepa. ¿Por qué?

El doctor tosió.

—Es bastante difícil de explicar, señorita. Hay ciertas excitaciones, temibles para los tuberculosos, que pueden ser originadas, mantenidas y desarrolladas por algunas lecturas mal elegidas. En ese caso, el bromuro y las duchas tibias se imponen; pero como siempre es lamentable tener que recurrir a un tratamiento y es preferible prevenir que curar, si la señora de Saint-Selve leyese, es necesario vigilar sus lecturas. Estando yo en París, mi maestro Gimbert me sugirió la idea de clasificar las obras de la literatura antigua y moderna, según su grado de perniciosa influencia sobre los tuberculosos excitados. Perdóneme que entre en estos detalles, que son el resultado indiscutible de un crecido número de observaciones clínicas. ¿Ha leído usted *Salambó?*

—No, doctor.

—Pues bien; en ese libro, la lectura de la escena del *Zaimph* provoca —sin modificarse las demás circunstancias— una inestabilidad térmica de tres o cuatro grados, e igual efecto produce, acaso con alguna menor intensidad, el paseo en coche en *Madame Bovary*, del mismo autor, y en grado muy intenso la lectura de *Monsieur de Camors*, de Octavio Feuillet. Ya se habrá hecho cargo, sin duda, del valor de la idea sugerida por mi maestro Gimbert, consistente en catalogar las obras literarias afectando a cada una de un coeficiente de nocividad. Pero, ¡la vida es así!, la necesidad de atender a aquellos casos que están a ras de tierra impiden dedicarse a trabajos de un orden superior. Pero, en fin, en el caso que nos ocupa, puesto que usted me dice que la señora de Saint-Selve no lee...

—Creo poder afirmarlo, doctor.

—Bien. Entonces debe velar respecto a otro detalle. Es posible que algún día (porque nunca faltan malos consejeros) traten de convencer a nuestra enferma de que debe ir a hacerse cuidar en un sanatorio. En principio, no soy enemigo de los sanatorios; sus ventajas son indiscutibles cuando se trata de tuberculosos que son solos, sin fortuna, imposibilitados de cuidarse en sus casas. Pero no en este caso, ¿verdad? Y créame que la presencia al lado de la señora de Saint-Selve, cada vez que sea necesaria, de un médico experimentado, joven, activo, discípulo de Gimbert y de Bouchard... Yo no sé si me hago comprender.

—Perfectamente, doctor.

XV

Cuando la señorita de la Ferté llegaba todas las mañanas, temprano, a la *Pelouse*, hallaba generalmente acostada aún a Galswinthe. Le ayudaba a vestirse, y casi siempre tomaban juntas el desayuno sobre una mesa en la que la sombra de los plátanos tamizaba el sol en dibujos de oro. Galswinthe demostraba una alegría loca durante todo el día, y Ana, atenta a sus caprichos, sabía plegarse a ellos. Fué uno de los primeros que su amiga abandonara la austeridad de sus vestidos negros y grises, que le hacían parecer a veces un ave nocturna. En adelante, para quienes las viesen a una distancia desde la cual el color negro o rubio de los cabellos no se distinguiera, sólo habría dos Anas o dos Galswinthes. Trabajaban juntas en la confección de los vestidos de verano, y hasta tal punto eran semejantes en cuerpo y estatura, que los vestidos de cualquiera de ellas servían perfectamente para la otra.

Sólo un acontecimiento ponía, a intervalos de tiempo regulares, una nota de turbación en el dulce abandono de sus conversaciones: la llegada del cartero, dos veces por semana, aproximadamente. Primero se veía su blusa azul acercarse por la gran avenida; después distinguíase su saco, especie de mochila de cuadros de paja amarillos y negros, como la usan en las Landas los mendigos y los vagabundos. Sacaba de ella una carta y se la entregaba a Galswinthe, que al recogerla daba las gracias con aire indiferente, bajo el cual Ana adivinaba un momento embarazoso. La señora de Saint-Selve afectaba no tener prisa para leer la carta, que quedaba durante un cuarto de hora o más sin abrir entre las telas y las muselinas que llenaban la mesa, no sin que los ojos de la señorita de la Ferté dejaran de reconocer siempre una misma letra: la de sir Thomas. Algunas veces, como por prescripción del médico, Galswinthe permanecía en la cama hasta las doce, era Ana quien recogía la carta de manos del cartero. Durante los diez primeros días que siguieron a la marcha de sir Thomas, el sello de la estafeta expedidora rezaba: *Sorèze-Tarn.* Después llegó una procedente de París, y, a partir de aquélla, todas provenían ya de Londres. Poco a poco, Ana fué comprobando que lo que en un principio pudo ser en Galswinthe, con relación a estas cartas, indiferencia fingida, convertíase en indiferencia real.

Hacia fines de junio, una estuvo sin abrir todo el día. ¿Fué olvido verdadero o simulado, para tratar de atenuar la sorda hostilidad que la señorita de la Ferté había debido sentir hacia sir Thomas? Lo cierto es que el nombre de éste nunca se pronunciaba entre ellas. Sus cartas, una vez leídas con rapidez, eran depositadas por Galswinthe en un cofrecito de madera que tenía sobre la cómoda de su habitación. Ana hubiera podido creerse por este lado completamente victoriosa si un detalle no le hubiese hecho dudar de la realidad de su victoria. Galswinthe, que no podía pensar en ocultarse, escribía a sir Thomas cada vez más irregularmente, es cierto, pero al fin le escribía, y Ana ni una sola vez pudo tener en sus manos el sobre de ninguna de las cartas. Galswinthe siempre evitó confiárselas, hasta en los días en que, estando en cama, tenía que ir Ana a Dax a realizar algún encargo, y sólo salían las cartas cuando, al ir de paseo, hallaban algún buzón en el cual podía aquélla depositarlas sin que se quebrantase el secreto que tan cuidadosamente guardaba. La señorita de la Ferté no podía mostrarse ofendida por esas precauciones, pero no era posible que su amiga dejara de darse cuenta de que a la partida de cada carta seguía una hora de frío silencio.

Ni una ni otra, como ya dije, hablaban de sir Thomas; era como si hubiera muerto; pero en cambio había un muerto de quien habían llegado a ocuparse como si estuviera vivo: ese muerto era Jaime de Saint-Selve.

Aquel Jaime, aquel mediocre Jaime, había concluído por tener en sus conversaciones un lugar preponderante. Es cierto que esto no había ocurrido repentina ni rápidamente, sino del siguiente modo: deseosas las dos mujeres, en igual medida, de abordar un tema que podía convertirse fácilmente en escabroso, cada una había procurado llegar hasta él por los medios que les eran propios, expresándose generalmente Galswinthe por alusiones y Ana por reticencias; éstas, cada vez más llenas de misterio, lograron excitar rápidamente la febril curiosidad de la señora de Saint-Selve, quien, despreocupada ya de toda conveniencia, hizo preguntas que al principio no lograron la menor confidencia de la señorita de la Ferté, quien, sin embargo, después, con estudiada parsimonia, fué dejando que se las arrancaran.

Y llegó un momento en que con buen tiempo o lloviendo, ya estuviesen tristes o alegres, ya se pasearan por las orillas de un estanque o a través de un bosque, en todo hallaban pretexto para evocar aquel muerto, por el que estaban tan sólidamente unidas, como si hubiesen sentido sus manos juntas entre las manos frías del que se fué para siempre.

—¿Vino por aquí? —preguntaba Galswinthe.

—Sí —respondía Ana—. Me acuerdo, porque estuve con él. Fué un domingo. Estaba al mismo tiempo alegre y enojado. Alegre, porque estrenaba un bonito traje de terciopelo. Nunca le vi más hermoso. Enojado, porque *Pyram*, que entonces estaba en posesión de todas sus fuerzas y cazaba muy lejos, se había dejado escapar una codorniz sin que pudiéramos volver a dar con ella. Lo mucho que había llovido le impedía al perro seguir la pista, y, además, tenía miedo a la cólera que vió brillar en los ojos de su amo. Nada bueno podía esperarse ya de él durante el día, y de ahí la contrariedad de Jaime. Yo lo agarré de un brazo y le dije: "Oye, déjame hacer a mí..."

—¿Es costumbre en Francia —la interrumpió Galswinthe— que se tuteen los prometidos?

—No, pero Jaime no era para mí un prometido como los demás.

Otra vez, la señora de Saint-Selve preguntó de sopetón:

—¿Lloró mucho cuando se marchó?

—Mucho —contestó Ana con débil voz.

Galswinthe la miró con ternura.

—¡Ah! —dijo—. Yo creo que, en su lugar, hubiese llorado más aún.

La tarde declinaba. Las golondrinas, sobre las rosadas aguas del estanque, perseguían a los insectos. Ana y Galswinthe no pronunciaron una palabra más durante su regreso a la *Pelouse.*

Algunos días después llegó una carta que no era de sir Thomas Kennedy.

Después de abrirla y leerla, Galswinthe se la dió a la señorita de la Ferté.

Era de la señora de Saint-Selve, madre, que en cuatro páginas de dulzona amabilidad reprochaba a su nuera el haber llegado a las Landas sin detenerse en Burdeos, por donde había tenido que pasar y donde toda la familia la hubiese recibido con sumo placer. Pero se trataba sólo de un aplazamiento. Una triste circunstancia iba a proporcionar la ocasión de verse. El próximo día 8 de julio era el aniversario de la muerte de Jaime. Sabía que sólo el estado de Galswinthe podría impedirle ir a rezar ese día sobre la tumba de su marido, y en ese caso ella sería la que fuese a la *Pelouse*, porque no podía aceptar que su hija política fuera cuidada por manos extrañas cuando ella y sus hijas no deseaban sino...

Ana devolvió la carta a Galswinthe.

—¿Qué debemos pensar? —preguntó la última.

—Probablemente — contestó con frialdad Ana— que la suerte no ha favorecido esta temporada en el juego al capitán Villerupt.

Galswinthe sonrió y pareció reflexionar.

—¿Puedo excusarme de ir a Burdeos en este aniversario?

—Esa pregunta sólo el doctor Barradères puede contestarla; pero creo que no le aconsejará ir.

—Entonces, mi madre política se aprovechará para venir aquí, y esto de ningún modo lo quiero.

La señorita de la Ferté no contestó directamente.

—Si la señora de Saint-Selve —dijo— supiera que su nuera, en vez de vivir en la *Pelouse*, está instalada en la Crouts, dudo mucho que

realizara su proyectado viaje.

Galswinthe volvió a sonreír.

—Tenemos tiempo de avisar —replicó—. Aun estamos a veinte de junio.

Al mismo tiempo que rompía la carta en pequeños trozos, miraba pensativa a la señorita de la Ferté, que había reanudado su labor. Le parecía más bella que de costumbre, con la belleza de esas piedras de ágata afganas que en la mitad de su recorrido se encienden con una brillante y triste llama.

XVI

Galswinthe no fué a Burdeos en el aniversario de la muerte de Jaime, ni su madre política vino a la *Pelouse*. Había recibido una carta amable, desde luego, pero que hacía imposible el viaje, aun a una persona menos orgullosa.

Ana había dado su aprobación a esa carta cuando le fué consultada.

En una mañana de fines de agosto, al llegar a su hora habitual a la *Pelouse*, la señorita de la Ferté dijo:

—Mañana tengo que ir a Dax. Recibí un aviso del abate Lafitte. Yo pertenezco a la Obra de los Tabernáculos, que se ocupa en la confección de ornamentos de culto. Durante ocho años hice cuanto pude con regularidad, y en los últimos tres meses no he hecho nada. El abate Lafitte está sorprendido y me escribió ya una vez. Ahora lo veo apenado. Siempre fué muy bueno para mí. No puedo dejar de ir.

—Yo también iré —contestó Galswinthe—. Pasearé por la ciudad. Me encuentro muy bien y no quiero estar sola toda la mañana con la pobre Celina.

Celina era una joven aldeana que Galswinthe acababa de tomar a su servicio. Hasta entonces, desde su llegada a la *Pelouse*, había tenido una doncella que llevó desde París; pero ésta, hija de la gran capital, habíase aburrido en el campo, y su servicio se resentía de ello. Además, tenía pocas simpatías por la señorita de la Ferté. Se decidió despedirla, y la semana anterior había marchado. En su lugar, la señora de Saint-Selve había tomado a Celina, sobrina del jardinero de la Crouts. No hablaba más que *patois*, y su rusticidad hubiese desolado a su ama si ésta hubiera podido quejarse alguna vez de una determinación adoptada o sugerida por la señorita de la Ferté.

Cuando, a las nueve de la mañana del siguiente día llegó Ana a la *Pelouse*, halló a Galswinthe todavía en la cama. El tiempo, muy húmedo, amenazaba lluvia. La señora de Saint-Selve había pasado mala noche; tenía mucha tos.

A pesar de todo quiso levantarse, pero Ana se opuso.

—Iré sola a Dax —dijo.

No quiso utilizar el coche que estaba enganchado por orden de su amiga. Con ésta sí hubiera ido en él; pero sola, no; así lo imponía su discreción, un poco afectada, que no había dejado de presidir hasta aquel momento sus relaciones con la propietaria de la *Pelouse*.

Marchó, pues, a pie y de prisa para evitar que la sorprendiera la lluvia, que, sin embargo, la pescó al llegar al puente de Sablar, y le hizo llegar a la casa parroquial con su abrigo empapado.

El abate Lafitte la recibió con grandes exclamaciones:

—¡Pobre hija mía! ¡Con este tiempo! ¿Pero no ha venido en coche?

Y después de un signo negativo de ella, prosiguió el abate:

—No ha debido venir, sino esperar.

—Ya esperé demasiado, señor cura —replicó Ana—. Su carta me hizo suponer que hay trabajo.

—¡Ah! No falta, ciertamente. La mayor parte de las señoras de la Obra están en vacaciones, y las que quedan tienen doble tarea, que nunca llegan a terminar. Ya sabe usted que hablan mucho en sus reuniones. Las que más trabajan son las que, como usted, lo hacen en su casa. Querida hija, nos ha hecho mucha falta.

—Procuraré ganar el tiempo perdido, señor cura. Según me decía en su carta, tengo preparada labor.

—No sé si estará preparada; venga a ver.

Y la condujo a un salón en el que las mesas, las butacas, las sillas, estaban cubiertas de ornamentos religiosos, cuyos bordados apenas se habían comenzado.

Ana sonrió irónicamente ante ese espectáculo. El abate, un poco confuso, aprovechó la ocasión de haber sonado la campanilla de la puerta de entrada para desaparecer.

A los pocos momentos volvió con gesto aun más apenado.

—¿Qué le parece? —dijo.

La señorita de la Ferté no había permanecido ociosa. Con todo aquello hizo un solo paquete y lo colocó sobre la mesa.

—He aquí la lista de las prendas que se me confían, señor cura: tres paños de altar, ocho bolsas de corporales, tres cubrecálices, tres casullas corrientes, una casulla Edad Media, una capa, seis estolas pastorales, seis paños, un dosel... Se me ha reservado, como ve, una buena tarea. No deben sorprenderse esas señoras de que les suplique que no me envíen más labor antes del primero de año.

—No hay motivo para censurarlas. Le aseguro, hija mía, que han trabajado por su parte cuanto pudieron. A las últimas reuniones han acudido todas, desde la señorita Desbordes hasta la pequeña Susana Jeaudel, y además la señorita Lonstalst y la señora Garat se llevaron trabajo a su casa. Ahora bien, yo soy el primero en reconocer... En fin, si no pudiera...

—Haré cuanto pueda, señor cura.

—Ya sé, por lo demás, que tiene usted menos tiempo disponible que el año pasado. Una amiga a quien cuidar... Estoy informado de la asiduidad...

Al levantar Ana la cabeza, el abate Lafitte se cortó en medio de la frase.

—Sí —concluyó al cabo de unos momentos—, me lo dijo el doctor Barradères, y sé que gracias a usted, la señora de Saint-Selve está en vías de curación.

Y como la señorita de la Ferté continuara guardando silencio, aventuró con una sonrisa, indicando el paquete de las casullas:

—¿Quién sabe? Como ahora está mejor, acaso quiera ayudarla.

—Sin duda fueron esas señoras, señor cura, quienes le encargaron...

El negó con un gesto.

—No, no lo niegue —dijo Ana—. Sé que se interesan mucho por lo que ocurre en la *Pelouse*. Pero en estas condiciones me extraña que no estén ya enteradas de un detalle.

—¿Cuál?

—¡Oh! Muy sencillo: que la señora de Saint-Selve es protestante. Me parece difícil, por tanto...

—Esa no es una razón, hija mía —dijo el cura, encantado de llevar la conversación hacia un terreno de generalización—. Ahí tiene usted a la señorita de Cremieux-Dax...; ha prestado su colaboración para el culto.

—Raquel Cremieux-Dax se convirtió hace ocho años.

—Es cierto —dijo el cura con acento de triunfo—; pero cuando empezó a trabajar no estaba convertida. ¿Ignoraba usted esto? Pidió que se la dejara ayudarnos, y habiéndome consultado la presidenta, la señora Garat, yo aconsejé que se le confiara una casulla. Cuando la empezó era israelita; la terminó siendo católica. Vea cómo sería doblemente beneficioso proponer a la señora de Saint-Selve...

—Se lo propondré, señor cura —interrumpió Ana fríamente—; pero dudo mucho que el estado de su salud le permita realizar un trabajo regular.

Llamaron otra vez a la puerta. Salió el abate Lafitte, y cuando volvió a entrar en el salón, Ana habíase puesto el abrigo y el sombrero.

—¿Pero qué hace? —exclamó el cura—. ¿En qué piensa? Está lloviendo torrencialmente. Supongo que no pretenderá marcharse.

—Me esperan —contestó ella—. Hará usted el favor de enviarme el paquete, porque he venido a pie. Que lo dejen en la *Pelouse*.

—¿Pero cree que la voy a dejar salir ahora? De ningún modo. Escuche y sea razonable. Dos hermanas de la Cruz, de Buglose, que llegaron esta mañana a Dax en coche, tienen que marcharse a las tres; darán un rodeo de dos kilómetros para dejarla a usted en la *Pelouse*. No me diga que no. La tercera parte de los ornamentos que se lleva son para la capilla de Buglose, y las monjas le han de estar muy agradecidas. Está dicho, ¿no es eso?

La lluvia azotaba los cristales con mayor violencia.

—Acepto —dijo Ana—, y le doy las gracias; pero ¿no tiene nadie invitado a almorzar?

—Mis dos vicarios, como de costumbre. ¡Ah! Ahora recuerdo que he invitado también al padre Divoise. ¿Le conoce usted?

La señorita de la Ferté hizo un gesto negativo.

—Es el padre jesuíta que predicó la cuaresma última en la catedral. Un hombre notable; profesor del colegio de New-Forest, en Inglaterra. Acaba de llegar con permiso para cuidarse el reuma que padece. En abril dijo misa aquí con una casulla bordada por usted, y le será muy grato conocerla y poder darle las gracias.

Ana quedó indecisa. El abate la miró con tristeza, al mismo tiempo que le decía:

—¿Sabe, hija mía, que tiene usted un afán de aislamiento que me asusta?

Ella se puso de pie.

—Perdóneme, señor cura —murmuró—; le aseguro, no obstante, que le quedo muy agradecida.

El abate parecía emocionado, y salió de la situación alegando algunas preocupaciones y dejándola sola.

Al dar las doce, la cocinera introdujo al padre Divoise en el salón.

Como ni a él le habían avisado de la presencia de la joven, ni ésta esperaba verle entrar así, tuvieron ambos un momento de sorpresa; después se inclinaron al mismo tiempo y se pusieron, el jesuíta, a examinar atentamente una estatua policroma del Niño Jesús de Praga, y ella, a mirar por la ventana las pocas personas que transitaban por la calle, con apresurado paso, bajo los relucientes paraguas.

Entró el cura. No sabía que estaba el jesuíta, y Ana le notó en la cara la contrariedad que le causaba no haber podido advertirle el detalle de la casulla; pero no procuró acudir en su ayuda. El abate hizo la presentación, y en seguida dijo, recobrando una falsa desenvoltura:

—El almuerzo está servido; a la mesa.

Y los tres pasaron al comedor, en el que los vicarios esperaban de pie.

Ana conocía a los dos. El primer vicario, abate Ducourau, había desempeñado en su vida un importante papel, puesto que por él fué por quien supo el casamiento y la muerte de Jaime. Era un hombre de unos cuarenta años, delgado y pálido. Su salud era delicada, y esto había impedido que fuera nombrado para el curato a que estaba llamado desde hacía tiempo por su saber, que era mucho, y por sus demás méritos, que no eran pocos. No se quejaba de ello. No tenía ambiciones.

El otro, el abate Tauziés, pequeño, ordinario, era hijo de unos campesinos de Marensin. El obispo, muy aficionado a los deportes, tenía debilidad por él desde que en un partido de

pelota contra campeones vascos le vió, con la sotana remangada hasta la cintura, dar buena cuenta de sus adversarios. Se hablaba de él con insistencia para el curato de Saint-Martin-de-Seignax. El abate Lafitte, en su fuero interno, prefería al abate Ducourau; pero el abate Tauziés le prestaba mejores servicios.

Ana, sentada entre el padre Divoise y el cura, observaba a aquél disimuladamente, y cada nueva observación venía a afirmar la primera impresión de antipatía que le había causado. Demacrado, descolorido, sin afeitar, con sus escuálidos miembros flotando en una sotana verdosa, trasuntábase en él una extraña mezcla de timidez y de altanería. No llevaba tirilla almidonada en el cuello, que se perdía en el de la sotana, demasiado grande, y presentaba una voluminosa nuez, agitada sin cesar por un grotesco movimiento de vaivén. Mientras los tres seculares—aun el ascético abate Ducourau—, con recogida gravedad del mejor tono, daban cuenta de los excelentes manjares servidos, él, el regular, trituraba, mascaba, engullía sin la menor corrección. Un observador atento a lo que pasaba en la mesa no hubiera dejado de preguntarse por qué paradoja de la **Naturaleza** una enfermedad tan refinada, tan simpática como la gota, había caído en suerte a tan basto y ordinario comensal.

Escuchaba éste con sonrisa ligera y amarga la conversación que acababa de entablarse entre el abate Tauziés y el cura.

—Y esa desdichada historia de la pelota? —había preguntado el segundo.

—¿Qué historia? —interrogó el abate Ducourau.

—¿En qué está pensando hoy? Durante una hora hemos hablado de ella el abate Tauziés y yo —dijo el cura, invitando con una seña al segundo vicario a que pusiera al corriente del asunto a los convidados.

—Pues bien, he aquí de qué se trata. El jueves pasado llevé a los alumnos mayores del colegio de los Hermanos a jugar a la pelota al campo de Cuyés. Ya sabe usted que este campo linda con la posesión de Peyrouton, perteneciente al señor Loustalot, nuestro diputado.

El abate Ducourau hizo un gesto de aquiescencia para demostrar que conocía esos detalles; la señorita de la Ferté y el padre Divoise oían con indiferencia esta historia insignificante.

—De lo que ocurrió tuvo la culpa el pequeño Peyré —continuó diciendo el abate Tauziés—. Esteban Peyré es, sin disputa, mi mejor discípulo en la pelota. Juega bien, pero juega muy fuerte. Se lo repetí muchas veces. En el calor de la lucha envía la pelota frecuentemente por encima del frontón. Y eso es lo que ocurrió el jueves, sólo que ese día la pelota fué a parar más lejos que otras veces, y la vimos caer entre los árboles de la casa de Peyrouton. No puedo decir por qué, pero en seguida tuve la intuición de algo grave. Mandé al joven Pasicos a buscar la pelota, encargándole que se condujera con la más exquisita corrección. No acababa de regresar. Al fin lo vimos venir sin la pelota, y nos contó, emocionado, lo **sucedido**. El diputado tenía invitados a almorzar, y la maldita pelota había caído en medio de ellos cuando tomaban el café bajo el emparrado, rompiendo la cafetera y dos tazas.

—Esto ya es, por sí solo, muy lamentable —dijo el cura—; pero escuche la continuación.

—Entre los invitados —continuó el padre Tauziés— estaba, a lo que parece, el jefe de la secretaría del ministro de Instrucción pública, y cuando supo que la pelota había sido lanzada por un alumno de un colegio libre, dijo que se trataba de un abuso intolerable, y al indicarle alguien que nosotros, a título de sociedad de gimnasia, cobrábamos una pequeña subvención de doscientos francos anuales, afirmó que nos sería suprimida tan pronto regresase a París. Esa es la cuestión

—Lo hará como lo ha dicho —exclamó el padre Divoise—; y hasta es posible que se aproveche la ocasión para suprimir también la subvención a algunos patronatos que la disfrutan en iguales condiciones que la de ustedes.

El abate Tauziés hizo girar sus ojos, afligido. Pero el cura, sonriendo ligeramente, levantó la mano.

—No tengo los mismos temores que usted, mi reverendo padre. Estoy persuadido de que el jefe de la secretaría del ministro lo pensará mucho antes de suprimirnos la subvención. No dejará seguramente de saber por quién la tenemos.

—¡Ah! —dijo con ironía el padre Divoise—. ¿De quién la tienen? ¿Del señor Carnot?

—De alguien que vale más.

—¿Que vale más? ¿De...?

—Silencio —interrumpió el cura, poniendo un dedo en los labios—. Veo que va a adivinarlo. Sí, señor: de Gambetta. En 1881, el abate Tauziés se tomó la libertad de escribirle, y las cosas no marcharon despacio. En menos tiempo que se tarda en decirlo fué concedida la subvención. El mismo Gambetta nos lo comunicó. Señor abate Tauziés, muéstrele al reverendo padre la hermosa carta que recibimos.

—¿Han recibido una carta de Gambetta? —preguntó con acento de incredulidad el jesuíta.

—De él mismo —contestó el cura—. Véala.

El abate Tauziés desabrochóse la sotana y sacó una enorme cartera de tela renegrida, y de ella una carta.

—Lea —dijo el cura.

El padre Divoise, más interesado de lo que quería aparecer, puso una mano en su oreja izquierda, dirigiéndola al vicario, que encendido de orgullo, leyó:

"*Al señor abate Tauziés, vicario de la catedral de Dax.—Señor: Tengo el honor de comunicarle que, a propuesta mía, acaba de concederse por el Ministerio de Instrucción pública una subvención de 200 francos anuales al patronato del colegio de los Hermanos de Dax. Me es muy grato haber podido de este modo, al mismo tiempo que complacerle, contribuir al desarrollo de la cultura física, tan necesario a las luchas que la República tendrá que sostener en el porvenir*".

—¡Qué galimatías! —exclamó el jesuíta, al que en verdad nada le parecía bien—. ¡Las luchas, la cultura! Por lo visto es del *Kulturkampf* de lo que se trata.

—¡Es de la revancha! —contestó el abate Lafitte, con una firmeza llena de dignidad.

El abate Ducourau, con una fina sonrisa, dijo:

—De la revancha, sí. Ya es bastante lo que se hace: hablar siempre de ella; no pensar nunca en ella.

La mirada, llena de sorpresa, del abate Tauziés iba de uno a otro de los convidados.

—Lo indudable es que está firmada por Gambetta —dijo, golpeando con el dedo índice sobre la carta.

—¿Quiere dejármela ver? —preguntó el padre Divoise, al mismo tiempo que se calaba unas gafas que sacó de una caja semejante al estuche de una pipa.

—Está firmada por Gambetta — repetía, testarudo, al abate Tauziés.

El jesuíta le devolvió su tesoro, diciendo:

—Sí; la firma es, con el estilo, lo único que hay suyo en la carta.

Y la insoportable sonrisa de desprecio afloró a sus resecos labios.

—¿Qué quiere decir? — preguntó el abate Lafitte.

—Nada, señor cura, sino que Gambetta tenía que firmar todos los días trescientas o cuatrocientas cartas como ésa. Esta fué escrita por un secretario, y hasta me parece reconocer la letra de Thomson o de José Reinach. Gambetta la firmó; ya es bastante.

Siguió un momento de silencio. La señorita de la Ferté, completamente indiferente al tema, miraba su plato vacío, en el fondo del cual un gallo azul desplegaba sus alas.

—Que la haya escrito o que solamente la haya firmado — dijo por fin el cura para consolar al abate Tauziés, que veía desvanecido para lo sucesivo el prestigio de su documento —, poco nos importa. Lo cierto es que la subvención fué concedida, y en cuarenta y ocho horas.

—Gambetta ha muerto, y bastan veinticuatro horas para que sea suprimida — dijo el jesuíta implacablemente.

Volvió a hacerse el silencio. La señorita de la Ferté había cruzado sus manos al borde de la mesa. El abate Lafitte dióse cuenta de que sus convidados terminaron el *civet* hacía diez minutos, y llamó nerviosamente

XVII

En el comedor flotaba un ambiente de molestia. La molestia consecutiva a ver resurgir de sus cenizas una discusión que se creía concluída.

El padre Divoise era tozudo, y tuvo ocasión de demostrarlo.

—Pedir apoyo a Gambetta: he ahí una buena idea — dijo —. ¿Y puede saberse quién se la dió?

—¡Ya lo creo! Fué monseñor.

—¿El obispo de Aise? Era natural. Bonita mezcla, señor cura.

El abate Lafitte hizo un ademán de protesta.

—No hable mal de monseñor, mi reverendo padre. ¡Siente tanta simpatía por usted!

—¡Tanto como simpatía!... — exclamó el jesuíta con una sonrisa impertinente.

—Pues se lo aseguro; ha hablado delante de mí de sus sermones de un modo...

—Estoy reconocido a su ilustrísima, muy reconocido, aun cuando, a la verdad, temo que la simpatía que siente hacia mí sea de naturaleza análoga a la que debo merecer a su eminencia el arzobispo de Wéstminster.

El abate Tauziés, que no había perdido la esperanza de instruirse en la mesa, preguntó:

—¿El arzobispo de Wéstminster?

El padre Divoise lo miró y sonrió compasivamente.

—¿El señor abate no oyó nunca hablar del cardenal Manning?

—¡El cardenal Manning! — repitió el abate Tauziés.

Intervino el abate Ducourau.

—Ignora usted, sin duda, mi reverendo padre — dijo con su voz grave y tenue —, la extensión de las obligaciones de un humilde vicario. Es muy excusable que el señor abate Tauziés no esté muy al tanto de las cuestiones que existen entre la Orden de ustedes y el arzobispo de Wéstminster.

—Sin duda usted está al corriente de esas cuestiones, señor abate — dijo el jesuíta acentuando el tono punzante de su voz.

—Menos de lo que quisiera — contestó el vicario —; pero lo bastante para saber que el asunto ha sido resuelto de una vez por todas por Su Santidad León XIII, y que la Constitución *Romanos Pontifices*, que decide en la materia, fué promulgada a instancia del cardenal Manning, sin duda, pero a petición también de las Ordenes religiosas.

—¿Y qué prueba eso? — preguntó el padre Divoise—. Podría contarle tantas cosas...

El cura se inclinó hacia la señorita de la Ferté.

—¡Pobre hija mía! — murmuró —. No debe divertirse mucho...

El jesuíta le oyó.

—Le ruego que me perdone, señor cura — dijo ásperamente —; y estoy por mi parte dis-

puesto a cortar una controversia cuyo interés...

El abate Lafitte le interrumpió:

—Le suplico, reverendo padre, que continúe, y le aseguro que nada puede ser más instructivo.

—¿Decía, pues, señor abate? — dijo el padre Divoise.

—Decía, reverendo padre, que la Constitución *Romanos Pontifices* hubiera debido terminar por completo toda querella. "Por las dos partes se han cometido faltas, pero por ninguna hubo intención de cometerlas... Que en adelante los dos cleros sirvan a Dios y a su Iglesia en paz y armonía, porque una triste experiencia nos ha demostrado que nuestras disensiones son nocivas a las almas y dan ocasión a los enemigos de la Iglesia para regocijarse con nuestros males". ¿Sabe, sin duda, de quién son esas palabras?

—O mucho me engaño, o veo en ellas el estilo de alguien del Ordinario.

—Emanan, en efecto, de un arzobispo; pero ese arzobispo es el reverendo padre Pórter, de la Compañía de Jesús. Ya ve usted cómo se puede, con muy buena fe, y teniendo en cuenta los intereses de las dos partes, aceptar las conclusiones de la Constitución *Romanos Pontifices*.

—¡Dios mío! — exclamó el cura, que veía agriarse la discusión —. He de confesar que ignoraba en absoluto la existencia de esa famosa Constitución.

Pero con tales palabras, lejos de echar agua al fuego, arrojó más leña.

—Su vicario tendrá un placer en explicársela, señor cura — dijo el padre Divoise con la dignidad de un Aquiles, retirándose a su tienda.

—Con mucho gusto — replicó el abate Ducourau, cada vez más dueño de sí —. La Constitución de que se trata, promulgada en mayo de 1881 por el Papa León XIII, tuvo por objeto regular los derechos respectivos de los monjes, los miembros de las congregaciones, los sacerdotes regulares y los obispos.

—Entonces — arguyó el cura — es completa.

—Sin duda alguna — contestó el jesuita —. Pero pregúntele, sin embargo, a su vicario, con qué espíritu ha sido aplicada esa Constitución a nuestra Orden por el arzobispo de Wéstminster, y si sabe cómo nos ha tratado.

—¿Lo sabe? — preguntó el cura, volviéndose hacia el abate Ducourau.

—Recuerdo — contestó el vicario — una frase del cardenal Manning, reproducida el 29 de diciembre de 1886 en el decreto de beatificación de los mártires ingleses, frase en la que se decía que los religiosos de la Compañía de Jesús "llevaban en la Tierra hábitos de malhechores, y en el Cielo brillaban con hábitos de esplendente blancura".

—No puede ser más halagüeño — dijo el abate Lafitte dirigiéndose al padre Divoise.

—No se trata de lindas palabras — contestó éste, molesto —. Sabemos su valor. Se trata de actos. El señor abate se colocó en el terreno de la Constitución *Romanos Pontifices*. No saldremos de ella, si le parece, y que tenga la bondad de decirle lo que previene respecto a fundación de colegios religiosos.

—Previene — dijo el vicario — que las Ordenes religiosas no pueden fundar ningún colegio sin licencia del Ordinario.

—Exacto — exclamó el padre Divoise triunfante —. Pero el cardenal Manning, que siempre dió esa autorización a las demás Ordenes, nos la ha negado a nosotros siempre y en todas las circunstancias. Lo demás es literatura. Y no tengo más que decir.

Y la emprendió a grandes golpes de tenedor con las judías verdes que le quedaban en el plato, rodeando el hueso de una pata de ganso.

El cura volvióse hacia su vicario con el aire embarazoso de un Salomón que lo ignorase todo en el pleito que está llamado a sentenciar. Pero el abate Ducourau jugaba con su cuchillo y nada respondió.

El padre Divoise trató de aprovechar las ventajas de su situación.

—Exclusión de los jesuitas únicamente, cuando la autorización ha sido otorgada a todos los demás religiosos. ¿No le recuerda nada esto? Supongo que le recordará nuestro artículo séptimo. Jules Ferry propuso conceder autorización para enseñar a todos los religiosos excepto a los jesuitas. Es curioso ver la coincidencia en este punto del cardenal Manning con los radicales franceses, y a su tiempo nos encargaremos nosotros de probar su coincidencia, mejor dicho, su concomitancia con los radicales ingleses.

—Reverendo padre, me parece que lanza usted una gravísima acusación — dijo el cura, que se iba convenciendo del poco honor que se hacía a su mesa.

El padre Divoise tuvo una sonrisa de inteligencia e interpeló al abate Ducourau, que llevaba un rato sin hablar.

—Usted, que tan al corriente está de las cosas de la Inglaterra contemporánea, ¿habrá oído, sin duda, hablar de sir David Osborne?

—Yo hablo sólo en la medida de lo posible de las cosas que conozco — contestó el vicario —. Sé quién es sir David Osborne, pero nada más que eso sé.

—Puesto que sabe quién es, ¿no ignorará que es uno de los miembros más influyentes de la Cámara de los Comunes?

El abate Ducourau inclinó la cabeza afirmativamente.

—Tampoco debe ignorar que, *leader* del partido radical inglés y protestante exaltado por un sombrío fanatismo, David Osborne envuelve en su odio feroz todo lo que es católico. Es un hombre del tiempo de Isabel y de Cromwell. Nos reconciliaría a los regulares y a los seculares en las cárceles si en ellas pudiera encerrarnos. Pero hay grados en su hostilidad, y lamento, señor abate, que de esta cuestión esté menos al tanto que de las demás. Porque sino sabría que es la Orden de San Ignacio la que, en mayor medida que todos los demás católicos juntos, tiene el honor de ser execrada por David Osborne.

—En efecto, había olvidado esos detalles, reverendo padre; pero me los ha hecho recordar usted; y recuerdo ahora principalmente que David Osborne siempre se opuso a los proyectos de ley encaminados a permitir a los católicos el acceso a las funciones de lord-canciller de Inglaterra y virrey de la India.

—La Carta inglesa establece en principio la libertad individual, todas las libertades. Si estuviera en la mano de David Osborne, con un solo rasgo de su pluma nos excluiría de ese derecho común. Es un enemigo como jamás tuvimos otro. A la cabeza de un partido poderoso, es respetado por sus mismos adversarios. Sin eso...

Los ojos del padre Divoise brillaron un instante.

—¿Sin eso, reverendo padre...? — preguntó el cura.

—Sería acaso posible dar cuenta de él — terminó el jesuita —. Pero, se lo repito, es inatacable, lo mismo en su vida pública que en su vida privada. Es una especie de puritano.

El padre Lafitte tuvo un impulso involuntario.

—Pero aun cuando su vida privada, mi reverendo padre, estuviese a merced de los ataques de que habla, no se me alcanza qué partido podría sacar de ello. Tales armas hieren a quienes las emplean tanto como a aquellos contra quienes se dirigen. Y en lo que concierne a su Orden principalmente, ¿no cree que se alegraría mucha gente de que se les proporcionara una ocasión de reproducir contra ella las estúpidas acusaciones de Eugenio Sue, Michelet y otros?

El abate Ducourau sonreía; pero no era posible adivinar si esa sonrisa era producida por la evocación de aquellos nombres gloriosos o por la indignación de su párroco.

El padre Divoise se había limitado a encogerse de hombros.

—¡Por Dios, señor cura! Puede estar tranquilo. Le repito que no hay nada censurable en la vida de David Osborne. Pero si un día incurriera en cualquier flaqueza, no seríamos tan tontos, fuera de toda otra consideración moral, para revelarla nosotros mismos y unir de un golpe, en favor de nuestro enemigo, toda la vieja hipocresía protestante. Esté tranquilo, que si sir David resbala en algún momento, habrá quien se encargue de pregonar su caída por todas partes. A Dios gracias, todavía hay *torys* en Inglaterra.

—Los *whigs* le defenderán — dijo el abate Ducourau.

El padre Divoise hizo, sonriente, el gesto de Poncio Pilato.

—¡Los *whigs!* — exclamó el abate Touziés con los ojos desmesuradamente abiertos.

—Jamás he podido comprender — dijo el cura, usando en todo momento de su bondad para atribuirse las deficiencias de su vicario — la diferencia que hay entre los *whigs* y los *torys*.

—Suponga — contestó el abate Ducourau — que Jules Ferry sea *whig*; pues bien, el duque de Audiffret-Pasquier sería *tory*.

—Eso es, poco más o menos — afirmó el padre Divoise —. Y volviendo a David Osborne...

—Sí — interrumpió el abate Ducourau —. Tendré mucho gusto en saber qué relación puede haber entre ese terrible *no popery* y el cardenal-arzobispo de Wéstminster.

—Pues esté satisfecho, señor abate. No hay más que un solo punto de contacto, pero bien sólido: el odio a los jesuitas.

—¿Tiene la prueba de una alianza contra ellos entre el cardenal Manning y el jefe de los radicales ingleses?

—No una prueba, señor cura, sino varias.

El abate Lafitte intentó interponerse. Hacía algunos minutos que se agitaba en su silla y miraba con insistencia hacia la puerta, como si el obispo de Aise, acompañado de su vicario general, hubiera de aparecer en cualquier momento en el comedor.

—No alcanzo a comprender — se atrevió a murmurar — la utilidad de esta discusión. Reverendo padre, tome un poco de arroz con leche.

Y como el jesuita rechazase la fuente, se la ofreció a la señorita de la Ferté, sin recordar que ésta le había dado una repulsa muda.

Por lo demás, ni el primer vicario, ni el jesuita, poseídos del calor de la discusión, se ocupaban para nada de su anfitrión.

—Le dije, señor abate, que tenemos numerosas pruebas de las buenas relaciones mantenidas entre David Osborne y el cardenal. Escuche primero esta pequeña historia. En 1880 sir David perdió a su nieto.

—Ignoraba que David Osborne tuviese tanta edad.

—Actualmente debe tener cincuenta y cinco o cincuenta y seis años. Se casó muy joven. Tuvo una hija, que contrajo matrimonio con el mayor Simpson, y el pequeño Arturo, hijo de éstos, murió en 1880 de la difteria. En esa época, el mejor especialista de Londres en enfermedades de la garganta era el profesor Bliss, católico, cuyos hijos están educados en uno de nuestros colegios.

—A pesar del cardenal Manning, ha encontrado medios de enseñar.

—Señor abate, si me interrumpe a cada momento, me será difícil recordar las distintas cuestiones que usted me proponga. Por ahora me limito a contestar que las restricciones del cardenal sólo alcanzan a su diócesis, y que el colegio en el que se educaron los hijos del profesor Bliss está situado fuera de esa diócesis. ¿Queda satisfecho?

El abate Ducourau expresó por medio de un

presto su pesar por haber interrumpido inoportunamente.

—Vuelvo a mi historia — dijo el jesuíta —. El niño Arturo Simpson estaba en casa de su abuelo, en la antigua casa de Curzon Street, habitada por David Osborne con su esposa desde que es diputado, es decir, desde 1860. Pues bien: es tal su fanatismo y, sobre todo, el de su esposa, que se negaron rotundamente a llamar al doctor Bliss para que viese a su nieto sin otra razón que la de ser católico, y cuando al fin se decidieron a llamarlo, era tarde. Esto le ilustrará acerca de los sentimientos que abriga David Osborne respecto al catolicismo.

El vicario inclinó la cabeza.

—El profesor Bliss no pudo hacer a la cabecera del moribundo otra cosa que convencerse de la inutilidad de sus esfuerzos. Al dejar la casa donde el desconcierto de la muerte reinaba, se equivocó, por no acompañarle nadie: abrió una puerta por otra, y al entrar en una salita de espera, encontró a M. Purcell, el amigo, el más íntimo confidente del cardenal Manning. Muy aturdido, M. Purcell deshízose en explicaciones que nadie le pedía: "Había ido a adquirir noticias del enfermo… Estaba allí exclusivamente a título personal", e insistió de un modo sospechoso en este último punto. Y ahora, señor abate, le pregunto: ¿Encuentra, en conciencia, natural la presencia en aquellos momentos en casa de David Osborne del confidente del cardenal?

—La muerte justifica muchos actos, padre.

—Puede admitirse. Por ello no se hizo nunca uso de esa historia. Ni aun de esta otra. En 1882, David Osborne presentó a la Cámara de los Comunes un proyecto de ley encaminado a privar a los jesuítas del derecho de dedicarse a la enseñanza en todo el Reino Unido. Aun siendo tan contrario al espíritu inglés, estuvo a punto de ser aprobado el proyecto. Sólo gracias a la ocasional coalición del partido de Parnell con los *torys* pudo ser rechazado. Ahora bien, la proposición de David Osborne estaba precedida de una exposición de motivos muy estudiada y muy completa. Pues, señor abate, se nos ha revelado que en esa exposición había frases enteras, textuales, óigame bien, absolutamente textuales, que figuraban ya en el informe confidencial sometido al Santo Padre por el cardenal cuando fué a Roma en 1880, para apresurar la publicación de la bula que había de ser después la Constitución *Romanos Pontífices*, de que hace un momento hemos hablado. ¿Qué dice usted de esa coincidencia?

—Es cierto que no puede ser una coincidencia — contestó el abate Ducourau con voz grave —. Pero ¿no es posible que el cardenal fuese víctima de una indiscreción? Su informe pudo ir a parar a las manos de David Osborne.

—¡Ah, señor abate! Me sugiere el deseo de parafrasear así la historia de Santo Tomás: "Bienaventurados los escépticos, porque ellos serán convencidos". Pero escuche, escuche aún. Sir David Osborne —es su fuerza y acaso algún día sea su perdición— es tan obstinado como usted. Rechazada en 1882 su proposición de ley, no perdió la esperanza de hacerla admitir en 1887. Durante cinco años trabajó sin descanso en completar su exposición de motivos. Su odio hacia nosotros le hizo remontarse a Luis XV, a Leopoldo, a José II. Pero él sabe que en materia canónica no se improvisa un historiador de la mañana a la noche, y más que nunca trabajó de acuerdo con el arzobispo de Westminster. Mas en esta lucha, tengo el dolor de afirmarlo ahora, ha contado con otros apoyos distintos del que el cardenal Manning le prestó. Algunos obispos franceses fueron, sin duda, sus cómplices.

—¿Obispos franceses? — exclamó el abate Lafitte, que miraba la puerta cada vez más asustado.

—¿Y especialmente…, mi reverendo padre? — preguntó el abate Ducourau, siempre dueño de sí.

—Especialmente, monseñor el obispo de Castres, señor abate — contestó el padre Divoise.

—¿Tiene la prueba?

—Me creo en el deber de satisfacerle. En el mes de abril, en carta de fecha veintitrés exactamente, el obispo de Castres hizo saber al cardenal Manning, contestando a un ruego suyo, que tendría un placer en recibir a sir David Osborne en su diócesis y poner a su disposición todos los documentos de que pudiera tener necesidad. Y así ocurrió que en el mes de junio, sir David Osborne ha pasado quince días o tres semanas, no lo sabemos exactamente, en Sorèze, ocupado en escudriñar la biblioteca del monasterio de los dominicos. Es innecesario agregar que éstos tuvieron mucho gusto en ponerse por completo a la disposición de un hombre que los odia, es indudable, pero que odia más a los jesuítas.

Siguió un silencio que rompió el abate Ducouran, a quien se notaba impresionado, diciendo:

—No se me alcanza qué puede haber encontrado David Osborne de interesante en la biblioteca de Sorèze.

—Yo tampoco, por el momento — contestó el jesuíta —. Creo, sin embargo, saber que esa biblioteca encierra bastantes documentos importantes, y señaladamente una correspondencia de Lacordaire con Falloux acerca de la libertad de enseñanza, y esto puede tener algún interés para quien se impuso la tarea de estrangular esa libertad.

De nuevo se hizo el silencio, que, con gran sorpresa de todos, rompió la señorita de la Ferté.

—Revel — dijo —, ¿es una ciudad?

Hizo esta pregunta sin mirar a nadie, con los ojos siempre fijos en sus manos, cruzadas en el borde de la mesa.

El padre Divoise la miró de soslayo. ¿Qué venía a hacer en esta discusión, provocando el riesgo de que con su impertinente pregunta se perdiera el efecto de la ventajosa situación obtenida?

No se equivocaba. Dándose cuenta, sin duda, el abate Ducouran de que, con el calor de la controversia, habían sido dados al olvido elementales deberes de cortesía respecto a la joven, le contestó:

—¿Revel, señorita? Sí, es una pequeña población del Alto Garona. Y precisamente la estación de Revel es la que sirve a Sorèze, de que hace un momento hablábamos.

Ana le dió las gracias y volvió a su mutismo.

—Y bien — dijo el padre Divoise, que no se resignaba a haber hablado en balde —, ¿qué dice, señor abate, de mi última historia?

El abate Ducourau bajó la cabeza.

—En efecto, todo eso es raro — murmuró.

—Sea lo que sea — dijo el cura —, nada de ello nos concierne.

—Hable en cuanto a usted — dijo con irónica sonrisa el padre Divoise.

—Prácticamente — añadió el vicario —, ¿qué beneficios pueden reportar a los católicos esas comprobaciones?

—Nada, señor abate — contestó el padre Divoise, sonriendo siempre —, nada resultaría si Dios no hubiese querido que David Osborne fuese, al mismo tiempo que nuestro enemigo, enemigo también de los *torys*. Estos no han olvidado que comenzó su carrera política con una proposición de ley encaminada a anular los privilegios de la Cámara de los Lores. Por eso, como tuve el honor de apuntar antes, podemos dejarles el cuidado de inutilizar a David Osborne si alguna vez da un paso en falso.

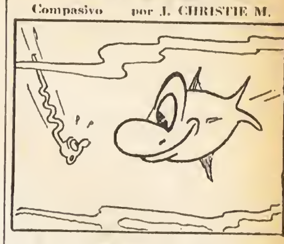
—Prefiero eso — dijo el abate Lafitte —, porque tal misión no es digna de nosotros.

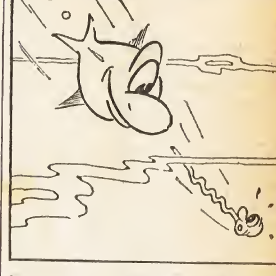
El almuerzo había concluído. Los dos vicarios se levantaron y salieron después de despedirse.

El abate Lafitte hizo una seña al padre Di-

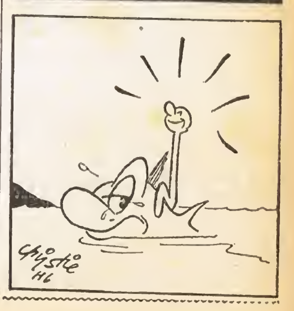
AGALLITA

Compasivo — por J. CHRISTIE M.









volvse para que esperara. Su espíritu timorato temía que se llevara un sabor amargo de la discusión, y quiso suavizar asperezas.

—¿No tendrá mucha prisa, mi reverendo padre? Voy a darle a probar una cosa que no hay nada mejor para este tiempo húmedo. Y a usted tambien, hija mía. Es un licor de nueces que data de 1850. Me lo dió su tía de Pontonx. Vuelvo en seguida.

Salió, y apenas la puerta se cerró tras él, sonó la voz monótona de la señorita de la Ferté.

—Padre mío — dijo al jesuíta —, tengo necesidad de hablarle reservadamente.

XVIII

Había terminado octubre lluvioso, pero con suave temperatura. Los primeros fríos no hicieron su aparición hasta el 10 de noviembre. Galswinthe se vió en apuros para eludir un viaje a Burdeos, con ocasión del día de difuntos. Su madre política la había invitado en términos que dejaban transparentar cierta acritud. La última carta que recibió la señora de Saint-Selve, después de haberse negado definitivamente a ir, contenía una alusión poco velada a las misteriosas influencias que se dedicaban a separarla de la familia de su marido. Esa alusión no la preocupó lo más mínimo. Estaba mucho mejor de salud, y tratábase únicamente de que la proximidad del invierno no comprometiera una mejoría adquirida a costa de tantos cuidados.

Al siguiente de ese día, la señorita de la Ferté llegó a la *Pelouse,* como de costumbre, a las nueve. Hacía un tiempo gris y brumoso. La señora de Saint-Selve, acostada todavía, estaba bordando con gran pulcritud una esclavina. Su gusto criollo se revelaba en el oro y la plata de que su labor estaba adornada con profusión. Pero ponía tal ardor en su trabajo, tal interés en hacerlo bien, que la señorita de la Ferté no pudo hacer ninguna observación por tal exceso de magnificencia.

Ana abrió de par en par las ventanas de la alcoba. Sorprendida por el frescor del aire, Galswinthe abandonó el bordado y escurrióse entre las sábanas.

Fuera, del cielo opaco descendió un extraño ruido, algo así como un arrullo triste, a veces muy lejano y otras muy próximo.

—¿Qué es eso? — preguntó la señora de Saint-Selve.

—Las primeras grullas que pasan — contestó Ana —: el invierno.

La señora de Saint-Selve repitió:

—El invierno.

La señorita de la Ferté estaba acodada en la ventana y escrutaba con los ojos el cielo. El ruido producido por las grandes aves de paso fué creciendo.

—¿Se las puede ver? — preguntó Galswinthe.

—Tal vez, fijándose bien — respondió Ana.

La señora de Saint-Selve se levantó y acercóse a la ventana; rodeó con su brazo el cuello de Ana y también miró al cielo. El triste ruido disminuyó, hasta perderse al fin.

—Están muy altas y hay mucha niebla — dijo Ana.

Después ayudó a su amiga a vestirse.

En la arena de la avenida crujieron unos pasos. Era el cartero. Le oyeron marcharse, y pocos momentos después entró Celina. El correo trajo aquel día el periódico al que Galswinthe estaba suscrita, *El Noticiero* de Burdeos, y una carta, la habitual carta de sir Thomas Kennedy.

Galswinthe tuvo el imperceptible movimiento de contrariedad que nunca podía evitar cuando le entregaban una de esas cartas en presencia de Ana. Pero no podía haber mayor indiferencia que aquella con que arrojó, sin abrirla, la carta encima de la cómoda.

—Mi desayuno — dijo.

Mientras ella comía, Ana rompió la faja del periódico y le echó una ojeada. La señora de Saint-Selve le daba la espalda.

—¿No hay nada nuevo? — preguntó.

Y un poco sorprendida de no recibir contestación repitió:

—¿Nada nuevo?

—Nada nuevo — contestó la señorita de la Ferté, con voz apenas alterada.

Hacia las once salieron las dos. Los grandes plátanos se desprendían de sus últimas hojas, verdes unas, que caían lentamente, con la majestuosidad de diminutos paracaídas; consumidas otras, abarquilladas, semejantes a dorados erizos cayendo brusca y rápidamente.

En los desnudos macizos veíanse los caracoles, brillantes y amarillos.

Atravesaron la portillera y, sin ponerse de acuerdo, ambas tomaron el camino del pantano. Al cuarto de hora se hallaban al borde de las aguas muertas.

Ana miraba de reojo a su compañera. Los ojos de Galswinthe vagaban sobre el pantano. Sus mejillas estaban coloreadas, más encendidas que de costumbre.

Al cabo de un rato, dijo:

—¿Cuál es el sitio donde le falló el tiro al tadorno?

—A la izquierda — contestó la señorita de la Ferté —, en aquella pequeña garganta cuya negra entrada se ve allá abajo entre la niebla.

—Vamos allá.

—No sé si podremos llegar. Esta noche ha llovido mucho.

—Probemos, de todos modos.

Probaron y llegaron, si bien mojándose el calzado. Voló un pájaro.

—¿Es un tadorno? — preguntó la señora de Saint-Selve.

—No — contestó Ana —; es una gallineta.

—¿Mató también alguna vez gallinetas?

—Sí, cuando tenía dieciocho años. Después, ya no; no es un tiro digno de un cazador.

—¿El tadorno sí?

—¡Ah! El tadorno es soberbio: un ánade de cabeza roja, más grande que los ánades ordinarios. ¡Y es tan raro en nuestras regiones! Por eso le causó tanta contrariedad que se le escapara el que salió volando muy cerca del sitio en que ahora estamos nosotras.

—¿Cómo le falló el tiro?

—Por mi culpa. El esperaba las gallinetas y tenía en su escopeta dos cartuchos del diez. El modo extraño de echarse de *Pyram* le hizo comprender que eran los ánades. Yo llevaba su morral y los cartuchos. "Del cuatro — me gritó con voz amortiguada —; dos cartuchos del cuatro". Desde el montículo en que yo estaba le eché dos cartuchos, pero me equivoqué, y los que le di eran también del diez. Fué inútil que repitiera el tiro. Los diminutos perdigones resbalaron sobre las plumas mojadas del ave, que siguió volando como si nada fuese con ella.

—Y... ¿qué dijo él?

—Viendo mi aturdimiento y que me faltaba muy poco para llorar, me estrechó entre sus brazos durante largo rato.

Retornaron a la *Pelouse* y almorzaron sin que nada de particular ocurriese.

Después del almuerzo, Galswinthe se manifestó algo cansada y volvió a su habitación para echarse unos momentos en la cama. Ana la acompañó y después de ayudarle a acostarse se instaló en una butaca al lado de la ventana y se dedicó a mirar un viejo catálogo.

Le hizo abandonar esta ocupación un suspiro, un profundo suspiro que terminó en un quejido.

—¿Qué pasa? — dijo levantándose precipitadamente.

La señora de Saint-Selve seguía acostada, pero su cara presentaba una mortal palidez. Una de sus manos se apoyaba en el corazón; la otra pendía inerte del lecho.

Ana vió en el suelo una carta desdoblada y sobre la ropa de la cama un sobre roto. Galswinthe acababa de leer la carta de sir Thomas, y su lectura, según todas las apariencias, le había producido el desmayo.

—¿Qué pasa? — repitió Ana.

Tomó entre sus brazos a su amiga, e incorporándola la acostó en la almohada.

Galswinthe entreabrió los ojos.

—*¡El Noticiero!* — murmuró —. *¡El Noticiero!* ¿Dónde está *El Noticiero?*

—¿El periódico de hoy? Aquí está.

Había quedado sobre la cómoda. La señorita de la Ferté se lo alargó a Galswinthe, y como ésta no lograra abrirle por el temblor de sus manos, Ana lo desdobló.

A la primera mirada, Galswinthe encontró lo que buscaba.

—¡Dios mío! — exclamó —. ¡Es horrible!

Y echóse hacia atrás gimiendo y retorciéndose las manos.

—Pero ¿qué pasa? — repetía Ana sin cesar.

Incapaz de responder, la señora de Saint-Selve señaló con el dedo un lugar de la primera página, donde, en gruesos caracteres, se leía:

"El escándalo de la Cámara de los Comunes. Sir David Osborne, el jefe del partido radical inglés, acusado en plena sesión por motivos de orden privado, abofetea a un diputado".

—Y bien — dijo Ana interrumpiendo la lectura —, ¿qué quiere decir esto? ¿Qué relación...?

Galswinthe sollozó.

—¡Ahí, ahí! — logró articular —. En el suelo... La carta...

—¿La carta de sir Thomas Kennedy? — preguntó Ana.

Galswinthe le hizo señas de que la leyera.

—¡Leer yo la carta de sir Thomas Kennedy! No sé por qué... ¿Qué significa...?

—¡Ah! — exclamó Galswinthe con un grito desgarrador —. Thomas Kennedy es... David Osborne.

—¡Ah! — exclamó entonces Ana.

Se calló y después repitió:

—¡Thomas Kennedy! ¡David Osborne!

Y fué tal la entonación de su voz, que casi dejaron de correr las lágrimas de su amiga, quien, mirándola con ojos de súplica, le dijo:

—No era mi secreto. De otro modo hace mucho tiempo que me hubiera desembarazado de este peso, que hubiera hablado. Pero no podía; no, no podía. Era el secreto de él, el de él.

Reanudó sus lamentos, y súbitamente llevóse el pañuelo a los labios. Las venas de su cuello se hincharon, y un acceso de tos seca, terrible, sacudió el cuerpo de la desgraciada.

—Hay que ser fuerte — dijo la señorita de la Ferté.

Esta había recogido la carta y leía pausadamente en alta voz:

"Ya habrá leído en los periódicos, amada amiga mía, la terrible catástrofe, la ignominia de mis adversarios. Nada sería mi dolor si no pensase en el suyo. Debo imponérme a mí mismo y pensar en la lucha. Mañana, en la Cámara de los Communes, me veré con mis enemigos cara a cara. Me defenderé, y a la faz del país expresaré todo mi desprecio por esos procedimientos que consisten en bucear en la vida privada de un hombre, en publicar..."

La señorita de la Ferté interrumpióse, tomó el periódico, leyó en él y lo volvió a dejar.

—Su carta — dijo — está fechada el 7 de noviembre. La sesión a que se refiere tuvo lugar al día siguiente. Los acontecimientos se han precipitado y se han vuelto contra él.

Terminó la lectura de la carta.

"Saldré vencedor de esta prueba: lo siento, lo juro. Pero, en estos momentos horribles, tengo que decirle, amada mía, que sería el más

desventurado de los hombres si no tuviera, para consolarme, el recuerdo de su amor".

Ana metió la carta en su sobre y miró a la señora de Saint-Selve, que, hundida entre los almohadones, era una pobre cosa digna de lástima, con los hombros sacudidos alternativamente por los sollozos y los accesos de tos.

—Hay que ser fuerte — volvió a decir la señorita de la Ferté.

Después dirigióse hacia la cómoda, prendió una lamparilla de alcohol y puso agua a calentar para hacer una tisana.

Entró Celina. Ana le habló en voz baja y volvió a salir. Un momento después llamaron a la puerta de la habitación.

—¿Quién está ahí? — murmuró Galswinthe cuando la señorita de la Ferté, que había salido, volvió a entrar.

—El jardinero — contestó Ana.

—¿El jardinero?

—Sí, va a Dax y volverá con todos los periódicos que pueda conseguir. Los detalles que da *El Noticiero* son insuficientes.

Guardaron silencio. La noche caía con rapidez. Sobre la cómoda, la llama de la lámpara de alcohol se coloreaba de rosa; después, de violeta. Su reflejo bailaba en torno de los frascos de medicamentos.

—Aquí están los periódicos.

El jardinero se había dado prisa. Instantáneamente la cama quedó cubierta por diez o quince diarios desplegados.

Galswinthe seguía con angustia los gestos de la señorita de la Ferté, que recorría con la mirada uno tras otro, los periódicos. En todos aparecía en primera plana el escándalo de la Cámara de los Comunes. *Le Temps* era el que contenía el resumen más completo, con los comentarios de la prensa inglesa.

La señorita de la Ferté entregó el diario a su amiga, señalándole una de sus columnas, y aproximó, para que pudiera leer, la mesita donde alumbraba la lámpara.

"*El día 5 de noviembre* —escribía "Le Temps"— *los miembros del Gobierno, los lores y los diputados de la Cámara de los Comunes recibieron un memorial anónimo en el que se reproducen algunas cartas escritas por David Osborne a una mujer desconocida, cuyo nombre conservaría secreto el autor del anónimo, a menos que David Osborne le requiera a hacerle público. A la mañana siguiente, uno de los diarios hostiles al "leader" radical reprodujo las cartas con el reto que las acompañaba, y, haciendo toda clase de reproches respecto a la corrección de un procedimiento tan en pugna con las costumbres inglesas, todos los periódicos de la noche publicaron el escrito.*"

Galswinthe asió una mano de la señorita de la Ferté.

—¡El texto de esas cartas! —exclamó.

—No hay sino extractos de ellas —dijo Ana—. Aquí están.

—Yo no puedo leer —replicó Galswinthe con una mano sobre el corazón y la otra sobre los ojos.

"*Londres, 17 de agosto* —leyó con su voz grave la señorita de la Ferté—. *Amada amiga mía. No he llegado a comprender la hermosura del mes que acabo de pasar con usted bajo ese adorable cielo de Francia hasta después de encontrarme aquí, en este Parlamento donde reinan los más bajos intereses, ya se trate de "torys" o de "whigs", de mis partidarios o de mis enemigos... Es preciso hablarle de mi casa, que se me ha llegado a hacer odiosa, hasta un punto tal, que me pregunto cómo he podido, antes de conocerla a usted, vivir en ella treinta años al lado de una mujer sin ideales y sin sensibilidad.*"

Ana se detuvo.

—¿Esta carta? —preguntó mirando a Galswinthe.

—¡No sé! —contestó ésta con ojos de espanto.

—Está fechada en el mes de agosto, cuando yo ya las leía con tan poca atención.

—¿Y esta otra, entonces? —dijo Ana.

Y reanudó la lectura.

Brighton, 7 de septiembre. Ayer, amada mía, presidí aquí una manifestación antialcohólica. El medio de hacer algo útil, algo serio en un país en el que viene de arriba el mal ejemplo, en el que el último de los cargadores del muelle sabe que todas las noches necesita su botella de "whisky" la que está sentada en el trono de Isabel..."

Galswinthe hizo callar a su amiga con un ademán de espanto.

—Me acuerdo, sí. Esta carta, esa frase, al menos, la recuerdo. ¡La reina! ¡Dios mío!

Un acceso de tos la obligó a dejarse caer en la almohada.

—Todavía hay otras dos cartas —dijo la señorita de la Ferté.

Incapaz de pronunciar una palabra, la señora de Saint-Selve indicó por señas que era inútil seguir, que ya había oído bastante. Y entre dolorosos sollozos, exclamó con angustiosa voz:

—¡Aire!

La señorita de la Ferté abrió la ventana; pero era tan intenso el frío de la noche que hubo de cerrarla inmediatamente.

—¿Y el cofrecito? —preguntó Galswinthe cuando pudo hablar; y al acercarle Ana la caja en que guardaba las cartas de sir David Osborne, y aparecer éstas al abrirla, sus lamentos aumentaron.

—No puedo —decía en medio de la tos y las lágrimas que la ahogaban—. Para saber si faltan y cuáles son, sería necesario leerlas todas, todas. ¡No puedo, no puedo!

Sin hablar una palabra, Ana tomó el cofrecito y lo colocó en su sitio, y otra vez al lado de Galswinthe siguió la lectura de *Le Temps*.

"*El escándalo hubiera, quizá, terminado aquí si David Osborne, desoyendo los discretos consejos de sus amigos, no se hubiera empeñado en hacer uso de la palabra en la Cámara de los Comunes, en donde estaba anunciada su intervención desde algunos días antes. Tratábase de un proyecto de ley concerniente a la represión de las audacias del clero irlandés. Mucho antes de la hora de abrirse la sesión, las tribunas estaban llenas y todos los diputados ocupaban su escaño. Cuando David Osborne apareció, intensamente pálido, fué acogido con un silencio absoluto. Sólo, al rato, algunos tímidos aplausos sonaron para apagarse en seguida. Habló, pero bien pronto desencadenóse el más formidable tumulto que pueda registrar la memoria. Cuando David Osborne dijo que el clero irlandés no respetaba en sus ataques ni aun a la Corona, levantó una tempestad de murmullos. Uno de los "leaders" irlandeses, míster Biggar, le interrumpió diciendo que, en todo caso, ningún diputado inglés podría traer a la tribuna de los Comunes una frase de un sacerdote irlandés que llegara en crudeza a ciertas palabras que pedía autorización para leer a la Cámara.*

"*Y, efectivamente, en medio de furibundos clamores, leyó el párrafo en que David Osborne hablaba "de la botella de "whisky" que necesitaba todas las noches la que está sentada en el trono de Isabel". La maniobra de los obstruccionistas irlandeses había triunfado: el acta de la sesión tenía que registrar la infamante frase para la reina. Mientras el grupo Parnell aplaudía frenéticamente a su orador, y los "whigs", aterrados, guardaban silencio, los "torys", de pie, apostrofaban con vehemencia a David Osborne. "¿No os avergonzáis?* —le gritaban—. *Vuestra presencia es un escándalo aquí. Marchaos. Desapareced." La emoción excedió de toda medida cuando un diputado "whig", del partido de David Osborne, propuso que el asunto de las cartas y las actuaciones eventuales contra el autor del anónimo se sometiera a una comisión parlamentaria. De todos lados se gritó a David Osborne: "¿Os adherís a esa proposición?" Pero él permaneció en su banca, inmóvil y mudo. Era la confesión plena de la autenticidad de las cartas. Y entonces fueron tan violentas las increpaciones, que fué menester suspender la sesión.*"

Ana dejó de leer y miró a Galswinthe.

Esta, en un estertor, murmuró:

—Tengo sed.

La señorita de la Ferté se levantó. Intentó reanimar la lámpara. Pero ésta no tenía alcohol. Fué a buscarlo a la cocina, y cuando la tisana estuvo caliente se la dió a beber a su amiga.

—Esta casa —dijo— no tiene condiciones para poder cuidar un enfermo. Sólo personas en perfecto estado de salud la han habitado hasta ahora.

Galswinthe bebió con trabajo, y mientras bebía dirigía suplicantes miradas a Ana.

—¿Puedo continuar? —preguntó ésta.

Y viendo que la señora de Saint-Selve yacía inerte entre sus almohadones, reanudó la lectura.

"*El escándalo llegó a adquirir lamentables proporciones en el vestíbulo de la Cámara al producirse un altercado entre sir David Osborne y míster Biggar. El primero abofeteó al segundo, y éste contestó con un puñetazo. Los ujieres tuvieron que separarlos. Para quien conozca los costumbres parlamentarias inglesas, la violencia de estos incidentes sobrepasan cuanto era posible imaginar hasta ahora. En el momento actual, la prensa entera reconoce con unanimidad la caída de David Osborne. Jamás una posición tan elevada se ha reducido en menos tiempo a la nada. "The Times" publica unas palabras de Gladstone, tan severas en el fondo como moderadas en la forma; en ellas se exige terminantemente la retirada del jefe del partido radical. "A pesar de los relevantes servicios prestados por David Osborne a su país —dijo el jefe del Gobierno—, estimo que su permanencia a la cabeza del partido radical produciría, en la actual situación, consecuencias desastrosas en el mayor grado para la causa de ese partido." Únicamente el "Daily Chronicle" intenta una tímida defensa del vencido, recordando que Nelson continuó siendo glorificado, a pesar de la historia de lady Hamilton. ¡Inútil fidelidad! Sir David firmó él mismo su sentencia al no pedir la información. La moral, si así es lícito llamarlo, de estos deplorables incidentes, la dedujo ayer lord Salisbury. Hablando en la Cámara de los Pares con el marqués de Riversdale, dijo: "Midas sólo tomaba como confidente a su barbero. Más locos que él, nuestros hombres políticos modernos se confían a las mujeres. Y aquello que Midas no hacía más que hablarlo, ellos lo escriben.*"

Los gemidos de Galswinthe eran más débiles, pero de una continuidad que asustaba. Impasible, la señorita de la Ferté concluyó la lectura de *Le Temps:*

"*A última hora nada se sabe de David Osborne, salvo que no volvió a su domicilio, que también su mujer ha abandonado. El abogado de ésta, interrogado por los periodistas, se negó a hacer declaración alguna, pero se sabe que ha entablado, en nombre de su cliente, una demanda ante el Tribunal de divorrios. La opinión inglesa entera es favorable a la señora de Osborne.*"

Ana dobló lentamente el diario y esperó.

Galswinthe no cesó en sus sollozos sino para caer en una pesada somnolencia entrecortada por incoherentes exclamaciones. Por último, el

sueño la rindió.

Cuando mucho más tarde abrió los ojos, vió de pie y a su lado la delgada silueta de la señorita de la Ferté. Le sonrió e hizo un ademán tímido para asirle una mano. Ana sintió en ella los labios ardientes y secos de su amiga.

—¡Esa luz! —murmuró la señora de Saint-Selve, señalando, con doloroso gesto, la lámpara, que con la pantalla demasiado alta le abrasaba los ojos.

La señorita de la Ferté fué al instante a apagarla.

XIX

Las lenguas de fuego, en la chimenea, hacíanse cada vez más pequeñas. Del color rubí pasaban al rosa pálido. Parecían a cada momento extinguirse para renacer repentinamente con llamaradas que, durante un instante, iluminaban la habitación con resplandores de incendio.

A través del tabique, al cual estaba adosada la cabecera de la cama, oyéronse dar las dos en el reloj del comedor.

Despierta por el tintineo metálico, Ana, vacilante, se levantó. Galswinthe dormía y su respiración era casi normal.

Un rectángulo de oscuro color azul dibujábase en la pared. Las maderas de la ventana estaban abiertas. Ana las cerró. Puso un tronco de leña en la lumbre de la chimenea, y saliendo de la habitación dirigióse a tientas al comedor, cuyas ventanas recordó que también estaban abiertas.

La puerta del pasillo que daba al parque era de cristales. La fría luna de otoño pasaba a través de ella y reflejábase en el parquet. Ana apoyó la frente en los cristales. Veía la arena del paseo blanca como en pleno día, y brillaban las laminillas de mica. Los macizos de alrededor proyectaban inquietantes manchas oscuras.

Al sentirse sola, en medio de aquel paisaje desdibujado, en una casa mal cerrada, sola con una mujer en pleno delirio y un aldeano dormido, la señorita de la Ferté, a pesar de no ser muy impresionable, sintió un escalofrío.

No podía, sin embargo, separar su frente del cristal. ¿Cuánto tiempo permaneció de aquel modo? A lo más un cuarto de hora. De pronto se sobresaltó. En su brazo desnudo se había posado una mano.

Galswinthe estaba detrás de ella.

—Salgamos —dijo.

—¡Salir! —exclamó maquinalmente la señorita de la Ferté, haciendo un movimiento para desasirse de la enferma—. ¡Salir! —repitió—. ¡Salir! ¿Estás loca?

Galswinthe le contestó con fina sonrisa.

—Salir —dijo—; sí, salir; ir al bosquecillo de las acacias. Tú me dijiste que en ese bosque te estrechó por primera vez entre sus brazos. ¿No es cierto que me lo dijiste?

—Sí —dijo Ana, que pareció dudar un momento.

—Entonces, vamos al bosque de las acacias —afirmó Galswinthe, y agregó, estrechándole febrilmente la mano—: Lo quiero.

La señorita de la Ferté había recobrado toda su calma.

—¿Qué dirá el doctor Barradères? —murmuró.

—No lo sabrá —contestó Galswinthe.

—Vamos —terminó Ana.

Volvieron a la habitación. Se calzaron y envolviéronse en sus abrigos. Aquella noche de noviembre no era excesivamente fría. Las piedrecitas crujían bajo sus pies. En algunos minutos llegaron al bosque de las acacias.

La señorita de la Ferté hizo que Galswinthe se sentase en un banco.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó, rodeando su cuerpo con el abrigo—. ¡Qué imprudencia!

La señora de Saint-Selve tuvo un gesto de indiferencia.

—¿Fué aquí? —preguntó.

—Aquí fué.

—¿Qué hora era?

—Medianoche, aproximadamente.

—¿Qué edad tenías?

—Ya lo sabes: diecinueve años.

—¡Diecinueve años!... ¿Habías venido a buscarlo aquí de noche?

—Sí.

—¿Y tu madre? ¿No te vigilaba?

—No; tenía confianza en mí. Además, ya estaba enferma.

Galswinthe tuvo un atisbo de risa que ahogó un acceso de tos.

—¿Quieres que regresemos a casa? —preguntó Ana.

—No. Y dime: ¿vinisteis aquí con mucha frecuencia?

—Sí; la última vez fué la víspera de su partida para América. Hasta el último momento se negó a partir.

—¿Fuiste tú quien lo convenció?

—Sí.

—Júralo.

—Lo juro.

Galswinthe se cayó hacia atrás, tan repentinamente, que la señorita de la Ferté no tuvo más que el tiempo justo para sostenerla.

—Regresemos. Despunta la aurora, y siempre es fría.

—Todavía no, todavía no —murmuró débilmente Galswinthe.

—¿Sufres? —preguntó Ana.

—Sí, sufro.

—¿Sufres por la tos?

—No solamente por eso.

—Entonces, ¿por qué?

—¡Ah! —exclamó la señora de Saint-Selve con un profundo suspiro—. ¡Qué cosa tan misteriosa son los celos cuando se es como yo soy!

—¿Como tú?

—Sí, como yo, que no sé exactamente de quién estoy celosa; si de él o de ti.

—Vámonos —le dijo Ana para terminar con el tema.

* * *

En la habitación, el fuego se extinguía. Los diarios estaban desperdigados por la alfombra.

En alguna parte, más allá del mar, un miserable tenía, como único consuelo en aquellos mismos instantes, la certidumbre de que aquella a quien amaba no había dejado de ser, en su desgracia, la fiel compañera de sus pensamientos.

Ana dedicóse a reavivar la lumbre y a arreglar la mesa, desembarazándola de las casullas y ornamentos religiosos, en los que la víspera había trabajado la señora de Saint-Selve.

—Ocúpate de mí —pidió la voz velada de Galswinthe.

Ana se acercó a ella y le ayudó a acostarse.

—¿Nunca me dejarás sola? ¿Nunca? Prométemelo.

—Te lo prometo —contestó Ana.

Cumplió su promesa. A la mañana siguiente, la señora de Saint-Selve se había trasladado de la *Pelouse* para instalarse en la Crouts.

XX

El continuo ruido de la lluvia era fortísimo cuando María abrió la puerta de la habitación y dijo:

—Señorita, el doctor Barradères está en el salón.

—Ahora bajo —contestó Ana.

Dirigió una mirada a Galswinthe, que dormía; abrió silenciosamente la puerta, la cerró suavemente y descendió por la escalera.

El doctor Barradères la esperaba de pie.

—La señora de Saint-Selve no está bien, doctor.

Este hizo un gesto de contrariedad.

—Lo siento, señorita, y siento, sobre todo, que sin consultarme haya sido trasladada aquí.

Ana le miró fríamente.

—¿Puedo preguntar si esta instalación es definitiva? Porque en tal caso...

—¿En tal caso, qué, doctor?

—Me veré obligado a declinar toda responsabilidad.

—¿Tendrá motivos para hacerlo así, seguramente?

—¡Motivos!

Con el dedo señaló los manchones de humedad de las paredes, los rincones oscuros de la habitación, los cristales de la ventana azotados por la lluvia.

—Mis motivos, señorita, son éstos: ¿Ha supuesto usted que yo podía continuar encargado, en semejantes condiciones, del tratamiento de un enfermo del pecho, de gravedad?

—A decir verdad, no lo esperaba.

—¿Entonces? —preguntó el doctor, mirándola sorprendido.

—Yo no soy ni médico ni arquitecto, doctor. Sin embargo, me pareció que no era necesario ser ni lo uno ni lo otro para afirmar que la señora de Saint-Selve no podía pasar el invierno en una casa como la de la *Pelouse*, cuyos muros no tienen más de diez centímetros de espesor; una casa que fué construida exclusivamente para alojar en el verano personas en perfecto estado de salud. Era evidente que en la primera recaída se hacía necesario buscar otra cosa. Esa recaída se produjo. Yo me apresuré a trasladar aquí a la señora de Saint-Selve. Con ello no pretendí prejuzgar su decisión, y estoy dispuesta a acomodarme a ella. Y puesto que cree formalmente que la hospitalidad de la Crouts puede ser perjudicial a la enferma, estoy de acuerdo con usted en que desde este momento se impone una solución.

—¿Una solución? ¿Y cuál es, señorita, a su juicio, esa solución?

—Conducir a la señora de Saint-Selve, lo más pronto posible, a un sanatorio. Oí que en Arcachón hay alguno que nada deja que desear. Es claro que usted será el único juez en este asunto.

—En Arcachón —contestó el doctor—, sí, evidentemente.

Y repitió:

—Evidentemente.

Y ante el silencio de la señorita de la Ferté, preguntó con alguna turbación:

—¿Podría ver a la señora de Saint-Selve?

—Creo que es por donde debió usted empezar —respondió Ana.

Y los dos subieron en silencio la escalera. Galswinthe acababa de despertarse. Al ver a su amiga, sonrió débilmente.

El doctor Barradères se inclinó, y antes de ocuparse de la enferma hizo un rápido examen de la habitación.

—Es perfecta en cuanto a ventilación —dijo—. Dos ventanas; muy bien. Habrá que sacar las colgaduras y las cortinas de la cama.

Dirigióse hacia la chimenea, en la que ardía un gran fuego de piñas.

—Buena temperatura. Temperatura normal. Hace falta un termómetro.

Después, inclinado sobre el cuerpo de Galswinthe, separó la dorada mata de sus cabellos y la auscultó.

Media hora después, ya en la planta baja, lavóse las manos en la fuente del vestíbulo.

—¿Y bien, doctor?... —preguntó Ana.

—Pues no debo, señorita, ocultarle la verdad. Nos hallamos en presencia de una recaída bastante grave de la enfermedad que podíamos suponer vencida. Lo conseguiremos al fin, pero es necesario volver a la medicación que nos hizo alcanzar la mejoría en este verano. Voy a recetar. En primer lugar, aceite de hígado de bacalao con cuarenta gramos de creosota por cada litro.

—¿Otra vez la creosota, doctor? Usted mis-

(Continúa en la pág. 84)

(Continuación de la pág. 82)

mo comprobó en el mes de julio que no podía soportarla.

—La necesidad obliga, señorita. Sin embargo, si el aceite de hígado de bacalao creosotado le produjera anorexia o serios trastornos digestivos, emplearíamos las cápsulas de Sommarbrodt, en las cuales se ha reemplazado el aceite de hígado de bacalao por aceite de oliva, o por el bálsamo de Tolú. Si la enferma tampoco admitiera este último medicamento, se recurriría a las inyecciones hipodérmicas, pero prefiero no tener que llegar a ellas por los accidentes, siempre dolorosos —abscesos, flemones, embolias aceitosas—, que pueden sobrevenir. Felizmente, todavía no estamos en ese caso. Por el contrario, yo tiendo a que podamos administrarle muy pronto el bromuro, porque encuentro en la señora de Saint-Selve un particular estado nervioso que es necesario combatir a toda costa. A este respecto, estimo completamente favorable el ambiente en que va a ser tratada: ausencia absoluta de ruido y de todo motivo de sobreexcitación; naturaleza balsámica del aire respirable. Bajo estos aspectos, la estada en la Crouts es, indudablemente, preferible a la residencia en la *Pelouse.*

—¿Y la humedad, doctor?

—¡La humedad! ¡En todas partes hay humedad! Es cuestión de tener cuidado. Es indudable que los días de niebla, las ventanas, que por tantas otras razones conviene tener abiertas, deben cerrarse. Es indudable también... En fin, se lo repito, señorita: es cuestión de cuidado, de inteligencia y oportunidad. Sí, principalmente de oportunidad, y estoy seguro de que por este lado puedo confiar por completo en usted.

—¡Absolutamente, doctor! —exclamó la señorita de la Ferté, y agregó—: ¿De modo que entonces, cree que, por el momento, el estado de la señora de Saint-Selve no impone la necesidad de trasladarla a un sanatorio?

—Tengo la absoluta convicción.

—¿Cuándo volverá usted, doctor?

—Mañana y los días siguientes. Ahora es necesario visitarla diariamente.

—No me atrevía, doctor, a pedirle esa gran molestia. Pero puesto que usted mismo se la impone, debo recordarle que el hecho de continuar instalada en la Crouts la señora de Saint-Selve, lo obliga a andar dos kilómetros más de camino que si estuviera en la *Pelouse.* Dos kilómetros más a pie por un mal sendero, muchas veces bajo la lluvia... Estoy segura de que la señora de Saint-Selve me censuraría si le rogara a usted que lo tuviera en cuenta en sus honorarios

XXI

Como a los pocos días Galswinthe se hallaba mejor, se decidió a almorzar en el comedor. Apenas llegó a él, sostenida por Ana, entró María y dijo:

—El cartero.

Y entregó una carta a la señorita de la Ferté.

Era de David Osborne.

Sin hablar palabra, Ana la entregó a la señora de Saint-Selve, pero ésta la rechazó.

—No —dijo—; léela tú.

La señorita de la Ferté rompió el sobre y leyó.

—Era de prever —dijo—. Viene.

—¡Dios mío! —exclamó la señora de Saint-Selve.

Ana la miró.

—¿Qué piensas hacer?

Galswinthe se incorporó.

—Escribirle —dijo—. Voy a escribirle diciéndole que no venga.

La señorita de la Ferté movió la cabeza.

—No se trata de eso. Escribe que viene. Estará aquí mañana, tal vez esta noche; no hay lugar a escribir, y además no da su dirección.

Y repitió:

—¿Qué piensas hacer?

—¿Que qué pienso hacer? Verle, decirle... ¿No opinas lo mismo?

—No —contestó Ana—. Si quieres, seré yo quien lo reciba.

—¿Y qué le dirás tú?

La señorita de la Ferté sonrió amargamente.

—¿Tienes confianza en mí?

—Sí, la tengo. ¿Cómo puedes preguntarme tal cosa? De lo contrario, ¿estaría yo aquí?

—Entonces, todo marchará bien.

—¿Qué le dirás?

—Lo que es necesario que oiga. A ti te toca después hacer que no se conviertan en otras tantas mentiras las palabras que yo he de decirle.

❦❦❦

Eran las dos de la tarde siguiente. A través de los cristales de la ventana, cerca de la cual estaban sentadas, lo vieron llegar. Avanzaba lentamente por el amarillo sendero socavado por la lluvia.

La señorita de la Ferté, un poco pálida, pero muy serena, se levantó.

Galswinthe le apretó una mano.

—Confórtalo —murmuró—. Piensa en que es desgraciado. Piensa...

—¿En que lo amaste? —interrumpió Ana.

—En que él me amó —repuso con voz desfalleciente Galswinthe.

Pero ya Ana había cerrado la puerta de la habitación y descendía la escalera. En el mismo momento resonó en toda la casa el golpe dado con el aldabón. La señorita de la Ferté no se apresuró en ir a abrir. Primero entró en la cocina. María, que había recibido orden de no moverse, calentábase junto al fuego, en compañía del jardinero.

—Próspero —dijo Ana—, si lo llamo, acuda en seguida.

El interpelado inclinó la cabeza para indicar que había oído.

Sonó un nuevo aldabonazo, humilde, discreto, temeroso, y entonces aquélla se dirigió a la puerta y la abrió.

Aunque iba muy preparada para los diversos incidentes que podían ocurrir, no pudo evitar el retroceder cuando vió a David Osborne. Hacía un momento, desde la ventana del primer piso, había reconocido su silueta por el camino. Ahora le tenía allí, delante de ella, y no le parecía el mismo.

Sonriente, con nerviosa sonrisa, con aire turbado, obsequioso, dirigióse a ella:

—Señorita —empezó a decir—, soy dichoso...

Había envejecido enormemente. Los bordes de sus párpados estaban enrojecidos. Se había dejado la barba, esa barba dura, desigual, enmarañada, de los hombres que se la afeitaron durante toda la vida. Su espalda se había encorvado.

—Señorita... —volvió a decir.

Ana lo miraba con un estupor que no trataba de ocultar. ¿Pero era ése aquel sir Thomas tan sencillo, tan correcto, tan cuidadoso de esa elegancia anglosajona, que se imita, pero no se iguala? Con un guardapolvo mojado, las botas sin limpiar, y un pobre sombrero de fieltro verdoso, tenía el aspecto de las personas que pasan desde un barco al tren sin arreglarse en el cuarto de un hotel, sin dormir.

Vió el movimiento involuntario de Ana, pero no se dió por enterado; estaba en una situación en que no tenía derecho a sorprenderse de nada.

Sólo su sonrisa se hizo más humilde.

—¿Está ella aquí? —preguntó.

Y como Ana se callase, repitió:

—¿No está aquí? Dígame que está.

Tampoco obtuvo respuesta. Su voz exaltóse un poco.

—Yo sé que está aquí. Pasé, como era natural, hace un momento por la *Pelouse;* allí me dijeron que estuvo enferma, muy enferma, y que para cuidarla mejor, hace ocho días la había traído usted a esta casa. Le doy las gracias. Ha debido recibir mi carta, una carta que le escribí anteayer desde El Havre, una carta en la cual le anunciaba mi llegada.

Y agregó en voz baja:

—Tengo un inmenso deseo de verla.

Al mismo tiempo adelantó tímidamente un paso para entrar en la casa.

Colocada en el umbral de la puerta, la señorita de la Ferté no retrocedió.

—¿Qué quiere? —preguntó.

El la miró con un asombro que rápidamente se convirtió en terror.

—¿Que qué quiero? Verla. ¿No recibió mi carta?

—Se la he enviado inmediatamente.

—¡Cómo! ¿Que le ha enviado mi carta? Pero entonces, ¿es que ella, Galswinthe, no está ya aquí?

—No está aquí.

—¡No está aquí! Pero, ¡Dios mío!, ¿dónde está? Déme en seguida su dirección. Seré muy desgraciado si hoy mismo...

—No estoy autorizada a darle a usted su dirección.

—¡Que no está autorizada a darme su dirección! No comprendo... No es posible que ella le diera orden de no decírmela. ¿Dónde está? Quiero saberlo, tengo derecho a saberlo.

Poco a poco había ido elevando el tono de su voz. Sus apagados ojos habíanse puesto brillantes. Iba a amenazar.

—Tengo derecho a saberlo.

—¿Derecho? —preguntó Ana.

Y con tono de desprecio agregó:

—Aun no me ha pedido, desde que está aquí, noticias de su salud.

El enrojeció.

—Yo no tengo que pedir noticias de ella a los demás. Voy a buscarlas yo mismo. Y, en primer lugar, lo que usted me dice no es verdad. Mentira todo, mentira. Ella está aquí, lo siento. ¡Ah! No me impida que...

Empujando a Ana, intentó entrar. Pero no era más que un pobre anciano sin fuerzas. A ella le costó poco trabajo desprenderse de él y rechazarlo.

—Basta de escándalos de esta naturaleza, señor —le dijo con dureza.

Durante unos momentos quedaron frente a frente, sin hablar. De repente oyóse un débil sollozo, un sollozo que hubiera podido parecer de un niño. Era David Osborne que lloraba.

—¡Perdón, perdón! —suplicaba—. Debe perdonarme. ¡He sufrido tanto en quince días! Me comprenderá. La ha cuidado; es usted buena. ¡Verla, quiero verla!

—Ella no quiere verle más. También ella ha sufrido por usted. Ha comprendido, y no quiere verle más.

—¡Miente usted!

—Señor, puesto que miento, es inútil hacerme mentir más.

Ana hizo ademán de cerrar la puerta.

El le asió la mano y se la cubrió de besos y de lágrimas.

—¡No, por piedad, se lo suplico! Quédese. Comprenda que yo no puedo querer que se marche. Si usted se va, no me queda otro remedio sino desaparecer. ¿Dónde está ella? Se lo ruego, contésteme: ¿dónde está?

Y como ella siguiera callada:

—Puede hablar, se lo juro. Si ella estuviese aquí sería la primera en decirle que me diera su dirección, porque ella me amó; óigalo bien: me amó.

Su dolor alcanzó una intensidad desgarradora. Tenía un saquito de viaje, de hule, y sus manos temblorosas buscaban el cierre como si quisiera abrirlo.

—Me ha amado. No puede usted saber lo que esto significa. Mire, en este saco llevo sus cartas. Si se las enseñase, estoy seguro de que me comprendería. ¿Quiere usted que se las enseñe? Una por lo menos, una sola. No es, ya se hará

[illegible]rgo, por el prurito de enseñarlas; no es por vanagloriarme; es sólo para que me diga dónde está.

—Señor —le dijo Ana—, está lloviendo otra vez. No va a esparcir esas cartas en el sendero. Sea razonable.

Pero él, con un gemido lastimoso, repetía:

—Su dirección, su dirección.

La señorita de la Ferté indicó con un gesto que la escena había durado bastante.

—Escuche —le dijo—: le repito lo que acabo de decirle: no le daré esa dirección; pero aunque se la diera, no volvería a ver a la señora de Saint-Selve, porque se encuentra en un sitio al que a usted le está prohibido el acceso.

—¿Por qué? —preguntó él, a través de sus lágrimas.

—¿Por qué? En pocas palabras lo va a saber. La señora de Saint-Selve está actualmente hospitalizada en un convento, y las religiosas que la cuidan no tolerarían que una vez más David Osborne fuese a comprometer su salud y su reputación.

Él hizo un movimiento violento, y esta vez Ana retrocedió, pronta a pedir la ayuda del jardinero.

—¡En un convento! ¡En un convento! ¿Ella en manos de religiosas católicas? Es usted una miserable.

Todo, su fanatismo, su infortunio, su amor, todo se unía para concentrarse en la mirada de odio que lanzó a su interlocutora.

—¡En un convento! ¡Ah!, sí, comprendo ya. Está perdida, completamente perdida para mí. Mis cartas sin respuesta, ni una palabra, ni un telegrama en el momento de la catástrofe... Comprendo, sí, comprendo ahora todo... Esto ha concluído.

La explosión de cólera había sido demasiado rápida, demasiado brusca. Desde aquel momento, David Osborne podía, acaso, intentar amenazar; pero, en realidad, no era capaz sino de humillarse.

—Esto ha concluído —dijo—. Perdón.

Estaba aniquilado. Nada podía temerse de él. Miraba a su saquito negro con un infantil movimiento de cabeza, y no dejaba de repetir:

—Comprendo, comprendo.

La señorita de la Ferté lo miraba en silencio. Él sonrió humildemente y dijo:

—Es preciso que me vaya, ¿no es eso?

Ana hizo un gesto vago.

—Irme... Sí, es natural. Me voy.

—Puede usted pedir al jardinero de la *Pelouse* que enganche el coche para conducirlo a la estación. Se hace de noche. Adiós, señor.

Cerró la puerta, y detrás de las pesadas y gruesas hojas de encina, en el oscuro vestíbulo, Ana esperó con el corazón agitado uno, dos, hasta cinco minutos. Nadie llamó, y entonces, rápidamente, subió la escalera y entró en la habitación de Galswinthe.

Sus ojos vieron el cuerpo de ésta tendido en el suelo, delante de la entreabierta ventana. Sin duda había intentado escuchar y no tuvo fuerzas para llegar hasta el fin.

Ana separó una de las cortinas. Allá abajo, en la oscuridad naciente, al final del sendero, una sombra, sombra encorvada, sombra de extravagante contorno, hacíase cada vez más pequeña, y pronto dejó de verla la señorita de la Ferté.

Entonces llamó a María: entre las dos desvistieron a la señora de Saint-Selve y la acostaron. Hacia las seis, Galswinthe fué presa del delirio, y Ana tuvo que velarla durante toda la noche.

XXII

Los días que siguieron, contra lo que era de suponer, fueron hermosos, y Galswinthe volvió a mejorar. El olor de la horrible creosota desapareció de la casa durante algún tiempo. El doctor Barradères, sorprendido y encantado, llegó a hablar de hacer alterna la visita. Sin embargo, una circunstancia lo impidió: no desaparecía en la enferma el extraño estado nervioso. Hubo, pues, de mantener la medicación de bromuro después de asegurarse bien de que la pobrísima biblioteca de la Crouts no contenía ningún libro capaz de conservar o de avivar el fuego interior en el que se abrasaba la desdichada Galswinthe.

Durante aquellos primeros días de diciembre brillaba con inesperada claridad la llanura. Parecía como si hubiese vuelto octubre, y aun septiembre. La emigración otoñal de las aves hacia el sur habíase detenido, y sólo el acre perfume de la madera quemada y los Pirineos, que en los días claros se veían en lontananza coronados por las primeras nieves, indicaban la estación invernal.

Hacia la una de la tarde, Ana y Galswinthe salían con *Pyram*. No era justo privar al viejo perro de su habitual paseo. Ellas lo seguían, y el animal las llevaba a los sitios en los cuales, diez años antes, habían sonado los tiros de la escopeta de aquel a cuyo recuerdo se entregaban las dos amigas con mayor obstinación cada día.

Jaime fuera, ante todo, un cazador de los pantanos. Y por eso eran los pantanos los que con más frecuencia visitaban las dos mujeres. Bien pronto no hubo un arroyo, un prado húmedo, una mancha de plantas acuáticas que resultaran desconocidos para Galswinthe. Cada uno de esos sitios guardaba un episodio de la vida común de Ana y Jaime. A veces, mientras Ana contaba cómo había volado ante la escopeta de Jaime un rascón negro, o una gallineta toeda, otro pájaro de la misma especie salía volando del mismo sitio. Una vez Ana, inclinándose bruscamente hasta tocar el suelo, recogió de entre la hierba un cartucho azul, con el cartón lavado por las lluvias de diez inviernos y el culote de cobre ennegrecido, y ante aquella reliquia las dos permanecieron mudas, poseídas de la sombría admiración que se siente ante los días que huyeron.

Otro día, la señorita de la Ferté mostró a Galswinthe, grabadas en el tronco de un roble joven, una A y una J entrelazadas. El crecimiento del árbol había hecho crecer la longitud de las dos letras, pero aunque de distinto color y deformadas, sin embargo eran las mismas, y no se podían confundir con otras. Las sombras de la tarde extendíanse sobre la tierra. Galswinthe, escalofriada, estrechó a Ana.

Al día siguiente, 15 de diciembre, cuando el almuerzo tocaba a su fin, María entró en el comedor.

—El cartero está ahí —anunció—. Hay que firmar el recibo de una carta certificada.

Galswinthe firmó y recogió el sobre con rojos sellos de lacre que la criada le entregó.

—Son mis rentas de Burdeos —dijo—. Larralde siempre es muy puntual.

Abrió el sobre y dejó sobre el mantel, sin contarlos, los billetes de Banco que venían dentro.

—Te piden dinero. ¿De qué te asombras?

—¿Me permites? —preguntó a Ana, enseñando la carta que acompañaba al dinero.

La señorita de la Ferté inclinó la cabeza.

A medida que Galswinthe iba leyendo, su cara adquiría una expresión de sorpresa y de contrariedad.

—Lee —dijo a Ana.

Ésta tomó la carta, y después de leerla se la devolvió diciendo:

—Trescientos mil francos. Me piden trescientos mil francos.

—Sí, podrían pedirte menos; pero también podrían pedirte más. ¿Qué cantidad tienes colocada en la casa?

—Quinientos mil francos.

—¿Y qué piensas responder?

—Tengo intención de negarme.

La señorita de la Ferté bajó la cabeza.

—En 1885 —continuó Galswinthe— me hicieron una petición parecida. Se me aconsejó que no accediera sino en determinadas condiciones, y entonces fué cuando adquirí la propiedad de la *Pelouse* y de la casa del pretil de Charrons.

—¿Y quién te dió ese consejo? —preguntó Ana.

La señora de Saint-Selve se ruborizó.

—Míster Osborne —continuó aquélla— es un hombre inteligente.

Siguió un silencio.

—Te piden trescientos mil francos —volvió a hablar Ana—, pero te ofrecen un interés del ocho por ciento.

—Entonces, ¿tú me aconsejas que acceda?

—No se me alcanza bien cómo podrías negarte. Al fin y al cabo es la familia de tu esposo.

—Jaime me repitió muchas veces que de ninguna manera quería que mi fortuna estuviese empleada en un solo negocio.

—Es cuestión de apreciación. Hace un día hermoso. Si quieres, iremos esta tarde a Dax a ver al señor Destouesse, el notario de mi madre. Puedes, con toda confianza, hacer lo que él te aconseje.

* * *

Al anochecer salían del despacho del notario, en el que habían estado más de una hora.

—¿De modo —dijo Galswinthe cuando partió el coche— que están así? ¡El hotel de la calle de Cheverus y las fábricas, hipotecadas! ¿Cómo hizo el señor Destouesse para enterarse?

—Ya te lo dijo. Es notario del señor Coyola, que les suministra la madera para las barricas. Este señor se negó a nuevos adelantos, y el notario realizó en su nombre la hipoteca del hotel de la calle de Cheverus. Tiene razón al aconsejarte que no des nada sin garantía hipotecaria.

—Eso me repugna algo. Prefiero no prestarles nada a prestarles en esas condiciones.

—Larralde está en libertad de rechazar la proposición que, en tu nombre, va a hacerle el señor Destouesse, pero dudo que la rechace.

—Y esa hipoteca, ¿qué es?

—Acaban de decírtelo. ¿No lo oíste? Los inmuebles de Saint-Selve están hipotecados por cantidades que casi exceden de su valor total. En caso de una catástrofe, nada te alcanzaría a ti. Pero quedan los dos barcos: la *Constancia* y el *Myrmidon*, que traen el ron desde Haití. Valen cerca de un millón. La ley de 1881 permite afectarlos a una hipoteca. Si Larralde acepta, te asegurarán tus trescientos mil francos al ocho por ciento, que es el interés que ellos te ofrecen.

—La ley de 1881 —exclamó Galswinthe—. ¡Tú te acuerdas de todo!

—Hay que tener memoria —contestó sencillamente Ana.

Llegaron con adelanto al sitio en que el sendero de la Crouts se separa de la carretera de Castex. Próspero, el jardinero, no debía estar allí con su linterna hasta las seis. Apenas eran las cinco. Lucía la luna resbalando de arriba abajo por los resinosos troncos de los pinos.

—Vamos —dijo Ana, bajando del coche—. Está tan claro como en pleno día. No tenemos necesidad de esperar a que llegue Próspero.

Galswinthe la tomó del brazo.

—¿El pantano está allí, a la izquierda?

—Sí. ¿Y qué?

—Tú me dijiste que paseaste muchas veces por allí, con Jaime, de noche. Yo no vi el pantano a la luz de la luna. Vamos.

La señorita de la Ferté quedóse indecisa.

—¿Qué dirá el doctor Barradères? —preguntó.

—No lo sabrá. Vamos —contestó Galswinthe.

Enviaron el coche a la *Pelouse*, y ambas desaparecieron por la llanura, toda envuelta en densa niebla azulada.

XXIII

Días después llegó a la Crouts el señor Destouesse, siendo portador de una carta en la que Larralde aceptaba, de un modo algo altanero, la imposición de una hipoteca sobre los dos barcos *Constancia* y *Myrmidon*. En términos que querían ser desenvueltos, pero a través de los cuales aparecía el ansia de lograrlo, agregaba que desearía que los fondos pudieran ponerse a su disposición antes del 31 de diciembre. Galswinthe firmó las órdenes necesarias para que así ocurriese.

Casi al mismo tiempo recibió una carta en la que se expresaba el interés que merecía su salud a toda la familia de Saint-Selve. La esperaban en las fiestas. Podría aprovechar la ocasión para consultar al profesor Gourdon, una de las notabilidades de la Facultad de Medicina, y que, por ser amigo de la familia, estaría encantado de poder poner a contribución, en beneficio de ella, unos conocimientos que no era fácil hallar en un humilde médico rural. En el caso de que Galswinthe no quisiera hacer el viaje sola, la señora de Villerupt o la señora de Larralde tendrían sumo placer en ir a buscarla a la *Pelouse*. Salvo contraorden, una u otra saldrían de Burdeos entre el día de Navidad y el 1º de enero, a fin de que Galswinthe festejara entre los suyos la entrada del Año Nuevo.

La contraorden, rotunda y clara, no se hizo esperar: la señora de Saint-Selve no se hallaba lo suficientemente bien para ponerse en viaje, pero, por otra parte, el estado de su salud no era tal que justificase las inquietudes de que con tan grande amabilidad, se le daban pruebas.

En el intervalo de tiempo en que estos hechos ocurrían llegó definitivamente el invierno.

❦ ❦ ❦

La Crouts está rodeada por un cinturón de agua formado, al oeste, por pantanos; al norte, al sur y al este por arroyos y estanques; o, mejor dicho, no por arroyos, sino por un solo arroyo que nace en las landas de Castex, a unos veinte kilómetros, y desemboca, a tres kilómetros de la Crouts, en el Adour, entre Pontonx y Thetiux. Durante este recorrido mueve tres molinos: al sur, el molino de Cabanes, cerca de la vía férrea; en la mitad de su curso, el molino de Lagardère, cercano a la Crouts; un molino aislado, sombrío, de trágico aspecto; al norte, en un claro del bosque, el molino de Rancés, construido con rojos ladrillos, y que tiene delante una pradera de un verde pálido que le da al paisaje aspecto holandés. Los patos domésticos contonéanse, en esa pradera, y acogen alguna vez entre sus filas a sus hermanos los patos salvajes, más secos, más delgados, más nerviosos. En este sitio el arroyo semeja un canal. Es azul, disciplinado. Sabe que no le es permitido enturbiarse más que a ciertas horas. Pero en cuanto sale del recinto de Rancés se declara independiente. Corre por una sombría garganta, la garganta de Brouch. Los zarzales y las aulagas, con sus negras uñas, arañan sus aguas tumultuosas. Allí en septiembre crecen los enormes hongos, cuyo casquete está revestido por el anverso de musgo amarillo. Allí acuden de noche, lúgubres y brutales, los jabalíes. Los pulidos patos son sustituidos por los pollos de agua, a los que se ve huir bajo el agua como bolas aceitosas y negras. El rascón, de color gris, encarámase sobre los espinos de las orillas escarpadas. Toda una naturaleza áspera y ruda, turbada solamente de tarde en tarde por los furiosos gritos de un pastor que persigue, a través del monte, alguna vaca o alguna oveja atacada por el ansia de libertad.

A ambos lados, a derecha e izquierda, hay estanques que se comunican con el arroyo por estrechos canales obstruidos por las plantas acuáticas, canales en que algunas veces se aventuran los barbos. Se les ve nadar entre la maraña de lentejas de agua, masmerzos y cirsios, flora tupida y misteriosa que permanece verde a pesar del invierno. Alrededor, en el inmenso y sombrío bosque, arden las hogueras de los pastores; las hogueras cerca de las cuales sacan de los zuecos, llenos de helechos, sus pobres pies agrietados. Al llegar la noche, el humo confúndese con la niebla que nace. El arroyo, ya más ancho, sigue su camino bajo una bóveda de alisos y abedules, y así llega al molino de Lagardère.

Desde la Crouts, cuando el viento no silba por entre los pinos, se oye, en la noche, el aullido que produce al precipitarse entre las estridentes muelas.

Fusión blanda del agua y la tierra, humus esponjoso nacido de la estratificación sucesiva de las estaciones; rara atmósfera, a la vez de pureza y podredumbre; suelo que cede bajo el pie, que gime, que llora agua; estanques fangosos cruzados por gallinetas y anguilas; y dominando todo eso, dejándolo descubierto tan sólo durante una hora para volverlo a ocultar más profundamente, la niebla, esa niebla. de los pantanos y de las aguas, que se arrastra en jirones, flota, se desgarra, se aglomera...

Nada ha cambiado. Una a una, todas las cosas que alcanza la vista están igual que estaban cuando dos mujeres jóvenes y soñadoras murmuraban, cerca de esas aguas mortíferas, sus misteriosas confidencias. Como se encontró el cartucho de Jaime de Saint-Selve, podría encontrarse en algunos sitios en que ellas se sentaron el peinecillo de carey que perteneció a una de las dos apasionadas. Ninguno de los detalles de los sitios que visitaron es del dominio de la fantasía. En el sendero que conduce a la Crouts amontónase siempre la misma arena sobre la cual se confundieron en otro tiempo sus pasos. El jardín, detrás de la casa, tiene aún los mismos efectos de luz que atraía, en los primeros momentos del día, sus fatigadas miradas. De los pinos, que conocieron adultos, aun quedan muchos que no fueron sustituidos por otros más jóvenes, y en las vasijas ennegrecidas, clavadas a sus troncos, lloran todavía sus lágrimas transparentes y ambarinas. ¿Y qué importa que sean distintas las zarcetas que gimen en el estanque, si esos gemidos son idénticos a aquellos que, en la noche, hacían temblar en los brazos de la señorita de la Ferté a una Galswinthe tocada ya por la muerte?

XXIV

Durante el día, a ratos perdidos, ambas trabajaban en los piadosos bordados. Galswinthe ayudaba a Ana, y ésta, por su parte, había aprovechado los ratos que el estado de somnolencia de aquélla le dejaba libres. Por eso antes de la llegada de la Navidad estuvo terminada la labor que las damas de la Obra de los Tabernáculos habían encomendado a la señorita de la Ferté.

Un día en que lucía el pálido sol de invierno, Ana y Galswinthe fueron a Dax, en el coche que mandaron enganchar en la *Pelouse*, a llevar el enorme paquete que contenía todos los ornamentos religiosos terminados. Como la señora de Saint-Selve manifestó deseos de hablar con el señor Destouesse, cuando llegaron a la calle de Carmes la dejó su amiga en casa del notario.

El cura felicitó efusivamente a la señorita de la Ferté.

—Puede creer, hija mía, que pasé un mal rato cuando, hace tres meses, le confié todo este trabajo. Nunca pude suponer que lo terminase usted tan pronto. Le debemos un profundo agradecimiento.

Y al hablar así miraba a Ana. Era evidente que estaba sorprendido, y hasta molesto, tal vez, inconscientemente, por el cambio que en ella observaba. Un cambio análogo al que sufren las jóvenes doncellas al convertirse por el matrimonio en jóvenes esposas. Abultamiento de las facciones, antes infantiles, angulosas de la cara; brillo inusitado de los ojos; a la viveza de los ademanes había sucedido una especie de molicie; todo un conjunto de detalles, en fin, respecto a cuya significación una mujer, y aun un hombre, no podían equivocarse; pero era excusable que un cura hallase dificultad en concretarlos, y más aun en encontrar sus motivos.

Afortunadamente tenía a su disposición una explicación que honraba a la señorita de la Ferté.

Le tomó una mano con emoción, al mismo tiempo que le decía:

—Estoy orgulloso de usted.

—¿Orgulloso de mí, señor cura?

—Sí, orgulloso, hija mía. Lo sé todo.

Ana le miró.

—Sí, lo sé todo —continuó, exaltándose gradualmente—. Menos aun que el mal puede estar oculto el bien. He hablado con el doctor Barradères, y me lo dijo todo.

—¿De verdad, señor cura?

—Sí; ¿quién que no fuese usted hubiera hecho tanto? Una de esas casualidades en que se ve el dedo de Dios. Dios la puso en el caso de poder devolver mal por mal, y es el bien lo que ha devuelto. Sé que usted ha realizado cuanto ha sido posible realizar para arrancar a la señora de Saint-Selve a la enfermedad que va a llevársela.

La mano de la señorita de la Ferté temblaba en la suya.

—El doctor Barradères, señor cura; ¿le ha hablado, le ha dicho...?

—Sí, mi pobre hija. Me ha hablado, me lo dijo todo. Cosas que ha considerado un deber ocultárselas a usted porque podían debilitar las fuerzas y el valor que le son precisos para el cumplimiento de su duro sacrificio. Pero esas cosas yo considero de mi deber decírselas: la señora de Saint-Selve está perdida.

—Perdida —repitió Ana maquinalmente.

—Perdida. —volvió a decir el cura—; no pasará de este invierno.

La señorita de la Ferté se puso lívida. Sus labios moviéronse como si fuesen a hablar; sin embargo, ninguna palabra salió de ellos.

El abate Lafitte la envolvió en una larga mirada de compasión.

—Ahora —dijo— me toca a mí intervenir y decirle a usted lo que el deber me impone que le diga. Usted ha cumplido con el suyo, hija mía, y ha llegado más lejos de lo que nadie podía pensar en pedirle. Ahora, escúcheme. He conocido a sus padres: a su padre, que no tuvo suerte, y a su madre, que fué casi una santa. Muertos ellos siento en mí que debo hablarle en su nombre y decirle: piense en usted.

—No comprendo, señor cura —dijo Ana.

—Creo, por el contrario, que comprende perfectamente. Vuelvo a decirle una vez más, que el doctor Barradères me lo ha dicho todo, y sé hasta qué extremo usted se ha dedicado a la señora de Saint-Selve, a una mujer a quien, cualquiera que no fuese usted, en su lugar, la hubiese odiado. Yo sé que las tres cuartas partes de las noches las pasa a la cabecera de su cama, sin dormir. El doctor llegó muchas veces, de improviso, a la Crouts a las ocho de la mañana; ha entrado en su habitación y encontró siempre su cama sin deshacer. Esto estaba bien mientras quedara alguna esperanza, pero ahora, hija mía, todo ha terminado. La señora de Saint-Selve se muere. La enfermedad que se la lleva es una enfermedad terrible, que no perdona. Continúe cuidándola; endulce sus últimos momentos, pero presérvese.

Ana guardaba silencio. De nuevo el cura le tomó la mano.

—¿Me lo promete? —le preguntó.

Siguió callada, pero hizo un gesto que pudo

parecer de aquiescencia.

—Y ahora a otra cosa —continuó él con una voz en que la emoción había dejado paso a la gravedad—. Nada habrá hecho por esa pobre mujer si sólo se preocupa de prolongar su vida. ¿Ha pensado alguna vez en su alma?

Ana lo miró como si hubiese querido no comprender.

—La señora de Saint-Selve es protestante, señor cura.

—En eso precisamente pienso cuando le hablo como lo hago. Usted ha arriesgado su vida por su vida terrestre. ¿No ha pensado nunca en su otra vida?

—Siempre estuve muy ocupada —respondió Ana casi con sequedad.

—¡Bien! En ese terreno, su misión ha terminado. En el otro, empieza ahora. Yo sé que usted tiene una influencia muy grande sobre la señora de Saint-Selve.

Ana hizo un brusco ademán de protesta.

—Sí, sí; no lo niegue. Y si no fuese así, ella sería una ingrata. ¡Pero si hace un momento me decía usted misma que la había ayudado, en sus ratos de mejoría, a confeccionar esas albas, esas casullas!... Por pequeña que sea esa garantía de éxito en la obra que hemos de emprender, no tenemos derecho a despreciarla. Recuerde el caso de la señorita de Crémieux-Dax.

—Era judía —dijo Ana.

—Estaba más alejada de nosotros —respondió el cura— que la señora de Saint-Selve.

—Pero no estaba enferma. Nadie, señor abate, tiene derecho a apresurar el fin de un enfermo por la evocación de cosas que anuncian la muerte. Una conversión debe ser libre.

El abate Lafitte la miró con dolorosa sorpresa.

—¿Debo pensar, pues, que el concurso que ha prestado al doctor Barradères, para el cumplimiento de su misión, me lo niega a mí para cumplir la mía?

Ana le dirigió una mirada extraviada, pero pronto recobró la serenidad.

—Señor cura —dijo con voz apagada—, haré lo que pueda en lo que me pide.

XXV

Desde hacía tres días llovía sin cesar; pero la lluvia, por violenta que fuera, no había hecho renunciar a Galswinthe a las correrías a que siempre lograba arrastrar a la señorita de la Ferté.

Aquella tarde habían salido en busca de un pequeño pantano próximo a Buglose. Allí Jaime estuvo en trance de perecer por intentar salvar a un pobre cordero enterrado entre las arenas movedizas.

Mudas las dos habían contemplado el suelo tapizado de verde y amarillo, al parecer tan firme. Aproximándose con precaución, Ana tiró una piedra pesada y vieron cómo se iba hundiendo poco a poco, hasta desaparecer.

—¿Era muy valiente? —preguntó Galswinthe.

—Muy valiente —le contestó su amiga.

Y en silencio emprendieron el retorno a la Crouts.

Cuando llegaron a ver la casa, Ana se estremeció.

Allá abajo, sobre el sendero que partía de la carretera de Castex, avanzaba un paraguas luchando contra las ráfagas de viento y agua. Cuando el viento lo levantaba, descubríase una silueta negra.

—Mira —dijo Galswinthe—: el abate Vergez.

La señorita de la Ferté dijo que no con la cabeza.

—No es el abate Vergez. Es el cura de Dax: el abate Lafitte.

—¡Ah! —exclamó Galswinthe—. Y viene hacia aquí. ¡Yo que tenía tantos deseos de conocerlo!

Ana le tomó una mano. Acortaron el paso.

—Oye —dijo aquélla—: tengo algo que decirte.

Galswinthe la miró con sorpresa.

—El abate Lafitte viene aquí. Vas a verlo, y como me había encargado de una comisión ante ti, será necesario decirle que la he cumplido.

—¿Una comisión para mí?

—Sólo viene para verte a ti.

—¿Para verme a mí?

—Sí. Quiere darte las gracias por haberme ayudado en el trabajo de la Obra de los Tabernáculos, y quiere dártelas también por el dinero que yo le entregué en tu nombre. Pero hay una cosa en la que yo no estoy conforme con él.

—¿Y qué cosa es ésa?

—Quiere que te hagas católica.

—Pero —dijo Galswinthe— tú sabes bien, porque muchas veces te lo he dicho, que ése es también mi deseo.

Ana movió la cabeza.

—Tú haces lo que quieres, y él también. Pero yo hago lo que creo que debo hacer. Tú estás enferma. El doctor Barradères me recomendó que evitara, hasta donde fuese posible, que te excitases. Tú sabes bien cómo procuré conseguirlo. Por eso no te hablé del abate Lafitte, a pesar de haberle prometido transmitirte su comisión. No creí que viniera, al menos tan pronto. Pero ahí lo tienes. Tú harás lo que te plazca.

* * *

Casi llegaron al mismo tiempo, el cura por un lado y ellas por otro, delante del portón de la Crouts. El abate Lafitte luchaba con su paraguas, que trataba de cerrar. Ana le presentó a la señora de Saint-Selve.

—Le agradecemos profundamente su visita, señor cura. ¡Con este tiempo!

—Pero y ustedes, ¿cómo han salido?

—La señora de Saint-Selve —contestó Ana— se encuentra bastante bien, y el médico quiere que tome mucho aire. Hoy había pensado llevarla del lado de Buglose. Cuando salimos no llovía.

Entraron en el salón y Ana encendió una lámpara.

—Buglose —dijo el cura—. ¿No ha visto todavía la señora de Saint-Selve la capilla?

—No, señor cura.

—Es uno de nuestros más conocidos lugares de peregrinación. Hace poco que existe, pero, sin embargo, ya viene mucha gente de todo el departamento y aun de la Gironda y del Gers. Estoy seguro de que le interesaría. Nuestra Señora de Buglose es una virgen negra.

Se calló porque a la señora de Saint-Selve le dió un acceso de tos que le hizo estremecerse violentamente.

—¿Una virgen negra, señor cura? — pudo decir después de unos momentos.

—Sí, señora; una virgen negra. Es muy curioso el modo cómo fué descubierta. Un boyero observó que sus bueyes se negaban a pasar por un determinado lugar en el campo; se cavó allí y...; pero..., perdóneme...

Galswinthe fué otra vez atacada por la tos. La señorita de la Ferté levantóse y salió del salón.

—Perdóneme, perdóneme —repetía el abate Lafitte—. Señora, se lo ruego, no hable, no se fatigue.

Con un gran esfuerzo, la señora de Saint-Selve logró ahogar la tos.

—Señor cura —dijo—: me complace mucho verle, mucho. Le estoy muy reconocida.

—Soy yo, señora, quien...

—No, señor cura, soy yo. Lo sé todo. La señorita de la Ferté me ha hablado.

—¡Ah! —exclamó el cura con entusiasmo—. Es una santa. ¡Cuidarla del modo que lo ha hecho después de lo que pasó!

—Ella le amó mucho, ¿verdad?

—Sí, mucho.

—Por eso la amo yo mucho a ella.

—Señora, nunca la amará demasiado.

Repentinamente los dos se callaron, como si hubiesen sido sorprendidos en falta. La señorita de la Ferté acababa de entrar en el salón con una taza cuyo contenido hizo beber a Galswinthe. Se hizo un silencio embarazoso. El abate Lafitte se levantó.

—Tengo que irme ya.

—Volverá, ¿no es cierto, señor cura? —preguntó Galswinthe.

—Señora, créame que con mucho gusto... lo más pronto que me sea posible.

Delante de la puerta, en la oscuridad de la noche que llegaba, abrió con gran trabajo el paraguas. La emoción lo hacía inhábil. Y en el mismo sitio, del mismo modo que Larralde seis años antes, y David Osborne hacía un mes, tampoco él acababa de marcharse.

—¡Ah! —repetía—. ¡Pobre joven! ¡Tan simpática! ¡Qué cosa tan horrible!

—Que se hace de noche, señor cura, y tiene que andar más de una legua con la lluvia —le dijo Ana.

Y él entonces:

—No me atrevo a volver en seguida a abrirle los ojos por una equivocada precipitación sobre su verdadero estado. Sólo usted puede juzgar acerca de la oportunidad y avisarme. No debe, sin embargo, esperarse demasiado. Me llamará y yo acudiré.

Se hundió en la sombra. Ana esperó hasta dejar de oír las gotas de agua al caer sobre el paraguas; después cerró la puerta.

Ocurrió lo que la señorita de la Ferté había previsto. Galswinthe no pudo soportar la creosota. Cada nueva dosis provocaba náuseas, enfriamiento general de los miembros y trastornos digestivos. Rendido el doctor Barradères a la evidencia, apeló a las inyecciones hipodérmicas.

Los diez primeros días todo fué bien. Después, dos inyecciones de aceite creosotado, puestas demasiado superficialmente, produjeron flemones poco importantes, pero dolorosos. La enferma tuvo que guardar cama.

Entonces comenzó de verdad la pasión de Galswinthe. ¡No poder salir cuando quedaban todavía tantos lugares desconocidos para ella, tantos sitios donde Jaime y Ana habían estado juntos y que se había jurado a sí misma conocer! Esta decepción aumentaba su nerviosidad. Nada o casi nada de hemotitis. Galswinthe no moría como los demás tuberculosos. Apenas se había depauperado. En algunos momentos parecía hasta más bella. Mientras dormía, la señorita de la Ferté la observaba con estupor, mirando su desnuda garganta y preguntándose cómo tan bello estuche podía encerrar tan horrible úlcera. Los cabellos, sobre todo, eran siempre objeto de su trágico espanto. A medida que progresaba la enfermedad parecían ganar en opulencia. Extendían a la semioscuridad de la lámpara su manto de oro fundido. A lo más, notábase al tacto una rara sequedad. Ana pasaba sus manos por aquellos rizos suaves. Le parecía estar acariciando la peluca de una muñeca que su padre le regaló y que había costado muy cara. *Pelo natural*, decía la etiqueta. ¡Extraño destino de esta Galswinthe, que moría allí porque diez años antes el conde Miguel de la Ferté se había arruinado en especulaciones extravagantes! ¡Extraños cabellos, a la vez tan pesados y tan ligeros! Galswinthe, al despertar, envolvía a su amiga en una larga mirada, de súplica y de gratitud a la vez.

No podía salir porque ya no podía andar; pero aunque hubiese podido, el tiempo lo hubiera impedido.

Jamás se había conocido en las Landas un mes de enero peor. Quince días antes había aún para las dos mujeres toda la gama de lo imprevisto que surge de las correrías a través del bosque, de los ensueños en las orillas de los estanques, de la asociación de ideas, cambiantes hasta con las diferentes aves que levan-

taran el vuelo. Pero ahora, nada había más que la eterna permanencia en una habitación llena de sombras que danzaban a la luz de la llama de los crepitantes leños..., y ese cansador y siniestro olor de botica...

Aniquilada por un terrible acceso de tos, la señora de Saint-Selve mandó, suplicó que se abriese la ventana. La señorita de la Ferté le obedeció, apagando la lámpara antes y asegurándose de que estaba bien cerrada la puerta.

Repentinamente, un rumor gigante invadió la habitación; rumor formado con todos los tonos del viento según sople a ras de tierra, a través de los brezos o allá arriba entre las copas de las encinas y de los pinos. Para poder oírse una a otra tenían que hablarse con los labios pegados al oído. Una impaciencia, un ardor común las devoraba. Se daban cuenta de que si habían de llegar a decirse cuanto tenían que decirse aún no podían perder un instante.

Cosa extraña: a medida que se agotaban sus fuerzas, un sentimiento de amor propio nacía e iba creciendo en el alma de Galswinthe. No quería ser ya la eterna y dócil confidente de un amor en el que, después de todo, podía asegurar también que había desempeñado su papel. Jaime había sido su marido, y ella conservaba ciertos recuerdos que, si se lo proponía, harían temblar de celos a su implacable amiga. Le bastaba hablar, contarlo todo, aunque la evocación de aquellos hechos la arrojara en seguida, aniquilada y delirante, sobre su lecho de dolor.

—En Puerto Príncipe —contaba—, nuestra quinta dominaba el mar. Desde la terraza asistíamos, a las tres de la mañana, a la salida del sol. Todos los pájaros cantaban a la vez en los arbustos, llenos de blancas y rojas flores. Me decía él que no había visto nada tan bello en su vida. Volvíamos en seguida a acostarnos, y yo puedo decir a mi vez que no he visto nada tan bello como su cuerpo dormido entre mis brazos.

La señorita de la Ferté tuvo una sonrisa de desdén, y dijo:

—Entre los míos no lo vi dormirse nunca.

—Más tarde — continuó febrilmente Galswinthe—, durante el día, fatigados los dos, descendíamos a la orilla del mar. No puedes formarte una idea de un mar como aquél, más intensamente azul. El era feliz, te lo aseguro. Un vestido de muselina cubría únicamente mi cuerpo. El rodeaba mi cuello con sus brazos y jugaba con mi collar de coral...

—Sí —interrumpió Ana—, el collar que me diste, del que decía que sólo estaría bien en el cuello de una morena... No fuí yo quien te obligó a decirlo.

Fuera aumentaba la violencia de la tormenta. Galswinthe estrechó a Ana en sus brazos; era su manera de confesarse vencida, de reconocer que sus recuerdos, los de ella, eran insignificantes ante aquellos otros que la señorita de la Ferté le confiaba.

Así se sucedían para ellas las noches con extrañas alternativas de hostilidad y de ternura. El amanecer lluvioso las encontraba hablando de su pasado, de ese pasado carnal que las hacía rivales y a la vez las unía.

¿Era debido al decaimiento físico producido por la enfermedad? Tal vez; pero fuera esa u otra la causa, lo cierto es que la señora de Saint-Selve no lograba vencer a su amiga en el campo de los recuerdos voluptuosos, en el que parecía natural que la loca libertina de Richmond reinara como soberana. Sus noches de amor más agitadas eran inocentes si se las comparaba con ciertos episodios de los amores de Jaime y Ana, episodios cuyo escabroso misterio aumentábase por el velado lenguaje con que eran referidos. Si Galswinthe ponía en duda la veracidad de lo que oía, Ana contestaba con un silencio burlón. Después, a ruegos de la moribunda, consentía en seguir hablando, hasta que al fin la señora de Saint-Selve, anonadada, rendida a discreción, hundida entre sus almohadas, escuchaba ávidamente las monstruosas confidencias nacidas en aquella imaginación virgen y sombría.

XXVI

El doctor Barradères, con manifiestas señales de preocupación, se lavaba las manos en la fuente de porcelana del vestíbulo. Tomó la toalla que Ana le extendía y se secó lentamente.

—Está peor, mucho peor.

—¿Qué hacemos? —preguntó Ana.

El médico bajó la cabeza. Parecía realmente inquieto.

—Ayer —dijo— encontré al abate Lafitte. Me pidió noticias de la señora de Saint-Selve. No quise alarmarle, obligarlo, a su edad, a venir a la Crouts. Pero hoy no podría echar sobre mí... Mi responsabilidad está comprometida, gravemente comprometida. No sé si usted se da perfecta cuenta de ello.

—Me doy perfecta cuenta, doctor y por eso le vuelvo a preguntar: ¿qué hacemos?

—Yo creo que debe haber una consulta.

Ana dió a entender con un gesto que no veía inconveniente en ello.

El doctor, animado, prosiguió:

—Yo no soy infalible. Nadie es infalible. Por otra parte, mi responsabilidad está comprometida, muy comprometida. La consulta tendrá un doble resultado. En primer lugar, naturalmente, nos dará, acaso, nuevas luces sobre el estado de la señora de Saint-Selve, y después nos permitirá, en un caso desgraciado, tener nuestra conciencia tranquila. La consulta, es necesario decirlo, es cara, pero...

—Nunca es caro poder obtener ese resultado, doctor.

Guardaron silencio un momento.

—¿Y a quién piensa llamar? —preguntó la señorita de la Ferté.

—A lo mejor que haya. Desde luego, ha de ser un profesor de la Facultad. He pensado en el doctor Grasset, de Montpellier, pero está demasiado lejos. Es más natural que nos dirijamos a uno de Burdeos; el profesor Gourdon, por ejemplo.

—Me parece muy bien —contestó Ana—, y me parece tanto mejor cuanto que hace tres semanas la señora de Saint-Selve recibió una carta de su familia en la que la instaban a que consultara con el profesor Gourdon.

—¡Ah! —exclamó el doctor Barradères; y pareció quedarse pensativo.

—Estoy reflexionando —continuó después— que el doctor Gourdon está demasiado aferrado a sus opiniones, y, por ello, poco al corriente de los nuevos métodos. Aun es partidario de la medicación arsenical, que es desastrosa para el corazón, y no hay que olvidar que la señora de Saint-Selve tiene predisposición a la taquicardia. Creo que es preferible llamar al doctor Bordenave, profesor también, y del que mi maestro Gimbert siempre me habló muy bien.

—Escríbale, pues, al doctor Bordenave.

—Cobrará caro, señorita.

—Sé que usted elige lo más conveniente.

* * *

Tres días después el doctor Bordenave llegó a la Crouts acompañado por el doctor Barradères, que fué a esperarlo a la estación. Se presentó con humor endiablado por haber tenido que hacer a pie el kilómetro de camino arenoso que separa la carretera de Castex de la casa.

—Si me hubieran dicho esto —repetía varias veces—, le doy mi palabra de honor que no hubiera venido.

Y antes de ver a la enferma, hizo que María le cepillara las botas.

Por el camino, el doctor Barradères le había explicado el caso, pero le impidieron entrar en un gran lujo de detalles las miradas furiosas que dirigía a su alrededor.

Era un hombre pequeño, de cincuenta años, de cabeza rapada y perilla rojiza. En la cadena del reloj llevaba, a manera de dije, una brújula de oro, que saltaba a cada uno de los movimientos que acompañaban a sus constantes exclamaciones.

—Pero, en serio, ¿hay aquí una tuberculosa? —exclamó, dirigiendo a la señorita de la Ferté una mirada carente de toda amabilidad y benevolencia—. ¿Y dónde está?

Ana hizo señas al doctor Barradères de que le diera las necesarias explicaciones, indicando así que ella no quería entrar personalmente en relación con tan turbulento personaje. Pero él, notando repentinamente la fría actitud de la joven, siguió mirándola, aunque en silencio ahora.

—Por aquí, señor profesor —decía, extremadamente obsequioso, el doctor Barradères, señalando la escalera—; por aquí.

Subieron al primer piso seguidos de Ana.

Al cuarto de hora volvieron a bajar; pero ésta quedóse al lado de la enferma.

El doctor Bordenave se lavó en silencio las manos en la fuente, mientras su compañero lo miraba con expresión no disimulada de temor.

—¿Y bien, señor profesor? —comenzó.

—¿Y bien, qué? —contestó con brusquedad el interpelado.

Y arrojando la toalla con que se había secado las manos, agregó:

—¿Quién de nosotros dos es un imbécil?

Prudentemente, el doctor Barradères condujo a su interlocutor al comedor.

—No he comprendido del todo, señor profesor. La situación es grave, ¿no es eso? Pero ¿es desesperada?

El doctor Bordenave lo miró de soslayo.

—¿Cuánto tiempo hace que está aquí la enferma? —preguntó.

—Aproximadamente dos meses, señor profesor.

—Bien —dijo Bordenave.

Se dirigió hacia la pared, sacó de su bolsillo un gran pañuelo, la frotó con él vigorosamente y volvió al lado de su compañero.

—Mire —le dijo, poniéndole delante de los ojos el pañuelo, que aparecía mojado y verdoso, como si se le hubiera frotado contra el brocal de un pozo—. Si hace dos meses, puesto que según dice ése es el tiempo que lleva aquí la enferma, me hubiese llamado y preguntado qué debía hacerse, le hubiera respondido con esta sola frase: "Sacarla de aquí al instante".

Y alzando la voz repitió:

—Sacarla de aquí al instante.

—Verdaderamente, señor profesor—balbuceó, poniéndose rojo, el doctor Barradères—. Verdaderamente; ¿y... hoy?

Bordenave encogióse de hombros, sacudió el pañuelo, lo metió en el bolsillo y repuso:

—¿Hoy? Nada. Lo que quiera: es indiferente.

El pobre médico hallábase en una violenta situación de aturdimiento, de la que vino a sacarlo la llegada de la señorita de la Ferté. Tenía un sobre en la mano.

—Vengo, señor, a darle las gracias —comenzó diciendo.

—Son mil francos —interrumpió Bordenave.

—Tómese la molestia de contar —contestó Ana secamente, entregándole el sobre.

Con su grueso pulgar ojeó los billetes y los enterró en una cartera de extraordinarias dimensiones.

—Ahora, otra cosa —dijo, cada vez menos amable—. Como el tren en que me he de ir sale a las seis y diez, no llegaré a Burdeos antes de las once, y no voy a marcharme con el estómago vacío.

Ana se inclinó.

—Se le servirá lo que desee. Doctor —dirigiéndose a Barradères—, tenga la bondad de dar órdenes y de acompañar al señor. Yo vuelvo al lado de la señora de Saint-Selve.

Los dos médicos terminaban una abundante comida regada con un buen vino que el doctor Barradères había hecho comprar para la señora de Saint-Selve. Se dió cuenta aquél que su temible compañero era un gran comedor, y estimulando a María, no desperdició la ocasión de congraciarse con él.

—¡Hum! —hizo Bordenave vaciando un vaso—. Ya estoy mejor. Me hacía falta esto; sentía algo así como la sensación de estar en un acuario. ¿Y dice usted que no ha tenido graves inconvenientes con el uso de la creosota?

—Muy pocos, mi querido profesor. Como ha dicho bien, el caso era desesperado. De lo contrario, estoy persuadido de que...

—¿Ningún flemón?

—Unicamente dos sin importancia, producidos por la jeringuilla; en el campo no se puede tener una garantía segura de asepsia. Pero estoy seguro de que si hubiese tenido el aparato de Burlureaux...

—Burlureaux; déjeme en paz con Burlureaux. Lo conozco. Hicimos juntos el internado. Es un farsante el tal Burlureaux.

—Su aparato, sin embargo...

—Déjeme en paz, le digo. Su aparato no es nada. Mire: sírvame un poco más de ese vino. El café es infame aquí. El café, en el campo, es como la asepsia.

Los dos rieron; Bordenave, a carcajadas; Barradères, discretamente.

—¿Entonces, señor profesor, usted opina que hice bien en recurrir a las inyecciones hipodérmicas?

—¿Es que no hay medio de beber aquí una copa? —preguntó el profesor.

—No, no hay ningún alcohol. Sólo hay licor de grosella.

—Pues vaya por el licor. ¡Caramba!, no es malo.

—Le confesaré —volvió a hablar Barradères, que trataba de borrar ciertas impresiones—, le confesaré que no recurrí de buena gana al método hipodérmico, pero la vía bucal llegó a presentar tan graves inconvenientes, que la hicieron impracticable, y por otra parte, yo soy decidido enemigo de la medicación por vía rectal.

—¡Yo no! —exclamó Bordenave—; ¡yo no! Es bastante agradable cuando se trata de una hermosa mujer, como debía serlo hace solamente un mes su enferma. Ahora ya está un poco destruída.

—Un poco —afirmó Barradères sonriendo.

Vaciaron los vasos.

—Tiene usted buen humor, mi querido maestro.

—Es necesario tenerlo. ¿Dónde iríamos a parar de lo contrario? Yo no soy como Burlureaux. Su Burlureaux es siniestro.

Volvió a beber.

—Una hermosa mujer —continuó—; sí, ha debido ser una hermosa mujer. Yo prefiero las rubias.

Los dos prorrumpieron en una carcajada.

—Presumo —siguió hablando Bordenave— que siendo como es, y con esa maldita enfermedad, que excita (es un hecho probado) determinadas sensaciones, presumo, digo, que le habrá costado trabajo en los primeros tiempos conseguir que estuviera tranquila. Bromuro a todo pasto, ¿no es eso?

El doctor Barradères levantó cómicamente los ojos al cielo.

—¡A quién se lo va a decir, mi querido maestro! Nunca pude observar una excitación nerviosa tan grande, hasta el punto de que, si no hubiera estado tan seguro como lo estoy de verle aquí, de que...

—¡Eh!, ¡eh!, ¡eh! —gritó Bordenave, cada vez más alegre; y dándole fuertes golpes en el hombro, habló a su camarada al oído.

—¿Qué? ¿Cómo? —preguntaba Barradères, muy alegre también—. ¿Qué dice? No le comprendo bien.

El profesor, riendo cada vez más estrepitosamente, le repitió la explicación.

—¡Ah!... Amigo mío, con las malditas mujeres se ven cosas más grandes todavía. Ya sabe que no todo se reduce a Burlureaux, el bueno de Burlureaux. Mire, cuanto más pienso en ello...

Se miraron, guiñaron los ojos y volvieron a lanzar ruidosas carcajadas.

—Confiese —decía Bordenave—, confiese que se ha dado cuenta de ello y quiere hacerme hablar.

—Le juro que no, mi querido maestro. Palabra de honor.

—Entonces, ya comprenderá: su bromuro... No sé a qué dosis le habrá administrado, pero podría haberla triplicado, cuadruplicado...

—Es cierto, sí, es cierto; podía haberla cuadruplicado, sextuplicado. Otro poco de licor, maestro. A su salud.

—¡A la salud de Burlureaux!

Chocaron otra vez los vasos.

En ese momento entró María en el comedor.

—La señora —dijo— está durmiendo, y la señorita me manda rogar a los señores que hablen, si les es posible, un poco más bajo.

XXVII

Cuando, al día siguiente, el doctor Barradères volvió a la Crouts, aparecía apesadumbrado. Ana no dió señal de haberlo notado, cuando le preguntó:

—¿Está satisfecho de su consulta?

—Sí —contestó él—, estoy satisfecho, muy satisfecho.

Y agregó:

—Pero de todos modos es caro.

* * *

—¡Señor cura! ¿Usted aquí?

La señorita de la Ferté, echada en el canapé del salón, había encontrado cerca de ella, al despertarse, al abate Lafitte que, sentado en un sillón al lado de la chimenea, se calentaba las manos.

—Soy yo, hija mía.

Ella se levantó y miró al sacerdote. Era de noche ya. No había ninguna lámpara encendida en el salón, iluminado tan sólo por las llamas de la chimenea. Por la entreabierta puerta se veía la cocina, y en ella las negras siluetas de varias personas sentadas delante del hogar.

—¿Qué hora es? —preguntó Ana.

—Cerca de las seis.

—¡Dios mío!, y yo que me dormí esta mañana a las ocho. Diez horas he dormido, diez horas.

—Ha velado tres noches seguidas. Las fuerzas humanas...

—¿Cómo está?

El abate Lafitte movió la cabeza.

—Voy a su lado —dijo Ana.

El cura la retuvo.

—Espere un poco. Usted ahora es más útil aquí abajo. Arriba están el doctor Barradères y una hermana.

—¿Una hermana?

—Sí, la hermana Lucía, de San José. Yo fuí quien la ha mandado llamar. Vine esta mañana a las diez, por casualidad, pues, dicho sea sin reproche, usted prometió avisarme en caso de una agravación repentina de la enfermedad. Una vez más, sin la casualidad que bendigo... En fin, el caso es que vine cuando usted llevaba dos horas durmiendo. He tenido tiempo de volver a Dax, pedir dos hermanas de la Caridad y estar aquí de vuelta a las cuatro. ¡Pobre señora de Saint-Selve! ¡Qué agonía la suya! En su dolor tendrá, al menos, el consuelo de saber que ha contribuído a abrirle las puertas del cielo.

—¿La ha visto? —interrogó Ana.

—La he bautizado hace un momento, hija mía. Ahora estoy esperando que me mande llamar el doctor Barradères. En cuanto se encuentre en estado de poder pronunciar algunas palabras, me llamarán y la confesaré.

—¿Y no teme, señor cura, agotar con eso sus últimas fuerzas?

—¡Ah! Si se abreviara por esa causa su vida, sería tan sólo en algunos minutos. La enfermedad desde esta mañana ha hecho progresos terribles. ¡Pensar, Dios mío, que apenas hace ocho días estuve aquí mismo hablando con ella! No podía esperarse un fin tan rápido.

Entró María, que pidió a la señorita de la Ferté ropa y sus órdenes para la comida; estaban las dos hermanas de la Caridad y el doctor Barradères, que había decidido pasar la noche en la Crouts. Además, en la cocina esperaban el jardinero de la Crouts e Isabelina, que habían ido a saber si los necesitaban.

—Que se queden a comer si quieren; tome las llaves y saque lo que haga falta. Usted también se queda, ¿no es verdad, señor cura? El jardinero de la *Pelouse* lo llevará esta noche a Dax en coche.

—No, hija mía, no puedo. Sólo me quedaría si fuese absolutamente necesario, si de aquí a entonces no he podido confesar a esa desgraciada niña. Me parece que han llamado. ¡Ah! ¡Si es el abate Vergez!

El cura de San Pablo entró de puntillas.

—¿Cómo va por aquí? —preguntó.

—Mal, muy mal —contestó el abate Lafitte.

—Perdóneme, señor cura —dijo Ana—, pero tengo mucho que hacer. Tenga la bondad de hacer compañía al lado del fuego al abate Lafitte. ¿Comerá con nosotros?

—Con mucho gusto, si puedo ser útil en algo.

—Me llama el doctor. Vuelvo en seguida.

Los dos sacerdotes se quedaron arrimados a la chimenea.

—Yo estuve anteayer —dijo el abate Vergez—. Es terrible esta enfermedad. Ya empezaba a ahogarse. Fuí testigo de una crisis que se reflejó en el color amoratado de su cara. ¡Pobre joven! ¡Tan buena! Es horrible esta muerte por asfixia. No me imaginaba yo este final de los enfermos del pecho. Creía que se aniquilaban y morían sin sacudidas, como una lámpara a la que se le termina el aceite. Así murió el verano pasado la pequeña Antonia Laursing, del Sablor. ¿La conocía usted?

El abate Lafitte hizo un signo afirmativo.

—Y —siguió el abate Vergez—, ¿no es verdad que usted se ocupa de su conversión? Me lo dijeron, y temía, en estas condiciones, invadir su campo.

—Le dijeron la verdad.

—Y... ¿ha podido lograr algo?

—Dios lo ha permitido. Hace un momento tuve la alegría de bautizarla. Dentro de algunos instantes espero poder confesarla.

—Mi más cordial felicitación —exclamó el abate Vergez.

Y luego de reflexionar un momento, continuó:

—Yo no estoy al corriente de estas cosas, porque nunca tuve ocasión de convertir a nadie. Debido tal vez a eso, hay en lo que usted me ha dicho una cosa que me choca y me sorprende. Con el bautismo que acaba de imponerle, ha recuperado su primera inocencia en el agua lustral. No es, pues, necesario el sacramento de la penitencia.

—Tendría razón si se tratase de una pagana —dijo el abate Lafitte, no sin cierto aire de superioridad—. Con los paganos basta el bautismo. Sus pecados anteriores les son inmediatamente redimidos. Por eso justamente procuraban los primeros catecúmenos retrasar todo lo posible el bautismo; así por ejemplo hizo San Agustín.

—¿Hizo eso San Agustín? —exclamó el padre Vergez—. Ignoraba ese detalle. Corrió gran riesgo.

—Así es; pero volvamos a nuestro punto de partida. La señora de Saint-Selve es protestante. Mas ¿a cuál de las iglesias reformadas pertenece? He acudido demasiado tarde a averiguarlo. Ahora bien; como usted no ignora, hay iglesias que bautizan y otras que no bautizan a sus fieles: una verdadera anarquía. En estas condiciones debe administrarse una especie de bautismo provisional. Si la señora de Saint-Selve ya fué bautizada, sólo su primer bautizo tiene eficacia. Pero, en este caso, todos los pecados que haya podido cometer después están en pie y vivos, y es necesario que le sean perdonados.

—He comprendido. Gracias a que, afortunadamente, casos de éstos no se presentan todos los días en el campo. Porque si así no fuera, ¿cómo pretenderíamos que nuestros vicarios se desenvolvieran?

—Es probable que entonces interviniera la misericordia de Dios. Pero siempre que sea posible, es preferible hacer las cosas como es debido.

En el mismo momento el doctor Barradères atravesó el salón y entró en la cocina.

—¿Qué hay de nuevo, doctor? — preguntó el abate Lafitte.

—Esté preparado, señor cura. La crisis de disnea toca a su fin. Le avisaré en cuanto pueda venir.

El abate Lafitte inclinó la cabeza, y los dos sacerdotes reanudaron su conversación en voz baja.

—Quien tendrá una gran alegría con esta conversión es la señora de Saint-Selve, madre, que es muy piadosa. Le servirá de consuelo en su dolor. Y a propósito: deseo su consejo acerca de una cosa que me preocupa.

—Veamos, hable.

—Anteayer recibí carta de la señora de Saint-Selve. Siempre estuve en buenas relaciones con ella desde el tiempo en que Jaime venía a la *Pelouse*. Ya sabe lo ocurrido después, y comprenderá que yo, como cura que soy de San Pablo, no podía inclinarme a ningún lado. En fin, en su carta, muy digna y muy dolorosa, la señora de Saint-Selve me dice que conoce la gravedad del estado de su hija política, que las cartas que le escribe quedan sin respuesta, y sospecha que haya alguna persona a su lado que trate de apartarla de la familia. Ya se dará cuenta usted de que es una alusión a la señorita de la Ferté.

—En efecto. Bien; ¿y qué?

—Pues que la señora de Saint-Selve me rogaba en su carta que le avisara en el caso de agravarse la enfermedad de su nuera, y yo le respondí que no dejaría de hacerlo.

—Ha hecho bien.

—Sí; pero el caso es que cuando escribí ayer y envié mi carta, ignoraba el gravísimo estado de la enferma, y estoy pensando en telegrafiar a Burdeos esta noche.

—Estará ya cerrado el telégrafo. Debe telegrafiar mañana por la mañana. Es su deber, y se lo digo con tanta mayor autoridad cuanto que desde el primer momento me puse al lado de la señorita de la Ferté... ¡Dios mío, me llaman!

En medio de la escalera, inclinado sobre la barandilla, el doctor Barradères hacía señales al cura de que subiera. En el umbral cruzóse con la señorita de la Ferté, que bajaba y que fué a sentarse, muy pálida, en el sillón del abate Lafitte, al lado del abate Vergez.

Este había sacado su rosario y rezaba en silencio. De la habitación contigua llegaba el ruido que María hacía al poner la mesa. Transcurrieron unos veinte minutos, cuando se oyeron pasos en la escalera; era el abate Lafitte, que volvía.

—¿Fué todo bien? — preguntó el abate Vergez.

—Muy bien.

—He rezado por su intención — volvió a decir aquél mostrando el rosario.

—¿Pudo hablar? — interrogó Ana; y como el abate Lafitte no le respondiera, continuó:

—Son cerca de las ocho. Quédese a comer con nosotros, señor cura, y después regresa con el abate Vergez.

Al hablarle así lo miraba cara a cara; pero él evitó encontrarse con sus ojos.

—No —balbuceó—, no. Tengo que irme a Dax. Me esperan. Tengo que irme.

—Como guste.

El abate se puso el manteo y agarró el sombrero. Ana levantóse para acompañarlo hasta la puerta. El estaba ya en el pasillo.

—Hasta mañana, señor cura —le dijo.

El cura la miró con mirada de espanto y hundióse en la oscuridad dejando la puerta abierta.

A medianoche, Ana se quedó al lado de Galswinthe, en compañía de la hermana Lucía.

Hacia la una oyó la respiración regular de la religiosa, que dormía con el tranquilo sueño de un niño. Miró a la moribunda, y al ver que estaba despierta, aproximóse a ella.

—Dame tu mano — murmuró Galswinthe.

La señorita de la Ferté arrimó su silla a la cama y dió la mano a la enferma, que tenía los ojos fijos en su amiga. La fatigosa respiración de la agonizante hacía subir y bajar la ropa del lecho.

Cuando dieron las dos, Ana comprobó que los ojos seguían mirándola, pero que la ropa ya no se movía.

XXVIII

A muy temprana hora del día siguiente llegó el abate Vergez con su vicario; el jardinero de la *Pelouse* les había avisado. También llegó el abate Ducourau, que excusó a su cura; el abate Lafitte llegó la noche anterior a su casa mojado; quejábase de frío, y había tenido que guardar cama.

Ana iba y venía silenciosamente por la casa. Se había vuelto a poner el vestido negro del luto de su madre, aquel angosto vestido negro con estrechos puños blancos. En pocas horas había vuelto a ser la pensionista de antes. El enervador paréntesis abierto por la dulce criolla se había cerrado para siempre.

En la cocina oíase un murmullo. Eran los campesinos de los contornos, que habían ido a ponerse a disposición de la señorita de la Ferté.

Los sacerdotes hablaban entre sí en voz baja delante de la chimenea del salón.

—¿Se ha fijado ya la fecha del entierro? —preguntó el abate Ducourau.

—Sí —contestó el cura—. Pasado mañana, a las diez. Ya di las instrucciones necesarias.

—¿Se la enterrará en San Pablo?

—Naturalmente.

—No es porque sea mi parroquia — dijo el abate Sautépé, el vicario—; pero yo preferiría, desde luego, ser enterrado en el cementerio de San Pablo a serlo en el de Dax.

El pálido Ducourau tuvo un gesto vago: el lugar en que un día hubiera de descansar le era indiferente.

—¿Y la señorita Ana? —preguntó después de una pausa.

—Admirable, como siempre — dijo el cura—. Lo mismo que cuando murió su madre, ella fué quien amortajó a la muerta. Bien puede decirse que para la pobre hija, hasta ahora la vida no ha sido de color de rosa. Si ella no va derecha al cielo...

Llegó el doctor Barradères y todos se levantaron para estrecharle la mano.

—Todo terminó, doctor — dijo una voz.

El joven médico encogióse de hombros en un ademán que expresaba la impotencia.

—¡Qué le hemos de hacer, señor cura! La ciencia humana tiene sus límites.

—Doctor — dijo el abate Ducourau —, el abate Lafitte está enfermo. Mandé recado esta mañana a su casa rogándole que fuese a verle. ¿Se lo comunicaron?

—Vengo de visitarlo. Estaba durmiendo todavía. No quise interrumpir su sueño reparador, y, por otra parte, no podía esperar. Discúlpeme usted que voy a saludar a la señorita de la Ferté.

Esta pasaba por el vestíbulo con los brazos cargados de camelias blancas, que acababa de llevar el jardinero de la *Pelouse;* por este motivo no pudo darle la mano. El la siguió a la cámara mortuoria.

A las once de la mañana del día siguiente se colocó el cadáver en el féretro. Dos veces hubo que renovar las camelias, cuyos pétalos marchitábanse con increíble rapidez en aquella atmósfera pesada. Ana vió sin desfallecer cómo desaparecía la pálida cabeza. Sólo tuvo un ligero estremecimiento al oír la crepitación producida al estañar la tapa. Cuando se acababa de cerrar el féretro entró María haciendo ademanes desesperados, sin hablar una palabras. La señorita de la Ferté corrió hacia ella.

—¿Qué ocurre?

—Señorita, están abajo.

—¿Quiénes?

—Ellas; esas señoras de Saint-Selve.

—¡Ah! Que suban.

No hubo tiempo de ejecutar la orden. La señora de Saint-Selve y sus hijas acababan de entrar. Esteban Larralde iba el último. Tenía el aire inquieto de un capitán que va a presenciar las evoluciones de soldados bisoños.

—¡Dios mío, pobre hija, qué desgracia!

La señora de Saint-Selve expresaba su dolor con todo lujo de gemidos y entrecortados sollozos. Antes de poder hacer un movimiento encontróse Ana asida y repetidamente abrazada por Sabina Larralde y por su madre. La señora de Villerupt, un poco separada, permanecía erguida, con los labios cerrados y los ojos fijos en los paños negros.

—¡Dios mío, Dios mío! ¡Llegamos demasiado tarde para poder abrazarla por última vez! ¡Qué desgracia!

Larralde hablaba a Ana en voz baja y le decía que todos sabían el modo como había cuidado a su hermana política, y cuán grande era el agradecimiento a que se había hecho acreedora.

La señorita de la Ferté indicó con un gesto que no había hecho sino cumplir con su deber, y después:

—Perdónenme —dijo—. Tengo que dar algunas órdenes.

En la escalera tropezó al abate Vergez.

—Suba, señor cura; arriba encontrará a la señora de Saint-Selve, a sus hijas y a su yerno. Sin duda ha sido usted quien ha telegrafiado a Burdeos para avisarlas.

El tono en que fueron pronunciadas estas palabras dejó confuso al cura.

—Señorita —balbuceó, dando vueltas al sombrero entre las manos—, usted me dijo que hiciera lo necesario... He creído obrar bien.

—Claro que ha obrado bien, señor cura. Tenía que darle las gracias; eso es todo.

En el comedor, María terminaba de poner la mesa. Ana, después de asegurarse de que no faltaba nada, volvió a subir. La señora de Saint-Selve y Sabina continuaban arrodilladas al pie del féretro. En un rincón, María Luisa cambiaba en voz baja algunas palabras con Larralde.

La señorita de la Ferté dirigióse a la señora de Saint-Selve.

—Venga —le dijo.

Y condujo a las tres mujeres a su habitación. Sólo Sabina se sacó el sombrero y el abrigo. La señora de Saint-Selve, que se quejaba de un principio de reuma, conservó el abrigo, y María Luisa prefirió quedarse con ambas cosas puestas.

—El almuerzo está servido — dijo Ana —. ¿Quieren tener la bondad de bajar?

—¡La pobre hija! — exclamó la señora de

Saint Selve—. ¡Dejarla sola! Bajen las tres y yo me quedaré a su lado.

—Nos reemplazarán las monjas. Es sólo durante una hora. Vengan.

La señora de Saint-Selve arrojóse en sus brazos sollozando.

—Hija mía, te doy las gracias. ¡Qué buena has sido! Perdóname; he perdido la cabeza: ni te he hablado una palabra de tus desgracias. Tu querida madre, a la que yo tanto amaba...

Y así continuó lamentándose, mientras bajaba la escalera apoyada en el brazo de la señorita de la Ferté.

Durante el almuerzo hubo un lugar vacío en la mesa; la señora de Villerupt quedóse en la cámara mortuoria.

Ana observaba a sus convidados. En ocho años, las mujeres habían cambiado mucho. La señora de Saint-Selve era siempre la solemne, la majestuosa Constanza a quien todo sonreía en otro tiempo. Pero mucho de aquel orgullo, de aquella tiesura que tanto irritaba a la pobre señora de la Ferté, había desaparecido. Debió ser realmente bella. Con más de sesenta años, seguía siéndolo aún. Pero las mejillas se habían abultado y los ojos habían perdido el brillo, no obstante lo cual, la señora de Saint-Selve producía más efecto que sus hijas. La cara de Sabina, precozmente marchita, llevaba el sello de incesantes preocupaciones. Las costureras de las casas, en una ciudad con el aire viciado por las chimeneas de las fábricas, tienen mejor color que esa mujer del más importante armador de Burdeos, envidiada por toda una ciudad. Ana aún no había podido examinar a su gusto a la señora de Villerupt, pero, sin embargo, también le había parecido envejecida prematuramente. Al contrario de lo que le había pasado a su hermana, sus facciones habían adquirido una especie de dolorosa dureza. La señorita de la Ferté esperaba verla bien a la luz del día para comprobar si se había engañado al creer ver unos hilos de plata entre sus magníficos cabellos castaños.

Larralde estaba, poco más o menos, como siempre. Los faldones de su levita, arrugada por el asiento del vagón, caían a ambos lados de la silla. Comía lentamente, con la nariz cerca del plato. Sus espesas cejas, fruncidas, revelaban una preocupación constante.

Al terminar la comida, Ana se levantó. Las dos mujeres se disponían a imitarla.

—Quédense —les dijo—. Ahora me toca a mí. A las tres van a sustituirme.

Y subió la escalera, seguida por Larralde.

Un instante después entraba en el comedor la señora de Villerupt, quien, sin hablar una palabra, tomó una silla y sentóse al lado de la chimenea. Sabina se acercó a ella.

—¿No comes, hija mía? —preguntó la afligida señora de Saint-Selve.

María Luisa no contestó. La señora de Saint-Selve suspiró ruidosamente y volvió a caer en su meditabunda somnolencia.

Sabina acercó su silla a la de su hermana.

—¿No oíste lo que te preguntó mamá? —murmuró con los dientes cerrados.

La interpelada le dirigió una mirada de desafío, que hizo estallar la cólera de la señora de Larralde.

—¿Sabes que empezamos a estar cansadas de tus maneras?

—Sí, por cierto —contestó María Luisa con una sonrisa—. ¿Y creéis que yo no empiezo a estar también cansada de las vuestras?

—Explícate.

—¿Explicarme? ¿No comprendiste aún? ¿No te diste cuenta todavía de que produce náuseas veros aquí en la casa de esta intrigante? ¡Ah! ¡Qué venganza para ella! ¿No veis su actitud? La abrazáis, os sentáis a su mesa; pero ¿os pidió siquiera que os quedéis?

—Calla —dijo Sabina—. Más bajo, habla más bajo.

—¿Hablar más bajo? ¿Acaso tienes miedo de que ella me oiga? Hablaré como me plazca.

—Habla más bajo, más bajo —repetía Sabina con los labios temblorosos—. Ya sabes que Esteban...

—Déjame en paz con tu Esteban. Él puede hacer lo que quiera. Yo no tengo por qué supeditarme a su voluntad. No es mi marido.

—No es tu marido —exclamó Sabina que se había puesto lívida—, es verdad que no es tu marido; pero tu marido, cuando lo necesita, ya sabe buscarlo para que pague sus deudas, que nos arruinan.

Sabina fué levantando el tono de su voz, hasta sacar de su somnolencia a la señora de Saint-Selve.

—Hijas mías —suplicó juntando las manos—, os lo ruego, respetad mi dolor.

María Luisa tuvo un mohín de burla.

—¡Tu dolor a propósito de esa criolla! Cualquiera diría que se trataba de una de nosotras dos.

—María Luisa, te ruego, te ordeno... Veamos: ¿qué vas a hacer tú ahora?

La señora de Villerupt se levantó.

—No puedo más —dijo—. Hasta la vista.

—¿Pero dónde vas, hija mía?

—A la *Pelouse*. Es mejor para todos. Mañana nos encontraremos en el entierro.

Y cerró violentamente la puerta tras sí.

—Buen viaje —dijo la señora de Larralde.

—Sabina, hija mía —gimió la madre—, no se le debe tomar en cuenta. Es muy desgraciada.

—¡Bah! —contestó ásperamente la señora de Larralde—. ¿Es culpa nuestra que su bello capitán la engañe? Ya padecemos bastante las calaveradas del señor, y, por lo visto, es necesario que encima soportemos el carácter de ella. Te prevengo que Esteban está ya cansado. La próxima vez no pagará.

La señora de Saint-Selve bajó tristemente la cabeza. Después, ella hundida en su butaca, y su hija con los brazos cruzados sobre las rodillas, el busto inclinado hacia la lumbre y la cabeza apoyada en la repisa de la chimenea, permanecieron calladas entre las sombras de aquella tarde lluviosa.

La señorita de la Ferté bajó a las tres. Sabina se puso en pie.

—Espera —dijo Ana—. Se ha apagado la lumbre de arriba. Espera que la enciendan. Tu marido te sustituye al lado del féretro.

Sabina volvió a sentarse maquinalmente.

Ana abrió el gran armario que guardaba la ropa de casa, y sacó unas sábanas.

—No puedo ofrecerte más que dos habitaciones —dijo—. Espero que no les será molesto aceptar la compañía de la señora de Villerupt.

—Hija mía —respondió la señora de Saint-Selve—, eres demasiado amable. Nos es violento el imponerte...

Mientras estaba hablando cambió una mirada con Sabina; pero ni una ni otra se decidieron a entrar en las explicaciones que temían.

Se abrió la puerta del comedor y apareció en el umbral, sofocada, la señora de Villerupt, quien al ver a la señorita de la Ferté, dirigióse hacia ella. Las dos mujeres se midieron con la vista.

—Vengo de la *Pelouse* —dijo María Luisa.

Ana la miró con tranquilidad.

—De la *Pelouse* —repitió la señora de Villerupt—, y quisiera saber con qué derecho está cerrada la casa.

La señora de Saint-Selve quiso intervenir.

—¿No pediste la llave al jardinero? —aventuró con voz temblorosa.

—Se la pedí, y me respondió que está aquí.

Sin hablar una palabra, la señorita de la Ferté dirigióse a la chimenea, y de cinco o seis llaves que pendían de un clavo, tomó una y se la tendió a María Luisa, diciéndole:

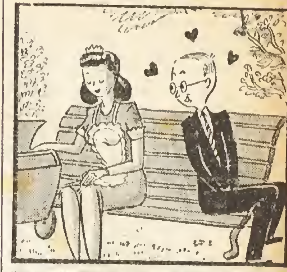
—Ésta es la llave.

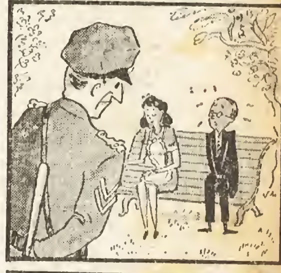
Y como la señora de Villerupt permaneciera, pálida de rabia, sin hacer ningún ademán para agarrarla, Ana la colocó sobre la mesa al mismo tiempo que decía:

—La señora de Jaime de Saint-Selve había

DON TEMBLEQUE, UN HOMBRE TIMIDO

Por JAN-KIEL









dejado hacía tres meses la residencia de la *Pelouse*. Era natural que al marcharse cerrara su casa.

Con brusco movimiento, la señora de Villerupt se apoderó de la llave.

—Hasta mañana, mamá — dijo.

—¿Tienes intención de pasar la noche en la *Pelouse?* — preguntó Ana —. Te prevengo que estarás mal. Hace frío allí; se quitaron todas las colgaduras y cortinas. Harás mejor que dándote aquí.

María Luisa le dirigió una mirada de odio. En el umbral de la puerta tropezó con Larralde, que llegó con el tiempo justo para presenciar el final de la escena.

—Vamos a ver, María Luisa...

—Déjeme en paz — contestó ésta —. No necesito sus consejos.

Y desapareció.

Discretamente salió también la señorita de la Ferté. Además tenía que llevar las ropas a las habitaciones.

Cuando volvió, un cuarto de hora después, Sabina se secaba los enrojecidos párpados, Larralde paseábase a lo largo de la habitación y la señora de Saint-Selve, con las manos en los brazos de su sillón y la cabeza doblada sobre el pecho, no se movía.

Cuando oyó entrar a la señorita de la Ferté, se levantó, y con gesto cansado y friolero apretó contra su cuerpo los pliegues de su inmenso abrigo de astracán, un abrigo que en otro tiempo debió de ser suntuoso, pero del que ahora, a la luz, notábanse las lacras de la vejez.

—¿Tiene frío? — le preguntó Ana.

La señora de Saint-Selve no contestó, pero aumentó la intensidad de su temblor.

Sin hablar una palabra, dirigióse aquélla a la cocina y volvió con una estufilla. Después, arrodillada ante la chimenea, buscó brasas entre las cenizas, y para ello tuvo que separar al viejo perro, que dormitaba sobre la plancha de hierro, entre los dos morillos.

—*Pyram*, sepárate.

La señora de Saint-Selve salió de su ensimismamiento.

—*Pyram* — repitió —, *Pyram*, el perro de Jaime. ¡Dios mío, lo había olvidado! No lo he conocido.

Las lágrimas ahogaron su voz.

—Cálmate, mamá, cálmate — decía la señora de Larralde.

Y para ocultar la emoción que se había apoderado también de ella en aquel instante de catástrofe, llamó con voz en la que apuntaban los sollozos:

—¡*Pyram*, ven aquí, *Pyram!* Ven, perro mío.

El animal la miraba con sus mortecinos ojos, pero no se movía.

—Ven, *Pyram*, ven.

—Tiene más de quince años. Está sordo —dijo la señorita de la Ferté.

XXIX

La mañana del entierro hizo un buen tiempo. Pero como había estado lloviendo sin cesar durante cuarenta y ocho horas, era imposible hacer que llegase el coche fúnebre hasta la Crouts, y, en consecuencia, dispúsose que el cortejo se formara delante de la *Pelouse*, en el sitio en que el camino de arena se une a la carretera de Castex.

Se colocó el ataúd en una carreta tirada por dos bueyes. El abate Saurépé, con sobrepelliz, llevaba con él un sacristán, portador de la cruz, y dos minúsculos niños de coro. El abate Ducourau excusó al abate Lafitte, que seguía enfermo.

La señora de Saint-Selve avanzaba penosamente, apoyada en el brazo de Larralde. La señorita de la Ferté y Sabina iban juntas. Los mal engrasados ejes de la carreta chirriaban, y a su paso levantaron el vuelo los primeros jilgueros. Más de media hora se tardó en hacer menos de un kilómetro.

En la carretera de Castex, además de la carroza, aparecían alineados cinco coches. Uno para el clero, dos para la familia y los otros dos pertenecientes a gentes de Dax, amigas de la familia Saint-Selve: un señor completamente insignificante, dos señoras y una señorita ya de edad. Con ellos estaba la señora de Villerupt, y los cinco aguardaban delante del portón de la *Pelouse*. Al desembocar la cabeza del fúnebre cortejo en la carretera, el pequeño grupo dirigióse hacia la señora de Saint-Selve. Hubo abrazos, exclamaciones, lágrimas, y se proclamaron algunas verdades axiomáticas.

—No es a los que se van a los que hay que compadecer más.

—Creo lo mismo, pero de todos modos, a su edad, es terrible.

—Tiene usted al menos el consuelo, mi querida Constanza, de que la pobre hija está en el cielo y puede rogar por usted. Ha sido milagrosa esta conversión.

La señora de Saint-Selve lanzó un profundo suspiro.

—Es el único pensamiento capaz de dulcificar mi dolor.

Extraña a esta escena de pésames y lamentaciones, la señorita de la Ferté se ocupaba en ver cómo colocaban el ataúd en la carroza. Arregló los pliegues del paño y colocó las camelias; una corona y dos ramos. Había un tercer ramo, un ramo humilde hecho con campanillas silvestres rodeadas de largas hojas de helechos. Al salir de la Crouts lo colocó tímidamente sobre la carreta una pobre niña enferma, para quien la muerta había sido buena. Siguió el cortejo, y allí estaba entre los aldeanos, siguiendo con ansiosa mirada la suerte que corrían sus pobres flores.

Un sepulturero arrojó el pobre ramo a la cuneta de la carretera.. Ana lo recogió y lo colocó en la carroza, al lado de las espléndidas camelias blancas. Después, siempre separada, esperó a que terminaran las efusiones entre la señora de Saint-Selve y sus amigas.

—Señoras, si tienen la bondad...

Era el abate Saurépé, ordenador de la ceremonia, quien intervenía.

Por primera vez la señora de Saint-Selve se fijó en la carroza, y tuvo un movimiento de sorpresa al observar que correspondía a un servicio de segunda clase. Buscó con la vista a la señorita de la Ferté, y dejando a los que la acompañaban, se acercó a ella.

—Hubiera podido hacérsele un entierro algo menos modesto — dijo.

Al pronunciar estas palabras había vuelto a encontrar su aire altanero.

Ana la envolvió en una fría mirada, al mismo tiempo que le decía:

—Todo lo que se hizo fué con arreglo a la expresa voluntad de su hija política.

Se organizó el cortejo. El abate Saurépé ocupó con el cantor el coche de cabeza, la señora de Saint-Selve y Sabina colocáronse en el segundo, María Luisa hizo subir con ella al tercero a una de las damas de Dax, y la señorita de la Ferté iba en el cuarto con una solterona charlatana.

Larralde, el abate Ducourau y una docena de aldeanos marchaban a pie.

Lentamente, el cortejo se puso en marcha.

La solterona intentó trabar conversación con Ana, pero pronto hubo de comprender que perdía su tiempo y su trabajo. Entonces sacó un rosario del bolsillo de la falda, y la señorita de la Ferté no volvió a ver interrumpidos sus pensamientos.

El tiempo era plácido. El paisaje aparecía blanco y gris. Por los cristales de las portezuelas del coche, Ana veía a uno y a otro lado desfilar con lentitud regular los familiares detalles de aquella carretera sobre la cual se habían desarrollado los acontecimientos capitales de su existencia. Primero, la casucha de Isabelina, donde por primera vez llamó su atención el nombre de Jaime de Saint-Selve. Más lejos, el convento con su jardín, jardín al cual las monjas de Dax traían los jueves y domingos de paseo a sus alumnos. Durante diez años había recorrido Ana ese camino dos veces por semana; era la época en que se la amenazaba con castigarla por no querer jugar en una partida en que la suerte le había asignado unas compañeras que no le agradaban. Más lejos aun, pero a la derecha, estaba la hostería de Taches-res. Desde el jardín del convento las muchachas oían el domingo un alegre concierto de brindis, de tintineo de vasos, de choque de bolas.

Y por la tarde, al emprender el camino hacia Dax en dos hileras, sentíanse vagamente tristes al oír el sonido del rústico violín, tocado en el fondo de la granja en el invierno, y en la empalizada exterior en el verano para celebrar el baile de por la noche.

Estaba ahora entre la hostería y los Cuatro Caminos, el sitio en que Jaime la alcanzó cuando ella iba a pie hacia la Crouts y la invitó a subir al coche. Le abandonó su mano, como ocho años después se la abandonó también a aquella que antes de una hora sería apresada para siempre por la tierra.

A partir de este sitio, Ana hundióse en el coche y no volvió a mirar la carretera.

Ya habían llegado, y la gente empezaba a bajar de los coches. Estaban pavimentando la calle principal. La carroza se detuvo, y el féretro hizo el recorrido de 300 metros que faltaban hasta la iglesia sobre los hombros de cuatro aldeanos. La señora de Saint-Selve sufrió la mortificación de tener que formar parte a pie de un entierro del que, a su juicio, se hubiera avergonzado un colono rico. Desde las puertas y delante de las tiendas la gente miraba, y cada una de esas miradas aumentaba el suplicio de la vanidosa mujer.

Bajo su velo de crespón observaba a derecha e izquierda, espiando a aquellos modestos artesanos, a aquellas mujeres, y cuando los veía cambiar entre sí alguna palabra, estaba segura de que se decían: "¿Pero es a la nuera de la señora de Saint-Selve a quien entierran así? No es posible. ¿En qué habrán estado pensando para consentir esto?"

Delante de la iglesia, un grupo formado por unas quince personas esperaba: el doctor Barradères y el señor Destouesse, de levita y sombrero de copa; un comandante retirado que acompañaba en otro tiempo en la partida de *triquet* al señor de la Ferté; el abate Tauziès, nombrado hacía poco cura de San Martín de Seignax; la presidenta de la Obra de los Tabernáculos y damas de esta Obra. Ana tuvo que estrechar algunas manos.

El abate Vergez recibió el cadáver en el atrio.

La iglesia de San Pablo es triste y desnuda. Sólo dos esculturas de otros tantos santos la animan. Uno de ellos es San Antonio, acompañado de un cerdito milagrosamente de color rosa. Jamás supo la señorita de la Ferté el nombre del otro santo que estaba enfrente, un santo con vestido verde que tenía a sus pies un ave que parecía entre corneja y polla de agua.

La misa fué terriblemente larga. Se hubiese creído que, convencido el abate Vergez de que a una conversa debía dársele buena medida, había adicionado oraciones enéditas. Cerca del final heló los corazones más indiferentes un desconsolador *Réquiem* cantado gangosamente por dos muchachitos del pueblo, que oficiaban de acólitos.

Todo el mundo se puso en pie. El hisopo pasó de mano en mano. No se puede imaginar nada de más dolorosa nobleza que el ademán con que la señora de Saint-Selve roció de agua bendita al féretro.

Al salir comenzaba a llover. Cuatro o cinco paraguas se abrieron en seguida.

El cementerio de San Pablo sólo dista de la iglesia cincuenta metros. Está en la falda de

una colina que domina el ferrocarril de Bayona. No exageraba el abate Saurépé al encomiar su situación pintoresca. Desde allí veíase la plateada línea de álamos que delimitaba el curso del Adour, la sombría colina de los Lazaristas y más lejos el cinturón color lila de las alturas de la Chalose. Todo esto componía un paisaje de una dulzura silenciosa, turbada solamente a la mañana, aquí y allá, por el canto de los gallos.

A la izquierda del calvario, que ocupa el centro del camposanto, en la segunda calle lateral, abríase la fosa recientemente excavada, dominada por un montón de tierra amarillenta que parecía tener doble volumen que el agujero de donde había salido. Amainó la lluvia. Uno a uno fueron cerrándose los paraguas.

Ahora, la escena habitual con su tono de mediocre desolación; las cuerdas que se pasan por debajo de la caja; uno de los sepultureros, que es menos fuerte que el otro y hace temer durante un momento una macabra caída, y al fin el golpe sordo de la madera contra la blanda arcilla del fondo.

La señora de Saint-Selve, siempre en actitud algo teatral, manteníase al borde de la fosa, inclinándola como si se hubiera sentido atraída por ella. Alrededor de esta primera figura estrechábanse sus hijas, sus amigas, que parecían preparadas para interponerse. La señorita de la Ferté estaba al otro lado del sombrío rectángulo, sola con el viejo oficial. La actitud de todos estaba tocada de ese recogimiento, de esa compasión nunca fingidos en estos momentos en que cada uno está pensando en que algún día le llegará su vez.

Al fin concluyó todo. Sostenida por Larralde y Sabina, la señora de Saint-Selve inclinóse, y recogiendo un puñado de tierra, la dejó caer en la fosa. Siempre hay en esa tierra pequeñas piedrecitas que al caer sobre el féretro suenan de un modo lúgubre. Ana permanecía derecha y pálida, apoyada en la tumba contigua. Parecía no pensar en que había que marcharse. El comandante retirado le puso en la mano el puñado de tierra de ritual, que ella arrojó al agujero tirándolo al azar.

—Señorita, lleva usted el chal manchado de yeso.

Era verdad. El muro del sepulcro, recientemente blanqueado, había sido la causa de aquella pequeña desgracia. Ana hizo un movimiento de impaciencia, pero el bravo ex militar obstinóse en limpiarla, y le dió una serie de golpecitos en la espalda.

—Ya sale, ya sale.

El no abandonaba su tarea. Ella se resignó. Se unieron a los demás en la puerta del cementerio, y allí quiso asegurarse él de que el yeso había desaparecido.

—Ya no queda nada; en el paño del uniforme hubiese costado sumo trabajo quitarlo, y eso con cepillo.

En la puerta de la iglesia volvieron a formarse los grupos; pero ahora se hablaba en voz alta. El doctor Barradères, muy rodeado de gente, explicaba las circunstancias de la muerte. Larralde hablaba, un poco separado, con el señor Destouesse. La señora de Saint-Selve daba rienda suelta a su dolor en el seno de las viejas señoras, sus amigas de la infancia.

—¿Es esto justo? — preguntó —. ¡Pobres niños, a quienes todo sonríe, que no han vivido, por decirlo así, marcharse de esta suerte! Nosotras somos las que debíamos partir.

—Es la voluntad de Dios, mi querida Constanza. Ante ella hay que inclinarse.

—¡Ah, mi pobre Elisa! ¡Decir que hacía siete años que no nos veíamos! Tienen que ocurrir desgracias como ésta para encontrarnos. ¿Y tu hija, está bien? ¿Y sus nenes?

—Muy bien todos; mi hija no pudo venir porque está a punto de tener otro hijo.

—Me alegro mucho, mucho. ¡Que haya al menos quien sea feliz!

—¿Cuándo regresáis a Burdeos?

—Esta noche, en el tren de las nueve y diez.

—Si no llueve, iremos a abrazaros a la estación.

Se separaron. Para volver a tomar el coche, que quedó a la entrada del pueblo, la señora de Saint-Selve obligó a sus acompañantes a ir por un sendero a campo traviesa. No quiso volver a pasar por la calle donde la habían visto acompañando un entierro de pobres.

Invitó a la señorita de la Ferté a subir con ella y con Sabina. Larralde y María Luisa tomaron el segundo coche.

Llegaron a la Crouts, a la hora de sentarse a la mesa, y Ana pudo comprobar que la señora de Villerupt se hallaba esta vez en el número de sus invitados. Sin duda, Larralde, durante el trayecto de regreso, había encontrado argumentos capaces de convencerla.

La señorita de la Ferté comprendió a qué sentimiento de febril curiosidad obedecía semejante cambio de actitud, cuando hacia las tres entró María en el comedor y anunció que esperaba el señor Destouesse.

—¡Ah! Es cierto — dijo Larralde —: el señor Destouesse me advirtió esta mañana que vendría por la tarde a la Crouts, y olvidé decírselo a usted.

Y, al mirarlo la señorita de la Ferté, repitió algo balbuciente:

—Lo olvidé por completo.

—Que pase el señor Destouesse — ordenó Ana.

❦ ❦ ❦

Para adquirir eternamente un profundo desprecio al dinero teniendo un alma delicada, basta asistir a esa ceremonia familiar que se llama apertura de un testamento. Se ve a personas obligadas a amarse, a manifestarse, al menos, pruebas aparentes de afecto, en actitud hostil y muertas de impaciencia ante la angustiosa espera, y después óyense dos clases de suspiros, con los que se acoge la lectura del veredicto: suspiros de satisfacción y suspiros de odio, no menos repugnantes aquéllos que éstos.

En el oscuro comedor de la Crouts, la ansiedad alcanzaba el máximo de intensidad. Flotaba en el ambiente una cuestión de vida o muerte. La difunta tenía, en Inglaterra, parientes lejanos: una tía y una prima, pero se sabía que estaba reñida con ellas. Si Galswinthe hubiera muerto primero, no podía dudarse de que hubiera dejado toda su fortuna a su marido, al marido que tanto amaba, con el que sólo se casó por amor. Ahora bien: la familia de ese marido era la suya; olvidarla sería una nefanda acción. No era posible que la cometiera aquella joven criolla, acogida con afecto en Burdeos, a quien durante seis años se le había dado religiosamente tan bonita renta, y para quien, en suma, siempre habían sido buenos y complacientes.

❦ ❦ ❦

El notario inclinóse ante cada una de las cuatro mujeres y dió la mano a Larralde.

—Señoras, el señor Larralde ha debido ponerlas al corriente del objeto de mi visita. Hace unos tres meses, la señora de Jaime de Saint-Selve, presintiendo su próximo fin, me manifestó su intención de testar y haber elegido la forma de testamento cerrado. Las prescripciones legales fueron cumplidas normalmente, y aquí está el testamento en cuestión.

Al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras, extrajo de su cartera un sobre. La oscuridad aumentaba.

—Hace falta una lámpara — dijo la señora de Saint-Selve con voz un poco ronca.

Ana levantóse y encendió la lámpara colgada. Lentamente fueron saliendo de la sombra los personajes que componían la escena.

La señora de Saint-Selve trataba de aparecer indiferente, pero todo en ella revelaba una tensión que no era bastante a ocultar su fingida desenvoltura. Con una seña había llamado a su lado a Sabina y le hizo sentarse en el brazo de su butaca. Con la mano en el hombro de su hija aguardaba, con una sonrisa cansada en los labios que quería expresar su absoluta indiferencia por las cosas de este mundo.

La señora de Larralde no se esforzaba tanto en disimular su emoción. Encima de sus rodillas se le veían temblar las manos. Larralde, por su parte, con las cejas tan próximas que llegaban a juntarse, tenía fija la vista en el giro que imprimía a sus gruesos pulgares.

Ana apenas veía a la señora de Villerupt. A medida que la difusa luz de la lámpara fué extendiendo el círculo luminoso, María Luisa había hecho retroceder su silla hacia la zona de la sombra, precaución que por sí sola bastaba para denotar los pensamientos que agitaban en aquel momento a la desgraciada. Castigado su marido con medidas disciplinarias, cada vez más severas, había sido finalmente destinado, hacía medio año, a Túnez. Le prohibió que lo acompañase, y a las súplicas de ella para que modificara esa decisión, él contestaba con el más frío cinismo poniendo condiciones pecuniarias exorbitantes para acceder a reanudar la vida en común. Larralde negóse en absoluto a desembolsar la crecida cantidad exigida por su cuñado, y lo horrible era que, cuantos más ultrajes devoraba, más esclavizada a su marido se sentía la altiva María Luisa. Había llegado a odiar a su madre y a su hermana, que la sostenían bastante débilmente en su lucha contra Larralde. En varias ocasiones intentó entrar en relaciones con la viuda de Jaime, y ya es sabido cómo fueron acogidas en la *Pelouse* sus pretensiones. Con todos estos antecedentes no es difícil imaginar qué clase de sentimientos albergaría su espíritu respecto a la señorita de la Ferté.

—¿Quiere tener la bondad de comprobar?

El señor Destouesse sacó otro sobre, que estaba encerrado en el primero, y se lo alargó a Larralde. Este lo tomó y lo examinó escrupulosamente.

—Como ve, contiene las firmas requeridas: la de la señora de Jaime de Saint-Selve, las de los testigos y la mía.

Larralde le devolvió el sobre inclinándose.

El notario lo abrió y leyó la breve fórmula mediante la cual Galswinthe legaba la totalidad de sus bienes, muebles e inmuebles, a la señorita de la Ferté.

La lectura fué acogida con un silencio tan glacial que, a pesar de una práctica de más de treinta años en el ejercicio de sus funciones, el señor Destouesse se halló turbado.

Interrogó con la mirada a cada uno de los presentes.

—Nadie, por lo que veo — dijo al fin —, tiene objeción alguna que hacer. Sólo me resta, por lo tanto, señoras, pedirles perdón por haberlas molestado.

Como nadie le contestó, dirigióse hacia la puerta y no permitió que la señorita de la Ferté, que se había levantado, lo acompañase más allá.

—No, señorita; se lo ruego.

Y en voz baja, de modo qe los demás le oyeran lo menos posible, añadió:

—La espero en mi despacho lo más pronto que pueda ir para llenar las formalidades de la toma de posesión.

XXX

—¡Bien! — exclamó al cabo de unos minutos, con tono irónico, la señora de Saint-Selve. —Esta es una cuestión arreglada. Tanto me-

jor, ¿no es cierto, hijos míos? ¿Qué dices tú, Esteban? ¿Y tú, Sabina?

Larralde no contestó. Su mujer miraba al espacio como atontada.

De repente, un ruidoso hipo convulsivo quebró el silencio.

—¿Qué es eso? —preguntó la señora de Saint-Selve.

Eso era que la señora de Villerupt había roto en desoladores sollozos. Se había contenido durante mucho tiempo, y ahora lloraba, lloraba con lastimeros gemidos, como un niño.

Su madre y su hermana corrieron hacia ella.

—¡Dios mío! —exclamó la señora de Saint-Selve—. ¡Tiene las manos heladas!

Ana agarró la lámpara y se acercó. Sabina la separó bruscamente.

—No necesitamos de nadie —dijo— para cuidarla.

Sin conmoverse, la señorita de la Ferté fué a la cocina y volvió a los pocos momentos con una estufilla y una taza de tisana hirviendo. María Luisa continuaba llorando, pero los modales de su madre y de su hermana se habían dulcificado: sin duda, Larralde había aprovechado los minutos para inculcarles el sentido de la realidad.

Mientras Sabina colocaba la estufilla bajo los pies de la señora de Villerupt, la señora de Saint-Selve esforzábase en hacerle beber la tisana, al mismo tiempo que daba las gracias efusivamente a la señorita de la Ferté.

—¡Cuántas molestias te damos! Nunca olvidaremos lo buena que con nosotras has sido. Bebe, María Luisa; bebe, hija mía. Es tu madre la que está a tu lado.

En tanto que ellas trataban de combatir como podían el síncope, Larralde logró sorprender aparte, en un rincón, a Ana.

—Será tal vez conveniente que, desde luego, hablemos ya de ciertos asuntos. No ignora usted que mi hermana política había colocado en mi casa una parte de la fortuna que acaba usted de heredar. Por este hecho...

Con un movimiento de cabeza, ella le señaló el grupo formado por las tres mujeres.

—Más tarde: nada nos apremia —dijo secamente.

Un poco antes de las siete, cuando llegó el momento de dirigirse a la estación, no era posible pensar en que María Luisa recorriese a pie el kilómetro de camino arenoso que separa la Crouts de la carretera, donde aguardaba el coche. Fué necesario que el jardinero preparase la carreta de bueyes que había servido por la mañana para conducir el féretro, en la que, con un toldo, improvisóse un abrigo de momento. La señora de Saint-Selve y su hija subieron a ella. La señora de Villerupt sufría crisis de lágrimas a cada momento, y cuando cesaba en sus sollozos, oíase el castañeteo de sus dientes, producido por un constante tiritar.

—Hasta la vista, prima mía —dijo Sabina abrazando tímidamente a Ana.

La señora de Saint-Selve arrojóse en sus brazos.

—Querida hija, te lo repito, nunca olvidaremos tus atenciones. Me apena dejarte aquí tan sola, en esta casa tan triste. No estás en edad de vivir así. ¿Por qué no has de venir a nuestra casa, a Burdeos, cuando te plazca, a estar todo el tiempo que quieras? La casa, ciertamente, no es tan alegre como en otro tiempo, pero al lado de ésta... No me digas que no. Para nadie será molestia; eres de la familia, ¿no es verdad? Bien; queda prometido.

Cuando dejó de oír el chirrido de las ruedas de la carreta, Ana subió al primer piso. La cámara mortuoria estaba igual que por la mañana. Las dos sillas sobre las cuales estuvo colocada la caja seguían frente a frente. Ana las puso en su lugar.

Se había ocupado de que comiera la familia de Saint-Selve a las seis; pero ella no había tomado nada todavía. Cuando bajó al comedor, María estaba preparándole la mesa.

—Desde hoy —dijo a la vieja criada— me servirá por la noche legumbres y café con leche, como antes.

Cuando terminó su comida fué a sentarse al lado de la lumbre, cerca de *Pyram*, que dormía. Fuera oíase rugir el huracán en la llanura.

Un poco después de las nueve sentóse a la mesa, dispuso el tintero, una pluma y una caja de papel y, deteniéndose frecuentemente para pensar la frase que había de seguir, escribió una carta, de la que en seguida sacó copia.

Dieron las once. Metió una de las copias de la carta en un sobre y en él escribió la dirección siguiente: *Mr. Edwin Calthorpe, Port-au-Prince, Haití.*

XXXI

Finalizaba abril. El viejo *Pyram* había muerto en marzo. Fué enterrado en un rincón del jardín. No teniendo ya que pasearlo, la señorita de la Ferté apenas salía de casa.

Una tarde fué a la *Pelouse*, mandó enganchar el coche y dirigióse a Dax, a casa del señor Destouesse.

El notario la recibió en seguida.

—¿Qué hay? —le preguntó.

—Nada, señorita; no tengo nada todavía. Estamos a veintiocho y eso me sorprende mucho.

—A mí no tanto.

—A la señora de Jaime de Saint-Selve le fueron entregadas sus rentas siempre con puntualidad. Igualmente ocurrió con las de usted los dos meses anteriores.

—Las cosas pueden cambiar de un día a otro. Se trata de una cantidad de ocho mil francos, ¿no es eso?

—Exactamente. Seis mil francos de la renta mensual y dos mil de arrendamiento de la casa del pretil de Chartrous, que venció el quince del actual. Creí que el señor Larralde difería el pago de las rentas para liquidar el total después de dicha fecha; pero nada me envían. ¿Qué debo hacer?

—Esperar hasta el cinco o el seis de mayo, y si en esta fecha no ha recibido los ocho mil francos, más los seis mil de abril, escríbales una carta cortés recordándoselo.

* * *

El día 7 de mayo, el señor Destouesse comunicó a Ana que no habiendo recibido hasta ese día ninguna cantidad, daba cumplimiento a sus instrucciones, y que la tendría al corriente.

Cuatro días después, Larralde llamaba a la puerta de la Crouts.

Ninguno de los dos podía haber olvidado su visita de ocho años antes, cuando fué a anunciarle oficialmente el casamiento de Jaime. Este hombre tuvo siempre la especialidad de las misiones desagradables. Pero la primera vez, aun convencido del carácter poco grato de la misión que se le obligaba a desempeñar, era indudablemente el dueño de la situación. Si exteriorizó sentimientos de piedad fué porque así quiso hacerlo. En esta segunda ocasión, los papeles estaban cambiados.

Sin embargo, esta realidad no fué obstáculo para que él iniciara la conversación con desenvoltura.

—Se figura, sin duda, querida prima, que vengo a presentarle excusas por el pequeño retraso que sabe. Mas no es así: lo que he de hacerle son reproches.

—Es posible —contestó Ana con inexpresiva sonrisa.

—Sí, reproches. Prometió formalmente a su tía ir a vernos a Burdeos. Le escribió a primeros de febrero recordándole su promesa; después, en marzo, lo hizo mi esposa, y nada ha contestado usted.

—Contesté a la señora de Saint-Selve.

—Sí, pero no contestó a Sabina, y esto nos hizo creer que iba a llegar. Pasaría en nuestra casa dos semanas completamente tranquila y de paso arreglaríamos nuestros asuntos.

—Es, por su parte, una amabilidad haber comprendido que soy una salvaje y haber venido a verme.

—Vine porque tenemos que hablar seriamente.

Su voz alteróse un momento, pero recobró rápidamente su firmeza.

—Muy seriamente —repitió.

—Le escucho.

—Vine a proponerle un negocio interesante.

—¿Un negocio interesante a mí?

—Sí, pero antes tengo que hacerle una o dos preguntas; bien entendido que si me juzga indiscreto, no me conteste. Cuando miss Rusell se convirtió en la esposa de Jaime, sus bienes parafernales, ya me comprende, sus bienes propios, ascendían a un millón quinientos mil francos. En dicha época invirtiéronse ochocientos mil francos en renta francesa del cinco por ciento. Los setecientos mil restantes fueron colocados en mi casa al interés del siete por ciento. Por un arreglo posterior, mi hermana política ingresó en mi casa una nueva suma de trescientos mil francos, y queriendo yo corresponder a tal prueba de confianza, asigné a esta cantidad el ocho por ciento. Hay que anotar que, en el intervalo, ella había dispuesto de doscientos mil francos para adquisición de inmuebles. Debe, por lo tanto, haber encontrado en su herencia un remanente de trescientos mil francos en renta francesa del cinco por ciento.

—Un poco más —contestó Ana—. Desde que la señora de Saint-Selve vivía en el campo, no gastaba todas sus rentas. Encontré trescientos cuarenta mil francos.

—Perfectamente. Pues bien, yo he reflexionado sobre lo anormal de su situación. Por una parte tiene dos porciones de su fortuna colocadas a distintas tasas de interés: una al siete y otra al ocho, y yo le propongo unificarlas al ocho por ciento, con lo que obtendrá un beneficio de siete mil francos al año. ¿Le conviene?

—Es usted, en verdad, excesivamente bueno. Acepto, pero con una condición.

—¿Cuál?

—La condición de saber cuál es la que por su parte pone a ese arreglo.

—Yo no pongo ninguna condición. Estimo solamente que no puede tener interés en dejar trescientos cuarenta mil francos produciendo el cinco por ciento, cuando puede obtener de ellos inmediatamente el ocho en nuestra casa, o sea una diferencia de diez mil francos en su favor, que, con los siete mil de que hablábamos hace un momento, componen diecisiete mil francos anuales, cantidad que merece la pena fijarse en ella.

—Hablemos claro. ¿Quiere que yo ponga trescientos cuarenta mil francos en su casa?

—Se lo repito: es por interés suyo. Porque, en lo que a mí concierne, admitirá...

—Le vuelvo a dar las gracias. ¿Y puedo preguntarle qué uso piensa hacer de esa nueva cantidad?

Larralde sonrió con gesto protector.

—Si yo hubiese tenido que entrar delante de usted —dijo— en esos detalles, me hubiera pedido por favor que me callara.

—Perdone —contestó Ana—. Hace algún tiempo descubrí en mí una afición especial a esos detalles. Además, no hay para qué disfrazar los hechos entre nosotros. Me concede un aumento de siete mil francos de renta para que yo, a mi vez, le conceda un préstamo de trescientos cuarenta mil francos. Nada más natural. Pero le repito mi pregunta: ¿en qué piensa emplear esa cantidad? ¿En una ampliación de sus negocios, supongo?

—Da gusto hablar de negocios con usted. Ha adivinado: en ampliar la explotación, o me-

por dicho, en modificar los métodos empleados hasta ahora.

A partir de aquí, se lanzó en una extensa serie de consideraciones técnicas muy a propósito para desorientar a quien estuviera mucho más al corriente que podía estarlo la señorita de la Ferté del negocio comercial del ron. Le habló de una instalación donde se fabricaría directamente para él todo cuanto se necesitaba para la venta del ron al comercio al por menor: etiquetas, facturas, cápsulas, tapones, fundas de paja, cajas, botellas.

—En las botellas, principalmente, pueden obtenerse grandes economías. Figúrese que en el momento actual tengo adquiriads cien mil botellas a treinta centavos cada una, y fabricándolas yo directamente me saldrían a veintidós centavos. Ya comprenderá que sería criminal...

Ana lo interrumpió sonriente.

—Va a juzgarme muy presuntuosa — dijo.

—Hable.

—Pues bien; temo un poco, lo confieso, que este negocio de las botellas y de las fundas de paja sea del mismo género que el que hace una docena de años le propuso a mi pobre padre.

—¿De qué se trataba? — preguntó Larralde, que se puso repentinamente rojo.

—Lo ignoro. Era, por desgracia, demasiado joven en aquella época para que se pensara en consultarme. Pero es imposible que no se acuerde. No ha tenido otras ocasiones de hablar con mi padre. Recuerde: debió ser en 1872 ó 1873.

—Creo, en efecto, tener una idea... Sí, sí; ahora ya me acuerdo. Pero aquello era una locura. Se trataba de un intento de aclimatar la caña de azúcar en las dunas del litoral landés; es decir, en sitios donde nada puede crecer. No le enseño nada nuevo si le digo que a su padre no lo había llamado Dios por el camino de los negocios.

—En efecto. Y eso es lo que ha hecho que yo, su hija, sienta por los negocios una repugnancia que únicamente la obtención de beneficios muy grandes me haría vencer.

—¿No le satisfacen los que yo le he ofrecido al principio?

—No.

—¿Es que acaso piensa obtenerlos mayores?

—Sí.

—¿Le han hecho otras proposiciones?

—Sí.

—¡Ah! — exclamó Larralde.

Y, después de reflexionar, preguntó:

—¿Puedo conocerlas?

—Desde luego. Se me ofreció el diez por ciento.

—¿El diez por ciento? ¿Eso no es en serio?

—Es muy en serio, por el contrario.

—Mire: a usted han podido contarle cuentos; pero a mí, no es posible. Llevo treinta años en el comercio, y puedo asegurarle que en la plaza de Burdeos...

—No, si no es de Burdeos de donde procede la oferta...

—¡Ah!

—... del diez por ciento. Veintisiete mil francos más que en su casa.

Una ráfaga de alivio pasó por los ojos de su adversario.

—Vamos — dijo con tono bonachón —. Ya me parecía a mí... Está embrollada en sus cálculos... ¿Dice veintisiete mil francos? No, no son veintisiete mil, sino siete mil francos.

—He dicho bien: veintisiete mil francos.

—Veamos: trescientos cuarenta mil francos al ocho por ciento, son veintisiete mil; al diez por ciento, son treinta y cuatro mil, o sean siete mil francos más solamente.

—Perdón. ¿Quién le ha hablado de trescientos cuarenta mil francos?

—¿Cómo?

—Es de un millón trescientos cuarenta mil francos de lo que se trata. Un millón trescientos cuarenta mil francos me producirían en su casa, al ocho por ciento, ciento siete mil francos; ahora, al diez por ciento, me producirían ciento treinta y cuatro mil; luego tengo razón al hablar de veintisiete mil francos.

—Un millón trescientos cuarenta mil francos — repetía Larralde como en un sueño

—¡Justo!

—Pero esa suma comprende el dinero colocado en mi casa por mi hermana política.

La señorita de la Ferté inclinó la cabeza.

—¿Pero es que, entonces, ha pensado en retirármelo todo?

—¿Y por qué no? Veintisiete mil francos más al año valen la pena.

Larralde pasóse la mano por la frente.

—Bien — dijo con voz que empezaba a velarse —; aunque por mi parte sea una locura, ¿y si yo pudiera darle ese diez por ciento?

—Le respondería que es tarde ya.

—¿Tarde? ¿Cómo tarde? ¿Está firmado?

—Sí, está firmado.

—¡Ah! Entonces..., siendo así... ¿Conozco yo a la persona con quien ha convenido usted eso? Me dijo hace un momento que no era de Burdeos.

—No, no es de Burdeos.

—¿Quién es?

—Míster Edwin Calthorpe, de Puerto Príncipe.

—¡Calthorpe! — exclamó Larralde.

La emoción le hizo levantarse. Ana, que no dejó de observarle, lo vió vacilar y volver a sentarse.

Lentamente, cuidadosamente, dobló su pañuelo y lo metió en el bolsillo.

—Estoy perdido — dijo simplemente.

—¿Perdido? — preguntó ella —. ¿Qué quiere usted decir?

—Perdido — repitió él, sin que la voz tuviera matiz alguno de odio, ni de cólera, ni aun de amargura —. Perdido. ¿No comprende lo que quiere expresar un comerciante cuando le dice que está perdido?

—Realmente, no lo comprendo. No puede tratarse más que de pasar un momento un poco difícil. No hace diez minutos me hablaba de extender y mejorar sus negocios. Estará arreglado con aplazar sus proyectos.

Larralde movió la cabeza.

—No se trata de mejoras.

—¿De qué, entonces?

—No nos engañemos más. Ha transferido sus créditos contra mí a Calthorpe, a ese Calthorpe, que ha reducido casi a la nada mis factorías de Haití; a Calthorpe, que me trajo la guerra al mismo Burdeos instalando una sucursal; a Calthorpe, que, en fin, quiere mi piel. Ya puede estar tranquilo, porque la va a tener. Puede perfectamente perder en la jugada su millón, y darle, en cambio, dos. Aun saldrá ganando. Sin competencia, queda dueño de la plaza. No podrá quejarse.

—¿Perder su millón? Pero si yo se lo hubiera pedido para colocarlo en otra parte, ¿no estaba en situación de dármelo?

—Esas son cosas que se ven todos los días en el comercio.

—Será verdad. ¿Y en esas condiciones intentaba sacarme otros trescientos cuarenta mil francos?

El la miró a los ojos.

—Yo trataba de no dar la caída.

—Muchas gracias, por mi parte.

Larralde no contestó. Subía y bajaba alternativamente sus dedos, como si contase invisibles cantidades. Después alzó los hombros y murmuró:

—De todos modos es muy duro.

—Créame — dijo Ana — que yo lamento...

—No — la interrumpió el comerciante —; no hay para qué hablar así; no vale la pena en este momento. ¿Le he suplicado? ¿Le he amenazado? ¿He intentado hacerle cambiar de idea? No, ¿verdad? He comprendido perfectamente que era inútil. Me resigno; acepto mi suerte; pero, a su vez, compréndame también.

Ana estaba sorprendida del giro que tomaba la conversación. Hallábase como una fragata que después de izar todas sus velas cayera en una calma absoluta.

Mientras tanto, Larralde hablaba con una serena soltura que no estaba carente de grandeza.

—Escuche, escúcheme bien. Tengo derecho a ello. Puesto que su asunto está ya terminado, puedo decirle cosas que, de otro modo, me hubiera dejado cortar en pedazos antes de decirlas. Hubiese podido parecer que mendigaba. Escuche. ¿Recuerda el día que vine a decirle que se casaba Jaime? Yo, es necesario confesarlo todo, cooperé con todas mis fuerzas para que el matrimonio se realizara. Hay que hacerse cargo. Yo soy un comerciante, ante todo un comerciante. Aquel matrimonio era una fortuna inesperada para mí. Piense en que se trataba de una dote de millón y medio de francos. En aquella época, Calthorpe comenzaba a batirme en brecha. Era dinero que salía de su caja para venir a la mía. Doble beneficio; lo contrario de lo que va a ocurrir ahora. Hice, pues, cuanto pude. Pero cuando el matrimonio estuvo decidido; cuando me encontré aquí, en esta misma habitación; cuando la vi a usted tan pálida, tan digna y también, no lo negaré, con tan inmensa pena, comprendí la mujer que era. Cuando me acompañó para salir estuve a punto de besarle la mano, y durante el trayecto de vuelta tuve que pensar con ahinco en el millón del viejo Rusell, para olvidar todo eso; pero no impidió que al entrar en casa dijera a Sabina: "Hemos cometido una mala acción. Tengo miedo de que no nos aporte la felicidad".

—Señor... — dijo Ana, al mismo tiempo que expresaba por medio de un gesto su deseo de que no siguiese.

Pero él no la veía, no la oía. Seguía hablando como dirigiéndose a sí mismo. Era toda su vida lo que evocaba.

—De todos modos, es muy duro — volvió a decir —. Y observe que no me quejo por mí. Yo tengo lo que merezco. Cuando mañana me encuentre sin un franco, volveré a empezar. Mire mis manos. No son bonitas. Es que trabajaron mucho. Yo salí de la nada, ya lo sabe. Yo fuí vaquero hasta que a los quince años entré en Bègles, en el secadero de bacalaos. ¡Qué número de ellos he sumergido en las tinas! Entonces se resquebrajaron mis dedos tal como lo ve aún. Pero al mismo tiempo me instruía; de noche, a la luz del candil, aprendí las cuatro reglas, un poco de teneduría de libros. Había que empezar por algo. Del bacalao pasé al ron. Salí de los empleos subalternos. El señor de Saint-Selve, padre, me distinguió con su afecto; siempre fué muy bueno para mí. Además, sentía cercano su fin y se hallaba con su hijo demasiado joven, y su mujer, que gastaba más de la cuenta. Yo, en diez años, había pasado de sesenta a dos mil francos mensuales e interesado en los beneficios. Desde entonces formó algún plan respecto a mí. Nunca olvidaré el día que me dijo: "Larralde, si no tiene nada que hacer, venga mañana domingo a almorzar a casa, calle de Cheverus." ¡Yo en aquella casa, Dios mío! María Luisa se había casado ya. El capitán de Villerupt estaba con licencia precisamente, y los dos, durante la comida, cambiaron frecuentes bromas de las que me di cuenta que yo era el objeto. Pero el viejo Saint-Selve no aguantaba mucho, y nadie podía reírse demasiado delante de él, y la señora de Saint-Selve estuvo conmigo muy amable. Además, hubieran sido como quisie-

rau, nada hubiera importado. Yo la amaba.

—¿A quién?

—A ella, a Sabina. ¿Me amó ella a mí, o fué la víctima; la sacrificada de la familia? Comprenda: el padre acababa de morir, se habían aumentado los derechos de exportación, uno de nuestros barcos se había hundido, la competencia empezaba a ser terrible. Hacía falta alguien que tomara las riendas de la casa. Yo estaba allí, y me tomaron a mí. No había medio de hacer otra cosa. Jaime no había salido aún del colegio; pero, además, usted que es seguramente una de las personas que mejor lo han conocido, sabe como yo que no tenía condiciones para el comercio. Yo creo, sin embargo, que ella me amó, y después de todo, ¿qué importa, habiéndola amado yo? Yo la amé; pero debo ser franco: en ella no amé sólo a ella: amaba también el sentimiento de mi propia elevación. Piense que en menos de veinte años el pequeño vaquero de Sauve se había convertido en el esposo de una de las señoritas de Saint-Selve. Había razón para perder un poco la cabeza. Yo, lo reconozco, la perdí del todo, y de ahí nació mi desgracia.

Empezaba a oscurecer. Larralde prosiguió:

—Digo mal mi desgracia, porque no me quejo de nada, no tengo derecho a quejarme. Toda mi vida, pase lo que pase, tendré ante mis ojos las estepas y los pantanos de Sauve, donde durante ocho años chapoteé y dormí al aire libre, siempre bajo el temor de volver a la granja sin alguna de mis vacas. Pero hay que decir la verdad: si a partir de una cierta altura, no me hubiera empeñado en seguir subiendo, podría liquidar mañana, no como deudor, sino como acreedor. Porque hay dinero mío en la casa: trescientos mil francos, y trescientos mil francos que representan, créalo, muchas privaciones, muchas noches en vela, muchos trabajos cuando fuera hacía un tiempo hermoso y yo me hubiera ido a pasear de muy buena gana. Y ahora, la recompensa es el síndico, la quiebra, acaso la cárcel.

Ana lo vió estremecerse. Sus pensamientos saltaron a otro campo.

—¡Ah!, ese capitán de Villerupt. Jamás podría usted suponer lo que ha habido que hacer por él. Una vez, yo, que le estoy hablando, juez del Tribunal de Comercio, propuesto desde tres años antes para la cruz de la Legión de Honor, tuve que recorrer Burdeos, durante una mañana, en seguimiento de una letra falsa, y llegué en el preciso momento. Un día era eso, al siguiente otra cosa; porque el miserable tiene ingenio. Y yo pagué, pagué y he vuelto a pagar. En algún momento me rebelé; pero pronto volví a ceder. Me daba perfecta cuenta de que alrededor de mí, mi cuñada, mi madre política y mi misma esposa encontraban aquello completamente natural, y concluí, se lo aseguro, por estar yo también convencido. Su destino, el de él, era contraer deudas, el mío, pagarlas. Mientras es el dinero de uno el que desaparece, menos mal. Pero después he seguido lo mismo. Me parecía que obrando de otro modo faltaba al contrato que me había hecho entrar en la casa Saint-Selve. ¿Qué era yo para aquellas pobres mujeres sino una máquina de fabricar dinero? El dinero parece dar a los demás el descanso, el bienestar, el lujo. En cuanto a mí, no supe nunca nada de eso. Yo no vi en todo momento más que facturas que pagar, siempre pagar. Mi amor propio estaba empeñado. Me doy perfecta cuenta de que han tirado contra mí con bala roja. Moneda falsa, óigame, moneda falsa hubiera yo fabricado. Pero bien lo sabe, puesto que estoy aquí.

Ya no se veía. Quedaron largo rato en silencio los dos. Después Ana encendió la lámpara.

Larralde preguntó:

—¿Y *Pyram*?

—Murió.

Tímidamente interrogó después:

—¿Puedo saber en qué fecha ocurrirá eso...? Ya comprende a qué me refiero.

—Lo ignoro —respondió la señorita de la Ferté—. No me ocupo más de ese asunto. Míster Calthorpe tiene plenos poderes míos.

—Esperaré.

Ana lo acompañó hasta la puerta, hasta el mismo sitio en que siete años antes se separaron.

XXXII

En el mes de octubre, al *Myrmidon* se le abrió una vía de agua, y fué a varar a la costa de Canarias. No se le pudo volver a poner a flote.

Calthorpe aprovechó este accidente, que hizo desaparecer una de sus garantías, para entablar el procedimiento del que había de resultar la absoluta ruina de su rival.

El 10 de noviembre, Larralde suspendió sus pagos. Dos semanas después se declaraba la quiebra. Muy a duras penas evitó el quebrado la bancarrota de que estaba amenazado, por las excesivas sumas que aparecían empleadas en los gastos de la familia. Los peritos comprobaron que Larralde había invertido más de un millón en pagar deudas de su hermano político. Su proyecto de convenio con los acreedores fué rechazado.

Cuando terminó todo, entró como tenedor de libros en un almacén de quincalla de la calle Santa Catalina. A fuerza de economías, él y su esposa lograron subvenir al mantenimiento de la señora de Saint-Selve y pagar la pensión de María Luisa en la casa de salud a que hubo que llevarla, a consecuencia de la prisión, por estafa, del ex capitán Villerupt.

La señorita de la Ferté no salió de la Crouts. Sus rentas, solidarias de la increíble prosperidad de la casa Calthorpe, reina y señora de los mercados de ron de Puerto Príncipe y Burdeos, administradas, además, con notable talento por el escrupuloso señor Destouesse, se quintuplicaron en menos de veinte años. Sólo los beneficios que alrededor de ella hacía denunciaban tal crecimiento.

Murió en el otoño de 1914. Su muerte, debido a los acontecimientos que pesaban sobre todos, apenas si fué notada.

Así vivió y así murió esta mujer, que, esposa y madre, hubiera sido, sin duda, modelo de madres y de esposas. Toda su fortuna se invirtió, por disposición testamentaria, en obras filantrópicas, principalmente en constituir pequeñas dotes de quince a veinte mil francos que cada año debían facilitar a diez muchachas pobres el encontrar marido.

Fin de "LA SEÑORITA DE LA FERTE"

EL CONTINENTE ABSURDO

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 15)

que tanto trabajo les costó elaborar?... ¿Deben considerarse racionales quienes matan porque aman?... ¿Qué puede pensarse de quienes tienen alimentos al alcance de la mano y se dejan morir de hambre; de quienes asesinan a cuantos disienten con su parecer; de quienes todo lo clasifican según las conveniencias e inconvenientes que les reporta de inmediato, y sobre tan egoísta y falsa noción, fundan ciencias y modelan conciencias; de quienes temen a la muerte, sin conocerla, pues sólo ven en ella un efecto (el aniquilamiento, el no ser); de quienes glorifican al amor, "fuente de la vida", y, bajo ciertas condiciones, lo reputan vergüenza e ignominia; de quienes llaman al dolor "padre de la sabiduría" y lo eluden sistemática, cobardemente; de quienes dicen adorar a sus dioses —dioses antropomórficos, hechos a su imagen y semejanza— y los escarnecen y blasfeman; de quienes proclaman respeto a las leyes, que ellos mismos se dieron para salvaguardia y protección de la especie, y cuya constante preocupación consiste en violarlas (porque, en teoría al menos, mentir, robar y matar, espontáneas manifestaciones de la condición humana, estaban duramente penadas); de quienes exaltan el valor, la heroicidad, e inventan armas que impiden el ejercicio de tales virtudes; de quienes manifiestan su respeto por la ciencia, y discuten, menosprecian o desamparan a los sabios?... Les movía un exaltado concepto de la libertad, e impulsados por una fiebre de servilismo se sojuzgaron a códigos, reglas, costumbres, banderías y hombres. Los peores discernían los méritos de los mejores, para elegirles jefes, sin perjuicio de calumniarles, deponerles o asesinarles, poco tiempo después. Llamábanse hermanos, y un río, en lugar de unirles, como camino fácil y móvil, les separaba irreconciliablemente, al punto que los de una orilla ignoraron la lengua de los otros ribereños y de ello hicieron ridículo pretexto para matarse, para exterminarse sin objeto alguno, ni siquiera con el primitivo y lógico de comer a los prisioneros adversarios... Para obligarles a comprar hierro o plumas, emprendieron bárbaras matanzas de presuntos compradores... En suma, eran intolerantes e intolerables, incomprensibles, absurdos...

El disertante calla, para humedecerse los gruesos labios, mientras sus ojos, a los que una acentuada miopía presta apariencia de pensativa abstracción, se pasean por los rostros de los aburridos alumnos, sin verlos. Maquinalmente, ordena algunos objetos sobre el escritorio. Luego prosigue con la habitual monotonía:

—En Europa hubo felices tiempos en que se pudo hablar de algo, pensar, opinar. En los que nos ocupan, no. Ciertas ideas estaban terminantemente prohibidas, prohibición que les dió mucha popularidad, y algunos temas de conversación entrañaron, *"per se"*, delito grave. En cambio, pese a repetir hasta la saciedad su preferencia por lo práctico, lo eficiente y lo positivo, malgastaron su tiempo —que cotizaban a oro— en discutir minucias metafísicas, históricas y literarias, que

jamás dominaron. En filosofía nada adelantaron por espacio de treinta siglos; en historia, mintieron con exceso de pasión y documentos, para ensalzar o vituperar, según sus gustos; en escultura, tuvieron que imitarnos para renovarse, y nuestros "totems" fantásticos, mascarillas rituales y tallas pseudo primitivas, terminaron con sus serviles calcos de la realidad; en música, nos copiaron, sin entendernos; en literatura, les preocupó la forma, exclusivamente. Perdieron el sentido de la danza y de la invocación. Aquélla se trocó en sensualidad ritmada y mediata, sin trascendencia cósmica; ésta, sólo brotó de sus labios con ruines miras de provecho personal. Mataron a la Noche y al Miedo... Señorita Mawata, se comporta usted con una incorrección de europea. Deje usted de emperifollarse y cubrir impúdicamente su cuerpo. Atiéndame. Ahora diré algo que le atañe muy especialmente.

Los alumnos rebullen ante la perspectiva de que alguien sea puesto en ridículo.

—Los salvajes europeos —continúa el maestro—, se vanagloriaban de su adoración por la belleza, pero, como usted, tenían una falsa vergüenza de sus cuerpos que, deformes y grotescos, resultaban más puros y perfectos que sus almas, más hermosos y agradables que sus vestidos. Y ni siquiera se disfrazaron, por finalidad clara y determinada, con pieles y cabezas de grandes fieras, que confieren aspectos dignos e imponentes, y presuponen, en quienes las llevan, el valor de su conquista en lucha. No. Sus trajes estaban hechos de tubos, fundas y armadijos que no les servían para disimular su presencia en las ciudades, como le sirve al león de los arenales su dorada pelambre, o a las cebras del bosque sus rayas de luz y sombra. Los que más se aproximaron a una caricaturesca imitación de las bestias vivieron en la primera mitad del siglo XX: su "calzado" reprodujo con bastante fidelidad las brillantes pezuñas de los búfalos; sus "pantalones" semejaban las patas de elefantes y rinocerontes; sus "americanas", "fracs" y "chaquets" les prestaron algo del aspecto de patos, marabús y demás aves. Las mujeres usaron colas a lo pavo real, faldas cortas a lo grulla, altos tacones, que les daban apariencia de zancudas. Éstas y aquellos rivalizaron en adornarse con lo inútil, con lo asqueroso: con las escasas partículas del único carbón que no arde: el diamante; con la evidencia de una enfermedad de las ostras: la perla... ¿Qué le parece a usted, señorita Mawata? Bueno... Lejos de mi ánimo el propósito de abochornarla. Pasemos a otros aspectos de mayor importancia.

Muchachas y muchachos suspiran, defraudados en su expectativa de escándalo. El maestro consulta algunos apuntes, antes de proseguir:

—Ahora, luego de transcurridos tantos años y desaparecidas las causas raciales, políticas y religiosas que nos indujeron a desfigurar ciertos acontecimientos históricos, conviene relatarlos fielmente, sinceramente. Es cierto que la conquista de Europa estaba planeada y resuelta desde mucho antes de su empresa. Una potencia como la nuestra, a menos de renegar de su civilizadora misión, mal podía permanecer inerte e indiferente en presencia de acontecimientos que perturbaban el normal ejercicio de su actividad colonial. La densidad de nuestra población nos forzaba, en primer término. Africa era estrecha para contenernos, pero Asia acumulara demasiado poderío para intentar sojuzgarla; América también parecía hueso duro de roer; y Oceanía, por dispersa, dificultaba su rápida conquista. Lógicamente se pensó en Europa, prolongación natural de nuestro continente; en Europa, debilitada por guerras, revoluciones, costumbres e ideas. Intentamos la penetración pacífica, la catequización paulatina. Fué inútil, casi diría contraproducente. Las factorías y misiones que establecimos en Hyde Park, Bois de Boulogne, El Pardo, el Aventino y otros lugares semisalvajes, fueron objeto de burlas y afrentas. Luego nuestros agentes secretos las asaltaron y saquearon en diversas oportunidades, para preparar el "clima" reivindicatorio... Nuestros sabios, que se trasladaron al "Continente absurdo" para estudiar razas y costumbres, leyendas y supersticiones, formaciones geológicas y grupos étnicos, riquezas naturales y orígenes totémicos, etc., etc., fueron hostigados por las feroces tribus que poblaban las inexploradas regiones de Roma, Bruselas, Amsterdam, Londres, París y demás aldehuelas. Formulamos reclamaciones diplomáticas, en tanto que organizábamos expediciones punitivas. Hasta pedimos a la vetusta y anacrónica Sociedad de las Naciones que nos confiriera un mandato sobre tan bárbaras, agresivas y ricas regiones. Como los europeos pertenecían a la entidad, por un lejanísimo y prescripto derecho o título de países fundadores, recibimos una negativa. Se cometiera un error fundamental al aceptar en dicha Sociedad de las Naciones a los pueblos semisalvajes de Europa, sin razas ni nacionalidades definidas; tribus sin pureza de sangre, cuyos territorios, en su totalidad sufrieran el interminable flujo y reflujo de cien invasiones y conquistas, que contribuyeron a mezclarlos heterogénea e inextricablemente, sin amalgamarlos. Por añadidura, las nueve décimas partes de la población sufría la esclavitud más odiosa e intolerable...

—¡Maestro! —interrumpe un chiquillo bantú—. Una cabra está comiendo la bandera de la escuela.

—¡Corre a espantarla!... Prosigo. Como es natural, se habló mucho en nuestro favor y en nuestra contra, mas nada se resolvió a nuestro agrado. Sólo obtuvimos de las demás potencias un platónico e ineficaz embargo de armas, que, dicho sea de paso, perjudicó bastante a nuestros corsarios y contrabandistas. Los acontecimientos se precipitaron por diversos motivos: porque el pillaje de que eran víctimas nuestros conciudadanos se tornara insoportable; porque un lord inglés abofeteó a régulo de pura sangre waziri; porque se rechazaba nuestra religión, nuestras pieles, nuestras carnes, nuestros saludables alcoholes de arroz y palma. Fué entonces cuando, naturalmente, resolvimos imponer el Derecho y la Libertad... Nuestra fuerza aérea, seguida por la marina y el ejército, atacaron a Europa. Luchamos, avanzamos, perseveramos. Paso a paso fuimos abriéndonos camino entre hordas feroces y suicidas, cuyos primitivos e inexpresivos dialectos entorpecieron tanto nuestra acción civilizadora como sus armas. Y conste que usaron de innobles y cobardes recursos defensivos, desde los gases tóxicos y las contaminaciones bacteriológicas, hasta aquella bomba atómica, que tuvo un cuarto de hora de celebridad. Nuestra ciencia, puesta al servicio de una justa causa, superó todas las dificultades. Vencimos... Sin darles tregua, impusimos la Justicia y la Libertad, intentamos convertirles y civilizarles, pese a que en campos, fábricas, talleres y oficinas encontramos una enorme cantidad de esclavos, cuya inferioridad mental y física nos impidió darles título y prerrogativas de ciudadanos. En pago de tales favores, aquellos conquistados inconquistables no cesaron de hostilizarnos, de asesinarnos en cuanto se les presentaba la oportunidad. Una revolución seguía a un alzamiento, una huelga a un motín. El escarmiento era necesario y la guerra volvió a encenderse. En un heroico esfuerzo final, caímos sobre ellos, los destrozamos, los aniquilamos. Los sobrevivientes, muy pocos, quedaron condenados a esclavitud perpetua. En menos palabras, de acuerdo con las únicas reglas guerreras que entendían aquellos brutos, nos vimos en la penosa necesidad de imponer nuestro "*Vae victis*"... La tarea de reorganizar aquel continente de acuerdo con nuestro sentido del orden, del derecho y la equidad, fué larga y engorrosa. Debimos rehacerlo todo, desde los bosques hasta su repoblación por una fauna casi extinguida, desde las costumbres hasta la religión, desde la moral hasta los gustos. Lo conseguimos plenamente. Hoy es un placer transitar por Europa; sus selvas y sus ríos, sus aldeas y sus...

Una campanita repica en el patio. En el aula se advierte un contenido impulso y un perceptible rumor. La clase ha terminado, y con apresuramiento idéntico al de sus discípulos, el viejo maestro recoge sus anteojos y algunos libros. A un movimiento de su mano, de palma rojiza y dorso ceniciento, chiquillas y chiquillos se ponen en pie...

—Mañana —les dice— terminaremos esta clase y con ella el curso de este año. Repasen la obra colonizadora y civilizadora que realizamos en Europa hace muy cerca de un siglo, porque sobre ese tema versarán los exámenes. Y después, muchachos, vendrán las vacaciones... ¡El bosque, la llanura, el río, los juegos, la caza!... ¡Hasta mañana, muchachos!...

—¡Hasta mañana, maestro!...

Y éste, tras ajustarse la correa que sostiene su exiguo taparrabos, sale alegremente, en pos de sus alumnos, de la Escuela Normal Nº 246.845, de Ubangui-Chara (Estados Unidos de Africa). ◆



"No, padre, no se ofenda, no necesito consuelo. Usted debe entender, padre, no puede pensar como ellos; ellos están incapacitados para entender mi problema y los problemas de los cientos de miles de hombres como yo.

No soy patriota, padre, no puedo serlo; para mí, la patria era algo grande, inmenso, pleno de mieses doradas, ondulantes a la caricia del viento, y ganado manso. Mujeres y hombres que formaban hogares para dar hijos robustos al país, no para empuñar el fusil, padre, sino para emplear esa energía en construir, ya sea empujando el arado, descifrando números con la regla de calcular, usando la pluma o los pinceles, como lo hacía yo, padre.

¡Qué buenos tiempos aquellos! Mis cuadros habían obtenido un discreto éxito en las exposiciones de Hamburgo. Me llamaban el pintor patriota. Ninguno como yo reflejaba en la tela el gesto fatigado y alegre del campesino de Silesia, o el decidido del obrero de Kiel. Los mismos de esta hora crucial celebraban mis obras llamándolas maestras.

Hasta que llegó la guerra. Como le decía, padre, me llamaban el pintor patriota, y, entonces, era verdad. Amaba a la tierra noble que compensa las fatigas del hombre que la cultiva. Adoraba a sus talleres hormigueantes, mosaicos de chimeneas, a las gentes sencillas que, de sobremesa, cantaban a coro los *lieder* inmortales. Amaba, como amo, a la humanidad entera, ¡qué hermoso era ver a esos muchachones de casi dos metros enternecerse hasta las lágrimas con un trozo de Schiller o de Goethe!

Entonces cantaba con ellos, bebía nuestro buen vino del Rin, y pintaba, pintaba y pintaba, cada vez más y mejor.

Ahora no puedo, padre, menos después de aquello...

Le hablé de música, padre; él era un gran músico, había veni-

La liberación

Cuento, por
Alberto Jorge Labastié

ESPECIAL PARA LEOPLÁN
ILUSTRACIÓN DE ARTECHE

do becado por el gobierno de su patria a perfeccionar la técnica. Vivíamos en una casita de tejas verdes, piena de rosales en flor; él me enseñaba los secretos de Debussy, y yo trataba de esclarecerle el arte exquisito de Bach. Le aseguro, padre, que Jacques y yo éramos uno solo, una amistad sólida me unía con el francesito Jacques. Casi todas las mañanas de buen tiempo yo preparaba los colores para mi último tema en el balcón, y él dejaba correr sus dedos largos y finos sobre el teclado, como palomas sobre el marfil. Todavía lo escucho, padre... ¿No lo oye usted también?..., la, la, la ri, la la, es *La fille aux cheveux de line*..., ¿escucha, padre?... Bueno, quizá sean ilusiones mías; pero aun lo veo a través de esta reja, con su sonrisa perenne de *bon garçon*.

Así vivíamos, en perfecta armonía; hasta que lo expulsaron del país. Cuando entramos en guerra, todos los extranjeros residentes fueron declarados sospechosos, y también a él lo deportaron.

Fuimos a despedirlo a la estación. Quedé último. Nos miramos en los ojos sin pronunciar una sola palabra; en la pureza de sus pupilas brillaba esa lágrima varonil que asoma, pero nunca surge. Me dijo, con voz apenas perceptible:

—*Adieu!*...

—*Adieu!* —le contesté en su idioma; un guardia de seguridad, que pasó cerca, me miró con desconfianza.

Jacques partió hasta que todo retornase a la normalidad; pobre amigo. El piano, mudo para siempre, recuerda aún emocionado aquellas manos de artista.

* * *

Después pasó lo que usted sabe y que fué lo declarado durante el proceso.

Me movilizaron como soldado raso; ya durante el período de instrucción el sargento comenzó a torturarme.

Era un hombre brutal, padre, me había conocido antes del reclutamiento, y se ganaba la vida pintando paredes; me odiaba, estoy seguro que me odiaba a muerte.

Ni bien me tuvo bajo su mando directo, me impuso toda clase de humillaciones. Recuerdo cuando me gritaba en el patio del cuartel:

—¡A ver tú, pintamonas, luce tus habilidades lustrando mis botas!

Y me mandaba limpiar sus botazas llenas de barro delante de todo el regimiento, que reía a carcajadas.

Yo le obedecía, sufriendo en silencio: sabía que la disciplina militar y mi prontuario de intelectual me perderían ante el menor gesto de rebeldía. A pesar de todo, no le odiaba, padre, solamente me molestaba esa animalidad sin freno, esa carencia absoluta de espíritu.

Un día franco, mientras me hallaba tratando de buscar un poco de reposo a orillas de un riacho cercano, evoqué mentalmente una de mis telas famosas; se trata de un motivo satánico, y..., ¡padre!, recordé, espantado, que había realizado en el rostro diabólico de Lucifer... ¡un retrato del sargento!

Cuando estalló el conflicto definitivo con Francia me enviaron a la línea Sigfrido; al sargento, afortunadamente, lo destinaron a otro punto.

¡Qué asco sentía disparar, guarecido en las casamatas de concreto, contra aquellos hombres, que poco antes eran mis hermanos espirituales! ¡Qué venganza se tomaba el instinto, padre!

Una noche nos anunciaron para el día siguiente una incursión por la "tierra de nadie"; mientras nos hallábamos descansando escuchamos un ¡firmes! imperioso. Apareció él, sí, padre, apareció el sargento, el infame causante de toda mi desgracia. Se paró delante de mí y casi me escupió en la cara:

—¡Qué tal, pintamonas!

Asqueado, no logré articular una sola palabra.

Dos horas más tarde partíamos con él en patrulla.

Haría más o menos diez minutos que nos hallábamos marchando cuando tropezamos con un piquete enemigo. Estábamos tan cerca que no hubo tiempo para protegerse. El sargento ordenó, al punto, ataque con bayoneta calada.

Atacamos a todo correr; los enemigos nos hicieron frente. El sargento, detrás de mí, gritaba como un condenado, incitándonos a matar, mientras disparaba su pistola sin cesar. Yo corría, enajenado, usando mi arma sin apuntar.

Tomamos contacto. Me topé con un francés. Le hundí de un solo golpe la bayoneta en el abdomen, salió chorreando sangre. Me salpicó la cara. ¡Qué asco, padre, allí enloquecí, seguí matando y matando, sin freno! La sangre parecía miles de rubíes cálidos. El sargento, detrás de mí, me alentaba, gritando:

—¡Bien, pintamonas, duro!

Entonces, padre, ¡qué ironía del destino! El enemigo próximo, el soldado que debía matar, protegido por la ley, era... ¡mi amigo Jacques!; mi único amigo, el ser que una vez compartió mi existencia.

Pero, ¡qué digo, padre!, no era él..., ¡sí, sí, era él, padre!

Lo reconocí de inmediato. Bajé el arma. Quedamos mirándonos; yo sonreía con pena, él me observaba con estupor.

El sargento llegó corriendo y, barbotando soeces, se paró frente a Jacques y, ¡maldito!, me ordenó:

—¡Mátalo, soldado; mátalo, perro!

No le obedecí, padre; juro que no podía. La sola idea de hacer daño a Jacques me espantaba.

El bruto del sargento se enfureció, gritándome:

—¡Ya verás, imbécil!

Apuntó con su pistola al francés y... disparó.

El otro cayó, como una torcaza herida de muerte. Yo, viendo morir a mi amigo, padre, a mi compañero.

Miré al sargento. Algo tendría mi mirada que retrocedió un paso, una tormenta de pasiones se desató en mi pecho: me eché el fusil al rostro y disparé, una, dos, tres, cuatro, ocho veces, hasta que se acabaron los proyectiles en el cargador. El bestia se retorcía en el suelo, echando sangre, como una culebra ponzoñosa. Cargué de nuevo mi automático y lo seguí descargando hasta que no tuve más balas en el cinto.

Luego, más tranquilo, torné la vista hacia mi pobre Jacques, que se hallaba cara en tierra.

* * *

El resto ya lo sabe, padre. Mis propios compañeros de armas me trajeron prisionero. Comparecí ante el tribunal militar, y dentro de pocos momentos...

Ya me vienen a buscar, padre. ¿Vamos? No se afane, si en lugar de aprisionarme me liberan. Por fin me retiran del yugo de caras grises y bayonetas: amo el colorido.

Es agradable caminar, por la mañana, padre, aunque se vaya a la muerte; no importa, lo agradable es... caminar." ◈

LA CAIDA DE LOS LIMONES

(CONTINUACION DE LA PAGINA 7)

—¿Lo ven ustedes? —prosiguió con la chanza, muy seriamente—. Guadalfranco no existe. Es una provincia que inventó Sagasta. Es una provincia que tiene existencia en el presupuesto del Estado, una existencia imaginaria, pero carece de existencia real. Busquen ustedes en las guías de ferrocarriles, y verán que ninguna línea penetra en la provincia de Guadalfranco, sino que pasan bordeando sus fronteras. Fronteras imaginarias. Como que no se despachan billetes para el país de las hadas... Sagasta inventó esa provincia, y el caso fué como sigue: Volviendo una de las veces a gobernar, aplicóse, como es de rigor, a repartir profusamente entre secuaces, amigos, paniaguados y familiares, cuantas prebendas y bicocas le brindaba el presupuesto; pero halló que no tenía bastante que dar a los muchos que le mendigaban, y eran innumerables las quejas y aun amenazas que recibía. Pero aquél era un gobernante de inagotable industria y contundente inventiva. En tan extremado trance, ocurriósele hacer una nueva clasificación territorial de España, añadiéndole una provincia más, que sacó de su caletre: la provincia de Guadalfranco, con su orondo y tierno obispado, su hospitalario cabildo, su gobierno civil y delegación de Hacienda, abarrotados de empleadillos, etc., etc., con que dejó satisfechos a los amigos que antes se habían quedado de vacío. Los destinos de la provincia de Guadalfranco son los más gustosos y holgones, porque para ejercerlos no es menester salir de Madrid. Todos los empleados son como el obispo de aquella diócesis: burócratas *in partibus infidelium*.

Algunos de los oyentes, poco versados en geografía, aceptaron esta farsa como verdadera historia. Se hacían cruces y exclamaban:

—¡Las cosas que pasan en esta desgraciada nación!

¡Son tantas las ciudades españolas que parecen inventadas por Sagasta!... Ciudades que un tiempo fueron heroicas, esforzadas, activas y abundantes, hoy sólo tienen una existencia imaginaria y soporífera.

En un censo que data de Felipe II, consta que Guadalfranco, la villa, encerraba dentro de sus muros fuertes cuarenta mil casas con otros tantos vecinos. Era celebrada en todo el mundo por sus lanas y paños, el temple de sus aceros y el adobado y ambarado de pieles. Dignatarios pontificios, señores florentinos, senadores venecianos, nobles franceses, ingleses y tudescos calzaban con ostentación guantes de Guadalfranco. La agricultura florecía asombrosamente, merced a mil ingeniosos artificios con que los moriscos regaban y cultivaban la tierra, la cual era fecunda, sobre todo, en alcornoque.

Hoy en día, Guadalfranco no cuenta arriba de veinte mil moradores. Las industrias de paños, aceros y pieles han desaparecido. La agricultura está abandonada. Muchas de sus casas están deshabitadas, ruinosas, y entre ellas bastantes palacios señoriales y emblasonados. En el recinto de la ciudad hay sesenta iglesias, la mayor parte retiradas del culto, y más de cien conventos, casi todos de monjas. De la riqueza y esplendor antiguos no quedan sino los alcornoques.

En Guadalfranco subsisten familias de rancio linaje; pero venidas tan a menos que, en general, han abdicado todo timbre de hidalguía. Aventajaba a las demás en abolengo y encumbramiento de sangre la casa de los Uceda, que arranca del reinado de Don Juan el Segundo. El fundador del linaje fué un don Eutropio de Uceda, de dilatada sucesión, ninguna legítima, pues de su mujer, doña Guiomar de los Arcos, no consiguió tener hijos. Como dama de doña Guiomar, fué desde Avila de los Caballeros a Guadalfranco Juana Orbaneja, mujer de origen oscuro. Don Eutropio, sintiendo que se perdiera su línea con él y pasase la casa a la descendencia de sus hermanos, tuvo amores con Juana Orbaneja, doblemente adúlteros, por ser en vida de doña Guiomar y estar desposada la dama con Lope Peralejo. Fruto de estos amores, nacieron varios hijos, que fueron legitimados por mercedes reales. Durante muchos siglos disfrutó la casa el privilegio de sepultura en la iglesia de San Bartolomé y Santiago, convertida hoy en establos del cuartel de la Guardia civil, así como de dos asientos distinguidos en el presbiterio, uno para el jefe de la casa y otro para su mujer. Esta noble casa padeció incontables vicisitudes, fué perdiendo bienes de fortuna, arrastróse en decadencia solapada, encubierta y humillante. En la segunda mitad del pasado siglo, agotada la línea masculina, no quedaba del linaje sino una doncella de veinte años, Fernanda de Uceda, hermosa y de buen porte, que habitaba el viejo casón solariego en compañía de dos tías ancianas, doña Florentina de Uceda, doncella también, y doña Amparo Urbina, viuda, sin hijos, de un Uceda. Las dos viejas y la niña vivían pobremente, con disimulada estrechez, retiradas del trato de gentes. Las pocas veces que salían era a la iglesia, de matinada.

Sucedió que uno de los socios de cierta empresa corchotaponera hubo de caer en Guadalfranco, a poner en rendimiento los muchos alcornoques que vegetan por aquellos contornos. Llamábase Enrique Limón. Era joven, de arrogante planta, amigo de meterse en todas partes. La llegada de Enrique Limón a Guadalfranco, la caduca ciudad, fué como la apertura de un nuevo período histórico. Instaló una pequeña fábrica, para lo cual tuvo que traer alarifes de otras partes, porque en Guadalfranco se habían olvidado las artes de albañilería y construcción.

Los vecinos de Guadalfranco, desde tiempos añejos, pasaban lo más de la vida alebrados y escondidos en sus madrigueras o covachas. No se conocían espectáculos o diversiones públicas de ninguna laya. Limón lo primero que hizo fué fundar un casino y contaminar a los guadalfranqueños con los deleites del café, las emociones del juego de naipes y los arrebatos de las discusiones políticas. Hizo que vinieran periódicos de Madrid, y hasta una comparsa de faranduleros. Fué elegido diputado por Guadalfranco, y llegó a ser amo y señor de la ciudad y de la provincia.

Un día que Limón salió a la calle muy de mañana, cruzó con las Ucedas, que venían de misa. Era la calle tan angosta que, abriéndose de brazos, se tocaba con las manos entrambas bandas. Limón pudo ver de cerca, a su entero talante y sin pecar de osado, el rostro de Fernanda. En un punto quedó prendado de la niña y se determinó en hacerla su esposa. A su vez, Fernanda se enamoró del forastero. Antes de concertarse la boda hubo grave desavenencia y litigio entre las dos tías, porque una de ellas rechazaba al pretendiente y no le quería admitir en la familia, so pretexto que era de sangre plebeya. Este cerrado y puntilloso criterio lo sostenía doña Amparo, la viuda, que era advenediza y ni más ni menos noble que Limón. Por el contrario, doña Florentina diputaba muy cuerdamente que todo eso de linajes y blasones son zarandajas y ranciedades sin sustancia, y ya que Limón parecía caballero de buenas prendas, apasionado de Fernanda y con dinero bastante para remozar el lustre de la casa, si le daba por ahí, no había por qué rechazarle. Claro está que triunfó doña Florentina.

Casó Fernanda de veintiún años. El marido le sobrepujaba en diez. Era muy bella Fernanda. Su mayor encanto consistía en los ojos, cuya forma y lineamiento recordaban una boca de niño, con ambos párpados gordezuelos y color rosa, a manera de labios. Los entornaba que se dijera que escuchaba con ellos, como si bebiese las palabras y aun el alma, si miraban amorosos.

El matrimonio fué grandemente fecundo. Al primogénito, que fué niña, se le bautizó con el nombre de la madre. Año por año sobrevenía otro hijo. No parecía sino que el linaje de los Uceda apresuraba su extinción con esta tardía abundancia, como acontece con las heridas, que el derrame más copioso trae consigo la muerte. Fernanda, la primogénita, sobrevivió. Sus hermanos morían todos a poco de nacer. Trece fueron muriendo así, hasta que se logró otra niña, llamada Dominica. Tenía entonces la madre cuarenta años. Estaba ya marchita y flaca; no le quedaban sino huesos y pellejo. Enrique Limón, que con el andar de los años se había hastiado de Guadalfranco y del hogar, vivía lo más del tiempo en Madrid, descuidando de mala manera sus negocios. Lo único que atendía y afianzaba más y más era su cacicato. Seis años después de nacer Dominica, y cuando nadie lo esperaba, la señora de Limón tuvo otro hijo, un varón, al cual se le impuso el nombre de Arias, en recuerdo de un antepasado glorioso, conquistador de vastos reinos en las Indias occidentales. La madre murió de sobreparto. La criatura, aunque enclenque y enfermiza, se aferró a vivir.

Y así, los Limones de Guadalfranco quedaron reducidos al padre y los tres hijos.

IV

Albas nacaradas. País de las hadas.
Nadan entre aromas las blancas palomas.
Quimeras rosadas guardan encantadas
los sabios Merlines en limpias redomas.
El príncipe lindo pasea el jardín.
Al diestro, la reina, con gran capirote.
Detrás, la nodriza conduce el mastín,
vestida con túnica de verde anascote.
El señor Jilguero, trovero laureado,
canta mil lisonjas al príncipe real:
"El mundo es un vasto país encantado
y Tú eres del mundo Señor natural".
Pero, el Mirlo negro, siniestro Doctor
que silba y no adula, un presentimiento
de pronto ha tenido. Exclama: "Señor,
que nunca se rompa este encantamiento".

En el punto de nacer Arias estaba ya Fernanda en los veintidós años, sazón casadera. No habían escaseado pretendientes, en su mayor parte hacendados lugareños y labradores ricos. Pero, fuera que no le agradaba la traza, bien que le disgustase la baja condición de sus enamorados y cortejadores, ello es que a todos respondió con desdén. Su carácter era árido e imperativo. Usaba de muy pocas palabras. Desde muy niña acostumbraba asistir a cuantas reuniones celebraba su padre en la casa, con edecanes, sicofantas, mandatarios, subalternos y vicarios del feudo caciquil. Era un arrapiezo, y nadie paraba mientes en ella. Agazapada detrás de un mueble, más que escuchar bebía las palabras, mirando a todos atentamente con sus ojos en forma de boca. Hasta que un día, siendo ya mujer, se encerró con su padre a decirle, con ademán seguro y seco, que lo que había que hacer, en cierto asunto grave, era tal cosa, y que ella conocía la situación del cacicato mejor que nadie. Así era. A partir de esta conferencia, el señor Limón compartió el gobierno de la provincia de Guadalfranco con su hija Fernanda.

La inesperada y tardía llegada de Arias al mundo contrarió a Fernanda. Muerta la madre, ¿cómo llevar con paciencia las incomodidades e inquietudes que consigo acarrearía la crianza del esmirriado hermanito? Fernanda hizo venir un ama, que relegó, junto con Dominica y una criada vieja, a lo más apartado del caserón, en ciertas estancias traseras, pegadas al huerto, de manera que la tropa menuda no le hurtase tiempo ni le fastidiase en quehaceres de gobierno y afanes caciquiles. Conforme Enrique Limón iba envejeciendo, Fernanda se convertía en la verdadera cacica. Veía al pe-

pequeñuelo de tarde en tarde, cuando más una vez al día, y a veces pasaba una semana sin verlo, no por falta de afecto, sino por lo muy atareada que andaba siempre. El chiquillo era sosegado, sonriente, dulce y amable en su debilidad. Cuando Fernanda, de raro en raro, le tomaba en brazos y le besaba, sentía enmollecérsele el corazón. Era la primera ternura que había experimentado en su vida. Poco a poco fué encariñándose con él. Le consagró un amor firme, aunque poco palmario y exterior.

Dominica adoraba a su hermanito. No consentía estar separada de él un minuto. Antes de dormirse había de tenerlo en el lecho, al lado suyo, asiéndole de la manecita. Su encanto era cogerlo en brazos, empresa extremadamente dificultosa, dados los cortos años y fuerzas de la niña. Arias mostraba de su parte mucha afición a Dominica.

Otro amor de Dominica era un perro ratonero, cenizoso y lanudo, llamado Delfín. ¡Perro más marrullero!... Cuando se ponía en dos pies, semejaba un gnomo barbudo y jocoso.

Al cumplir Arias los dos años, y no hubo manera de destetarlo hasta entonces, la nodriza quedó a su servicio, como ama seca, y trajo a vivir al caserón a su hijo, el hermano de leche de Arias, el cual se había criado en el campo. Llamábase Bermudo, y reventaba de salud, rusticidad y rubicundez, tanto como Arias adolecía de flojedad y delicadeza. Bermudo era bien mandado, sociable, con esa adhesión muda y constante de algunas especies de animales domésticos. Seguía por dondequiera detrás de Arias, o se acostaba a sus pies, lo mismo que Delfín. Arias poseía, sin duda, peregrino hechizo de su persona. Quienes le rodeaban le rendían culto. Era como un centro misterioso de atractiva adoración.

Los habitantes de la parte trasera del palacio gastaban todo el día en el huerto. Esta vida de aire, sol y descuido parecía convenirle a Arias. Con el tiempo fué fortaleciéndose.

Así transcurrieron algunos años monótonos.

Arias, como un príncipe, hermoso y benigno. Dominica, la reina madre; madre, a la par que niña, por gracioso milagro. Bermudo, al modo de mastín del príncipe. Además, un gnomo, velludo y riente. Luego la vieja nodriza, y un hada bondadosa y providente, revestida con el pergenio de criada vieja. Y más allá de aquel mundo quieto, el mundo de las disputas, de los tráfagos, presidido por la adusta Fernanda y el viejo papá, que muy de tarde en tarde caía por Guadalfranco a visitar los estados y dar un beso a los hijos.

V

Todas las olas se deshacen
contra el muro de lo infinito.
En el mar infinito se caen
y se pierden todos los ríos.
Las hazañas y los desmanes
se derriten en el olvido.
En la barca de tus afanes
vas con la corriente del río;
vas aguas abajo, a ahogarte
en la sima de lo infinito.
¡Quiera Dios que no te remanses
sobre la presa del molino!

Arias era lánguido, desidioso, amigo de soñar gratas quimeras y prodigiosas aventuras. Había aprendido a leer y a escribir muy presto. No se cansaba de leer. Lo que leía y las imaginaciones que fraguaba se las iba contando a su hermana Dominica y a Bermudo. Al caer de la tarde y de la sombra sentábanse los tres al pie de un duraznero del huerto, sobre la hierba. Arias refería fantaseadas aventuras, con palabra inflamada y tan plástica, que, por momentos, Dominica, con voz ronca, interrumpía, murmurando:

—¡Qué hermoso es lo que dices, Arias! ¡Y qué verdadero! Parece como si lo viese con mis ojos.

Bermudo nada decía. Escuchaba con los labios apretados. No alcanzaba a entender; pero sentía en el pecho desazón a modo de entusiasmo y bárbaros deseos de aullar y estrechar a Arias entre los brazos, con amor infinito. Por aquel tiempo tenían diez años Arias y Bermudo.

Luego, Arias comenzó a escribir versos. Cuando los leía, al pie del duraznero, lloraba él y lloraban Dominica y Bermudo.

En una ocasión llegó a manos de Arias una historia de la conquista de la Nueva España. Encendida el alma en generosa audacia, declaró a su hermana y amigo que estaba resuelto en huir de casa a descubrir y conquistar países, para que los gobernasen su hermana Fernanda y el rey de España. Quería oscurecer la fama de los antepasados. Dominica se alarmó. Procuró disuadir a Arias de tan peligrosa empresa. Arias no admitía contradicción. Le irritaba que los demás no se plegasen a sus designios.

—No te pido consejo, ni menos permiso, ni mucho menos que me acompañes —dijo, rabioso. Calló unos momentos. Después, arrepentido de haber tratado duramente a su hermana, la acarició y mimó, pintándole, con palabras llenas de vivacidad y fascinación, la epopeya futura, de la cual ellos habían de ser campeones y héroes señalados. Y Dominica, enterneciéndose, se abandonó sabrosamente al propio desvarío e insensatez de Arias.

—Yo seré como la doña Marina de Hernando Cortés —suspiraba—. Navegaremos por mares de plata, donde dicen que hay grandes peces dorados. Pasaremos la línea del Ecuador, donde están esos pájaros marinos que duermen volando, porque jamás se posan, y, con las alas extendidas, son tan grandes, que tienen tres metros de punta a punta.

Bermudo, que, si bien poseyendo, como cada quisque, la propiedad de la palabra hablada, parecía haber enajenado el usufructo de ella, rompió a hablar, por primera vez, en los conciliábulos del huerto.

—Eso... eso... Y yo, ¿qué voy a hacer? ¿A mí me dejáis en Guadalfranco? —berreó, con voz como mucilaginosa y en grumos.

—Tú vendrás con nosotros —respondió Arias, imponiéndole, con soñador abandono, la mano sobre el crespo colodrillo, a la manera de consagración—. Serás mi abanderado y cornetín de órdenes.

Bermudo se puso en pie de un brinco. Comenzó a hacer zapatetas en el aire, emitiendo sofocados gruñidos de alborozo.

—Pero ¿dónde estáis, gandules? ¡Arias! ¡Dominica! ¡Bermudo! —gritó la nodriza, desde una ventana que se abrió en la casa—. Ya es hora de cenar...

Aquella misma noche, la mozuela y los dos niños huían a conquistar nuevas tierras para el rey y para la adusta Fernanda. Era noche de luna. Descendieron el tajo. Desatracaron una barca, y, como no supieron regirla, la corriente los arrastró aguas abajo unas cuantas leguas, hasta que la barca embarrancó en la presa de un molino, en donde los hallaron al día siguiente.

Esta fué la primera y última aventura en acción. Las demás fueron aventuras de fantasía, en la penumbra vespertina del huerto. Y, sobre todo, recitaciones de los versos de Arias.

VI

Una vez, érase que se era...

Erase una niña bonita
Le decían todos ternezas
y le hacían dulces halagos.
Tenía la niña una muñeca.
Era la muñeca muy rubia
y su claro nombre Cordelia.
Una vez, érase que se era...

La muñeca, claro, no hablaba,
nada decía a la chicuela.
"¿Por qué no hablas como todos
y me dices palabras tiernas?"
La muñeca nada responde.
La niña, enojada, se altera.
Tira la muñeca en el suelo
y la rompe y la pisotea.
Y habla entonces por un milagro
antes de morir, la muñeca:
"Yo te quería más que nadie,
aunque decirlo no pudiera".
Una vez, érase que se era...

Una vez sola en la vida se querellaron seriamente Arias y Dominica. La causa fué Delfín, el perro barbudo y travieso como un trasgo o como un gnomo. Delfín estaba ya viejo, achacoso y aquejado de reumatismo; pero, lejos de abotagarse y agriarse con la edad, el muy zarramplín consumaba nuevas picardías e inventaba marrullerías inéditas con que hacerse acariciar y querer de Dominica. Los dos niños, Arias y Bermudo, no disimulaban sus sentimientos hostiles hacia el festivo y reumático gnomo. A Bermudo le era simplemente antipático. Veía en Delfín una criatura vanidosa, insolente, aduladora, vil y traicionera. Los sentimientos de Arias eran más complicados. Primero tenía celos del Delfín, a causa del amor que Dominica le dedicaba. Luego comenzó a experimentar una especie de temor supersticioso. Conforme Delfín se iba haciendo viejo, las barbas le encanecían. No hay sino un linaje de ancianidad que no sea venerable: la de los brujos. Los brujos, cuanto más viejos más repugnantes. Esto lo sabía Arias. Se le figuraba al niño que el perro barbudo estaba animado de un espíritu consciente y perverso, que era un brujo arteramente enmascarado con inofensiva externidad de perro ratonero. Los ojos de Delfín, verdes, penetrativos y sarcásticos, hacían temblar a Arias. El temor, por último, se convirtió en odio.

Delfín, que era muy sagaz, observaba con meticulosa precaución la táctica de estar siempre pegado a las faldas de Dominica. Había aprendido por experiencia que cuando se apartaba de aquella benigna fortaleza y asilo tutelar, si daba por caso con Arias, recibía de él el más denodado puntapié. Y así, Delfín había escogido para sus picardías y travesuras las ocasiones en que Arias dormía, o bien por hallarse de mucha conversación con Dominica y Bermudo no hacía atención en otra cosa; que ya el perro barbudo y galopín había observado atentamente este fenómeno.

Por el modo de mirarse Arias y Delfín, Dominica llegó a averiguar que no se llevaban bien. Un día, el viejo gnomo cayó en el regazo de Dominica, al cabo de rauda y parabólica excursión aérea. Como no es privilegio perteneciente a la naturaleza canina el de volar, Dominica no pudo por menos de pasmarse viendo que Delfín acudía hasta ella por tan sutiles y no acostumbrados derroteros. Por otra parte, Delfín no celebraba con petulantes gañidos su triunfo momentáneo sobre las leyes de la gravitación; antes venía quejándose y doliéndose tristemente, rabo entre piernas. Delfín no había volado por propio esfuerzo o antojo. El motor había sido ajeno a su voluntad e industria. Residía en el pie de Arias. Así que le cayó el perro en el enfaldo, Dominica envió su mirada en la dirección hacia donde espiaban de soslayo los húmedos y afligidos ojos de Delfín, y vió, detrás de unos matorrales de lilas, el rostro de Arias, sonriendo con fruición aviesa.

—¡Arias! ¡Arias! ¿No te avergüenza abusar cobardemente de un pobre animal indefenso?

Habló Dominica, halagando al maltrecho gnomo y poniéndose en pie, ofendida en el amor y alto concepto que a Arias profesaba.

Arias palideció. Adelantóse, rompiendo por entre la mata.

—Es un bicho que me odia, y yo le odio. Terminaré por matarlo.

—¿Qué dices, Arias? No harás tal.

—Sí haré, y ahora mismo.

Arias, embravecido y exasperado, cogió a Delfín por el cerviguillo y lo arrojó contra el muro, con toda su fuerza. El perro dió sobre la pared con la cabeza y se desplomó en tierra quebrantado y como moribundo. Desde el si-

tio donde yacía inmóvil, miraba a Arias con pupila resignada, amorosa y suplicante, como si le dijese: "No me importa morir. Estoy ya tan viejo... Soy una plepa. Pero ¿por qué te has ofendido conmigo? ¿Por qué me has maltratado siempre? ¿Por qué me has querido tan mal? Yo siempre te he querido, Arias, hermano de Dominica. Aun recuerdo cuando eras tan pequeño como yo, que no podías andar... y ya te hacía reir, y tú jugabas conmigo".

Dominica escondió la faz con las manos, gritando:

—¡Apártate, Arias; no quiero verte! ¡Apártate, Arias; no quiero verte!

Arias no escuchaba a Dominica. Arrepentido de su arrebato, corrió a arrodillarse junto a Delfín, y con lágrimas le decía:

—¡Perdóname, Delfín, perdóname todo lo que te he hecho sufrir! ¡Esta mano con que te arrojé me cortaría porque tú vivieras!...

Su acento era tan veraz, que Delfín, reuniendo todas sus energías, movió el rabo y las orejas, significando gratitud y otorgamiento de perdón. Si Delfín perdonaba, ¿cómo no iba a perdonar Dominica? Abrazáronse los dos hermanos llorando, y se inclinaron a abrazar al descalabrado y abrumado perro, que en aquellas terribles circunstancias ya no se le representaba a Arias como un brujo, sino como un santo apóstol y mártir.

Delfín no murió de aquello. Pero quedó muy descuadernado y rengo. En los últimos meses de su vida fué casi más amigo de Arias que de Dominica.

VII

¡Poder! ¡Poder! ¡Oh vino de divina
borrachera! El más alto de los bienes.
Beleño del olvido, con que ungida
la frente, nacen alas en las sienes.
¡Mando! ¡Poder! ¡Oh monstruo que hasta el cielo
alzas, para robar una gavilla
de estrellas, tus dos brazos altaneros!
Y, sin embargo, son tus pies de arcilla.
¡Loca soberanía! Por lograrte,
por gozarte un instante nada más,
los hombres venden a su propia madre
o dan en prenda el alma a Satanás.
Se te hinojan, los buenos y los malos,
cabe el estribo de tu palafrén.
¡Poder causar al enemigo un daño...!
¡Poder brindar al allegado un bien...!

Arias, merced a influencias y recomendaciones de su padre, había hecho por libre el bachillerato y la carrera de letras, sin haber saludado un libro de estudio ni haber aprendido cosa de provecho. Perseveraba en sus conatos poéticos. Su ambición era vivir en Madrid y publicar versos en los periódicos. Gran parte del día estaba dentro del casón, tumbado en un sofá, leyendo poesías y novelas, acaso cavilando anhelos imposibles, tal vez emborronando cuartillas. Bermudo, mozarrón fornido y hermético, descansaba en el suelo, hecho un ovillo, junto al sofá. Dominica hacía labor, al lado de la ventana. El culto de Dominica y Bermudo por Arias no había padecido menoscabo ni en un adarme. Hubieran dado la vida por él. Arias no tenía amigos. Cuando salía, cruzaba a buen paso las calles de la ciudad, hasta llegar al campo. Bermudo iba a su zaga, como un can. Sólo por la noche le placía vaguear en poblado. Las ventanas de los pisos bajos estaban abiertas; las moradas, con luz. Se veían los interiores profundos; escenas de familia. Se oía rumoreo de charlas quedas, risas, voces de discordia, el llanto de un niño, un piano, una guitarra, una canción. En vez de una ciudad de piedra y barro, se palpaba una ciudad en carne viva, con el pecho roto y el corazón desnudo. Y toda aquella vida múltiple y recóndita se sustentaba, en alguna manera, de la voluntad de su padre y de su hermana Fernanda. En ellos residía la dispensación del bien y del mal. Y llegaría un día, ya no lejano, en que él, Arias, heredase el feudo paterno y el arbitrio soberano sobre la ciudad de carne y sangre. Los serenos, según pasaba, le saludaban servilmente.

—Buenas noches, don Arias.

Pero don Arias, extraviado en la niebla de sus quimeras e imaginaciones, ignoraba que el feudo paternal se agrietaba y desmoronaba. La ciudad y la provincia aborrecían la opresión caciquil. Retemblaban soterradas fuerzas sediciosas, a punto de estallar. Corría impresa una hoja clandestina titulada "La Tía Cacica", con soeces insultos contra Fernanda. Había muchedumbre de pronósticos que auguraban la caída de los Limones. De esto, Arias nada sabía ni sospechaba. Bermudo, por acompañarle en todo, vivía también a ciegas. Dominica vislumbraba vagos presagios. Don Enrique y Fernanda abarcaban hasta las más escondidas raíces el alcance del mal, lo de prisa que se propagaba, los daños que traería aparejados. Luchaban a la desesperada, previniendo peripecias de la adversa fortuna. Escapándoseles en Guadalfranco la tierra firme donde pisar, se acogían con redoblado ahinco a las agarraderas de Madrid, y extremaban sobre el feudo, por reducirlo, las muestras de mando. Pero estas agarraderas acaso les faltasen en un instante. El estaba ya muy viejo. Ella era desvalida mujer. Cuando menos lo pensaban, se les sumó un refuerzo. Próspero Merlo, joven abogado de altaneras miras, inteligencia despejada y lengua flúida, comenzó a visitar con asiduidad la casa de los Limones. Afilióse, desde luego, en el partido, por la cuenta que le tenía, y fué en la ciudad y en la comarca el más elocuente y fervoroso vocero de la causa caciquil. Probaba a quien quería oírle lo paternal, saludable y suculento del régimen de cacicato.

Una noche, don Enrique reunió a sus hijos y les habló así:

—Estoy muy viejo, hijos míos. Mi vida toca ya su término. Pronto os abandonaré. Vuestro porvenir me inspira no poco sobresalto. Los bienes que me habéis de heredar son escasos. Fernanda está enterada. Fernanda está enterada siempre de todo. Es una alhaja, una verdadera alhaja. Vosotros, Dominica y Arias, quiero que respetéis su autoridad, no tanto por los años, cuanto por los méritos. Fuí mucho más rico que soy; no porque haya malbaratado mi patrimonio, que también era vuestro, sino porque lo empleé en recabar para vosotros algo que vale más que las mismas riquezas: el poder. Y vale más que las mismas riquezas porque no siempre las riquezas se bastan para dar el poder, en tanto el poder atrae las riquezas cuando se lo propone y las persigue. Si por adquirir poder y mando perdí hacienda, y en teniéndolos no acerté a ganarla, fué porque lo primero necesitaba afirmar el poderío. El usar de él en beneficio propio lo dejo a vuestro cuidado, particularmente al de Fernanda. Si os mantenéis unidos, nadie, por más que se obstine y os combata, os derribará del mando. Si os apartáis unos de otros, los Limones dejarán de ser lo que siempre han sido en Guadalfranco, los enemigos se cebarán en vuestra caída, perderéis todo bien de fortuna y mendigaréis de puerta en puerta. Tú, Arias, tienes gran imaginación; te deslumbra y marca desde lejos la gloria artística y el aplauso de los papeles impresos. Pero yo, con largos años de vida y de experiencia, te digo que eso no sirve para llevar el pan a la boca, y que es pura bambolla y mentira. Por tus hermanas y por ti mismo, escúchame. El día que yo falte, ¿Fernanda qué podrá hacer sin un hombre de su casta al lado, que dé la cara, y vaya y venga, y asuma la jefatura visible del partido? Quiero que seas tan heredero de mi acta e influencia como de mi apellido, y confío en Dios que has de empinarte más alto que yo sobre los cimientos que para vosotros asenté. Medra, hijo mío, en alzada política. Y verás cómo los periódicos te publicarán entonces cuanto escribas, aun cuando sean puras sandeces, y te llamarán portento, y serás hasta académico si con tan poco te conformas. No quiero ocultaros que la amistad de Próspero Merlo me parece preciosa, y que yo deseo que se trueque en parentesco. —Aquí Dominica bajó los ojos. Arias se volvió a mirarla con mezcla de asombro y enfado—. ¿Bajas los ojos, Dominica, dulce y buena Dominica? ¿Qué se le ocultará a un padre, y más a un padre que es hombre avispado en el comercio con tan diversas gentes? Si bien debo declarar que en esto, antes de que yo echara de ver nada, el propio Merlo me hizo indicaciones indirectas, pero bastante explícitas.

—Es que a mí, papá, no me ha dicho aún... —balbuceó Dominica.

—Pero te habrá mirado de cierta manera.

Dominica se ruborizó.

—Merlo me parece hombre de elevadas miras y hermosa palabra, lo cual vale tanto como tener el porvenir amarrado por los cabellos. Además, es, cabalmente, un guapo mozo. De que te quiere, claras son las prendas. ¿Qué más puedes desear para marido? Advierte, dulce e inocente Dominica, que los años vuelan, que no eres una niña, y que otras, a tu edad, han renunciado ya a la esperanza de casarse. Doy por hecho que os casaréis y que yo lo he de ver. De esta suerte, los cuatro unidos en una sola voluntad y buen deseo, seréis acatados y temidos, la prosperidad se os entrará por las puertas y perpetuaréis en Guadalfranco el blando y beneficioso yugo de los Limones.

Silenciosa emoción reinó en la estancia. Bermudo, en la parte de fuera, sentado en el suelo, apoyado en la puerta y escuchando por la rendija, se enjugaba unas lágrimas. ¡Oh, si en tal ocasión hubieran podido ver a don Enrique y a Fernanda, tan decorosos y espetados, tan ostentosos de virtudes familiares y cívicas, los que en la hoja clandestina les llamaban "vampiros del pueblo", "viejo garañón", "tía cacica", "doña Trotaconventos" y peores lindezas!...

Cuando quedaron a solas Dominica y Arias, éste se plantó frente a su hermana y la apostrofó, con acento entrecortado, llameando los ojos:

—¿Por qué no me has dicho nada? ¡Ah, hipócrita!

—Yo te juro, Arias —respondió Dominica, quejumbrosa y sumisa, tejiendo los dedos de ambas manos, como para la oración—, te juro que nada sabía. El me mira, sí, me mira, como nadie me había mirado, y cuando me mira, no sé qué hacer; toda me desazono. Yo no podía pensar que me amaba. Por mi salvación, que jamás me lo había dicho ni dado a entender. ¿Qué te iba a contar yo? ¿Que me miraba? ¿Que estaba enamorado de mí? Me hubieras llamado, y con razón, tonta, presuntuosa, fatua. Ya tengo veintiocho años. Nunca pensé en los hombres, ni esperé casarme. Ahora que papá... Bueno; tú ya lo has oído como yo. Pero, si tú no quieres, si Próspero no te gusta, no me casaré; no me casaré, Arias.

—¿Cómo me ha de gustar? Ni que tuviera telarañas en los ojos. Es un estúpido, un entrometido, un sinvergüenza, que sólo busca hacer carrera. Pero ¿te figuras tú que te quiere ni tanto así? —dijo Arias colérico, manoteando.

—No te enojes, Arias, no te enojes conmigo. Tienes razón —añadió Dominica tristemente—; yo estaba ofuscada. ¿Cómo me ha de querer? No soy joven ni bonita.

—No es eso, Dominica. Eres bonita y eres de sobra joven para casarte. Lo que ocurre es que Merlo es un sinvergüenza, un sinvergüenza, un sinvergüenza.

Y Arias salió a la calle, seguido del silencioso y fiel Bermudo. Volvió ya tarde. Al pasar frente al cuarto de Dominica, vió luz debajo de la puerta. Después de los accesos de furia era obligado que Arias se transportase a un estado de infantil renunciamiento y ternura. Llamó con los nudillos en la puerta de Dominica.

—¿Qué buscas, Arias? —preguntó Dominica.

Tenía los ojos enrojecidos.

—Dominica, te he lastimado antes. No sabía lo que decía. Perdóname. Yo sólo deseo que seas venturosa. Lo repentino de la noticia, el temor de perderte, el dolor de separarme de ti, me sacaron de tino.

—Temor de perderme... Dolor de separarnos... Aunque me casase no me perderías ni nos separaríamos. Pero no me casaré.

—Te casarás. Si te he dicho que Merlo es un sinvergüenza, ahora me desdigo. Antes no hablaba yo: hablaba en mí un espíritu malicioso que, a veces, me posee, me empuja y me dicta palabras que no están en mi corazón: un demonio que me adueña y me vuelve insensato. Ahora, repuesto, soy yo quien hablo, y hablo con entero juicio.

—No me casaré, Arias. No creo que Merlo sea un sinvergüenza. Pero considero imposible que me quiera. Ya soy vieja y no soy nada guapa.

—¿Quién que te vea y te hable no te ha de querer perdidamente? —exclamó Arias, poniendo las manos en las sienes de Dominica y atrayendo su cabeza para besarla la frente.

Dominica sonrió.

—Esa es pasión de hermano. Nadie me querrá como yo he soñado.

—Te querrá, Dominica. De seguro te quiere ya, tanto como apeteces. De seguro seréis felices.

Y después de una pausa:

—Y tú, ¿le quieres?

—Yo, todavía... —hishiseó Dominica, con labios trémulos.

Arias se echó a reír. Risa suave y halagüeña, que le manaba de lo más profundo de las entrañas.

—Bueno, bueno. Me parece que esto marcha bien.

La abrazó y besó otra vez en la frente.

—Buenas noches, Dominica.

—Buenas noches, Arias.

VIII

¡Amor! ¡Amor! Antorcha inmarcesible
que un viento huracanado desmelena.
Sin tu insensata luz fuera invisible
cuanto acontece en la mundana escena.
¡Amor, como la tierra viejo!
¡Mozo como la tierra, Amor!

Esta noche es de gran festejo
en el castillo de Elsingor.
El Rey y la Reina, en su silla,
miran a los farondoleros.
Está en pie la camarilla
de cortesanos lisonjeros.
Y está Ofelia, la candorosa,
Ofelia la amante y la pura.
Y Hamlet, de faz tenebrosa
donde se asoma la locura.
Hamlet empuña de repente
la antorcha que alumbra la escena,
y la gira furiosamente,
como una honda con una piedra.

¡Amor! Alumbras, manso o furibundo,
antorcha roja o recogido foco,
la tragicomedia del mundo...
Pero estás en las manos de un loco.

Todas las tardes, a eso de las seis, Próspero Merlo acude al casón de los Ueeda, y está de amorosa plática con Dominica, hasta la hora de cenar. La boda se ha acordado para el otoño, en los comienzos del mes de octubre. Corre ahora el mes de julio. En la provincia de Guadalfranco hace una temporada tórrida. Pero la habitación en donde Próspero y Dominica sustentan sus paliques es fresca, húmeda y sombrosa. Las paredes están encaladas, la techumbre pautada con vigas de madera negruzca; los intersticios de las vigas, abovedados. Las dimensiones de la estancia son espaciosas, señoriales, al modo de cuadra arcaica o salón de respeto. Un ajuar somero, distribuído con raleza. El piso de ladrillos rojos, regados, y algún ruedo de estera. Dos grandes ventanales, con reja, que arrancan del suelo y declaran el espesor de los muros maestros. Macetas floridas al pie de los ventanales. Detrás de la reja, una calle solitaria y angosta, y un muro frontero, pintado de amarillo. Huele a tierra mojada y a malvarrosa. Se oyen las campanas de la catedral y píidos de gorriones.

Próspero y Dominica se sientan en sendas mecedoras, guarecidos en un ángulo oscuro. Autoriza el cortejo con su presencia la vieja nodriza de Arias y madre de Bermudo. No pocas veces se hallan en la estancia don Enrique y Fernanda, que cuchichean sobre negocios de mucha monta. Por raro caso, aparecen Arias y Bermudo. ¿En dónde se meten Arias y su leal y hermético secuaz? Nadie lo sabe. Nadie procura indagarlo. Una rosada y dichosa era se preludia en los anales de los Limones. Para la próxima legislatura don Enrique cuenta con llevar al Parlamento a su hijo Arias y a su presunto yerno. Con los calores, han remitido las palpitaciones sediciosas. La hoja clandestina ha dejado de circular. Se cierne sobre Guadalfranco una paz octaviana. El señor obispo, plácido y cogitabundo; los señores canónigos, contemplativos y canoros; el gobernador civil, ponderoso hidalgo; el gobernador militar, bizarro caudillo; el coronel de la Guardia civil, hombre de mano dura y ceño de un solo trazo; en suma, todos los puntales de la sociedad son hechura de don Enrique y están por su voluntad sostenidos en equilibrio y ensambladura provisorios, como el andamiaje de que usa el arquitecto para erigir su fábrica. Don Enrique y Fernanda se sienten satisfechos. Próspero Merlo se siente satisfecho. A su bufete acuden pleiteantes en romería. Los pleitos se fallan automáticamente en su favor. Será diputado. Pero la más satisfecha es Dominica.

Llegó Merlo a la hora consabida y puntual. Viste un traje de dril, color garbanzo; zapatos de lona. Entra con la chaqueta y el cuello de la camisa desabotonados. Por el descote de la camisa asoman negras, flamígeras y culebreantes hebras de cabello, porque el abogado es hombre de pelo en pecho. El sombrero de paja en una mano, en la otra un abanico de enea, semejante a un soplillo, con que se airea el sudoroso rostro. Es más bajo que alto, rudimentariamente trípudo, la tez de un moreno retinto, los mostachos amenazando a Dios y a los hombres, los dientes iguales y blancos, los ojos a propósito para abrasar almas femeninas. Por lo menos a Dominica le ha abrasado el alma, con un fuego inextinguible que lastima y deleita, que anonada y no consume. Cuando Merlo no está en la casa, Dominica no sosiega, va y viene de aposento en aposento, como en busca de algo que se le ha olvidado, sale al huerto, muerde unas hojuelas de hierbabuena, entra de nuevo en casa, se sienta, y al punto se levanta. Tan pronto le dan deseos de reír como de suspirar. Ha perdido el sueño. Cuando Merlo viene, redobla el desasosiego de Dominica. Quisiera mirarle de cerca, de hito en hito, y no osa levantar los ojos del suelo. Si le mira, quisiera apartar los ojos de los de Próspero, por recobrar el aliento que le va faltando, y no puede recoger fuerzas con que retirarlos. Habla Próspero. Próspero habla siempre. Su lengua está dotada de la virtud del movimiento continuo. Es una lengua argentina que tañe sin cesar, como en un vértigo de primavera. Es una Pascua florida inalterable. ¡Y qué cosas le dice a Dominica! Dominica le escucha, como enajenada de los sentidos. Alguna vez, Merlo toma a Dominica de la mano. Dominica la sustrae, con ojos suplicantes, como en un desmayo de agonía, porque teme morir. Y si el noviazgo dura mucho, Dominica se morirá. Ha ido perdiendo carnes y colores, ajándose y desmadejándose. En dos meses ha avejentado varios años.

Pero, en medio de esta transustanciación gloriosa y dolorosa del alma de Dominica, permanece un núcleo de oro incorruptible, el culto de toda su vida, la esencia de su niñez: el amor de Arias. En las horas agitadas de la noche sin sueño, Dominica piensa, por raro accidente: "si Arias se enemistase con Próspero, me matará la pena". Por fortuna para Dominica, Arias estimula alegremente los amores con Merlo. Arias corresponde a la adoración en que Dominica le tiene. También él adora en Dominica. Sólo anhela su felicidad. Por eso, en presencia de Dominica, sonríe, chancea, le propone cábalas para lo porvenir. Pero, estando a solas, Arias sufre mortal angustia.

El espectáculo de los amores de su hermana le ha despertado alma y cuerpo al amor, también a él. Está constantemente enardecido, con el espíritu y la materia en tensión tormentosa, como perturbado. Por eso se esconde. Primero, ha sido un amor inmaterial, absoluto, desencarnado: el amor a la mujer. Erraba desolado por las calles. Creía enamorarse súbitamente de cuantas mujeres veía. Componía versos apasionados y sensuales, tan pronto iracundos como lastimeros. Al cabo, el amor desbocado y a tientas se ha concentrado en una mujer. Arias no sabe quién es. La ha visto tres veces, detrás de una reja. Y ya, desatentadamente enamorado, no se atreve a pasar más por allí. Se encierra en su cuarto. Pasea de arriba abajo. Se mesa los cabellos. Habla solo. Ruge ahogadamente. Bermudo, por de fuera, pegado a la puerta, escucha, aprieta los puños, revuelve los ojos amenazador. ¿Qué podrá hacer el pobre Bermudo por aliviar a Arias? ¿Qué le sucede a Arias? ¿Quién le hace padecer? ¡Oh, si Bermudo agarrase entre sus manazas al culpable que así martiriza a Arias! Pero el pobre Bermudo no acierta a comprender la tramoya del dramático tinglado. Por fin, Bermudo se decide a hacer uso del don de la palabra, de que tan avaro es.

—¿Qué te sucede, Arias? ¡Por Dios, que me lo digas! ¿Puedo yo hacer algo por ti?

—¿Qué has de poder hacer tú?

—¡Quién sabe!... ¡Por Dios, que me lo digas!

—Estoy enamorado, Bermudo.

—¿De quién?

—¿De quién ha de ser? De una mujer.

—¿Quién es?

—No sé cómo se llama.

—¿Por qué no le dices que estás enamorado? Ella estará también enamorada de ti. ¡Pues no faltaba más!

—No me atrevo, Bermudo; no me atrevo —murmura Arias, arañándose las mejillas.

—Dime dónde vive, y yo te la robo y te la traigo aquí. ¡Lo juro por mi salud!

—Calla, bárbaro. ¿Qué sabes tú de esas cosas?

—¡Te juro, Arias, que te la traigo aquí cuando tú quieras!

IX

¡Oh noche venenosa! Cada estrella
es una gota de veneno.
Cada estrella es la rubia simiente
de un mal pensamiento.
Matriz lóbrega de los crímenes todos:
del estupro, del adulterio,
del homicidio, del robo,
de la cobardía y del miedo.
Noche enemiga de los humildes,
alcahueta de los perversos.
Origen de todos los males,
porque, acogidos a su seno,
animales y hombres se ayuntan,
y, encendidos de un furor ciego,
perpetúan la vida en la tierra.

Suena la esquila del convento.
Es hora de maitines. Pasan
los santos monjes a sus rezos.
"De los pecados de la noche,
¡libranos, Señor y Dios nuestro!
¡Que cante el gallo matutino
y caiga Lucifer al infierno!"

Ki-ki-ri-kí.
Amanece otro nuevo día.
Pero alguien ya no podrá verlo.

Conforme avanzaba el verano, además del palique de la tarde, Merlo solía venir por la noche a hablar por la reja con Dominica. Una tarde, de las últimas de agosto, en que, por raro caso, se hallaba en el salón toda la familia de los Limones, al tiempo de despedirse dijo Merlo:

—Esta noche, después de cenar tengo que ir a casa de la viuda de Candelero, que ha llegado del campo, con su hija.

—¿Han vuelto? — preguntó don Enrique.

—¿Cuándo han llegado? — preguntó Arias.

La niña de Candelero era la mujer por quien Arias andaba fuera de sí. Había averiguado su nombre poco antes, casualmente.

—Según parece, esta tarde — respondió Merlo —. Me escribió la viuda, citándome con urgencia para esta noche. Es cuestión del pleito que tiene con su hermano. Dice que me trae no sé qué datos y pruebas. Como mujer vieja, es liosa e impaciente.

—Pero es rica, y dispone de más de cien votos — comentó Fernanda.

—Precisamente en tu distrito, Próspero — agregó don Enrique.

—Es rica y avara. Por no gastar, ni criados tiene. Vive sola con su hija.

—¿Solas? — preguntó Arias, con sorpresa y anhelo.

—Completamente solas, a lo que entiendo — respondió Próspero.

—Gracias a la exquisita tutela de los Limones, dos mujeres pueden vivir solas y seguras en Guadalfranco, aunque sean ricas — aseveró don Enrique.

Después de una pausa, añadió:

—Me parece haber oído que la hija es monísima.

—Yo, si les he de ser a ustedes sincero, no he reparado en ella — declaró Merlo, dedicando una ojeada propiciatoria a Dominica.

Se despidió.

Al día siguiente la viuda de Candelero y su hija aparecieron en su casa asesinadas, cosidas a puñaladas. La hija tenía veintisiete heridas. En la casa se encontraron el abanico de enea, el bastón y otros objetos que pertenecían a Merlo. El sereno declaró que había visto a Merlo salir de la casa, cerca de medianoche.

Próspero Merlo fué reducido inmediatamente a prisión; de público se atribuyó al crimen un móvil político. Promovióse en la ciudad una algarada. La muchedumbre se dirigió airadamente al palacio de los Uceda, a los gritos de "¡Abajo los Limones!" "¡Mueran los Limones!" Fué menester guarnecer el palacio con tropas de la Guardia civil.

Dominica cayó enferma. No consentía a nadie a su lado, sino a Arias. Lloraba sin consuelo.

—Pero ¿tú crees, Arias, que es posible? ¿No estoy soñando? ¿No es una terrible pesadilla? ¡Despiértame, Dios mío, aun cuando sea un despertar en la sombra de la muerte! — sollozaba Dominica, con voz desfallecida.

—Estoy cierto que Próspero no ha sido — respondió Arias —. No lo digo por darte ánimos. Estoy cierto que no ha sido. Debe de haber alguna funesta equivocación. Pero no temas. Ya que no descubrirse lo que haya pasado, que esto lo reputo demasiado misterioso, por lo menos todo se arreglará con las influencias de Madrid.

Don Enrique recibió también el golpe en medio del corazón.

—Esto se ha acabado, Fernanda. Se ha acabado todo. He acabado yo, porque este disgusto me quita la vida. Se ha acabado nuestro predominio en Guadalfranco. Se ha acabado todo. ¡Pobres hijos míos; fuerte e inteligente Fernanda, dulce Dominica, Arias, débil y candoroso!

—No, papá, no — repuso Fernanda con entereza —. En último término, ¿qué tenemos nosotros que ver con ese miserable de Merlo?. Felizmente no estaba casado con la pobre Dominica. La desgracia es sólo de Dominica, y nuestra, por lo que nos toca en el alma. Pero, catástrofe política, ¿por qué?

Merlo, desde la cárcel, escribió a don Enrique una epístola prolija y enfática, donde protestaba de su inocencia, aguardaba que Dios desenmascararía a los verdaderos criminales, y, entretanto, impetraba humildemente el amparo de don Enrique, en cuyas manos todopoderosas colocaba su causa. Don Enrique estrujó la carta con furia, masticando dicterios contra el astuto y carnicero Merlo. Arias salió a defenderle, con tanta pasión y arte, que don Enrique y Fernanda se dejaron convencer. Don Enrique dijo:

—Concediendo que sea inocente, ¿qué podemos hacer?

—Revolver Roma con Santiago, emplear toda la influencia de Madrid para echar tierra sobre el asunto y poner a Merlo en libertad.

—Eso es imposible. Lo primero es descubrir al criminal.

—No; lo primero es arreglarlo en Madrid.

—Hijo mío, esa es pretensión superior a mis fuerzas, que ya me van faltando. Te la encomiendo a ti. Vete a la corte. Usa de cuantos medios te sugieran tu juventud y tu ingenio. Vas en mi nombre, y es como si fuera yo en persona.

—¿Yo? No sirvo para eso, papá... — replicó Arias, indeciso, con la cabeza baja.

—Servirás si te lo propones. Alguna vez has de comenzar. A mí me quedan pocos días de vida. De ti depende vuestro propio destino, el tuyo y el de tus hermanas. Piénsalo bien.

Dominica escribió a Merlo que no le creía homicida y que le amaba más que nunca. Pasaban los días. El jurado instruía el sumario. Todas las pruebas estaban en contra de Merlo. La ciudad bullía con manifiesta exasperación. Había alborotos frecuentes. Murmurábase que los Limones urdían cohechar la justicia.

Dominica continuaba en cama, enfermando más y más. Don Enrique se amilanaba día por día. El tímido y perezoso Arias dilataba su viaje a Madrid. Pasaron así tres meses. En esto, don Enrique falleció.

X

En principio era la sombra;
la sombra letárgica y caótica;
un anonadamiento; la nada cóncava.
No había colores ni formas.
Surgió el verbo. Surgió la voz maravillosa.
Y con la voz se hizo la luz, aparecieron las [cosas,
se desplegó la acción, nació la historia.
Se hizo la luz, con dolientes congojas.
Todos los alumbramientos dejan las entrañas [rotas.
Se hizo la luz. Se ve la sangre roja
sobre el cuerpo virginal que se desploma.
Y, no obstante, había noche tenebrosa.
Porque la luz era el verbo dentro de la sombra.

Caía la tarde. La sombra iba embebiendo y saturando la alcoba de Dominica. Como si la sombra se adensase, cuajándose de improviso, apareció Arias, silencioso, alterado, estremecido.

—¿Qué tienes, Arias? — preguntó Dominica, incorporándose en su lecho.

Arias se sentó a los pies de la cama.

—Tranquilízate, Dominica. Tranquilízate, y deja que yo me vaya tranquilizando. Necesito hablarte. Dame un poco de agua.

Dominica ofreció a su hermano un vaso de agua azucarada, que estaba en la mesa de noche. Arias prosiguió:

—Dominica, sabes bien cuánto te quiero; cuánto te he querido siempre. No puedo consentir que seas desgraciada. Vas a casarte con Próspero. Vas a casarte inmediatamente. Le pondré hoy mismo en libertad.

Dominica escuchaba sin clara conciencia de lo que oía. No pudo reprimir un movimiento impaciente. Prosiguió Arias:

—Aguarda unos segundos, y se te esclarecerá tu alma. Desde aquí iré ante el juez, a quien declararé que yo asesiné a la viuda de Candelero y a su hija.

Dominica se inclinó a coger a su hermano por las muñecas.

—¡Arias! ¡Arias! ¡Arias! ¿Deliras? ¿Estás loco? ¿Qué vas a hacer, hermano? ¿Quién te creerá? No acepto tu sacrificio. Yo te desmentiré. Todos verán que lo has inventado. ¡Despierta, Arias, despierta!

—Ten calma, Dominica. No es sacrificio. No es invención. Es la verdad.

Se hizo la noche en la alcoba. Arias se había hundido en la oscuridad, una oscuridad que parecía ya eterna. Dominica le oía solamente, como si la voz de Arias llegase desde otros mundos. Su voz ya no era la voz amada y familiar.

—Las asesiné yo, ayudado por Bermudo. El sereno que nos abrió, poco después de haber salido Próspero, confirmará mi declaración. No sé cómo fué. Yo estaba insensato. No era yo mismo. ¿Te acuerdas del pobre Delfín, cuando quise matarlo? Pues lo mismo. Cuando entré en la casa no iba con intención de matarlas. ¡Lo juro por el amor que te tengo! Después, durante todo el primer mes posterior al crimen, me olvidé de que había sido yo. Cuando oía hablar de la cosa horrible, establecía en mi espíritu vagas relaciones, como entre nieblas, o como si lo hubiera soñado. Llegué a pensar que lo había soñado, que el sueño se me imponía como realidad, que mi razón desvariaba... Tuve miedo. Ayer le pregunté a Bermudo: "¿He soñado, Bermudo?" No le pregunté nada más que esto. Bastaba. Bermudo me dijo que no con la cabeza. Ahora todo se me presenta claro otra vez, como de bulto. ¡Sí, es verdad! — continuó después de una pausa —. Yo estaba enamorado de esa mujer. Enamorado no es la palabra. Más que tú de Merlo. Más, porque tu amor recibía como compensación otro amor semejante al tuyo. Y el mío era un amor imposible. ¿Imposible por qué? ¿Qué sé yo? Era algo superior a mi voluntad. No me atrevía a declarárselo. Intenté escribirle mil cartas, y todas las rompí. Quise mirarla, por dárselo a entender, y no podía, hermana, no podía, no podía. Sólo ante la sospecha de que ella no me quisiese, la sangre se me helaba y luego se me arremolinaba en las sienes, en los ojos, me daba sabor en la lengua. Ni siquiera me atreví a preguntar a los vecinos quién era y cómo se llamaba. A mediados del mes pasado se marchó de Guadalfranco. Entonces fué cuando Bermudo se enteró de que era la hija de la viuda de Candelero. Todas las noches, Dominica, todas las noches he ido a su puerta, y me he echado en tierra a besar el umbral en donde ella pisaba, y he besado las rejas de su casa más veces que estrellas tiene el cielo.

Otra pausa.

—Aquella noche estuvimos espiando que Próspero saliera. Primero pensé llamar con los nudillos en la ventana. En seguida mudé de parecer. Lo mejor era entrar. Pero en tanto me decidía o no, pasó algún tiempo. Nos abrió el sereno. Entramos. Como no conocía la casa ni iba como van los salteadores, encendí una cerilla, seguimos zaguán adelante, y subimos las escaleras. En lo alto asomó ella. Estaba en camisa. Desde donde nosotros estábamos se le veían las piernas. Yo adiviné al punto que Lola (no sé si te he dicho que se llamaba Lola) iba a huir, a salir a la ventana y despertar a los vecinos. "Sujétala", ordené a Bermudo. Le estoy viendo. Bermudo saltó como una alimaña, la trincó por detrás y le tapó la boca. Corrí a sostenerla yo mismo con mis brazos. Era tan suave, tan tibia, tan dulce... Aun se me derriten las entrañas al recordarlo.

y siento que todavía la tengo entre mis brazos. La fui cubriendo de besos, y, porque no pude, le besaba y le mordía los labios al mismo tiempo. Todo esto era a oscuras. Yo iba perdiendo la razón. No fuí dueño de mi. Requerí la ayuda de Bermudo. Apenas me daba cuenta de nada. Desde el fondo de la casa llegó la voz de la madre. Decía, aun la estoy oyendo: "Pero, Lola, ¿qué haces? ¿En dónde estás?" Y como nadie le respondió, vino en seguida. Traía una palmatoria en la mano. Quedóse muda. Cayó la vela al suelo, pero seguía ardiendo. Me vi perdido. El mundo se me echaba encima. Yo mismo saqué la navaja del bolsillo de Bermudo y asesté una puñalada a la vieja. Lola se había incorporado. Estaba como a cosa de tres pasos de mí. Me escupió y se lanzó después sobre mí, como para sacarme los ojos. Todo sin decir palabra. En todo el tiempo no dijo una palabra. Jamás llegué a oír el sonido de su voz. Si hubiera hablado, creo que no la hubiese matado; se hubiera hecho la luz. Pero no habló, no habló. Antes de que me alcanzase, ya tenía la navaja hundida en el pecho... Y así muchas veces, muchas veces, muchas veces...

Y la sombra densa que colmaba el aposento estaba para Arias y Dominica poblada de visiones.

—Yo nunca he deseado mal a nadie. Mis ambiciones eran generosas, nobles. ¡Cuántas veces me he sentido enfermo porque el corazón no me cabía en el pecho! ¡Me ahogaba este corazón tan grande y violento! He sido perezoso, porque sabía que jamás llegaría a ejecutar acciones tan altas como yo anhelaba. ¿Por qué maté a Lola? ¿Cómo la maté?... Salimos Bermudo y yo de la casa. No nos hablamos. Vinimos a acostarnos. Yo dormí como un plomo. Al otro día se me había olvidado todo. Cuando recibí la noticia del crimen, creí recordar confusamente. Dije entre mí: "Luego negarán que los sueños son verdad", creyendo haber tenido en sueños el presentimiento. Y así viví muchos días. Pero todo se ha concluido ya. Adiós, Dominica. Sé feliz. Cásate con Próspero. Adiós, Dominica.

Arias besó en la frente a su hermana, que se hallaba yerta de espanto, y salió corriendo. Dominica quiso arrojarse a detenerlo. Cayó sin sentido al pie del lecho.

Merlo fué puesto en libertad, pero no se casó con Dominica.

Le escribió una esquela que, al pie de la letra, rezaba así:

"Comprenderá usted que, después de lo sucedido, para mí ha dejado usted de existir.—*Próspero Merlo*."

Frente a tanto infortunio, Dominica concentró sus energías y se sobrepuso a la adversidad.

El proceso judicial duró más de un año. Arias y Bermudo fueron condenados a muerte. Al conocer la sentencia, Fernanda y Dominica fueron a la cárcel a ver a su hermano por última vez, y luego se ausentaron de Guadalfranco.

Brilla el sol con un nuevo hechizo.
Tañe la campana argentina.
Es la campana del bautizo.
Llora de gozo la madrina.

De pronto el cielo se ha nublado.
Repica el fúnebre esquilón.
Tañe por un ajusticiado
la campana de la prisión.

Apuremos el vaso colmado
con el vino color de miel.
En el fondo del vaso hay guardado
sabor de cicuta y de hiel.

Tan-tan. Tan-tan.
Las campanas en los campanarios
anuncian al caballero blanco.
¡Oh misterioso arcano!

Tan-tan. Tan-tan.
Las campanas en los cementerios
anuncian al caballero negro.
¡Oh sombrío misterio!

Aquella mañana desperté sin que nadie viniera a despertarme. Otros días acostumbraba traerme el desayuno a la cama una de las criadas de doña Trina, la Prisca, moza alcarreña, de rostro esférico, cogote cúbico, torso cilíndrico y faldamento cónico. Con estos calificativos geométricos quiero dar a entender que la Prisca no daba impresión de criatura racional, ni aun irracional, como otros ejemplares que cumplen en los oficios domésticos. Era más bien una cosa en cuya forma aparente se representaban ciertos caracteres simbólicos: la solidez, la exactitud, la fortaleza, la regularidad. Venía a ser como la cristalización de aquellos agentes oscuros, benéficos o irresponsables que hay en la Naturaleza para el servicio del hombre.

Miré el reloj. Era cerca del mediodía. Tenía ordenado que me trajeran el desayuno a las ocho. Tiré con furia del cordón de la campanilla. Acudió la Prisca. En la esfericidad de su rostro se insinuaban algunas arrugas o convulsiones errantes, a manera de rasgos faciales que un sentimiento humano sacudiese. Sin estar seguro de acertar, interpreté las muestras expresivas como manifestación de contento. La novedad disipó mi enfado.

—Explícate, Prisca.

¿Explicarse Prisca? Pues no pedía yo nada...

—Ea, Prisca, ayúdame a entender.

Prisca agitó los brazos, riéndose con acometidas nerviosas y aflautadas. Luego me impuso silencio. Escuché. En el pasillo oíase apresurado taconeo. Prisca llenó el buche de aire y disparó a decir:

—La Mariquita tiene dolores — y rió nuevamente, a su estilo.

—Pues no veo que sea cosa de risa el que tenga dolores la Mariquita.

Pero Prisca persistía en reírse. Me quedé mirándola. No era propiamente una risa de hilaridad. Era una risa cordial, de emoción.

—Te adivino, Prisca, te adivino. Deseas comunicarme que ha llegado el momento en que la Mariquita va a tener un hijo.

Prisca asintió con la cabeza.

Me levanté. Me vestí. Salí al pasillo, en donde crucé con doña Trina, que iba como transfigurada, y no me hizo caso. Salí luego a la calle y no volví hasta la hora del almuerzo. El alumbramiento de Mariquita se presentaba laborioso. La comida de aquel día dejó bastante que desear. Los criados andaban de aquí y acullá, sin punto de vado, a las órdenes de doña Trina, como si no hubiera huéspedes en la casa. Nosotros mismos pusimos la mesa y trajimos las cazuelas de la cocina, y nos servimos, a la usanza de los figones. La charla, naturalmente, versó todo el tiempo sobre el trance en que Mariquita se hallaba. Por este motivo, nadie se percató de que las dos enigmáticas señoras no habían acudido al almuerzo.

Mariquita dió a luz un niño, feliz y trabajosamente, a las seis de la tarde. La comida de la noche estuvo mejor atendida. Tampoco aparecieron las señoras enigmáticas, ni se echó de menos su falta. Era un sábado.

Antes de acostarme leí los periódicos de la noche. Todos publicaban, por lo menudo, la muerte en garrote vil de Arias Limón y Uceda y su criado Bermudo. La lectura me transió de horror. Desde tiempo inmemorial no se habían verificado en Guadalfranco ejecuciones capitales. Hubieron de emplear para el caso un verdugo improvisado e ignorante de sus deberes, un mal aficionado de verdugo, que prolongó la agonía de los reos por espacio de una hora. La población entera cercaba la prisión, en tanto ajusticiaban a los dos reos. Como tardasen en arbolar la bandera negra, signo de que ya estaban muertos, la muchedumbre se amotinó y quiso tomar la cárcel por asalto. Al izar la bandera fúnebre, el motín se agravó. Temían los amotinados que se les hubiera engañado. Recelaban que se hubiera fingido la ejecución, para luego poner en salvo al hijo del aborrecido cacique, procurándole la huída a Portugal. Por cerciorarse, derribaron la puerta de la prisión, y, uno por uno, todos los habitantes de Guadalfranco fueron viendo con sus propios ojos a los dos ahorcados. Quienes los ultrajaban, quienes se mofaban, algunos les escupieron en el rostro.

En el almuerzo del domingo, doña Trina agasajó a sus huéspedes con un principio extraordinario, frutas de sartén, dulces de confitería, vino de Jerez y copitas de cognac. Las dos señoras desconocidas — desconocidas para los demás huéspedes, no para mí — asistieron al almuerzo vestidas de luto. El diputado por Colmenar de la Oreja tenía consigo, como invitado, a un novillero catecúmeno, apodado *Huevillos VII*, y se mostraba muy engreído con semejante amistad y compañía. Nos vaticinó, con singular aplomo y jactancia, que, "a la vuelta de muy contados meses, *Huevillos VII* se iba a comer crudos a *Bombita* y al *Machaco*". El jefe del partido republicano de Tarazona, de barba ubérrima y bipartita, manifestaba aquel día la susodicha barba particularmente tupida y voluminosa, algo así como una buena ubre momentos antes del ordeñe. Todos empinaban el codo con gentil frecuencia. Todos hablaban y reían a un tiempo. Todos hacían votos fervientes por la salud y felicidad de Mariquita y el recién nacido. Una vez que doña Trina surgió en el comedor, todos se levantaron a ovacionarla y aclamarla. Todo allí era jubilante, bullicioso y gárrulo.

Pero las dos damas desconocidas no levantaban los ojos del plato y apenas si llevaron bocado a la boca.

De sobremesa hubo un minuto de silencio y fatiga. Don Raimundo Perejil, el canónigo, que estaba en aquellos momentos con el brazo apoyado en la mesa y la frente en la mano, comenzó a hablar, meditabundo:

—Lo que es la vida. Nosotros tan alborotados. Y, sin embargo... ¿No han leído ustedes en los periódicos la ejecución de Guadalfranco?

—Ha sido una sanción pistonuda — entró a decir el jefe republicano, con frase nada tribunicia —. Les estuvieron apretando el gañote más de una hora, y los malditos no querían estirar la pata.

Las dos señoras enlutadas se pusieron en pie precipitadamente y salieron con vacilante andar. Alcanzaron a oír todavía la última frase del hombre de la barba ubérrima:

—Por supuesto. Les está bien merecido. Eso es lo que hay que hacer con todos los caciques.

Doña Trina se puso pálida. Comenzó a hablar, tartajeando:

—¿Es que... ustedes... no sabían... que esas señoras son las hermanas de Arias Limón y Uceda?

A todos sobrecogió mortal estupor, menos al republicano, que atizó un puñetazo en la mesa, emboscó entre las cejas los ojos y dijo con feroz acento:

—¿De modo que esa mosca muerta, la más vieja, es la que llaman en los papeles "la Tía cacica", la peor de todos los Limones? ¡Qué lástima, no haberlo sabido antes, para soltarle un ex abrupto! Como que a esa también la debieron ahorcar. Y a la otra mojigata, que, al parecer, era encubridora. ¡En este país no hay justicia!

Fin de "**LA CAIDA DE LOS LIMONES**"

LA MANIA DEL PESCADOR

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 12)

los primeros tiempos victorianos, visitando a los fantasmas con el aro del croquet y los malletes. Era la figura de un hombre entrado en años, con largos bigotes, que parecían casi fantásticos. Tenía un primoroso y curioso modelo de cuello y de corbata.

Habiendo sido un dandi a la moda, cuarenta años atrás, se las había ingeniado para continuar con su dandismo, pero ignorando completamente los cambios de la moda. Un alto sombrero de copa, blanco, se veía cerca de "Morning Post", en la hamaca, tras él. Tal era el duque de Westmoreland, la reliquia de una familia que tenía realmente varias centurias de antigüedad —y esa antigüedad no era heráldica, sino histórica—. Nadie sabía mejor que Fisher cuán raros son esos nobles, de hecho, y cuán numerosos de ficción. Pero si el duque tenía ganado el respeto de cuantos le rodeaban, por el hecho de que poseía una vasta cantidad de muy valiosas propiedades, era un punto acerca del cual habría sido muy interesante conocer la opinión particular del señor Fisher.

—Estaba usted tan cómodo que creí que debía ser uno de los criados —dijo Fisher—. Estoy buscando a alguien que lleve esta valija mía. No he traído ningún hombre conmigo, porque he partido muy de prisa.

—Ni yo tampoco, por la misma razón —replicó el duque con cierto dejo de orgullo—, nunca lo hago. Si existe algún animal con vida, apuesto a que es el *valet*. Aprendí a vestirme por mi mismo a muy temprana edad, y creo que lo hago decentemente. Puede ser que esté en mi segunda niñez, pero no voy tan lejos como para hacerme vestir como si fuera una criatura.

—El Primer Ministro no ha traído un *valet*, pero en cambio tiene un secretario —observó Horne Fisher—. Es un trabajo diabólicamente inferior. ¿No está Harker por aquí?

—Está por allí, del otro lado del jardín —dijo el duque con indiferencia, mientras volvía a engolfarse en la lectura del "Morning Post".

Fisher siguió su camino atravesando el último cerco verde del jardín, hasta llegar a una especie de sendero que miraba hacia el río y hacia una isla boscosa que se hallaba enfrente. Allí vió una delgada y alta figura cargada de espaldas e inclinada hacia adelante, con todo el aspecto de un buitre. Una postura muy conocida en los estrados de la justicia, como perteneciente a sir John Harker, el procurador general. Su rostro estaba surcado con las rudas líneas del trabajo, y en verdad, era el único de los tres personajes del jardín que se había elevado por su propio esfuerzo. Alrededor de su calva cabeza y de sus sienes, colgaban rojos mechones de cabello, chatos y semejantes a láminas de cobre.

—No he visto aún a mi huésped —dijo Horne Fisher en un tono más serio que el que había usado con los otros—; pero supongo que lo veré durante la cena.

—Puede verlo ahora, si quiere, pero no puede reunirse con él —contestó Harker.

Señaló con la cabeza hacia uno de los extremos de la isla situada enfrente, y mirando atentamente en la misma dirección, el otro invitado pudo ver la parte superior de una cabeza calva, y el tope de una red de pescar, ambos igualmente inmóviles, entre la alta vegetación que los rodeaba y contrastando con la brillante corriente del río. El pescador parecía estar recostado contra el tronco de un árbol, dando cara a la otra orilla de tal modo que era imposible ver su rostro; sin embargo, el corte de su cabeza era inconfundible.

—No desea que lo molesten cuando está pescando —dijo Harker—. Es una especie de manía suya esa de no querer comer más que pescado; y se muestra muy orgulloso de pescarlo él mismo. Por supuesto, lo hace para aparecer más simple, como todos esos millonarios. Le gusta venir diciendo que ha trabajado por su comida como cualquier trabajador.

—¿Le ha explicado alguna vez cómo limpia toda la cristalería y repasa la tapicería? —preguntó Fisher—. ¿Y cómo friega todos los cubiertos de plata y madura las peras y duraznos y diseña los dibujos de las carpetas? He oído decir que es un hombre muy ocupado.

—No creo haber dicho eso —respondió el otro—. ¿Pero a qué viene esa sátira social?

—Bueno, la verdad es que estoy un poco cansado de la "vida simple", de la "vida agotadora", vivida por nuestra pequeña partida de desocupados. En verdad, dependemos enteramente de otros en casi todas las cosas, y por eso hacemos todo un asunto de considerarnos independientes en cualquier minucia. El Primer Ministro se siente orgulloso de poder valerse sin chofer; pero no puede ir a ninguna parte sin un factótum que le sirva para todos los mandados. El pobre Bunker tiene que desempeñar el papel de genio universal, para el cual bien sabe Dios que no fué creado. El duque, a su vez, proclama que puede valerse sin ayuda de un *valet*, pero apuesto a que debe dar un trabajo enorme a una gran cantidad de personas para poder juntar esa extraordinaria colección de antiguas galas que viste. Debe obtenerlas en el Museo Británico, o mandar hacer excavaciones en las tumbas antiguas. El sombrero blanco, precisamente, debió exigir una expedición para encontrarlo, como si fuera el Polo Norte. Y por fin, aquí tenemos al viejo Hook que pretende pescar sus propios peces, cuando no es capaz de fregar los cuchillos y tenedores para comerlos. Puede ser simple, acerca de cosas simples, como la comida; pero apuesto a que es lujoso con las cosas lujosas, especialmente las cosas pequeñas. En esto no lo incluyo a usted. Sé que ha trabajado muy duramente para encontrar algún placer en jugar a que trabaja.

—A veces creo que usted esconde en el más horrible secreto la seguridad de que es útil de alguna manera. ¿No ha venido aquí especialmente para ver al *Premier* antes de que salga para Birmingham? —preguntó Harker.

Horne Fisher contestó en voz baja:

—Sí, y espero tener la suerte de encontrarlo a la hora de la cena. Tiene que ver a sir Isaac por no sé qué asunto, luego.

—¡Hola, hola!, sir Isaac ha terminado su pesca por hoy. Sé que está orgulloso de levantarse al amanecer y acostarse a media noche.

El viejo que estaba en la isla se había puesto de pie, mirando en derredor y dejando ver una mata de barbas grises en un rostro pequeño y sumido, pero iluminado por un par de coléricos ojos, sobre los cuales había dos cejas de fiero aspecto.

Llevando cuidadosamente su aparejo de pescar, se encaminaba hacia la mansión, pasando por un paso de anchas y chatas piedras, que se tendía por sobre la corriente. Luego viró en redondo, acercándose a sus huéspedes y saludándolos cortésmente. Había varios pescados en su canasta y él se mostraba de buen humor.

—Sí —dijo contestando a la cortés expresión de asombro de Fisher—, creo que me levanto antes que nadie en esta casa. El pájaro tempranero es el que agarra el gusano.

—Infortunadamente, es el pez tempranero el que agarra el gusano —dijo Harker.

—Pero el hombre que se levanta temprano atrapa el pez —replicó el viejo con expresión hosca.

—Pero por lo que he oído decir, sir Isaac, usted es, además, la persona que se acuesta más tarde. Supongo que necesita muy pocas horas de sueño —dijo Fisher.

—Nunca tuve mucho tiempo para dormir —contestó sir Isaac, y agregó—: pero de todos modos, esta noche seré otra vez el último hombre en acostarme. El Primer Ministro me ha dicho que quiere conversar conmigo. Y ahora que hemos charlado de todo un poco, creo que sería conveniente que fuéramos a vestirnos para la cena.

La cena transcurrió esa noche sin que se hablara una sola palabra de política. En general se habló poco, y se habló de trivialidades ceremoniosamente. El Primer Ministro, Lord Mirivale, que era un hombre delgado y alto, con rizados cabellos grises, estaba cumplimentando gravemente a su huésped por su buena suerte como pescador, y hablaba con arte y paciencia; la conversación transcurría como el murmullo de una corriente de agua que se desliza entre pequeñas piedras.

—No hay duda de que se requiere mucha paciencia para dedicarse a la pesca —dijo sir Isaac—, y también se necesita cierta habilidad; pero, por lo general, tengo bastante suerte.

—¿No le ha sucedido alguna vez que un pez grande rompiera la línea y escapara? —preguntó el político con respetuoso interés.

—No, eso no puede sucederme con la clase de línea que uso —contestó sir Isaac, lleno de satisfacción—. Me esmero en mis aparejos, y si algún pez tuviera fuerzas suficientes como para romperlo, las tendría también para tirarme al río.

—Sería una gran pérdida —dijo el Primer Ministro haciendo una inclinación.

Fisher había estado escuchando todas esas futilezas con gran impaciencia, esperando que se le presentara la ocasión de hablar, y cuando su huésped se levantó, él se puso de pie con una agilidad desconcertante. Se las arregló para acercarse a Lord Merivale antes de que sir Isaac lo condujera aparte, para tener con él la entrevista final.

Tenía que decir solamente unas pocas palabras, pero deseaba decirlas.

Mientras abría la puerta para que pasara el Primer Ministro, le dijo en voz baja:

—He visto a Montmirail; dice que a menos que protestemos inmediatamente en favor de Dinamarca, Suecia se apoderará de los puertos con toda seguridad.

—Justamente, voy a escuchar lo que sir Isaac tiene que decirme al respecto —dijo Lord Merivale, asintiendo con la cabeza.

—Me imagino..., creo que ahora existe muy poca duda acerca de lo que tendrá que decir al respecto —dijo Fisher esbozando una sonrisa.

Merivale no contestó. Encaminóse graciosamente hacia la biblioteca, a donde su huésped le había ya precedido. El resto de los invitados se dirigió a la sala del billar. Fisher dijo al abogado:

—No tardarán mucho; sabemos que casi han llegado a un acuerdo.

—Sir Isaac soporta enteramente al ministro —dijo Harker.

—O el Primer Ministro soporta enteramente a sir Isaac... —dijo Horne Fisher, comenzando a golpear las bolas del billar.

* * *

Horne Fisher, al día siguiente bajó tarde de sus habitaciones, y con sus abandonados modales, que constituían en él un reprensible hábito. Evidentemente, no tenía interés por agarrar gusanos, y como los otros invitados parecían tener la misma indiferencia, se asistieron los unos a los otros en el desayuno, y durante las horas que se deslizaban lentamente hacia la hora del *lunch*.

Por eso, no fué muchas horas después cuando la primera sensación del que iba a ser un extraño día llegó hasta ellos. Llegó en la forma de un joven de cabellos sueltos y de cándida expresión, que venía remando en bote, río abajo. No tardó en hacer pie en el desembarcadero de la propiedad. En verdad, no

era otro que el señor Harold March, el periodista amigo del señor Fisher, cuya jornada había comenzado lejos de allí, río arriba, y en las primeras horas del día. Llegaba ya bien avanzada la tarde, pues se había detenido en una ciudad de la costa del río para tomar el té y comprar un periódico, que, en ese momento, asomaba fuera de su bolsillo.

El señor March llegaba a aquel apacible jardín a la orilla del río, como un apacible y bien vestido terremoto; pero no sabía que era un terremoto. Saludó y fué presentado como se estila comúnmente. A lo cual esta vez se agregaron las inevitables excusas por la excéntrica reclusión del huésped. Había ido otra vez a pescar, por supuesto, y no debía ser molestado hasta la hora convenida, aunque estaba sentado a tiro de piedra de donde ellos se hallaban.

—Es su único *bobby* —dijo Harker como disculpándolo—; y después de todo, ésta es su casa y él es muy hospitalario en otros sentidos.

—Me temo que eso se esté convirtiendo más en una manía que en *bobby* —contestó Fisher—. Sé perfectamente cómo son esos hombres de edad cuando comienzan a coleccionar cosas, aun cuando se trate de esos inservibles pescaditos de río. Recordarán ustedes al tío de Talbot, con sus escarbadientes, y al pobre viejo Bozzy con las cenizas de los cigarros. Sir Isaac ha hecho muchas grandes cosas en su tiempo —el gran acuerdo en el asunto de la madera sueca para construcciones y la Conferencia de la Paz, en Chicago—; pero dudo mucho que ahora se cuide tanto de esas grandes cosas como de esos pequeños peces.

—¡Oh!, vamos, vamos —protestó el procurador general—; usted va a hacer creer al señor March que ha venido a la casa de un lunático. Créame, sir Isaac hace eso por entretenerse, como haría cualquier otro deporte; únicamente que es de la clase de hombres que toman muy en serio su entretenimiento. Apuesto a que si hubiera grandes noticias acerca de la madera y de sus barcos, arrojaría lejos, en seguida, esa red y sus pescados.

—Bueno, por mi parte lo dudo mucho —dijo Fisher mirando distraídamente hacia la isla situada en medio del río.

—A propósito, ¿hay alguna novedad? —preguntó Harker a Harold March—. Veo que tiene usted uno de esos diarios de la noche, que aparecen por la mañana.

—Tiene el comienzo del discurso que pronunció Lord Merivale en Birmingham —dijo March alcanzándole el diario—; no es más que un párrafo, pero me parece muy bueno.

Harker tomó el diario, lo agitó, lo arregló y echó una mirada a la noticia que, en grandes letras, estaba sobre el nombre del periódico. Era, como March había dicho, nada más que un párrafo. Pero aquel párrafo tuvo un efecto peculiar en sir John Harker. Sus altas cejas se bajaron y sus ojos se hicieron dos puntos luminosos. Por un momento se quedó con la boca abierta y la mandíbula caída, como en señal de completo asombro. Pareció, de alguna manera, un hombre envejecido. Luego, recobrando la serenidad y la compostura, ofreció el diario a Fisher, extendiendo el brazo, y dijo con acento súbitamente áspero:

—Bueno, aquí tiene usted una oportunidad para hacer una apuesta. Aquí está la gran noticia que ha de distraer al viejo pescador.

Horne Fisher miró a su vez aquel párrafo del diario, y su apariencia, siempre lánguida y poco expresiva, pareció también sufrir un cambio. Aquel párrafo tenía todo el ancho de la página, y Fisher leyó:

Sensacional advertencia a Suecia.

Y abajo:

Protestaremos.

—Qué diablos... —murmm

Sus palabras se diluyeron en un silbido de asombro.

—Debemos avisar inmediatamente al viejo Isaac Hook, o no nos lo perdonará nunca —dijo Harker—. Posiblemente querrá ver al Primer Ministro en seguida, aunque me parece que ya es tarde. Voy a cruzar para allá al instante, y apuesto a que le hago olvidar sus peces.

Y dando la espalda a los presentes, Harker se dirigió al pequeño puente de piedras que atravesaba el río, hasta la isla.

March se había quedado mirando a Fisher con los ojos abiertos, asombrado del efecto que causara el diario que había traído.

—¿Qué significa esto? —preguntó—; siempre supuse que deberíamos protestar en defensa de los puertos daneses, por su propia seguridad y por la nuestra. ¿Qué significa toda esta agitación acerca de sir Isaac y de todos ustedes? ¿Cree usted que son malas noticias?

—¡Malas noticias! —exclamó Fisher con una especie de suave énfasis en el acento de su voz.

—¿Tan malas son? —preguntó su amigo, después de un instante de silencio.

—Tan malas son... —repitió su amigo—. ¡Vamos, hombre!; son tan buenas como podrían serlo. ¡Son grandes noticias!; ¡gloriosas noticias! Aquí es donde está todo el misterio: son admirables, inestimables y hasta increíbles.

Echó una mirada hacia la isla que destacaba los colores grises y verdes de su vegetación, y su mirada casi dormida recorrió el jardín desde el río hasta las tierras más altas.

—Tengo la extraña sensación de que este jardín estuviera bajo un sueño, y supongo que yo mismo estaré durmiendo —dijo—. Pero el agua se mueve y el pasto crece y algo increíble ha sucedido.

Mientras hablaba, la alta figura encorvada como un buitre apareció de vuelta caminando por sobre las piedras. Poco después estaba junto a ellos.

—Usted ha ganado su apuesta —dijo con voz que revelaba el asombro y hasta algo que no se precisaba muy bien si era ira o temor—; el viejo tonto no se cuida más que de sus peces. Me dijo que no quería hablar ni una palabra de política.

—Supuse que debería ser así —dijo Fisher modestamente—. ¿Qué piensa hacer ahora?

—Usaré el teléfono del viejo idiota, de cualquier manera —replicó el abogado—; debo averiguar qué es exactamente lo que ha sucedido. Debo hablar mañana por la mañana en nombre del gobierno.

Y con las últimas palabras, se alejó apresuradamente en dirección a la casa.

En el silencio que siguió, un silencio muy extraño por lo que a March respecta, vieron la figura del duque de Westmoreland, con su alto y blanco sombrero y sus bigotes, aproximándose a ellos a través del jardín. Fisher se dirigió hacia él inmediatamente, llevando en la mano el diario rosado, y luego de dirigirle algunas palabras, le señaló el párrafo apocalíptico. El duque, que había estado caminando lentamente, se quedó tieso, y, por un instante, con su grotesca vestimenta, pareció ser el maniquí de un sastre, inmóvil y mirando fijo hacia adelante, en la vidriera de algún comercio. Luego March, desde lejos, escuchó su voz, alta y casi histérica:

—Pero él debe ver..., debe comprender. Seguramente no le han dado la noticia de la manera apropiada.

Luego, con aire de confianza en las maneras y gran pomposidad en la voz, agregó:

—Yo mismo iré a decírselo.

Entre los curiosos incidentes de aquella tarde, March recordó siempre algo cómico acerca de la apostura del viejo caballero, que con el asombroso sombrero blanco caminaba de piedra en piedra, a través del río, como una persona que atravesara Picadilly. Luego desapareció tras de los árboles de la isla y March y Fisher se dirigieron al encuentro del procurador general que volvía de la casa con un rostro ensombrecido, pero al mismo tiempo con una mueca de íntima seguridad.

—Todo el mundo afirma que el Primer Ministro ha pronunciado el mejor discurso de su vida. No dejaremos sola otra vez a Dinamarca.

Fisher asintió, y luego dió vuelta para tomar el sendero junto al río. Al mirar hacia adelante, vió al duque que regresaba con una extraña expresión en el rostro. En respuesta a las preguntas que le hicieron, contestó con voz confidencial y emocionada:

—Realmente, creo que el pobre hombre no está en sus cabales. Se rehusó a escucharme. El..., bueno..., dijo que yo podría asustar a los peces.

Un oído muy agudo pudo haber recogido un murmullo de voz que hablaba de un sombrero blanco. Esa voz provenía de la garganta de Fisher. Pero sir John Harker dijo con cierta violencia:

—Fisher tenía razón, yo no lo quería creer, pero es evidente que el pobre mozo está trastornado con su pesca. Si la casa se prendiera fuego, dudo de que se moviera antes de la puesta del sol.

Mientras hablaban, Fisher había continuado caminando por el sendero, y ahora dirigió a lo lejos una mirada investigadora, pero no hacia la isla, sino en dirección opuesta, hacia los bosques que se alzaban del lado del sol poniente, formando como los muros naturales del valle. Un cielo nocturno, tan claro como lo había sido antes el del día, se iba extendiendo lentamente por sobre la campiña. Hacia el oeste, estaba tocado por largas pinceladas rojas y doradas. Apenas se oía ruido alguno, aparte del murmullo de las aguas del río. Pero el silencio fué roto por una sorda exclamación de Horne Fisher. Harold March lo miró extrañado.

—Hablaban ustedes de malas noticias. Pues bien, tenemos ahora una mala noticia.

—¿A qué mala noticia se refiere usted? —preguntóle su amigo, consciente de algo extraño y siniestro en el tono de su voz.

—El sol se ha puesto —dijo Fisher.

Tenía el aire de una persona consciente de haber dicho algo fatal. En seguida continuó:

—Debemos buscar una persona a quien realmente le haga caso, para que vaya a la isla. Puede ser que esté loco, pero siempre hubo método en su locura. Siempre hay método en la locura...; eso es lo que hace a los hombres locos..., el método. El nunca permanece sentado allí, después de la puesta del sol, cuando todo comienza a sumirse en la obscuridad. ¿Dónde está su sobrino? Creo que le tiene verdadero afecto a su sobrino.

—Miren... —gritó March en ese momento—. Ahí viene..., ha estado en la isla y vuelve.

Mirando una vez más en dirección al río vieron la figura de Jaime Bullen, que se destacaba recortada en negro contra los últimos reflejos del sol poniente, caminando apresuradamente de piedra en piedra casi como si lo empujaran y agitando los brazos. Una vez resbaló sobre una piedra y hundió el pie en el agua. Cuando estuvo cerca del grupo, todos pudieron ver que su rostro aceitunado estaba intensamente pálido. Los otros cuatro hombres quedaron pendientes de sus palabras, y como el joven no hablara, le preguntaron casi simultáneamente:

—¿Qué dice ahora?

—Nada..., nada... —respondió el joven mirando alternativamente a unos y a otros.

Fisher clavó sus ojos en el rostro del joven, por un instante. Luego salió repentinamente de su inmovilidad, y haciendo una señal a March para que lo siguiera, se encaminó al puente de piedras y comenzó a cruzarlo. En un momento llegaron al largo sendero que rodeaba la isla, al otro lado del cual estaba sentado sir Isaac. Allí se detuvieron y lo miraron sin pronunciar palabra.

Sir Isaac Hook estaba aún sentado y apoyado contra el tronco del árbol, y por una razón muy importante no se movía en absoluto. Una parte de su infalible línea de pescar estaba pasada dos veces, muy apretada, alrededor de su cuello y luego dos veces más alrededor del tronco del árbol. El investigador se inclinó rápidamente hacia adelante, dando un paso, y tocó la mano del pescador: estaba tan fría como un pez.

—El sol se ha puesto y no se levantará jamás —dijo Horne Fisher en el mismo tono terrible.

Diez minutos después, los cinco hombres, apenas repuestos, se hallaban reunidos en el jardín de la residencia. Se miraban los unos a los otros, y sus rostros estaban algo más pálidos que de costumbre, pero se conservaban serenos. El abogado parecía ser la persona más alerta del grupo. Fué el primero en hablar, y lo hizo con violencia:

—Debemos dejar el cadáver como está y telefonear a la policía. Creo que mi propia autoridad bastará para examinar a los sirvientes y ver si hay algo de importancia entre sus papeles que pueda arrojar alguna luz sobre esto. Por supuesto, ninguno de ustedes, caballeros, debe alejarse de la residencia.

Había algo quizá, en su rápido discurso, de corte legal, que sugería la puerta de una trampa que se cerraba. De cualquier manera, el joven Bullen gritó; o mejor dicho, explotó, porque su voz semejó una explosión:

—¡Yo no lo toqué! ¡Juro que no tengo nada que ver con esto!

—¿Por qué dice usted eso? ¿Por qué grita antes de tiempo? —le preguntó Harker con voz dura.

—Porque todos me miran como si yo fuera el culpable —gritó el joven, enojado—. ¿Creen que no sé que siempre están hablando de mis condenadas deudas y de mis esperanzas...?

Entretanto, para sorpresa de March, Fisher se había alejado del grupo, llevándose de un brazo al duque a otra parte del jardín. Cuando estuvieron lejos de los oídos de los otros invitados, le dijo de la manera más simple del mundo:

—Westmoreland, voy a ir directamente al asunto.

—¿Y bien? —preguntó el otro mirándole estoicamente.

—¿Usted tenía algún motivo para matarlo? —preguntó Fisher.

El duque continuó mirándolo de la misma manera, pero sus labios no se movieron. Entonces, Fisher continuó suavemente:

—Espero que tuviera usted un motivo para matarlo. Ya ve usted; es una situación por demás curiosa: si tenía usted un motivo para cometer el crimen, entonces probablemente no lo mató. Pero si no tenía usted ese motivo, entonces existen muchas probabilidades de que sea usted el asesino.

—¿De qué diablos me está hablando usted? —exclamó el duque violentamente.

—Es muy simple. Cuando usted atravesó el puente, él estaba vivo o muerto. Si estaba vivo, es posible que sea usted quien lo haya matado; y si no, ¿por qué no dijo una palabra de que estaba muerto? Pero si estaba muerto y usted tenía alguna razón para desear su muerte, entonces debe de haberse callado por miedo de que le acusaran de ser el asesino.

Horne Fisher guardó silencio, miró en torno y agregó:

—Chipre es un hermoso lugar, creo. Romántico escenario y gente romántica. Muy intoxicante para un hombre joven.

El duque enclavijó sus manos y dijo torvamente:

—Pues bien, sí; yo tenía un motivo para desear su muerte.

—Entonces, está bien... —dijo Fisher moviendo lentamente su mano con desahogo—. Estaba casi seguro de que usted no lo había hecho; naturalmente, se asustó cuando lo vió muerto, cosa muy natural, por otra parte. Es como si un mal sueño se convirtiera en realidad, ¿eh?

Mientras tenía lugar esta curiosa conversación, Harker había ido hacia la casa, sin hacer caso de las demostraciones del asustado sobrino, y en el momento presente regresaba con un nuevo aire de animación y unas cuantas hojas de papel en la mano.

—Acabo de telefonear a la policía —dijo, deteniéndose para hablar con Fisher—; pero creo que ya he hecho casi todo el trabajo yo mismo. Creo que he hallado la verdad... Hay aquí un papel...

Dejó de hablar, porque Fisher lo estaba mirando de una manera por demás singular. Después, el primero que habló fué Fisher.

—Hay muchos papeles que no están allí, creo. Quiero decir, papeles que no están allí ahora.

Ante sus palabras, y bajo la atenta mirada del indolente caballero, la perturbación de Harker fué evidente. Fisher prosiguió hablando:

—Pongamos las cartas boca arriba, sobre la mesa. Cuando usted fué a buscar los papeles con tanto apresuramiento, Harker, ¿no estaba usted buscando algo, algo que no deseaba que se descubriera?

No se movió ni uno solo de los rojos cabellos de la dura cabeza de Harker, pero echó al otro una terrible mirada de soslayo.

—Y supongo que fué también por eso por lo que nos dijo usted idéntica mentira acerca del pescador. Nos dijo que había hablado con Hook, para que no sospecháramos que estaba muerto. Sabía usted que existía una prueba que podría hacer sospechar que lo había matado, y no se atrevió a decirnos que estaba muerto. Pero, créame; es mucho mejor ser honesto y decir la verdad, ahora.

El rostro de Harker, que se había puesto más y más pálido, se coloreó de golpe, como si lo inflamaran llamas infernales.

—¡Honesto! —gritó—; es muy fácil para ustedes ser honestos. Ustedes han nacido con la cuchara de plata en la boca. Y luego van por ahí vanagloriándose de sus virtudes, porque no tienen en el bolsillo las cucharas de plata de otros. Pero yo nací en una casa de huéspedes, en Pimlico, y tuve que hacerme mi cuchara y habría mucho que decir si se supiera que había robado a un hombre honesto. Y si un hombre que lucha por elevarse, se desliza un poco en su juventud hacia los linderos más bajos de la ley —que son, en verdad, realmente tenebrosos—, siempre existe algún viejo vampiro que se aproveche de ello para estar sobre uno durante toda la vida.

—Las Golcondas de Guatemala, ¿eh? —preguntó Fisher en tono suave.

Harker lo miró, y un estremecimiento recorrió todo su cuerpo.

—Estoy convencido de que usted debe saberlo todo, como Dios todopoderoso —dijo con voz trémula.

—Sé demasiado, y siempre el lado malo de las cosas —dijo Fisher.

Los otros hombres se acercaban a ellos, pero antes de que llegaran muy cerca de Harker, éste dijo con voz que había recobrado toda su firmeza:

—Sí, yo destruí un escrito; pero también encontré un papel, y creo que eso nos libra a todos de cualquier sospecha.

—Muy bien —dijo Fisher en tono más alto y animado—; háganos saber de qué se trata para que gocemos todos de sus beneficios.

—Sobre los papeles de sir Isaac —comenzó a explicar Harker— había una carta cargada de amenazas, firmada por un hombre llamado Hugo. Amenaza en ella con matar a nuestro infortunado amigo, en una forma muy parecida a la que ha sido asesinado. Es una carta terrible, llena de enmiendas, como pueden verlo ustedes mismos, y hace alusión especial a la manía de pescar en la isla que tenía Hook. Sobre todo, el hombre dice que escribe en un bote. Y ya que nosotros no hicimos más que cruzar el agua caminando por las piedras —y al decir esto Harker sonrió—, el crimen debe haber sido cometido por algún hombre que pasara en un bote.

—¡Caramba! —gritó el duque con algo muy parecido a la animación—. Ahora recuerdo perfectamente a ese Hugo. Era una especie de sirviente y guardaespaldas de sir Isaac. Deben saber que sir Isaac estaba temiendo siempre un asalto. No era..., en fin, no era muy popular entre ciertas personas. Hugo fué despedido después de una agria disputa, pero ahora recuerdo muy bien sus facciones. Era un húngaro enorme, que tenía unos grandes bigotes, cuyas guías sobresalían a cada lado de la cara.

Una puerta se abrió en la obscuridad de la memoria de Harold March, mostrándole una verde campiña como la de un sueño perdido. Era, a la vez, un paisaje de agua y un paisaje de tierra; algo como orillas bordeadas de juncos y de árboles bajos entre las sombrías arcadas de un puente. Y, por un instante, Harold March volvió a ver al hombre que tenía unos bigotes como cuernos saltar sobre el puente y desaparecer.

—¡Gran Dios! —gritó—. ¡Pero si esta mañana me encontré con el asesino!

❦ ❦ ❦

Horne Fisher y Harold March pudieron pasar un día en el río, después de todo, pues el pequeño grupo de invitados pudo alejarse de la casa cuando llegó la policía. Declararon que la casualidad de la evidencia que podía presentar March aclaraba la situación de todos ellos y circunscribía el caso al fugitivo Hugo. Que el húngaro pudiera ser atrapado alguna vez, era cosa que le parecía sumamente incierta a Horne Fisher. Ni tampoco podía decirse que desplegara ninguna demoníaca energía detectivesca en el caso, cuando, recostado en el bote, fumaba tranquilamente, enviando al aire espesas columnas de humo y mirando distraído las fugitivas riberas.

—Fué una buena idea esa de saltar sobre el puente —dijo, siguiendo quizá el hilo de sus pensamientos—. Un bote vacío significa muy poca cosa; no le han visto poner el pie en tierra en ningún desembarcadero y salió del puente sin haber pasado por él. Partió con veinticuatro horas de ventaja... Sus bigotes deben haber desaparecido, y luego él mismo habrá desaparecido. Creo que podemos confiar plenamente en que haya escapado.

—¿Confiar? —preguntó March dejando de remar por un instante.

—Sí, confiar —repitió Fisher—. Para tomar las cosas desde el principio, no voy yo a emprender ninguna venganza corsa sólo porque alguien haya asesinado a Hook. Quizá haya adivinado ya usted quién era Hook. Un condenado chupador de sangre y extorsionador: eso es lo que era ese simple y activo caballero de industria. Tenía secretos que esgrimir contra casi todo el mundo: uno, contra el pobre viejo Westmoreland, acerca de un casamiento de su juventud, en Chipre, que, de descubrirse, habría puesto en una situación muy curiosa a la duquesa; otro, contra Harker, sobre el destino de un dinero de sus clientes cuando era un abogado recién graduado. Es por eso por lo que sufrieron una terrible emoción cuando descubrieron, cada uno a su turno, que había sido asesinado. Sintieron algo así como si ellos mismos lo hubieran hecho en sueños. Pero, aparte de eso, admito que tengo otra razón más poderosa aun para desear que nuestro amigo el húngaro pueda escapar libre sin que lo cuelguen por asesinato.

—¿Y cuál es esa razón?

—Que él no cometió el crimen —contestó Fisher.

Harold March recogió los remos y dejó que el bote se deslizara suavemente siguiendo el curso del río.

—Bueno, para decirle la verdad, esperaba algo por el estilo desde un principio —dijo—. Lo creí irracional, pero lo sentía pesar en la atmósfera como un trueno en el aire.

—Por el contrario, lo que resulta irracional es pretender que Hugo sea el culpable —replicó Fisher—. ¿No ve que lo están condenando por la misma razón que se absuelve a todos los demás? Harker y Westmoreland guardaron silencio porque lo hallaron muerto, con señales evidentes de haber sido asesinado, y porque sabían que ciertos documentos podían comprometerlos y hacerlos aparecer como los asesinos. Bien; de la misma manera, Hugo lo halló muerto, y de la misma manera Hugo sabía de la existencia de un escrito que podía comprometerlo, haciéndolo pasar por el asesino. Ese papel lo había escrito él mismo el día anterior.

—Pero, en ese caso, ¿a qué temprana hora de la mañana fué cometido el crimen? Recién comenzaba a amanecer cuando lo vi bajar el puente, y el puente queda a bastante distancia de la isla.

—La respuesta es muy simple —contestó Horne Fisher—; el crimen no fué cometido por la mañana. El crimen no fué cometido en la isla.

March se quedó mirando a la brillante corriente con ojos pensativos, pero Fisher continuó hablando como si aquél le hubiera hecho una pregunta.

—Cualquier asesino inteligente trata de tomar ventaja de cualquier hecho poco común en una situación común. Tal hecho, en el asesinato que comentamos, es la costumbre de Hook de ser el primer hombre en levantarse, su manía de pescar y su deseo de no ser distraído. El asesino lo estranguló en su propia casa, después de la cena de la última noche, y llevó su cadáver y todos los accesorios de pescar hasta la isla, pasando por el pequeño puente de piedra al amparo de la obscuridad de la noche. Una vez en la isla, lo ató al árbol y lo dejó allí bajo las estrellas. Era un muerto el que estuvo sentado allí pescando durante todo el día. Luego de atarlo contra el árbol, esa noche, el asesino volvió a la casa, o más bien al *garage*, y se alejó en su automóvil. El asesino guía su propio automóvil.

Fisher echó una mirada al rostro de su amigo y en seguida continuó:

—Veo que parece usted horrorizado, y, en verdad, la cosa es horrible. Pero otras cosas son también horribles. Si un hombre obscuro hubiera sido perseguido por un extorsionador y viera su vida en el hogar destruída, no pensaría usted en el asesino de su perseguidor como en un criminal sin excusa. ¿Es acaso peor, en el caso en que una nación se ve libre, a la vez que se ve libre una familia?

"Por este aviso contra Suecia evitaremos probablemente una guerra, en lugar de precipitarla, y así se salvarán miles de vidas mucho más valiosas que la vida de una víbora. ¡Oh, no! No estoy hablando de una manera sofisticada o tomando en serio la defensa del acto, pero la esclavitud que lo aprisionaba a él y a su patria es mil veces menos justificable. Si en realidad yo hubiera sido inteligente, lo habría adivinado todo en su sonrisa suave y asesina durante la cena de la otra noche. ¿Recuerda usted que le conté aquella tonta conversación acerca de cómo sir Isaac pescaba siempre sus peces? Pues bien; en cierto sentido, era un pescador de hombres.

Harold March tomó los remos y comenzó a remar nuevamente.

—Sí, lo recuerdo —dijo—, y también recuerdo aquello de que un gran pez podría romper la línea y escapar.

Fin de "**LA MANIA DEL PESCADOR**"

EL PADRE

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 31)

Hablaba sin control, colocando sobre su angustia un enardecimiento más ruidoso que efectivo. Porque el llanto sordo de su mujer le escocía en el alma, continuó, violento:

—¿Y por qué has hablado por teléfono? ¿Es que no tienes dignidad? Has puesto a tu hija en el comentario insidioso de toda esa gente... Sin ninguna necesidad... Apresurada y alarmista, como lo fuiste toda tu vida. ¿Recuerdas a todos los que has molestado? Porque mañana tendrás que llamarlos nuevamente para decirles que te has comportado como una tonta...

Ya en franco tren de desahogo, hubiera procedido hasta la crueldad. La inesperada estridencia del teléfono frenó su ímpetu vengativo.

—Ahí la tienes... ¡Déjame! Atenderé yo.

Casi se abalanzó hacia el aparato.

—Hola... ¿Sí? Exactamente... Es mi hija... ¿Dónde? Llegaré en cuanto me sea posible... No... No sé quién puede ser... No tengo la menor idea...

Siguió una serie de informaciones; el nombre de un hospital, nombres, números... Cuando colgó el tubo, la transpiración le corría por la frente. Estaba pálido y temblaba.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la mujer, observándolo inquisitiva, aterrorizada por lo que tendría que oír.

—Se le dió vuelta el automóvil... La han hospitalizado... No es grave... No hay ningún peligro...

—¿Dónde fué? ¿Iba sola?

El tardó en responderle.

—En el camino a Rosario... No; no iba sola... Y, según parece, el acompañante ha muerto... Sí; no me lo preguntes... Es él, precisamente... Se ha prestado a secundarla en esta niñería, y mira el fin que ha tenido... Seguramente ha volcado cuando volvía apurada para casa, convencida de que la broma se prolongaba demasiado... —y desatendiendo la expresión incrédula de Rosa, que lo observaba con los ojos abiertos, en creciente asombro, continuó sin mirarla: —Era lo que yo te decía... Esta hija nuestra está muy mal criada... Algún día va a conseguir que nos alarmemos seriamente... Te confieso que esta vez casi lo consigue... Pero esto le servirá de escarmiento... Estoy seguro de que le servirá de escarmiento...

Siguió hablando incongruentemente, mientras se preparaba para salir. La mujer lo escuchaba sollozando. No tenía nada que decirle a ese hombre, perdido conscientemente en una oscuridad consoladora. Y lloró por él, por su miedo, por su angustia, sobre todo por el inmenso esfuerzo que le demandaba en ese momento mantener su magnífica ceguera de padre... ◈

BIENVENIDO A LA TIERRA... DE LOS LEONES FEROCES

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 29)

lógico —que tiene hoy una extensión de 40 hectáreas—, que abarcará incluso el Parque Aborigen, proponiéndose construir un criadero oficial para el fomento de la avicultura en la provincia y una estación de piscicultura.

—Ya en el año 1914 —nos notifica nuestro informante— fueron efectuadas las primeras siembras de pejerrey y trucha arco iris, con óptimos resultados.

—¿Es tarea ardua atender a la conservación y prosperidad de un zoológico? —seguimos indagando, alentados por la excelente disposición del señor Guiñazú a satisfacer nuestra curiosidad profesional.

—Bueno... Es mi oficio y debo conocerlo. Lo que sí le puedo afirmar es que mi labor no se halla exenta de preocupaciones. Por ejemplo, los animales que enferman...

Una intervención quirúrgica a un jaguar

Acariciado por las brisas de la cordillera, el lugar no puede ser más saludable. Lo demuestran bien a las claras las cifras de mortandad, que es inferior a la de otros zoológicos similares en cuanto al número de animales expuestos. Sin embargo, las fieras también caen a veces enfermas y deben ser atendidas como cualquier ser racional.

—Y a menudo esta atención aun resulta más ardua —explica el señor Guiñazú—. A un animal no le puede usted preguntar "qué es lo que le duele". Uno tiene que hacer uso de los ojos y de las manos para descubrir dónde se encuentra la causa del trastorno.

—¿Qué clase de enfermedades son las más frecuentes?

—Pues, de las llamadas internas, los enfriamientos, fiebres y digestiones desordenadas. De las externas, las heridas originadas por las peleas entre compañeros de cautiverio o por motivos naturales, tales como desarrollo anormal de uñas o cornamentas. A algunos pacientes es relativamente fácil curarlos, dado su tamaño o su docilidad; en cambio, con otros hay que recurrir a la anestesia total. Hace tiempo, a un jaguar se le infectó una uña encarnada y hubo que darle cloroformo para que el veterinario pudiera operar sin riesgo a que el enfermo se lo *merendara*. Fué una lucha terrible, con el tiempo. Porque los efectos de la anestesia ya se perdían y aun el doctor estaba en plena labor. La operación y el tormento terminaron oportunamente cuando la fiera comenzaba a despertar de su involuntario sueño...

Los osos que se fotografían y el mono farriste

Un fotógrafo ambulante, viejo amigo de los dos osos pardos, les ordena a éstos que se sienten sobre una roca, juntos, cosa que ellos hacen de inmediato, pero con mucha parsimonia... Unos visitantes quieren conservar un recuerdo del Parque Zoológico, retratándose junto a la jaula de los dos simpáticos animales, que, según nos cuentan, no son tan mansos como parecen, ya que uno tiene una muerte sobre *la conciencia*... La pareja de osos en posición de descanso servirá de fondo a la foto.

Antes de finalizar nuestra entrevista, recogemos la graciosa

anécdota de un mono araña, que andaba hace poco tiempo suelto por el parque. Este simpático mono se portó muy bien hasta el día en que en la falda del cerro instalaron una hostería. A partir de entonces, el animalito comenzó a cometer travesuras... y a correr farras. Se "descolgaba" en la hostería, entraba en la cocina, rompía copas y platos, asustaba a las señoras, se embriagaba con toda clase de copetines... Al final tuvo que ser encerrado, porque sus "monadas" hubieran terminado mal. ❖

EL ORGANILLO

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 37)

tonces, reconócelo, te daba un poco de lástima ese buenazo de Julio con sus corbatas blancas demasiado almidonadas y sus guantes limpiados con recetas caseras. Sin embargo, te casaste con él, y después de todo, es trabajador y buen padre de familia. Es ahora subjefe, como lo fuera tu difunto padre, y obtiene la misma nota desalentadora: "Empleado modesto y útil; debe conservárselo en su cargo". Cuando le diste su segundo hijo le entró un poco de ambición al pobre, y para ser ascendido publicó dos folletos especiales; pero se quedó bien con él condecorándolo con las palmas académicas.

—¡Tres hijos — dos chicos primero y una niña que vino bastante más tarde— es una carga pesada! Y menos mal que el mayor está interno en el colegio, gozando de una media beca. Con mucha economía se equilibra el presupuesto. ¡Pero qué vida mediocre y trivial! El padre sale por la mañana bien temprano llevándose su almuerzo — un bocadillo y un frasco de vino aguado — en los bolsillos de su sobretodo; porque antes de instalarse en su sillón ministerial da un curso de geografía en el internado de niñas. Y en cuanto a ti, no tienes tiempo de aburrirte, y el día es corto para quien tiene tanto que hacer. ¡Sin embargo, nunca una diversión! Desde hace un año no has ido más que una vez al teatro, en septiembre pasado, para ver el "Dominó Negro", con un vale de favor.

Estás resignada, vencida, sin duda alguna. Pero este antiguo aire de polca que sigue tocando en forma obstinada el organillo te hace recordar que la otra tarde, en que ibas como hoy empujando el cochecito en que duerme tu hija, y cruzando esta misma avenida, estuviste a punto de ser atropellada por una elegante victoria, en la que reconociste bien instalado bajo las pieles al hermoso Federico, que seguía igual, con el aire siempre joven de la gente feliz, y que te miró duramente mientras gritaba "¡torpe!" a su cochero.

¿Verdad que este organillo es insoportable? Felizmente, ya se calla. Y he aquí que cae la noche. Allí, al fondo de la triste avenida del suburbio, sobre el humo rojo que sucede a la puesta del sol, el gas que están encendiendo presenta sus pálidas luces. Regresa a casa. Tu segundo hijo ya debe haber regresado de la escuela y cuando tú no estás delante no estudia nunca su lección del día siguiente, antes de la cena. Vuelve a casa. Tu marido volverá dentro de poco de su oficina, cansado y con hambre, y tú sabes muy bien que sin ti la criadita de veinticinco francos por mes sería incapaz de "arreglar" con papas y cebollas los restos de la carne de anoche.

II

Qué nostálgica es la música! ¡Cómo evoca dolorosamente los viejos recuerdos! ¡Y qué tristemente se oye en el crepúsculo de noviembre el sonido llorón del organillo que toca un antiguo aire húngaro!

¿En qué piensas al escucharlo, señora condesa, y por qué te quedas como petrificada por el ensueño cerca de la alta ventana de tu "boudoir"? ¿Qué recuerdos puede traerte a ti, mujer feliz y en la plena belleza de tus treinta años, ese antiguo aire de baile húngaro tocado allí, en la triste avenida, más allá de los tilos deshojados de tu jardín, por el organillo sollozante y evocador?

Te recuerda el gran anfiteatro del "*Johnson's American Circus*", atestado de rostros atentos, tal como era en la época de tus éxitos ecuestres. Los dos virtuosos negros han terminado su concierto cómico rompiéndose sus violines en la cabeza, y el palafrenero acaba de traer a la pista tu caballo de pruebas. ¿Te acuerdas, el enorme y apacible caballo blanco, moteado de negro que recordaba un pavo crudo relleno de trufas? Haces entonces tu entrada, de la mano del soberbio director del picadero con su traje escarlata y su tocado a la Capoul, de quien estuviste un poco enamorada, confiésalo, como todas las amazonas del circo. Saludas al público con una cabriola, y en seguida, de un salto, ¡hop!, hete aquí sobre la silla en plataforma. Restalla un látigo, la orquesta ataca furiosamente la música, el caballo trufado inicia su pequeño galope mecánico, y, ¡hop, hop!, comienzas tu número.

¡Qué criatura olímpica eras entonces, condesa! ¡Diecisiete años y las piernas de la Venus del Capitolio! ¡Forma y gracia! Una de esas bellezas perfectas que no se obtienen ya más que con el cruce de sangre y las amalgamas de razas del Nuevo Mundo. Circulaba un murmullo: "¡Es la hermosa Ada! ¡La Americana!" Y embriagada por ese viento de triunfo, redoblabas tus audaces piruetas.

La primera parte del "ejercicio" terminaba siempre con una salva de aplausos. Mientras los caballerizos subían en los taburetes con las banderolas y los aros, y mientras el clown, para divertir al público, tiraba al suelo de una bofetada a su camarada y lo levantaba graciosamente por los fondillos del pantalón, tú dabas la vuelta a la pista al paso, colocada al borde de la silla, con una ligereza de mariposa. Era el mejor momento para tus admiradores. Mantenías erguida tu cabeza de diosa bajo tu casco de pelo negro ornado de flores, y tus piernas sublimes, recubiertas de malla rosa, salían como de una nube de entre tu falda de gasa.

Fué en uno de esos momentos de descanso cuando te diste cuenta por primera vez de la existencia del conde, hoy tu esposo, y entonces uno de los más violentos calaveras de París. Estaba de pie en el corredor de las cuadras, grande, delgado y correcto en su levita abotonada, con un ramito de lilas en el ojal, golpeándose nervioso los labios con el puño de oro de su bastoncito. Volvió al día siguiente, y al otro, todos los días; y tú bajabas los párpados, confusa, cuando tu mirada tropezaba con sus ojos comidos por la pasión, con sus ojos pálidos de hombre que ha perdido la cabeza.

La había perdido efectivamente; pero tú eras una chica honrada, ni más ni menos. A los cinco años quedaste huérfana, al matarse tu padre, el Hombre Saltarín, de un golpe que se dió en la nuca al caerse al suelo. La gente del circo adoptó a la niña nacida en el oficio. El viejo clown parisiense, Mistigris, te enseñó el francés, y luego un poco a leer y escribir. Después de haber sido la niña mimada — y respetada, a pesar de todo — de todos esos buenos saltimbanquis, te convertiste en una de las glorias de la empresa. Ganabas tu vida honradamente enseñando tus piernas; pero eras verdaderamente buena; y — acuérdate — la noche en que el conde te ofreció ese aderezo de turquesas, bastante brutalmente, es preciso decirlo, estuviste a punto de pegarle con el látigo en plena cuadra, frente al box del elefante.

Era eso lo que faltaba para enloquecer a un hombre de grandes pasiones. El "*Johnson's American Circus*" estaba dando la vuelta a Francia. El conde te siguió a Orleáns, a Tours, a Angers; y finalmente, en Nantes cometió la locura suprema, como un ruso; y como no tenías ni padre ni madre, te raptó para casarse contigo.

¡Ay! ¡Qué tristemente llora el organillo ese antiguo aire húngaro en el crepúsculo!

¿Qué hacer, después de las primeras semanas de la ardiente luna de miel, pasadas en un pueblecito perdido en la orilla del mar? No se hartaban de reír en el Jockey; y las mujeres de mundo se sofocaban de indignación detrás de sus abanicos. El conde tomó su partido juiciosamente; se expatrió durante varios años. ¡Ah!, pobre condesa, cómo te aburriste en Florencia, en ese sombrío palacio en el que tu marido te hizo educar e instruir como a una niña, y en el que soportaste tantas lecciones y tantos profesores. Como mujer agradecida — más que como mujer enamorada, desgraciadamente —, querías agradar al conde, hacerte digna de él. Pero, naturalmente, se necesitó tiempo; y a pesar de lo paciente que era, ¡cuánto te hizo sufrir tu marido con sus continuos: "Eso no se dice..., eso no se hace..." siempre seguidos de un "querida" muy seco, que te ponía en el suplicio!

Todas las mujeres son educables. "Advenedizo" es una palabra que no se aplica a las mujeres. Al cabo de los tres años eras una verdadera condesa. El conde, que bostezaba de aburrimiento en los museos y que no había podido tragar a los Primitivos, no pudo aguantar más y te trajo de vuelta a París. Las persianas del antiguo palacio, cerradas desde hacía tanto tiempo, chocaron contra los muros, y tú hiciste tu primera comida en el gran salón comedor, ante el gran retrato, desde el cual el bisabuelo del conde, teniente general de los ejércitos del rey, empolvado, con el cordón del Espíritu Santo sobre su traje rojo, y notable sobre todo por la enorme nariz de la familia, parecía mirarte con severidad.

Aquí sufres una vez más, condesa, la soledad y la melancolía. Tu marido ha conseguido solamente — después de grandes esfuerzos y a fuerza de dar dinero para las obras piadosas — formarte una pequeña sociedad de sacerdotes y de devotas. ¡Qué lúgubres son esos trajes negros de los dos sexos! Desde hace seis años visitas todas las mañanas asilos y escuelas y te aburres en tu palco solitario en el Teatro Francés o en la Opera. Ningún hijo y ninguna esperanza de tenerlo. ¡Los años pasan! Y lo peor de todo es que no experimentas por el conde más que una gratitud profunda, más que una amistad sincera, y que lo juzgas, ¡oh!, un hombre que con toda seguridad es perfectamente galante, pero lleno de tonterías aristocráticas y aburrido como un concierto. Tiene ahora cuarenta y ocho años, y, ¿verdad que parece el viejo calavera cansado de sus correrías? Una mezcla bastante insípida de grandes aires, de patillas teñidas, de prejuicios, de sombreros grises y de estómago enfermo.

¿Por qué este organillo cruel sigue tocando este antiguo aire de baile húngaro que marcaba en otros tiempos el ritmo de tus cabriolas sobre el lomo del caballo trufado? Te vuelves a ver en medio de la pista, al final de tu "ejercicio", enviando al público el beso de adiós y escuchando con embriaguez el ruido de la salva de aplausos. ¿Estás loca, condesa? ¡Pues no se ha puesto a palpitar tu corazón y volviste a encontrar tu primera y deliciosa emoción de adolescente, cuando te parecía que el apuesto director del picadero, con su traje escarlata, te había apretado tiernamente la punta de los dedos al llevarte a tu sitio!

Finalmente se ha callado el sonido del organillo; sobre el cielo, cada vez más oscuro, se distinguen apenas los grandes esqueletos de los árboles sin hojas. El criado entra discretamente, llevando una lámpara. La coloca sobre un velador y dice con su voz ceremoniosa:

—El señor cura de Santo Tomás de Aquino espera a la señora condesa en el salón. ❖

DRESDE QUIERE RESUCITAR

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 33)

de los emperadores sajones, que la embellecen con las gracias del gótico, imprimiéndole así, ya desde sus orígenes, un carácter artístico, al que guardarían fidelidad sus reyes posteriores, dejando admirables muestras, en la arquitectura urbana, de los estilos renacimiento, barroco y rococó.

Nace también esta ciudad como predestinada a ser teatro de grandes acontecimientos históricos, y su nombre adquiere una resonancia universal durante las guerras napoleónicas. En su camino hacia Rusia, el Emperador se detiene en Dresde, gozando entre sus muros, acaso por última vez, los halagos de una gloria sin mácula, que empezaría a ensombrecerse precisamente en aquella campaña... Y poco después, convierte a aquel brillante escenario de fiestas en su cuartel general, desde donde irradian los destellos de su genio militar, ya en el ocaso.

Mucho sufrió Dresde en aquel período de su accidentada historia; pero no puede compararse, ni por lo más remoto, con lo que, en un tiempo mucho más breve, ha sufrido en la última contienda. Entonces, una de las graves cosas que hubo que lamentar fué que el mariscal Davour volase parte del puente sobre el Elba, para detener la marcha de los aliados. ¿Qué significaba aquello, ni qué significaron tampoco, en el siglo anterior, los bombardeos de sus fortalezas por Federico II, durante la guerra de Silesia, frente a los "raids" en masa de la última contienda?

Las diversas vicisitudes guerreras por que atravesó Dresde en el curso de su historia nos sirven para confrontar hasta qué punto ha aumentado el poder destructivo de los ejércitos modernos, con la intervención de la nueva arma —la aviación—, que desconocieron los antiguos. Sus pétreas flores arquitectónicas fueron deshojadas por el huracán de hierro y fuego de los ataques aéreos en masa, en los que intervinieron dos mil bombarderos aliados, y veinte minutos bastaron para convertir en escombros la obra de los siglos.

Pero Dresde, que nace con tan poderosa vida en la Edad Media, no se resigna a perecer, y del mismo modo que el Ave Fénix renace de sus cenizas, ella aspira a renacer de sus escombros.

Las industrias que escaparon a la destrucción de los ataques aéreos por hallarse situadas fuera de la ciudad, se han puesto de nuevo en marcha, y, entre las fábricas que funcionan actualmente, se cuenta la tan famosa de sus porcelanas, de universal renombre. Entre el caos de los escombros, la población va recobrando sus especiales características, y confía en el campo para su total resurgimiento, ya que espera que pronto desaparecerá la escasez de alimentos por un aumento de la producción agrícola.

Mientras las autoridades preparan los planos de los edificios proyectados para la nueva ciudad de Dresde, la población se dedica afanosamente a limpiarla de escombros, realizando su trabajo con un entusiasmo no exento de orgullo, pues alimenta la ilusión de levantar una ciudad todavía mejor que la anterior, en la que se perpetúe el prestigio de sus galerías de arte, de sus museos y de sus monumentos arquitectónicos. ◈

GOGOL Y LA SOMBRA DEL...

(VIENE DE LA PAGINA 9)

supersticioso e impresionable— cobró de repente un sentido trágico, cruel.

"La risa gogoliana —escribe Merejovski, el destacado crítico ruso— es la lucha del hombre contra el diablo". Y el mismo Gogol confiesa en una carta dirigida a su amigo Chevyrev: "¿Cómo hacer del diablo un imbécil? Desde hace mucho tiempo sólo tengo una preocupación: obrar de manera que después de leídas mis obras el hombre pueda reírse del diablo hasta hartarse". Se ve bien claro por esta confidencia — o mejor, desahogo — cuán terrible era la obsesión.

Según Dostoiewski, tal tormento mora en todo corazón elevado. El de Gogol era un corazón superior. Y fué superior porque supo dominar ese torbellino volcánico del diablo. No perdió la voluntad. No sucumbió a esa fuerza poderosa que ataca, al aparecer, a los grandes espíritus creadores.

Puchkin y Gogol

El autor de "Almas muertas" y "El inspector" —dos alardes colosales de su arte — estaba descontento, no obstante, de su obra. Todo para él resultaba mezquino, todo cuanto le rodeaba "terrenalmente". El nivel humano se le antojaba humillante, pobre, inferior. Unicamente se manifiesta orgulloso y se canta loas a sí mismo cuando se refiere a la batalla que libra contra "la imperecedera mezquindad".

"—Se ha discutido mucho acerca de mí —dice—; varios de mis aspectos han sido analizados, pero jamás se determinó lo esencial. Sólo Puchkin lo vió bien. Me decía siempre que ningún escritor poseía ese don de poner al desnudo tan crudamente la trivialidad de la vida, de describir con tanta fuerza la mezquindad del hombre mezquino y de tal manera que toda la vulgaridad que escapa a la percepción salta a la vista de todos. Esta —concluye grave y rotundamente— es la virtud que yo sólo poseo y que parece faltar a los demás escritores".

Puchkin fué, verdaderamente, quien mejor interpretó el espíritu de Gogol. El que le respetaba y le aconsejaba en la exaltación y en el desfallecimiento.

Hastiado de la vida

Gogol abre algunos paréntesis a la tragedia que le consume lentamente. Viaja en varias oportunidades por Europa. Quiere hallar alivio a su mal, quiere huir.. Roma le atrae especialmente ("nunca estuve más alegre, más feliz de vivir"). Mas tampoco en el extranjero encuentra el sosiego que necesita su alma. Continúa su viaje o su fuga por Africa y Asia. Cuanto más lejos, mejor. "¡Ah!, estar ahora en camino, bajo la lluvia, en el barro, a través de las estepas.... hasta el fin del mundo... Juro que estaría sano". Sin embargo su mal no tiene remedio.

De vuelta a Rusia, los amigos se complotan para que lo visite un médico. Vano intento. Gogol, iracundo, se niega a ponerse en manos del facultativo. "Mi curación —exclama— está en manos de Dios y no en la de los médicos".

Dice que toda su vida ha sido un monstruoso pecador y se busca un confesor, el padre Matías. Es su propósito limpiar su alma para hacerse monje.

En una reunión, alguien, comentando los inventos de la época, habla lleno de admiración de la estearina, del daguerrotipo, etcétera.

—¿Y para qué sirve todo eso? —interroga seriamente Gogol, que se halla presente—. ¿Hace mejor a la gente?

Los circunstantes se miran azorados.

Un día, en el colmo de la exasperación, quema todos sus manuscritos. Entre ellos, el segundo volumen, casi concluído, de "Las almas muertas".

Anuncia a sus amigos que ayunará para expiar sus culpas. Les pide con lágrimas en los ojos que le perdonen el haber escrito aquel libro que tanto ruido hizo —y tanto escándalo— de "Pasajes selectos de la correspondencia con mis amigos", en cuya obra se declaraba defensor de la esclavitud feudal.

No se le ve durante meses. El conde Tolstoi, inquieto, resuelve ir a visitarle a su casa una tarde y le encuentra extremadamente debilitado por un largo ayuno. Ya es demasiado tarde para salvarle.

El 4 de marzo de 1852 termina la angustiosa lucha de Nicolás Vasilievich "Gogol" contra el diablo, y su espíritu pasa al reino de los inmortales. ◈

HISTORIA DE UNA CIUDAD

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 17)

pefactos. Y fué tanta la popularidad que alcanzó en todo el país, que Wiggins mandó construir un duplicado para exhibirlo por todas las ciudades de la Unión, mientras el original quedaba en la Cámara de Comercio local, como un trofeo publicitario.

Bajo la dirección de Wiggins siempre, se inició entonces una arrebatada propaganda para atraer nuevos pobladores a Los Angeles, imprimiéndose millares de folletos que llevaban títulos sugestivos, como: "Tierra de Promisión"; "El país que el corazón anhela"; "El suelo del Clima Ideal", y que hablaban de la claridad del sol, de las brisas suaves y de las "miradas de flores", incluyendo "setos de geranios... de dos metros de alto". "Aquí — decía un folleto — los días de cielos sin nubes vienen y van; los veranos se transforman en inviernos sin cambios visibles, y no existen las temidas transiciones de temperatura del resto del país". "Los perros hidrófobos y las insolaciones no se conocen aquí", agregaba.

Otros folletos, inspirados directamente por Wiggins, blasonaban de los gigantescos productos del suelo: "Aquí se han cosechado zapallos de 100 kilogramos de peso, remolachas que pesan tanto como un hombre corriente y rábanos que oscilan en la balanza sobre los tres kilogramos". Y no contento con eso, Wiggins reunió varias de las maravillas vegetales del lugar y las envió a dar vueltas por el país en un tren especial que se llamó "California sobre ruedas".

Esa exhibición ambulante inició su recorrido por el Medio Oeste ya entrado el invierno, para que los visitantes, atraídos por la propaganda, saltaran directamente de un panorama de hielo y nieve a una atmósfera semitropical, con naranjas, higos y limones maduros, saturada de deliciosos aromas de flores y adornada con paisajes de montañas purpurinas y románticas palmeras.

Los resultados de toda esa publicidad fueron magníficos, y una vez más fluyó hacia Los Angeles una corriente emigratoria que no se ha detenido todavía en nuestros días. Y hasta de Alaska, adonde Wiggins envió durante la fiebre del oro de 1896 un folleto especial sobre "la claridad del sol", llegó una nutrida delegación de nuevos vecinos.

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 114)

LA GRANJA

GUARDIAN CANINO



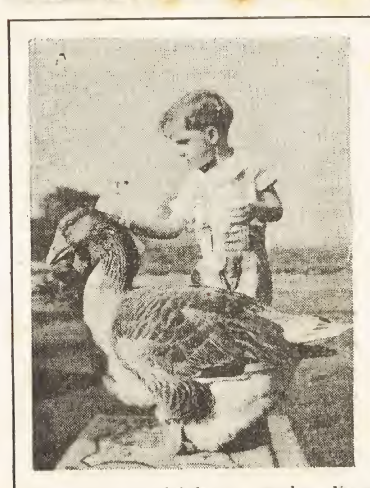
Los criadores de ovejas de Santa Cruz suelen contar con perros como el que vemos en la foto, para que les ayuden a que las ovejas no se les desbanden y marchen hacia el brete cuando se trata de embarcarlas. Eso es lo que está haciendo este vigilante lanudo.

DE LOS LECHONES



Cuando los lechones se ven apartados de la madre y se produce el destete, suelen pasar una temporada mala. Para evitar que desmejoren, no debe retirárseles de golpe la leche, sino que durante varios días se les irá suministrando en menor cantidad, ya sea dándosela como hace aquí esta granjera: en biberón, o en cacharros o bebederos especiales.

LA CRIA



Dos son las variedades o razas de gansos que merecen ser explotadas, por los rendimientos que ellas aportan a quienes se dedican a tal propósito. Estas dos razas son: el de Tolosa, originario de Francia, y el de Emden, que se presume es oriundo de Alemania. El primero tiene como colores el gris y el blanco; el peso del macho oscila entre 9 y 12 kilos y el de la hembra, de 7 a 9 kilos. El de Emden es, en cambio, todo blanco, y el peso del macho está entre los 7 y 9 kilos, mientras la hembra no excede de 6 ó 7.

Crianza e incubación

La crianza de los gansitos es sumamente fácil y sencilla, pues estos palmípedos, prácticamente, se crían solos, a la intemperie, y les basta un techo o cobertizo rudimentario para guarecerse durante el mal tiempo.

La incubación dura de 28 a 30 días, y la hembra pone los huevos, uno día por medio, y se enclueca cuando puso alrededor de quince, que es, en realidad, la cantidad que se les debe dejar incubar.

Si se dispone que la incubación sea artificial, entonces la cantidad será mucho más elevada. En cuanto a la temperatura conveniente, debe ser de 103° C. Ya cumplido el período incubatorio, y producida la eclosión, los gansitos serán llevados, pasadas las cuarenta y ocho horas, a la madre artificial, cuya temperatura comenzará con 35° C., la que se irá disminuyendo hasta 21° C., que es el momento en que los gansitos abandonarán la "madre".

Es muy importante evitar que los pichones se mojen y que tampoco sufran frío ni estén demasiado expuestos al sol en sus primeros días de vida, que

DEL JARDIN Y LA HUERTA



Con agosto se comienza la plantación de dalias. También deben sembrarse en almácigos las plantas de primavera y de verano. Asimismo se terminará la siembra de céspedes... En cuanto a las labores de huerta, se plantarán alcauciles, espárragos y ruibarbos. También las papas de la primera cosecha y, bajo vidriera, almácigos de ajíes y tomates.

por Emilio Pérez



DE GANSOS



son, en verdad, los más difíciles de toda su existencia.

Alimentación

Siendo herbívoro el ganso, su principal alimento lo constituirá el pastoreo y una ración diaria de maíz, que se les suministrará siempre al anochecer, y antes de retirarlos al refugio o dormidero.

Durante las primeras treinta y seis horas de vida del pichón, éste debe estar a dieta, y pasado este lapso se le dará pan seco, mojado en agua o leche, huevos cocidos, fríos y desmenuzados, cereales triturados y abundante pasto verde, tierno y picado.

Apareamiento

Aunque este palmípedo es monógamo, cuando se explota en la granja o chacra se le puede aparear con cinco o seis hembras. En cada nidal debe ponerse un huevo de porcelana para orientar a la gansa cuando desea poner. Pues es frecuente que pongan los huevos en lugares inadecuados, y entonces es necesario trasladarlos de ahí al nidal o al sitio en que se desee que incuben. Lo cual causa trastornos en las gansas.

Rendimiento

Tratándose de un animal abundante en carne —el mayor entre todas las aves de corral—, constituye una excelente fuente de proteína. Su grasa sustituye con ventaja a cualquier aceite comestible. El "foie gras" hecho con hígado de ganso goza de gran fama y se cotiza muy bien. Además de las ventajas ya mencionadas, el ganso tiene otra gran utilidad para el granjero o chacarero que se dedique a su crianza: la pluma o plumón, conocido por "duvet", produce gran rendimiento y se obtiene anualmente sin sacrificar al animal.

GRANJEROS REALES

Esta pareja de incipientes granjeros la forman los hijos del monarca inglés, que son muy aficionados a las labores del campo. Aquí los vemos, durante las faenas de la siega, en un tractor en su granja de Coppins.



MISCELANEA

Los cunicultores deben evitar que sus conejos coman cicuta, palán-palán y sánalotodo, que son plantas venenosas para ellos. En cambio, contra lo que generalmente se cree, el perejil no les es fatal. Sin embargo, no debe dárseles, pues ejerce un efecto contraproducente sobre la secreción láctea.



Las hojas de té usadas son un remedio eficaz contra las cucarachas. Se ponen sobre papel en los lugares por donde suelen pasar estos insectos, quienes, al comerlas, mueren por efecto del tanino.

Entre las dolencias que sufren las cabras es frecuente la hinchazón de las patas. Se atenderán bien, evitando que caminen y aplicándoles compresas repetidas de una solución fuerte de sulfato de cobre, hasta que los animales enfermos acusen una franca mejoría.



Los zánganos viven en la colmena mientras haya producción, después los eliminan las obreras.

La cáscara del huevo contiene de 90 a 95 % de carbonato de calcio, con partes de fosfato de cal y de magnesio, y de un 3 a 6 % de sustancias orgánicas. Por eso a las gallinas, además de proporcionarles agua, proteínas e hidratos de carbono, es necesario darles sustancias minerales ricas en calcio y fósforo.



BUZON DE GRANJA

Todas las preguntas que sobre temas de granja nos formulen nuestros lectores serán contestadas, sucintamente, en la página 114 de este magazine. La correspondencia debe dirigirse a "La granja", revista "LEOPLAN", Esmeralda 116, Capital.

Lea su respuesta en la pág. 114

HISTORIA DE UNA CIUDAD

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 111)

La experiencia

El colapso que había sufrido la expansión de la ciudad en 1888, demostró que Los Angeles sería siempre una ciudad de vida lánguida mientras no dispusiera de un buen puerto para fomentar su comercio. Lo único que contaba para ese propósito, era el viejo "puerto" español de San Pedro, pueblo ribereño del sur, a unos 30 kilómetros de distancia. Allí había un canal de 31 metros de ancho por tres kilómetros de largo y una profundidad que no pasaba de los tres metros.

A pesar de las dificultades que ofrecía el lugar se inició una campaña espectacular para obtener el apoyo de Wáshington que, traducido en dinero, permitiera la construcción del puerto. Llegaron hasta San Pedro varias comisiones de legisladores, y entre ellos estaba aquel que dijo a los abatidos angelinos: "Han cometido ustedes un grave error en el emplazamiento de esta ciudad. Debieron fundarla en un punto que tuviese ya una bahía, en lugar de acudir al gobierno de los Estados Unidos, para que les dé lo que la Naturaleza les negó".

A pesar de esto y otras cosas parecidas, en 1896 se inició en San Pedro la construcción del puerto artificial más grande del mundo, en el que se invirtieron cincuenta y nueve millones de dólares.

Tan pronto finalizaron las preocupaciones relacionadas con el puerto, Wiggins y la Cámara de Comercio emprendieron algo que, modestamente, definieron como "la más grande empresa municipal del globo", y que consistía en la construcción de un acueducto de 310 kilómetros de extensión, para reforzar el suministro de agua a la ciudad.

El acueducto de Owens, como se llamó, fué terminado en 1913, pero a los pocos años, como la ciudad seguía creciendo, vióse que no iba a ser suficiente para su futuro consumo. Y se emprendió otra obra mucho mayor todavía: la construcción del acueducto del río Colorado.

Este colosal proyecto de ingeniería representó más de 500 kilómetros de túneles, canales, sifones, presas, plantas de bombeo, depósitos y tuberías, con un costo de 880 millones de pesos de nuestra moneda. Y nunca se probó mejor lo que vale el espíritu de previsión que cuando se terminó este acueducto, justamente en 1941, a tiempo para facilitar la tremenda redoblada expansión que tuvo Los Angeles a raíz de la guerra. Y ahora cuenta con un acueducto que está calculado para abastecer a la ciudad hasta el momento que alcance los diez millones de habitantes.

El otro oro

A comienzos de 1892, dos exploradores, llamados E. L. Doheny y C. A. Canfield, encontraron petróleo en un pozo de 48 metros de profundidad que ellos mismos cavaron a pico y pala, en el patio de una casa de familia de las afueras de la ciudad.

Este suceso tuvo profundo efecto en la historia de Los Angeles, que desde entonces ha estado jalonada por periódicos resurgimientos petrolíferos. El petróleo, una muy necesaria fuente de combustible industrial, también produjo una cantidad de pintorescos millonarios, dándole a cada habitante de la ciudad la placentera esperanza de que en cualquier momento podrían verse ricos de la noche a la mañana.

Ese descubrimiento de 1892 y la explosión de una bomba en el edificio "Los Angeles Times" se vincularon novelescamente para influir en el futuro esplendor de la ciudad. El petróleo determinó en sí la existencia de una fuente de riqueza extraordinaria, y la explosión de la bomba, luego de una larguísima y embrollada peripecia, provocó un violento cambio en toda la historia del movimiento obrero norteamericano, haciendo de Los Angeles la primera ciudad donde se impuso la libre contratación de obreros.

Gracias a esta circunstancia se instalaron en ese lugar de California sucursales de las más grandes ramas industriales de la nación, que, a partir de 1916 y favorecidas por la primera guerra mundial, adquirieron un desarrollo que parecía insuperable.

Por esa misma época también parecía insuperable el desarrollo de la industria cinematográfica, que diez años atrás habíase instalado en el pequeño poblado de Hollywood, auspiciada por la extraordinaria luminosidad de un lugar que permitía obtener excelentes fotografías.

Igualmente el clima tuvo una influencia decisiva en la vida de Donald Douglas y la fabricación de aeroplanos. Douglas trabajó en Los Angeles durante la guerra anterior, y más tarde regresó al lugar para instalar un pequeño taller donde inició la construcción de los aviones que habían de hacer famoso su nombre, veinte años después.

Balance espectacular

A raíz de todos estos incidentes, el soñoliento poblado que era Los Angeles hace cincuenta años, se ha transformado actualmente en la tercera ciudad del país, después de Nueva York y Chicago. Hoy posee nada menos que tres millones ciento cincuenta y seis mil habitantes, de los cuales alrededor de dos millones doscientos mil llegaron en los últimos veinticinco años, cerca de un millón desde 1930.

En el orden industrial, esta ciudad es ahora la segunda del país, por más que en 1920 ocupara el lugar vigésimoséptimo, y sólo su industria de aviones de guerra es mayor de lo que es toda la industria automovilística de Detroit. Hay en Los Angeles, actualmente, 5.104 establecimientos industriales, que durante la guerra han alcanzado a servir una cifra récord anual que importó nada menos que veintiséis mil quinientos veinte millones de pesos de nuestra moneda.

Existe en total una población de 450.000 trabajadores industriales, y en la estadística de la explotación petrolífera se consigna la existencia de 6.796 pozos en explotación, para el condado de Los Angeles. Sólo la industria cinematográfica —que tanta publicidad le ha dado al lugar— supone una inversión anual de mil millones de pesos, aplicados al suministro del 75 por ciento de las películas que circulán por el mundo.

Si nos atenemos a los hechos extraordinarios que se registran a lo largo de la curiosa historia de esta ciudad, entonces las palabras de su actual intendente, Mr. Fletcher Bowron, resultarán perfectamente naturales.

—Los Angeles —dice con naturalidad impresionante— será una de las ciudades más grandes del mundo a breve plazo. En realidad, estamos afrontando la situación partiendo de la base de que, antes de cinco años, su población alcanzará a seis millones de personas.

Esta perspectiva significa un tremendo problema que exige soluciones inmediatas. En la actualidad, se mueven en Los Angeles nada menos que un millón y medio de automóviles, transformando nada más que ese aspecto del problema —el del tránsito— en una verdadera pesadilla. Y el suministro de agua, los transportes y la expansión de la vivienda, completan un cuadro donde todo aparece multiplicado en una fantástica progresión. Una progresión tal que, frente a ella, el más delirante de los sueños de Frank Wiggins no ha de ser más que una tímida ambición...

Aquí le contestamos

ZAÍDA F. LEONI, *Punta Alta.* — Conforme a sus deseos, le remitimos la respuesta por carta.

AMADO ROSTOM, *Ceres (F. C. C. A.).* — Siendo norma invariable de esta sección no suministrar direcciones comerciales, lamentamos mucho no poder complacerle. Sin embargo, le sugerimos que se dirija a la oficina de Publicidad de la Editorial Sopena Argentina, Esmeralda 116, donde le darán una respuesta e información satisfactorias.

JACINTO LUCA, *General Rodríguez (F. C. O.).* — La primavera es, en realidad, la mejor época para la apicultura. Consideramos sumamente acertado que reemplace las colmenas rústicas por las denominadas a cuadros, pues con ello logrará mayores ventajas.

LEOPOLDO MURIAS, *Neuquén.* — La Leghorn blanca está más extendida en nuestro país que la Catalana del Prat. Hubo un tiempo en que abundaba más entre nosotros esta última raza de gallinas. Las dos son excelentes ponedoras. La Catalana del Prat tiene mayor tamaño.

JUAN ROBLEDO, *Capital.* — Tenga a bien dirigirse al Registro Nacional de la Propiedad Intelectual, Talcahuano 612, en donde le informarán al respecto.

ROSARINO INTERESADO, *Capital.* — Lamentamos no poder satisfacer su pedido, ya que no poseemos datos biográficos del escritor al cual alude usted en su carta.

En esta sección contestamos todas las preguntas de carácter general que nos formulen nuestros lectores. No se devuelven los originales de colaboraciones espontáneas ni se mantiene correspondencia sobre ellas. La correspondencia debe dirigirse siempre a Esmeralda 116, Buenos Aires.